Título: **LA PIEDRA DE LUZ 4**
LUGAR DE VERDAD

Autor: (2000) Christian Jacq

Título Original: La Place de Véritè

Traducción: (2000) Manuel Serrat Crespo

Edición Electrónica: (2002) Pincho

1

El Lugar de Verdad, la aldea secreta de los artesanos encargados de excavar y decorar las tumbas del Valle de los Reyes, estaba sumido en la angustia. Desde el asesinato del maestro de obras Nefer el Silencioso, hombres, mujeres, niños e incluso animales domésticos, como el perro *Negrote* o *Bestia Fea,* la oca guardiana, temían la puesta de sol.

En cuanto se hundía en la montaña para emprender su viaje nocturno por el corazón del mundo subterráneo, todos los aldeanos se acurrucaban en sus pequeñas casas blancas. Muy pronto, una sombra maléfica saldría del sepulcro de Nefer en busca de una presa.

Una adolescente había escapado por los pelos, pero nadie se atrevía a importunar a Clara, la mujer sabia, que se encontraba sumida en el luto y la desesperación como consecuencia de la muerte de su marido. Nefer y ella habían sido iniciados juntos en los misterios de la Gran y noble tumba de millones de años al Occidente de Tebas, según la denominación oficial de la cofradía, y se habían convertido en el padre y la madre de la pequeña comunidad que agrupaba a unos treinta artesanos, «los que habían oído la llamada» y sus familias.

—¡Esto no puede seguir así! —exclamó Paneb el Ardiente, un coloso de ojos negros cuya cólera dejó petrificada a Uabet la Pura, su bella y frágil esposa—. Nos escondemos como si fuéramos ratas y hemos perdido la alegría de vivir.

—Tal vez el espectro acabe marchándose —aventuró Uabet, asegurándose de que Selena, su hijita de dos años, dormía apaciblemente en su cama.

Aperti, su insoportable hijo de quince años, dibujaba caricaturas sobre un fragmento de calcáreo, para intentar olvidar el miedo.

—Sólo la mujer sabia podría apaciguar el alma de su esposo difunto —consideró Paneb—, pero ya no tiene fuerzas para ello... ¡Acabarán acusándome de nuevo, ya lo verás!

Paneb, hijo adoptivo de Nefer el Silencioso y de Clara, la mujer sabia, los dos seres a quienes veneraba, había sido elegido como jefe del equipo de la derecha, en el simbólico barco que permitía a la cofradía de los servidores del Lugar de Verdad navegar hacia el conocimiento y la realización de la Gran Obra. Y el peor de los seres, un traidor y un asesino que se ocultaba en el seno de la comunidad, había intentado hacer pasar a Paneb por el asesino de su padre espiritual.

El coloso, absuelto por la propia mujer sabia, sentía sin embargo que unas miradas suspicaces se clavaban en él.

—Debo resolver este asunto yo mismo —decidió Paneb.

Uabet la Pura se arrojó en sus brazos.

—No corras semejante riesgo —suplicó—; ¡la sombra de Nefer es especialmente peligrosa!

—¿Por qué voy a temerla? Un padre no le hace daño a su hijo.

—Ahora ya sólo es un fantasma ávido de venganza... Se introduce en los cuerpos por un canal cualquiera e impide que la sangre circule. ¡Nadie, ni siquiera tú, es capaz de vencerlo!

Paneb tenía cuarenta y un años, nunca antes había sido tan poderoso y no había encontrado aún adversario de su talla.

—Me niego a comportarme como un prisionero en mi propia aldea. Debemos seguir circulando libremente, tanto de noche como de día.

—Tienes dos hijos, Paneb, y una hermosa casa de jefe de equipo. No libres un combate que está perdido de antemano.

El coloso tomó a su esposa de la mano y la llevó hacia la segunda estancia de su morada, que Uabet había conseguido dejar reluciente, persiguiendo, sin cesar, hasta la última mota de polvo.

—Contempla esta estela que yo mismo esculpí y que empotré en este muro. Representa el espíritu luminoso de Nefer, su alma inmortal que viaja en la barca del sol y vierte sobre nosotros sus beneficios. El maestro de obras hizo vivir esta cofradía, no puede darle muerte ahora.

—Pero el espectro...

—El nombre secreto de mi padre es Nefer-hotep. Hotep significa «el poniente, la paz, la plenitud»... Esta sombra se manifiesta porque uno de los ritos funerarios no se llevó a cabo correctamente. Estábamos todos tan conmovidos por su asesinato que debimos de cometer un grave error. Y el alma de Nefer se manifiesta así para reclamar la paz a la que aspira.

—¿Y si se tratara de un espectro ávido de sangre?

—Imposible.

Paneb comprobó que llevaba los dos amuletos indispensables para lanzarse a tan peligrosa aventura: un ojo y un escarabeo. El ojo, de esteatita, era un regalo de Ched el Salvador, el maestro que le había revelado los secretos del dibujo y la pintura. El precioso talismán había sido animado por la potencia celeste y la mujer sabia; gracias a él, la mirada de Ardiente discernía aspectos de la realidad que escapaban a los demás hombres. En cuanto al escarabeo, tallado en la Piedra de Luz, el principal tesoro del Lugar de Verdad, encarnaba el corazón justo, el órgano de percepción de lo invisible y de las eternas leyes de armonía.

—¿Es visible mi nombre?

Uabet comprobó que las palabras «Paneb el Ardiente», escritas en tinta roja sobre el hombro derecho del coloso, estaban correctamente trazadas.

—Por última vez —imploró la muchacha—, te suplico que renuncies.

—Quiero probar definitivamente mi inocencia y la de Nefer.

Se había levantado un extraño viento que penetraba en las moradas bien protegidas, no obstante, y su lúgubre voz parecía proferir amenazas.

Aperti, asustado, intentaba ocultarse en un cesto para la ropa; pero su corpulencia, que lo convertía en el más fortachón de los adolescentes de la aldea, sólo le permitió ocultar el busto.

Paneb lo asió por las caderas y lo puso bruscamente de pie.

—¡Eres grotesco, Aperti! Toma ejemplo de tu hermana, que duerme tranquilamente.

En ese momento, Selena rompió a llorar. Su madre la calmó, acunándola.

—Volveré —prometió Paneb.

Era una noche de luna nueva, oscura, y el silencio reinaba en el Lugar de Verdad. Protegida tras los altos muros, la aldea parecía adormecida. Pero al pasar por la calle principal, orientada de norte a sur, Paneb oyó fragmentos de conversaciones, murmullos y lamentos. La cofradía, situada a quinientos metros de los límites de las crecidas más fuertes, ocupaba todo el espacio de un valle desértico, un antiguo lecho de torrente flanqueado por colinas que tapaban la vista.

Aislado del valle del Nilo, a igual distancia del templo de millones de años de Ramsés el Grande y de la colina de Djmé, donde descansaban los dioses primordiales, el Lugar de Verdad vivía aparte del mundo profano; disponía de su propio templo, de capillas, oratorios, talleres, cisternas, silos, una escuela y dos necrópolis donde eran enterrados los artesanos y sus íntimos.

Paneb se detuvo.

Le había parecido ver a alguien deslizándose por una calleja secundaria.

Insensible al miedo, observó las moradas de eternidad de la necrópolis del oeste, la mayoría de ellas coronadas por pequeñas pirámides puntiagudas de calcáreo blanco. Cuando Ra estaba visible en el cielo, brillaban con una luz a veces cegadora. Estelas de vivos colores, jardincillos plantados de flores y arbustos, acogedoras capillas de fachadas blancas quitaban cualquier carácter funerario al apacible paraje en el que los antepasados de la cofradía velaban por sus sucesores.

Pero aquella noche, en el sendero que llevaba a la tumba de Nefer el Silencioso, Paneb percibió una presencia hostil.

¿Y si se tratara del traidor, que intentaba atraerlo hacia una emboscada para deshacerse de él? El coloso se alegró ante aquella idea; ¡qué placer le daría destrozar el cráneo del perjuro!

La morada postrera de Nefer el Silencioso era tan vasta como espléndida. Ante la entrada de la capilla accesible a los vivos, Clara había plantado una persea que crecía con extraordinaria rapidez, como si el árbol tuviera prisa por extender su bienhechora sombra sobre el patio al aire libre donde se celebrarían los banquetes en honor del difunto.

Paneb franqueó el pilono, que parecía el de un templo, y se detuvo de nuevo, en medio de aquel patio. La presencia hostil se aproximaba. ¿Pero de dónde podría surgir el espectro, sino de la hendidura practicada en la pared de la capilla para dejar a la estatua viva de Nefer la posibilidad de contemplar el mundo terrestre?

El coloso se aproximó a ella lentamente, como si descubriera un lugar que, sin embargo, conocía mejor que nadie, puesto que él mismo lo había decorado por completo: la morada de eternidad de su padre espiritual.

Si se hubiera precipitado, como solía hacer, Paneb no habría visto la sombra rojiza que brotaba del pozo funerario, que había sido cegado con piedras. El espectro intentó estrangular a Ardiente, que se soltó justo a tiempo e intentó golpearle en la cara.

Pero su puño se perdió en el vacío.

La sombra roja, ondulando como una serpiente, buscaba un ángulo de ataque. Paneb corrió hacia la capilla, donde una antorcha se consumía lentamente. La avivó y, luego, se dirigió hacia su enemigo.

—¡Apuesto a que no te gusta la luz!

El rostro de la sombra roja no era el de Nefer. Hacía muecas sin cesar, como presa de atroces sufrimientos.

Apenas el fuego lo hubo rozado, el espectro desapareció en el pozo.

—¡No te ocultarás ahí dentro, muchacho!

El coloso sacó dos losas, entre las que fijó la antorcha, y comenzó a vaciar el pozo, piedra a piedra, decidido a llegar al cubil de la sombra maléfica.

2

Tras haber asumido la función simbólica de Isis la Viuda, durante la celebración de los misterios, Clara, la mujer sabia del Lugar de Verdad, vivía en su propia carne esta terrible prueba. Nefer el Silencioso había sido su único amor y seguiría siéndolo.

Desde su muerte, Clara había perdido las ganas de vivir. Temiéndose lo peor, *Negrote* no se separaba de ella ni un instante. Atento como nunca, el perro negro de cabeza alargada y pelo corto dormía con un ojo abierto. Acechaba sin cesar a su dueña con la mirada y compartía su luto sin reclamar juegos ni paseos.

Clara llevaba a cabo las tareas mínimas para mantener una morada en la que había sido inmensamente feliz en compañía de Nefer. El magnífico mobiliario era un regalo de los artesanos que habían honrado de ese modo a su maestro de obras, cuya autoridad natural, firmeza de carácter y competencia excepcional los habían conducido siempre al éxito.

A sus cuarenta y ocho años, Clara era una mujer arrebatadora, de cuerpo delgado y ágil, de rasgos puros y cabellera sedosa con reflejos rubios. De su rostro emanaba una luz suave y tranquilizadora, tenía una voz melodiosa y unos ojos azules encantadores. Los aldeanos la veneraban, tanto más cuanto, un día u otro, los había curado a todos con ejemplar abnegación.

Pero la mujer sabia ya no tenía fuerzas para cumplir su función. La ausencia de Nefer absorbía su propia vida y se deslizaba hacia la muerte con el deseo de reunirse con él.

La habitación estaba iluminada por una sola lámpara una obra maestra esculpida por el carpintero de la cofradía, Didia el Generoso. En una pequeña columna en forma de papiro, apoyada en una base de calcáreo, se había dispuesto un recipiente de bronce que contenía aceite que alimentaba una mecha de lino que no humeaba, como las utilizadas en las tumbas.

Era el último fulgor al que se agarraba Clara, durante sus largas noches de insomnio; en la suavidad de la llama creía percibir, a veces, el rostro de su marido, pero la ilusión se disipaba en seguida y la sumía aún más en la desesperación.

Negrote posó la pata en el brazo de la mujer sabia, como si adivinara su terrible decisión. Clara no seguiría adelante, no quería sufrir por más tiempo aquella postración; ahogándose en el más allá, por fin pondría término a su suplicio.

El contacto de la pata del perro y la ternura que leyó en sus ojos de color avellana provocaron una especie de milagro: Nefer apareció en la luz y habló: «Si yo fracasara o desapareciese —decía—, no dejes que se extinga la llama del Lugar de Verdad. En nombre de nuestro amor, Clara, prométeme que seguirás adelante».

El maestro de obras había pronunciado aquellas palabras mientras vivía, aunque ella las hubiera olvidado. Y ahora Nefer regresaba del más allá para recordarle su deber y su función, sin darle la posibilidad de compadecerse a sí misma.

Unos violentos golpes resonaron en su cabeza.

Negrote, intranquilo, corrió hacia la puerta de la casa, ladrando.

Alguien llamaba.

—¡Abre, Clara! ¡Abre, te lo ruego!

La viuda reconoció la voz de Uabet la Pura.

Negrote dejó de ladrar, Clara abrió.

—¡Ven, es grave!

—Explícate, Uabet.

—Paneb ha ido a la tumba de Nefer... Si se empeña en combatir al espectro, morirá. Sólo tú puedes convencerlo de que renuncie.

Clara esbozó una pobre sonrisa.

—¿Acaso crees que todavía puedo ayudar a alguien?

—Paneb sólo te escuchará a ti... ¡Y no quiero perderlo!

—Un momento.

La viuda del maestro de obras se retiró a su alcoba, donde abrió un joyero decorado con placas de marfil.

Por primera vez desde la muerte de su marido, se puso un collar, unos pendientes y algunos brazaletes antes de contemplarse en un espejo de cobre cuyo mango tenía la forma de un tallo de papiro, símbolo del florecimiento y de la fuerza vital.

En él descubrió el rostro de una mujer agotada por el dolor, y tuvo que maquillarlo cuidadosamente para devolverle su vigor y juventud.

La transformación fue tan evidente que deslumbró a Uabet la Pura.

—¡Nunca has estado tan hermosa! Vamos.

Precedidas por *Negrote y* seguidas por *Bestia Fea,* las dos mujeres treparon hacia la tumba de Nefer el Silencioso.

El oriente se enrojecía; la brisa hizo temblar a Uabet, que aceleró la marcha.

Tras varias horas de ininterrumpidos esfuerzos, Paneb había conseguido vaciar el pozo funerario.

Acababa de alcanzar la puerta de madera de la cámara funeraria de Nefer el Silencioso, que estaba precintada por un sello de arcilla.

Levantó los ojos y descubrió el rostro de Uabet la Pura, que destacaba contra el fondo del cielo que se enrojecía.

—¡Vuelve a subir, Paneb!

—Ni hablar.

—¡No tienes derecho a violar una tumba!

—La sombra se oculta ahí, voy a buscarla.

—La mujer sabia te lo prohíbe.

—¡La mujer sabia! Pero...

—Está aquí.

Con la ayuda de las asperezas de los bloques de piedra, Paneb trepó con la velocidad de un felino. No creía a Uabet, por lo que quería comprobarlo por sí mismo.

En efecto, Clara estaba allí, con su larga túnica roja de superiora de las sacerdotisas de Hator y acicalada con sus más hermosas joyas.

—¿Me... me prohíbes que siga adelante?

—Debo bajar contigo.

—¡Es demasiado peligroso! He visto la sombra roja, es temible. Y no es Nefer.

—Sólo puede tratarse de una forma maléfica nacida de un error ritual durante los funerales.

—Eso creo yo también, y voy a descubrirla. No dejes que huya si se me escapa a mí.

Paneb volvió a bajar al fondo del pozo.

Sin vacilar, quebró el sello y abrió la puerta que conducía al sepulcro.

Apartó las herramientas, los cofres para ropa, los cestos que contenían alimentos momificados y las estatuas del difunto para abrirse camino hacia el sarcófago. La sombra roja podía surgir en cualquier momento de su escondrijo y abalanzarse sobre él. Paneb desplazaba lentamente cada objeto, con los ojos bien abiertos. A pesar de su corpulencia, el pintor sabía ser extremadamente delicado y moverse con el sigilo de un gato.

El sarcófago, cubierto por un sudario verde muy fino, estaba colocado sobre un lecho. En torno al cuello de la momia, un collar de cinco vueltas de flores de loto blanco y de hojas de sauce; en el pecho, un ramillete de hojas de persea y parra.

Un rayo de luz penetró en el sepulcro, cuyo fondo permanecía en la oscuridad. La sombra se *agazapaba* allí, pero Paneb no conseguía descubrirla.

Sin duda era mejor salir para ir a buscar unas antorchas e iluminar la estancia con el fin de reducir el espectro a la impotencia; pero si el coloso retrocedía, quizá su adversario aprovecharía para atacar. De pronto, algo llamó la atención de Paneb: ¿por qué el disco de cobre celeste colocado bajo la cabeza de la momia no emitía luz alguna? Estaba cubierto de textos jeroglíficos, y debería haberlo envuelto en una

aureola dorada que habría apartado a los demonios de las tinieblas.

El coloso se acercó hasta tocarlo y advirtió que el precioso símbolo había sido colocado... ¡al revés! No era un error, sino un acto de malevolencia. No contento con haber asesinado a Nefer, el traidor había provocado así la aparición de un espectro.

Cuando Paneb posó la mano sobre el disco, la sombra roja brotó de él.

Con la boca retorcida y la frente desgarrada por una arruga vertical, intentó estrangular al artesano por segunda vez.

En vez de luchar contra un enemigo que no ofrecía presa alguna, Ardiente se apresuró a darle la vuelta al sol de la momia para colocárselo correctamente bajo la nuca.

La presión del agresor era tan fuerte que a Paneb empezaba a faltarle el aliento.

De pronto, del disco brotó una llama que tocó a la sombra roja, cuyos ojos se agrandaron hasta devorar su cara y, luego, su cuerpo entero.

Paneb consiguió respirar, pero una atroz quemadura en el cuello le arrancó un grito de dolor. Instintivamente, golpeó al espectro, que se redujo a una pequeña bola de fuego antes de desaparecer en el suelo.

Jadeando, el coloso intentó salir del sepulcro para regresar al aire libre.

Pero los muros del pozo funerario se estaban aproximando y supo que iba a morir.

—¡Sube, Paneb! —aulló Uabet la Pura—, ¡sube en seguida!

3

Tras haber olisqueado el plato que le presentaba su cocinero, el general Méhy le tiró a la cara las costillas de cordero.

—¡Demasiado hechas, imbécil!

—Pero he respetado vuestras exigencias y...

—Tu ensalada de pepino era infecta y te has atrevido a servirme un vino que olía a corcho. Márchate y no vuelvas a poner los pies en esta casa.

La cólera de Méhy no era fingida y el cocinero desapareció. Las decisiones del hombre más poderoso de la rica provincia de Tebas no se discutían.

Méhy era más bien bajo, tenía la cara redonda, los ojos de un marrón oscuro, los labios carnosos, los cabellos muy cortos pegados al cráneo, el torso ancho y poderoso y las manos y los pies regordetes. Había iniciado su carrera en los carros; seguro de sí mismo y ambicioso, se había convertido en jefe de las tropas tebanas y administrador principal de la orilla oeste, una de cuyas funciones consistía en garantizar la seguridad y el bienestar del Lugar de Verdad.

¡El Lugar de Verdad!... La maldita cofradía que se había atrevido a rechazar su candidatura cuando era adolescente y que poseía un tesoro inestimable, la Piedra de Luz, de la que debía apoderarse para convertirse en dueño del país.

Una noche, Méhy había divisado esa piedra desde lo alto de una colina que dominaba el Valle de los Reyes, donde los artesanos celebraban un rito; pero había sido descubierto por un policía, del que se había librado destrozándole el cráneo.

Fue su primer crimen, seguido de muchos más que había llevado a cabo por sí mismo o encargado a otros, para apartar de su camino a los adversarios que le impedían llegar al tesoro supremo.

—Lávate las manos, mi tierno león —sugirió Serketa, presentando a su marido un aguamanil de plata provisto de una larga embocadura de la que emanaba un agua perfumada.

Serketa, una falsa rubia de ojos claros y opulentos pechos, siempre preocupada por su peso. Serketa, una asesina nata que él había revelado a sí misma asociándola a su progresiva conquista del poder. Ella había aprobado la supresión de su propio padre, que había caído en una emboscada organizada por el propio Méhy para apoderarse de su fortuna, luego la mujer lo había asesinado con sus propias manos, sintiendo un vivo placer.

Como Serketa sólo le había dado dos hijas, cuya suerte no le interesaba en absoluto, el general había pensado en repudiarla; pero ella había adivinado sus auténticos proyectos y, presintiendo que podía resultar peligrosa, el general había preferido convertirla en su aliada. Desde aquel momento, no se ocultaban nada y actuaban de mutuo acuerdo.

Méhy bebió una copa de vino de palma, bastante alicorado, saturado de aromas y de casi 18°. El brebaje acababa con la mayoría de los bebedores, pero el general aguantaba bien el alcohol y gozaba de una excelente salud, a excepción de una enfermedad de la piel que se traducía en la aparición de pequeños granos rojizos en su pierna izquierda cuando se sentía contrariado.

Y comenzaba, precisamente, a rascarse.

Serketa se arrodilló ante él para abrazar sus muslos.

—¿Por qué te preocupas tanto, mi tierno cocodrilo? —susurró con una voz de niñita.

—¡Porque el asesinato de Nefer el Silencioso no nos procura las ventajas que suponíamos!

—Un poco de paciencia... En primer lugar, nuestro principal adversario está muerto; luego, el traidor que acabó con él por orden nuestra está definitivamente unido a nosotros; finalmente, sus últimas informaciones confirman que la cofradía

es presa de la más profunda angustia.

—Tal vez, pero sigue existiendo...

—Sí, pero ¿en qué estado? Al invertir la posición del disco luminoso colocado bajo la *cabeza* de la momia, el traidor ha provocado la aparición de un espectro que aterroriza a los habitantes de la cofradía. Los aldeanos están convencidos de que Nefer el Silencioso quiere vengarse de ellos y acabarán por odiarse unos a otros.

—¡Esperemos que tengas razón! Pero habría preferido que una delegación me anunciase que los aldeanos abandonaban el Lugar de Verdad y lo dejaban en mis manos... Habríamos registrado el lugar con toda legalidad y habríamos descubierto el escondrijo de la Piedra de Luz.

—¿No se la habrían llevado consigo los artesanos?

—En ese caso, habrían sido víctimas de una agresión que yo hubiera deplorado en los más conmovedores términos. Pero no han cometido ese error... Y siguen acurrucados tras sus altos muros, cuya estabilidad debo asegurar yo, su enemigo jurado.

—Asesinar a Nefer el Silencioso era indispensable —consideró Serketa—; sin él, la cofradía ya no tiene alma. Nadie es capaz de sucederle. El jefe del equipo de la izquierda es sólo un técnico sin brillantez alguna, el escriba de la Tumba es demasiado viejo y la mujer sabia no se recuperará de la muerte de su marido.

—¡Olvidas a Paneb, el nuevo jefe del equipo de la derecha!

—Según nuestro informador, es demasiado impulsivo para que lo designen como maestro de obras. La pérdida de su padre espiritual lo volverá loco, estoy seguro de ello. Como habíamos previsto, el Lugar de Verdad se destruirá desde el interior y ya sólo tendremos que recoger sus riquezas y sus secretos.

El general llevó a Serketa hacia el frondoso jardín de su suntuosa villa de la orilla oeste, una de sus propiedades cuidadosamente mantenida por una numerosa servidumbre. Se sentaron al abrigo de un quiosco rodeado de sicómoros y algarrobos. Méhy detestaba el campo, el calor y el sol, cuyos mordiscos temía.

Un criado les sirvió inmediatamente cerveza fresca, que Serketa desdeñó.

—Conocí al tal Paneb, hace ya mucho tiempo, en casa de un curtidor —recordó Méhy—; por aquel entonces era joven, insolente y poderoso como un toro salvaje. ¡Hubiera tenido un brillante futuro militar! Sin embargo, no quiso enrolarse y servir a mis órdenes... ¿Cómo podía imaginar que iba a convertirse en uno de los pilares del Lugar de Verdad?

—El único pilar era Nefer el Silencioso. Orientaba la obra y acallaba las querellas; no te quepa duda de que no será reemplazado. El espectro hará huir a varias familias y otras calamidades abrumarán muy pronto a la cofradía.

Uno de los guardias encargados de vigilar la villa corrió hacia la pareja.

—General, ¡un mensaje de Pi-Ramsés!

El soldado entregó el papiro sellado a Méhy y, luego, volvió a su puesto.

—Una carta del canciller Bay —advirtió el general—; el faraón Siptah y la reina Tausert desean verme para escuchar mi informe sobre la situación económica de Tebas y conocer los resultados de mi investigación sobre el asesinato de Nefer el Silencioso.

—¡Saben muy bien que no tienes derecho a penetrar en la aldea!

—Claro, pero quieren comprobar que hago todo lo posible para identificar al culpable y garantizar la seguridad de la cofradía.

—¿Y si la tal Tausert te tendiera una trampa?

—Podría ser... ¿Pero acaso su principal preocupación no consiste en conservar el poder controlando a su sicario, el canciller Bay, que consiguió hacer subir al trono al joven Siptah, un tullido? La corte de Pi-Ramsés ya es sólo un nido de víboras. Desde la desaparición de Ramsés el Grande, la autoridad faraónica no deja de debilitarse... ¡Y ésta es nuestra suerte, amor mío! Cuando poseamos la Piedra de Luz, el país entero será nuestro. Lástima que no pueda enviar a mis soldados para que arrasen la aldea y maten a sus habitantes.

Serketa se estremeció de gusto al imaginar semejante carnicería.

—¿Qué es lo primero que piensas hacer?

—Acudiré a la zona de los auxiliares para encontrarme con el escriba de la Tumba y preguntarle si su investigación interna avanza; luego, cogeré un barco

hacia Pi-Ramsés. Tú me acompañarás, naturalmente.

Serketa aguardaba ese detalle. Nunca permitiría que su querido marido jugase su propio juego y la dejara a ella de lado. Y si se le ocurría lanzar una sola mirada a una joven belleza, estrangularía a la muy zorra antes de castigar a Méhy.

Pero su esposo era un hombre razonable. Era consciente de que no tendría éxito sin la ayuda de Serketa, que de buena gana actuaba como verdugo, desprovista de cualquier humanidad y cualquier sentido moral. Y como aquella deliciosa compañera, más peligrosa que una víbora cornuda, era tan ambiciosa como él, el porvenir se anunciaba risueño.

—¿No deberías suprimir las entregas de provisiones a la aldea?

—Lo pensé —reconoció Méhy—, y habría hecho que acusaran a uno de mis subordinados para reemplazarlo por un escriba de mayor celo. Pero he eliminado ya a los que molestaban y, en nuestra ausencia, el viejo escriba de la Tumba provocaría un escándalo, cuyas consecuencias me alcanzarían hasta en Pi-Ramsés. No olvides que soy el protector oficial del Lugar de Verdad y que mi comportamiento debe parecerle irreprochable al poder central. Hasta hoy, esta línea de conducta me ha valido elogios y ascensos.

Mientras volvía a maquillarse los ojos con un afeite verde de primera calidad que alejaría a los insectos y la protegería del polvo, Serketa parecía preocupada.

—¿Te preocupa la reina Tausert?

—No cabe duda de que es temible, y espero que el clan del joven Siptah consiga eliminarla en seguida... No, estaba pensando en Paneb. No te equivocas... El coloso tiene mucho temperamento y sin duda se sentirá tentado a imponerse y reinar como un tirano sobre la cofradía.

—Por lo que sabemos de la regla de los constructores, eso es imposible —objetó Méhy.

—Paneb no teme que acaben detestándolo y pisoteará las leyes de la aldea, sean cuales sean.

Al general Méhy se le hizo un nudo en la garganta.

—Pero entonces... ¿El traidor asesinó inútilmente a Nefer el Silencioso?

—¡De ningún modo! Suponiendo que Paneb tome el poder, no lo ejercerá con la sabiduría de su predecesor. Y si osara hacerlo, intervendríamos para acabar de inmediato con su impulso.

—¿Ya tienes un plan?

—Claro que sí —repuso ella, esbozando una feroz sonrisa.

4

Los canteros llenaban de nuevo el pozo funerario de la tumba de Nefer el Silencioso.

—No cabe duda de que Paneb ha muerto —afirmó Karo el Huraño, un mocetón achaparrado de espesas cejas, nariz partida y brazos cortos y poderosos.

—Te equivocas —repuso su colega Casa la Cuerda, plantado sobre sus enormes pantorrillas—. Está tumbado en la capilla, y estoy seguro de que la mujer sabia lo devolverá a la vida.

—Cuando se ha acabado, se ha acabado —sentenció Fened la Nariz, que no se había engordado mucho desde su divorcio.

—Yo lo he sacado del pozo —recordó Nakht el Poderoso, que era casi tan fuerte como Paneb—, y todavía respiraba.

Elegante, con el pelo y el bigote muy cuidados, el pintor Ched el Salvador, que no participaba en ninguna tarea pesada, miró a sus colegas con desengaño.

Userhat el León, el escultor jefe de imponente pecho, se aseguró de que hubiera concluido el cegado. Renupe el Jovial, de gran vientre y cabeza de genio malicioso, se disponía a fijar las losas de la cubierta, ayudado por Ipuy el Examinador.

—¡El orfebre sale de la capilla! —exclamó Renupe.

Thuty el Sabio, tan frágil que parecía que iba a quebrarse, corría hacia sus compañeros del equipo de la derecha.

—¡Paneb está vivo!

—¿Cómo vivo? —preguntó Fened—. ¿Como una piedra, una legumbre o un hombre?

—No se sabe aún.

—¡Vayamos a ver!

Canteros y escultores se dirigieron hacia la capilla, cuya entrada custodiaban tres artesanos: Pai el Pedazo de Pan, de hinchadas mejillas, cuya alegría habitual había desaparecido; Gau el Preciso, un hombre más bien feo a causa de una nariz demasiado larga y corpulento aunque algo fofo, y Unesh el Chacal, cuyo físico recordaba el de un depredador.

El carpintero del equipo de la derecha, Didia el Generoso, un mocetón de lentos gestos, ayudaba a Hay, el taciturno jefe del equipo de la izquierda, a mantener erguido el busto de Paneb para que Clara pudiese auscultarlo.

Userhat el León empujó a Unesh y a Pai.

—¿Habla o no?

—Cállate de una vez —recomendó Gau—; la mujer sabia está escuchando la voz de su corazón.

Paneb parecía una estatua; tenía los ojos abiertos, pero estaba completamente inerte, y su piel estaba roja como si acabaran de escaldarlo.

Afortunadamente, no había perdido el ojo ni el corazón; y Clara frotaba ambos amuletos entre sus pulgares para devolverles el movimiento.

La mujer sabia no había pronunciado ni una sola palabra y en su mirada no se advertía ningún destello de optimismo. Sin embargo, había magnetizado ya la nuca y los riñones del coloso sin conseguir que circulase la energía.

De pronto, un enorme gato manchado de blanco, negro y rojo saltó sobre el regazo de Ardiente; más parecido a un lince que a un animal doméstico, se hizo una bola y ronroneó.

De inmediato, los ojos de Paneb parpadearon y Clara lanzó un suspiro de alivio. El felino, encarnando la victoria del sol sobre las tinieblas, había absorbido los últimos fluidos perniciosos proyectados por el espectro en la carne del pintor.

Finalmente el coloso despertó.

—La sombra... Los muros... Los muros están ahogándome... ¿Dónde están?

—Sólo era una ilusión —dijo Clara con dulzura—, y ahora estás de nuevo entre nosotros.

—¡Ya sabía yo que era indestructible! —exclamó Renupe el Jovial—. ¿Acaso no afirman que una parte del *ka* de Ramsés el Grande pasó al de Paneb? Gracias a esta energía, salvó a la cofradía. ¡Gloria a Paneb!

El escultor contagió su entusiasmo a los presentes y el hombre milagrosamente salvado se levantó entre las aclamaciones de sus cofrades.

—Dejadme pasar —ordenó la voz chirriante y autoritaria de Kenhir, el escriba de la Tumba, que tenía setenta y siete años.

Kenhir, representante del poder central en el Lugar de Verdad, había renunciado a una brillante carrera en Karnak para consagrarse a esa aldea y a sus habitantes, cuyos innumerables defectos no dejaba de criticar, pero a los que quería más que a cualquier otra cosa en el mundo, hasta el punto de que la administración tuvo que renunciar a jubilarlo.

Corpulento y patoso, Kenhir ya sólo se desplazaba con un bastón, salvo cuando tenía prisa por llegar a buen puerto y olvidaba adoptar el aspecto de un vejestorio achacoso y dolorido. Era el encargado de llevar el Diario de la Tumba, en el que consignaba los grandes y pequeños acontecimientos de la vida comunitaria, y para los artesanos era como un verdadero capataz que no toleraba ni un minuto de descanso. Contemplaba sin benevolencia cualquier motivo de ausencia en el trabajo y, en caso de enfermedad, recurría a la mujer sabia para saber si el artesano estaba realmente enfermo y era incapaz de cumplir con su función.

También formaba parte de su trabajo velar por el buen estado de las herramientas, que eran propiedad del faraón, y distribuirlas, recuperarlas y hacer que fuesen reparadas. Sin embargo, cada miembro de la cofradía estaba autorizado a fabricar sus propias herramientas para su uso personal, y se podía contar con Kenhir para evitar cualquier confusión.

—Se dice que la sombra ha matado a Paneb —aseguró con voz inquieta.

El escriba ayudante Imuni, un hombrecillo con cara de ratón, estaba listo para tomar nota.

—Pues ha sucedido todo lo contrario —declaró el coloso.

Kenhir examinó a Paneb durante largo rato.

—En efecto, tienes aspecto de estar muy vivo.

—¡Paneb ha salvado a la cofradía! —afirmó Nakht el Poderoso—. Si la sombra hubiera seguido aterrorizándonos, varias familias habrían abandonado la aldea.

—Ha arriesgado su vida por nosotros —advirtió Fened la Nariz—. Este acto, no sólo lo exime de cualquier acusación sino que, además, lo designa como nuestro único patrón.

El escriba de la Tumba consultó con la mirada a la mujer sabia y a Hay, el jefe del equipo de la derecha. Con un ademán, ambos le dieron su aprobación.

El traidor estaba aterrado.

Al ver aparecer a *Encantador,* ya había hecho un ademán de retroceso, pues aquel gato monstruoso le había arañado mientras estaba buscando la Piedra de Luz, que estaba tan bien escondida que aún no había conseguido descubrir su emplazamiento.

Y ahora, tras su victoria sobre la sombra roja, Paneb se convertía en el héroe de la cofradía, que iba a reconocerlo como maestro de obras.

Pero lo esencial seguía siendo la desaparición de Nefer el Silencioso, querido por todos y cuya autoridad nadie discutía. Al colocar al revés el disco de luz bajo la cabeza de la momia, el traidor había intentado matar por segunda vez a Nefer; y aunque la intervención de su hijo espiritual hubiese aniquilado al espectro, Silencioso no volvería.

El tribunal de la aldea tal vez no cediera al momentáneo entusiasmo en favor de Paneb el Ardiente y, tras una madura reflexión, sin duda rechazaría su candidatura. En cualquier caso, si lo elegían, cometerían un gravísimo error, pues Paneb resultaría un maestro de obras execrable; dividiría a los artesanos y crearía múltiples conflictos en el interior de la aldea. El traidor tendría que saber aprovechar el desorden.

Era él, y nadie más, quien debería haber dirigido el Lugar de Verdad desde hacía mucho tiempo; y puesto que no habían reconocido su valor, su venganza era

legítima.

Gracias al general Méhy y a su esposa, que habían acumulado para él riquezas en el exterior, a cambio de las informaciones que les procuraba, el traidor ya era un hombre rico. Sólo le quedaba apoderarse de la Piedra de Luz y negociar con ella.

—Gracias a Paneb —advirtió Clara—, Nefer por fin descansa en paz. La luz brilla bajo su cabeza, su cuerpo de resurrección acoge la potencia secreta del sol y su nombre de Nefer-hotep se ha consumado. Se ha convertido en uno de los ancestros benefactores de nuestra cofradía, un espíritu radiante al que veneraremos todas las mañanas en cada una de nuestras moradas. Para él, las pruebas han terminado; y en su honor y para prolongar sus enseñanzas seguiremos luchando para que viva el Lugar de Verdad.

Todos sintieron que la tristeza nunca más abandonaría los ojos de Clara; pero la mujer sabia estaba de nuevo activa, superaba su desesperación para preocuparse por la pequeña comunidad. Gracias a su magia, ningún obstáculo sería insuperable.

—Tengo un mal resfriado —se quejó Fened la Nariz—; ¿quieres cuidarme?

—Mi gabinete de consulta vuelve a estar abierto —declaró Clara, esbozando una hermosa sonrisa.

—Yo tengo en el pie una herida que no cura —dijo Casa la Cuerda—, y es mucho más grave que el resfriado de Fened.

Clara examinó al paciente.

—Es un mal que conozco y que curaré.

Thuty el Sabio se dirigió a Paneb.

—¿Cuáles son tus intenciones?

—Me convierto en servidor del *ka* de Nefer el Silencioso, mi padre espiritual, y prohíbo a todo el mundo que se acerque a su tumba. Yo y sólo yo aportaré las ofrendas y cuidaré su morada de eternidad.

—Como quieras —asintió Unesh el Chacal—; ¿pero deseas suceder a Nefer en todas sus funciones?

—Ser jefe del equipo de la derecha me basta y me sobra. Ahora, alejaos; deseo quedarme solo con la mujer sabia para venerar la memoria de este ser irremplazable al que queremos.

Nadie protestó y se organizó una procesión.

—Paneb será un excelente maestro de obras —le sugirió el traidor al escriba de la Tumba.

—Eso debe decidirlo el tribunal —respondió Kenhir.

Cuando éste apenas había cruzado el umbral de su morada, su joven esposa, Niut la Vigorosa, con la que había pactado un matrimonio de conveniencia, se le lanzó al cuello.

—El general Méhy está en la entrada principal de la aldea y desea veros urgentemente.

5

El general Méhy había tenido que enunciar su nombre y sus títulos en cada uno de los cinco fortines dispuestos en el camino que llevaba a la entrada principal de la aldea. Los policías nubios no bromeaban con la disciplina impuesta por el jefe Sobek, y cualquier visitante, fuera cual fuese su rango, debía respetar el reglamento.

Sobek en persona había acogido a Méhy en el quinto fortín.

Incorruptible, el sólido nubio estaba obsesionado desde hacía veinte años por un enigma: ¿quién había matado a uno de sus hombres en una de las colinas que dominaban el Valle de los Reyes? Ya hacía mucho tiempo de aquello, las investigaciones se habían interrumpido y el asesinato de Nefer el Silencioso parecía relegar aquel crimen a un segundo plano, pero Sobek seguía convencido de que se conspiraba desde hacía mucho contra la cofradía y de que aquellos dos casos estaban relacionados.

Al nubio no le gustaba Méhy. Lo consideraba un arribista, pretencioso y muy pagado de sí mismo, pero no tenía razón alguna para negarle el acceso a la zona de los auxiliares, donde «los hombres del exterior» trabajaban para el bienestar de la cofradía bajo la dirección de Beken el alfarero.

—¿Algún problema, Sobek? —preguntó Méhy con altivez.

—En lo que me concierne, ninguno.

—No dudes en avisarme si surge cualquier cosa. Deseo que mi gestión sea excelente.

—Los auxiliares reciben buenos salarios, aprecian sus condiciones de trabajo, y al parecer, a la aldea no le falta de nada.

—Haz que le comuniquen al escriba de la Tumba que deseo verlo urgentemente.

Mientras el policía llevaba a cabo su tarea, Méhy contempló los talleres de los auxiliares que, al caer la tarde, regresaban a sus moradas, en el lindero de las tierras cultivadas. El trabajo estaba rigurosamente organizado, de modo que se evitara a los artesanos el máximo de tareas y se les permitiera concentrarse en su razón de ser: hacer que en sus obras brillara la Piedra de Luz y encarnar los misterios de la Morada del Oro.

Muy pronto, aquel dominio pertenecería al general y él sería el único que daría órdenes.

Kenhir se dirigía hacia el visitante, caminando con pasos vacilantes. Ante Méhy, el viejo escriba se apoyó en su bastón.

—¿Cómo estáis, Kenhir?

—Mal, muy mal... El peso de los años me abruma cada día más.

—¿No deberíais pensar en una merecidísima jubilación?

—Me quedan demasiadas cosas por hacer, sobre todo después del drama que nos afecta.

—Estoy aquí precisamente a causa del asesinato de Nefer. El rey me ha convocado en la capital y desea conocer los resultados de mi investigación... ¡Pero vos sois el único que está autorizado a investigar en la aldea!

—En efecto, general.

—¿Habéis identificado al culpable?

—Por desgracia, no.

—¿Tenéis sospechas?

Kenhir pareció molesto.

—Os diré la verdad, general, a condición de que me prometáis guardar silencio.

Méhy se puso tenso.

¿Habría el viejo escriba desenmascarado al traidor?

—Me exigís mucho, Kenhir... No puedo ocultarle nada a Su Majestad.

—El rey Siptah es un adolescente que vive en Pi-Ramsés, muy lejos del Lugar de Verdad que vos y yo tenemos el deber de proteger. Redactaré un detallado informe sobre la investigación en curso para el rey, y vos lo tranquilizaréis indicando que la cofradía seguirá actuando como si nada hubiera pasado.

Los músculos del general se contrajeron, y sintió picor en la pierna izquierda.

Así pues, la desaparición de Nefer no había conseguido doblegar a los artesanos.

—De acuerdo, Kenhir. Os prometo que guardaré silencio.

—Estamos casi seguros de que el culpable es uno de los miembros de la cofradía.

—¿Significaría eso... que hay un traidor entre vosotros?

—Eso me temo —deploró el anciano con voz fatigada.

—Me cuesta creerlo... Mi hipótesis me parece mucho más plausible.

—¿Y cuál es? —preguntó Kenhir, intrigado.

—A mi entender, el asesino del maestro de obras no puede ser más que un auxiliar.

—Un auxiliar... ¡Pero si tienen prohibido el acceso a la aldea!

—El culpable habrá conseguido introducirse en ella sin ser descubierto por el guardián, sin duda con la intención de robar objetos valiosos en casa de Nefer. Éste lo sorprendió y el ladrón lo mató.

—Un auxiliar... —susurró el escriba de la Tumba con un brillo de esperanza en la mirada, cuya vivacidad seguía intacta.

—Os aconsejo que los interroguéis. Si no obtenéis resultados, yo mismo los abordaré en su casa, fuera del territorio del Lugar de Verdad, y mis especialistas los harán hablar. Si el asesino es uno de ellos, confesará.

—Propondré vuestra estrategia al tribunal.

—Diré, pues, al rey que unimos nuestros esfuerzos para descubrir la verdad.

—Sobre todo decidle que esperamos sus directrices para la construcción de su morada de eternidad y de su templo de millones de años.

—En cuanto regrese, volveremos a vernos para puntualizar las cosas; espero que hayáis podido confundir al asesino.

—También yo lo espero, general.

Méhy, consiguiendo contener su rabia, volvió a subir al carro sin haber planteado la pregunta esencial: ¿quién había sucedido a Nefer el Silencioso, si no Paneb el Ardiente? Sólo el coloso había podido salvar la cofradía de la desbandada. El traidor no tardaría en confirmárselo y Serketa tuvo *razón* al esbozar un plan para librarse de aquel importuno.

—¿Un auxiliar? —se extrañó el jefe Sobek tras haber escuchado atentamente al escriba de la Tumba.

—¿Por qué no?

—El guardia lo habría visto penetrar en la aldea.

—El mejor de los guardianes no puede permanecer atento a cada segundo... y el asesino habría encontrado la manera de escalar el muro sin que advirtieran su presencia.

—En el interior habría sido descubierto en seguida —objetó Sobek.

—Habría tomado mayores precauciones.

—¿Y un auxiliar puede haber sido lo bastante loco para matar al maestro de obras...?

—Actuó impulsado por el miedo.

—Me gustaría que Méhy tuviese razón —anunció el policía—, y que todos los artesanos fueran inocentes, pero esa hipótesis no me convence demasiado.

—Interroga a los auxiliares, Sobek, compara sus testimonios e intenta descubrir algún indicio.

—Contad conmigo.

Mientras el viejo escriba regresaba a la aldea, el nubio se hacía una pregunta: ¿por qué el general Méhy, sabiendo que forzosamente iban a confiarle la investigación, no le había comunicado sus sospechas?

Paneb había terminado una mesa de ofrendas de alabastro que depositaría en la capilla de la tumba de Nefer el Silencioso, al pie de la puerta de piedra, cubierta de jeroglíficos, que daba acceso al otro mundo. En el interior de la forma rectangular había esculpido una pata y unas costillas de buey, un pato, algunas cebollas,

pepinos, coles, higos, uva, dátiles, granadas, pasteles, panes, jarras de leche, de vino y de agua.

Mágicamente animada por la mujer sabia, aquella mesa de ofrendas funcionaría por sí sola, al margen de cualquier presencia humana, proporcionando al *ka* de Nefer las esencias sutiles de los alimentos encarnados en el alabastro. Así, incluso cuando los íntimos del maestro de obras hubieran desaparecido, la piedra viviente seguiría alimentándolo.

Pero el hijo espiritual del maestro de obras asesinado no se limitaba a ese homenaje rendido a todos los difuntos; él, el pintor, se aventuraría a nuevas técnicas que aplicaba tras haber examinado con atención el trabajo de los escultores. Como en sus precedentes exploraciones por el mundo de la materia, Paneb comprobaba que la mano era espíritu.

Ardiente, guiado por los consejos de la mujer sabia, había decidido moldear una estatua de Nefer dotada de unos ojos excepcionales, correspondientes a la realidad anatómica que la medicina egipcia había descifrado al describir las distintas partes del ojo: una córnea de cristal de roca para poner de relieve la agudeza de la mirada, una esclerótica de carbonato de magnesio que contenía óxidos de hierro que traducían la presencia de las vénulas, la pupila perforada en el cristal de roca y el iris materializado por medio de resina parda, al tiempo que imprimía las disimetrías necesarias entre pupila y córnea (1).

Nacía el alba cuando Clara entró en el taller donde el miniaturista acababa de dejar sus herramientas. Un rayo de sol iluminaba la estatua, cuya mirada contemplaba la eternidad.

La esposa del difunto no pudo contener las lágrimas.

Gracias al genio de su hijo espiritual, Nefer estaba vivo, fuera del alcance de la decrepitud y la muerte. Erguido, con el pie derecho adelantado y los brazos pegados al cuerpo, marchaba por los hermosos caminos del Occidente y seguía guiando a la cofradía hacia el Oriente.

Clara estuvo a punto de arrodillarse ante la estatua, pero Paneb la detuvo.

—Su *ka* subsistirá en la tierra —le dijo—, pero vive en ti, y tú eres la depositaría de su sabiduría. Tú eres la soberana del Lugar de Verdad, no nos abandones.

6

Ni Méhy ni Serketa prestaron la menor atención a los esplendores de Pi-Ramsés, la capital creada por Ramsés el Grande en el Delta, cerca del corredor de invasión del nordeste. De ese modo, el faraón intervenía con rapidez a la menor alarma. «La ciudad de turquesa», dotada de un puerto que permitía el atraque de embarcaciones de carga, estaba cruzada por canales flanqueados de vergeles, huertos y lujosas villas. A pesar de la buena vida que en ella se llevaba, la ciudad albergaba, sin embargo, una excelente guarnición y un arsenal del que salían las armas destinadas a equipar a las tropas de élite encargadas de vigilar la frontera.

El general y su esposa fueron llevados al palacio, en cuyos muros se leían los nombres de Ramsés, inscritos en óvalos que simbolizaban el universo que recorría, ya para siempre, el alma real.

El canciller Bay los recibió inmediatamente en su despacho, cuyos armarios para papiros crujían bajo el peso de los documentos. Pequeño, canijo, nervioso, con unos ojos negros muy vivos y el mentón adornado por una barbita, el canciller era un hombre en la sombra que mantenía con firmeza las riendas de la administración, al servicio de la reina Tausert, a la que admiraba, y del joven faraón Siptah, a quien había hecho subir al trono para acabar con las querellas y las intrigas.

—Me satisface volver a veros, general... Y estoy muy contento también de poder saludar a vuestra encantadora esposa. Espero que el viaje no haya sido muy fatigoso.

—En absoluto.

—Mejor así, mejor así... Os alojaréis en un apartamento de palacio y he dado órdenes para que vuestra estancia en la capital sea lo más agradable posible. Supongo que vuestra esposa deseará refrescarse y descansar.

Aparecieron dos sirvientas y Serketa, muy afectada, fue invitada a seguirlas.

Cuando la puerta del despacho se cerró, la forzada amabilidad del canciller desapareció. Méhy se encontró ante un jefe de gobierno inquisitivo y severo.

—¿Qué ocurre exactamente en Tebas, general?

—La situación es por completo normal, tranquilizaos; ya puedo anunciaros cosechas fabulosas y excelentes recaudaciones fiscales.

—Nadie duda de vuestras cualidades como administrador, mi querido Méhy, ¿pero qué se puede pensar del asesinato de Nefer el Silencioso?

—Ese drama espantoso me trastornó. El escriba de la Tumba y yo mismo uniremos nuestros esfuerzos para desenmascarar al culpable.

—Me satisface saberlo... ¿Pero tenéis alguna pista?

—Sólo Kenhir puede llevar a cabo la investigación en el interior de la aldea, canciller. Si necesita mi intervención en el exterior, le proporcionaré tantos hombres como necesite.

—Tengo la impresión de que tenéis sospechas concretas, general.

—Concretas, no... pero estoy convencido de que el criminal es uno de los auxiliares.

Bay consultó un papiro.

—Eso es lo que Kenhir me ha escrito, en efecto, y no está lejos de compartir vuestra opinión.

Méhy se sentía humillado. El escriba había enviado un mensaje al canciller, en una embarcación especial, manteniendo su comunicación directa con el poder central y sin avisar al general.

—Kenhir me asegura que la cofradía seguirá trabajando con el mismo vigor y que el faraón puede contar con ella para asumir la totalidad de sus deberes.

—Según esta carta —añadió el canciller—, un espectro parece haber turbado la serenidad de la aldea, pero el valor de Paneb, el nuevo jefe del equipo de la

derecha, puso en fuga esa fuerza de las tinieblas y restableció la tranquilidad. Ahora Nefer descansa en paz, y los artesanos se preparan para crear los monumentos indispensables para que el rey pueda brillar en todo su esplendor.

—Todo el país se alegrará de ello —afirmó Méhy con convicción.

—Pero también es necesario que el asesino sea castigado y la cofradía se tranquilice en lo referente a su seguridad exterior.

—Ésta es una de mis misiones, canciller, y pretendo cumplirla.

—Entendámonos, general: vos y yo ya conseguimos evitar una guerra civil y ahora debemos confortar la autoridad del faraón Siptah y la de la reina Tausert.

—¿Insinuáis... que corren peligro?

—No os hagáis el ingenuo, Méhy. Siptah está dotado de una inteligencia excepcional, pero carece de cualquier experiencia de gobierno y su salud es frágil; sin el apoyo de Tausert sería incapaz de soportar el peso de su función. La propia reina debe contar con temibles adversarios... Una parte de la corte no le perdona que sea una mujer, y la otra, que sea la viuda de Seti II.

—Su Majestad posee una personalidad fascinante que ha impresionado mucho a los tebanos... A mi entender, también ella tiene la talla de un faraón.

—Sin duda, pero la casta militar de Pi-Ramsés desea ver a la cabeza de Egipto a un hombre fuerte, *capaz* de resistir una eventual invasión, de declarar incluso una guerra preventiva.

—Y ese hombre fuerte... ¿se ha manifestado ya?

—Se llama Set-Nakht. Un dignatario de cierta edad, pero que conoce perfectamente la Sirio-Palestina y a quien escuchan las tropas de élite.

—¿Hasta el punto... de tomar el poder por la fuerza?

—Todavía no, general, todavía no... Pero por desgracia no podemos excluir esa eventualidad. Espero que Set-Nakht sea un legalista y que no se atreva a lanzarse a una aventura destructora. Ser demasiado optimistas sería un grave error, ¿no creéis?

Méhy se tomó un momento de reflexión.

El canciller Bay no destilaba informaciones tan importantes por casualidad y, por lo tanto, no le había convocado en Pi-Ramsés sólo para hablarle de la situación económica de Tebas y de la desaparición de Nefer el Silencioso.

Frente a aquel temible estratega, el general se veía obligado a correr ciertos riesgos.

—Vuestra confianza y vuestras confidencias me honran, ¿pero qué esperáis de mí?

—Excelente pregunta, Méhy... Mis palabras, en efecto, podrían ser calificadas de secretos de Estado. Unos secretos de los que os he hecho depositario y que os convierten en uno de los dignatarios mejor informados de este país. Lo que espero de vos es una colaboración sin segundas intenciones. Naturalmente, se os podría ocurrir jurar fidelidad a Set-Nakht, con la esperanza de convertiros en su primer ministro.

—Canciller, os aseguro que...

—Conozco muy bien la naturaleza humana, general, y prefiero prevenir que curar. Si intentarais traicionar al faraón legítimo, sería implacable.

Méhy y Serketa estaban entre los invitados a un fastuoso banquete que la reina Tausert honraba con su presencia. La juzgaron más hermosa y peligrosa que nunca, y Serketa se sintió celosa de su presencia. Por el fulgor que turbó su mirada, Méhy comprendió que sentía deseos de asesinarla.

—Tranquilízate, amor mío —le murmuró al oído—; en su territorio, la reina está fuera de alcance.

Serketa sonrió a un anciano dignatario que no había pronunciado una sola palabra desde el inicio del banquete.

—¿Nacisteis aquí? —le preguntó ella para intentar complacerlo.

—Tuve esta suerte, hermosa dama, y he hecho una carrera perfecta sin cometer la menor falta. Y he tenido el privilegio de servir a verdaderos jefes.

—¿No será uno de ellos el rey Siptah? —se extrañó Méhy.

—Todos respetamos al faraón legítimo, claro está, pero tememos su juventud y su inexperiencia. Deseemos que el tiempo sea su aliado y que aprenda a gobernar.

—¿Nunca asiste a festividades de este tipo? —susurró Serketa.

—Nunca. Pasa la mayor parte del día en el templo, estudiando los escritos de los antiguos tras haber celebrado el ritual del alba. Semejante fervor es loable, pero corre el riesgo de no ser adecuado a la situación actual.

—Soy una tebana y no conozco la corte de Pi-Ramsés... —recordó Serketa, haciendo arrumacos, como una niña—. ¿No intentáis hacernos comprender que la reina Tausert es la verdadera dueña del país?

—Nadie lo duda.

—Pero vos no parecéis estar muy convencido de ello... —observó Méhy.

Con el reverso de la mano, el dignatario rechazó a una joven sierva que le ofrecía pato asado.

—No seáis demasiado curioso, general, y limitaos a lo que poseéis. Tebas es una ciudad agradable, la gobernáis con mano de hierro, y vuestros resultados son apreciados en su justo valor. Desear algo más os llevaría por caminos peligrosos en los que no encontraríais aliado alguno.

—¿Acaso ignoráis que el canciller Bay me honra con su confianza?

—No ignoro nada de lo que ocurre en esta ciudad, y os aconsejo que os marchéis lo antes posible.

Méhy, ofendido, reaccionó.

—¿Quién sois vos para atreveros a hablarme en ese tono?

El anciano dignatario se levantó y la pareja advirtió que su corpulencia era sorprendente para un hombre de su edad.

—Tengo numerosas obligaciones y no suelo frecuentar los banquetes oficiales, pero éste me ha dado la posibilidad de conoceros. Antes de regresar a mi morada, quería advertiros que Set-Nakht no os necesita y que el primer deber de un general consiste en obedecer a su rey.

7

Apenas hubo llegado Beken el alfarero, jefe de los auxiliares, a la zona que les estaba reservada, Sobek lo interpeló.

—Reúne a tus subordinados ante la forja de Obed —ordenó el policía nubio.

El alfarero, que era muy quisquilloso, le plantó cara.

—¿Algo va mal?

—Ya lo verás.

—Exijo explicaciones.

Sobek se rascó la cicatriz que tenía bajo el ojo izquierdo, recuerdo de una lucha a muerte con un leopardo en la sabana de Nubia.

Quien conocía bien al jefe de policía del Lugar de Verdad sabía que aquel gesto revelaba una creciente irritación, preludio de una cólera devastadora.

—No te enfades —recomendó Beken, en tono vacilante—. Sólo deseaba saber si...

—Reúne a los auxiliares.

Beken consideró preferible obedecer, pero tuvo muchas dificultades para reunir a «los del exterior», entre los que figuraban lavanderos, carniceros, panaderos, cerveceros, caldereros, curtidores, tejedores, leñadores, pescaderos y jardineros, nombrados todos ellos para asegurar el bienestar de los aldeanos.

Obed el herrero fue el primero en protestar vigorosamente.

—¡Nos tratas peor que a bueyes destinados al matadero! ¿Pero qué te pasa, Beken?

—Órdenes del jefe Sobek... ¡Yo no tengo nada que ver!

—¿Acaso no te encargas de defender nuestra causa si se producen abusos de autoridad?

—Quéjate a los responsables.

Obed el herrero era de origen sirio, barbudo, con las piernas cortas. Era un hombre de carácter, y no vaciló en enfrentarse a Sobek, que observaba el tumulto con impaciencia.

—Somos trabajadores libres, y no tienes ningún derecho sobre nosotros —declaró el herrero.

—Te falta memoria —asestó el nubio—; en caso de que un auxiliar cometa una falta grave, tengo el deber de detenerlo.

Obed frunció el ceño.

—¿De modo que todos hemos cometido una falta grave? Te estás burlando de nosotros, Sobek, y voy a avisar inmediatamente al escriba de la Tumba.

—Actúo por orden suya, pues todos sois sospechosos del asesinato de Nefer el Silencioso.

El herrero se quedó boquiabierto. De repente, el estruendo cesó, para dejar paso a un pesado silencio.

—Poneos en fila —ordenó el policía—, y permaneced tranquilos. Os interrogaré uno a uno en mi despacho.

—¡Exijo que Beken esté presente para defendernos! —intervino el calderero—. Ya conocemos tus métodos... ¡Harías confesar a cualquiera!

Sobek miró de arriba abajo al respondón.

—¿Puedes citarme un ejemplo concreto?

El calderero bajó los ojos.

—No, no...

—Necesito respuestas claras y me tomaré el tiempo necesario para obtenerlas. Los inocentes tienen las manos limpias, por lo que no tienen nada que temer, y serán liberados rápidamente. Sobre todo, no intentéis mentir: tengo el olfato de un perro de caza.

Beken se aproximó al policía.

—¿Puedo hablarte a solas?

—Mira, precisamente... Pensaba interrogarte en primer lugar.

Los dos hombres entraron en la forja. A Sobek le gustaba el lugar, pues simbolizaba, a la perfección, la antecámara del infierno donde ardería el asesino.

—Tú, alfarero, tienes que revelarme algo.

—Falta un auxiliar.

—¿Estás seguro?

—Libu, un lavandero, hijo de una libia y un tebano. Tiene cincuenta años y trabaja mucho para alimentar a su familia. De vez en cuando roba alguna tela basta, pero yo hago como si no me diera cuenta.

—Tal vez esté enfermo...

—Su mujer me habría avisado. Su ausencia es absolutamente anormal, te lo aseguro.

—Iré a su casa. Mientras tanto, podéis reanudar vuestras actividades.

Libu soñaba despierto.

Le costaba comprender lo que estaba sucediéndole. Una campesina se había dirigido a él, en el camino que llevaba al Lugar de Verdad, y Libu creyó que lo tomaba por otro. Pero ella lo había llamado por su nombre y lo sabía todo acerca de él, incluso sus pequeños hurtos.

Libu, inquieto, se había defendido evocando su modesta situación y las necesidades de su familia.

La campesina lo había tranquilizado. La habían enviado sus colegas lavanderos, que acababan de recibir un lote de ropa nueva salida de los talleres del Ramesseum y pensaban proceder a un discreto reparto de las mejores piezas antes de ir al trabajo. ¡Una ganga que no podía perderse!

—No te conozco... ¿De dónde sales?

—Soy una nueva sobrina de Beken el alfarero —respondió Serketa con voz de niñita.

—Ah, bueno... ¿Y no te da asco?

—¡Es tan amable! Gracias a él va a hacerse el reparto.

Serketa salió del camino para dirigirse a un bosquecillo de tamariscos, en el lindero del desierto.

—Es el lugar de la cita —precisó—; es un paraje muy tranquilo.

—¡Mejor así! Si el jefe Sobek nos descubriera, perderíamos el empleo y nos caería una dura condena de cárcel.

—No temas... Beken lo ha previsto todo.

Libu ya pensaba en un ventajoso trueque que realizaría su mujer gracias a las hermosas telas que él le llevaría. Aunque el oficio de lavandero fuese duro, tenía ciertas ventajas.

El auxiliar contempló las hermosas formas de la campesina.

—Beken elige bien a sus sobrinas... ¡Pero acaba de tomar una! Suele conservarlas por más tiempo.

—En este momento tiene mucha energía.

—¡Menudo viejo verde! Si lo hubiera sabido, no me habría casado y habría vivido como él.

—¿Sabes?, yo no soy muy arisca... y donde come uno, pueden comer dos.

Libu puso una mano sobre los pechos de Serketa.

—Si mi mujer lo supiera...

—¿Quién va a decírselo?

El lavandero inclinó la cabeza para besarle los pezones, luego siguió descendiendo hacia el bajo vientre. Su posición era perfecta. Serketa sacó de su peluca una larga aguja untada en veneno y la clavó en la nuca de Libu con precisión de cirujano.

En unos instantes, el cuerpo del auxiliar se puso rígido. Ella lo apartó violentamente y contempló, entre excitada y encantada, la horrible agonía de aquel hombre.

Luego recuperó el arma del crimen, desnudó a su víctima y la vistió con un soberbio taparrabos que llevaba bajo su amplia túnica. Pertenecía a Nefer el

Silencioso y había sido robado por el traidor.

Tras haberse asegurado de que el lugar estaba desierto, la campesina regresó hacia los cultivos.

Ya no cabía duda: Libu el lavandero había huido. Su esposa lloraba y el jefe Sobek había ordenado a sus hombres que peinaran el territorio del Lugar de Verdad y sus alrededores. Si las investigaciones no daban resultado, se vería obligado a pedir a Méhy que interviniera.

—No cabe duda de que Libu ha cometido un delito lo bastante grave como para incitarlo a desaparecer y a abandonar a su familia —consideró Beken.

—Nada demuestra que haya asesinado a Nefer —objetó Sobek—; ¿había manifestado alguna animosidad contra el maestro de obras?

—No, pero sin duda se trató de una desgraciada concurrencia de circunstancias. Libu era un ladronzuelo, ya te lo he dicho, y debió de intentar dar un buen golpe entrando en casa de Nefer, que estaba allí y lo descubrió.

—¿Y no lo vio nadie? ¿Y no hay rastro alguno del botín en casa de Libu?

Las preguntas del policía turbaron al alfarero. Estaba buscando alguna respuesta cuando un policía irrumpió en el despacho de Sobek.

—Ya está, jefe, lo hemos encontrado. Lo malo es que está muerto.

El nubio acudió de inmediato al lugar.

—¿Habéis visto el taparrabos? —preguntó uno de sus hombres—. ¡Es muy lujoso! Incluso lleva una marca, en jeroglífico.

El corazón y la traquearteria, es decir, el signo que servía para escribir la palabra «Nefer». Sobek cogió el taparrabos.

—Supongo que no habrá ningún testigo...

—Ninguno, jefe. A primeras horas de la mañana este lugar está desierto.

Clara examinó la prenda.

—Sí, en efecto, pertenecía a Nefer. Tenía dos taparrabos nuevos de recambio, y acabo de comprobarlo: falta uno.

—Caso cerrado —concluyó Kenhir—: el tal Libu asesinó al maestro de obras. Cuando supo que el jefe Sobek iba a interrogar a los auxiliares decidió emprender la huida. Pero el destino no ha permitido que quedara impune y la muerte lo ha alcanzado antes de que pudiera aprovecharse de su fechoría.

—Ése será, pues, vuestro informe —dijo Sobek.

—*Nuestro* informe —rectificó el escriba de la Tumba.

—Yo no voy a firmarlo.

—¿Por qué? —preguntó Clara.

—Porque no creo en la muerte natural de ese lavandero.

—El taparrabos... ¿No es una prueba suficiente de su culpabilidad? —insistió Kenhir.

—Alguien intenta engañarnos.

—En ese caso, firma el informe —recomendó Clara—. El monstruo que se oculta tras este nuevo crimen quedará convencido de que nos ha embaucado.

8

Gracias a la incesante actividad de Niut la Vigorosa, la residencia oficial de Kenhir brillaba como una joya. No había ni una sola mota de polvo sobre aquel refinado mobiliario, y la joven conseguía incluso hacer la limpieza en el despacho del escriba de la Tumba sin desordenar sus archivos. Como también era una excelente cocinera, Kenhir debería haber sido el más feliz de los maridos y poder consagrarse así, al margen de sus obligaciones oficiales, a su obra literaria, cuyo florón era una *Clave de los Sueños.* Pero la actitud de Niut lo afligía.

—Siéntate un instante, te lo ruego —le dijo.

—La ociosidad es el peor de los vicios.

—No paro de darle vueltas a la cabeza, y me gustaría hablarte seriamente.

El ama de casa se sentó en una silla de paja.

—Os escucho.

—Soy un viejo y tú eres una muchacha. Me casé contigo sólo para legarte todos mis bienes, pero te dejé bien claro que tú podrías llevar la vida que quisieras. ¿Por qué te consagras sin cesar a esta casa y a mi comodidad, y te olvidas de tu propia felicidad?

—Porque soy feliz así y todos mis deseos están satisfechos. Os he preparado unas ropas nuevas para el tribunal y espero que adoptéis la decisión adecuada. El Lugar de Verdad necesita un verdadero jefe como Paneb.

«La asamblea de la escuadra y el ángulo recto», el tribunal específico del Lugar de Verdad, se reunió en el patio al aire libre del templo de Maat y de Hator. El tribunal estaba formado por la mujer sabia, el jefe del equipo de la izquierda, el escriba de la Tumba, Turquesa y otros cuatro jurados nombrados por sorteo: Ched el Salvador, Nakht el Poderoso, Gau el Preciso y una sacerdotisa de Hator.

Eran ocho, como las fuerzas primordiales, y dictaban sentencias que ninguna autoridad discutía. Con el encargo de distinguir la verdad de la mentira y proteger al débil del poderoso, arbitraban los asuntos referentes a la vida de la cofradía, desde las declaraciones de sucesión hasta los conflictos entre aldeanos.

—Se nos ha sometido, por parte de varios artesanos, una proposición oficial —declaró Kenhir—: designar a Paneb el Ardiente como maestro de obras y sucesor de Nefer el Silencioso. Creo que no hace falta recordar la importancia de semejante decisión, que sólo se puede tomar por unanimidad.

—Paneb arriesgó su vida para salvar a la cofradía —recordó Nakht el Poderoso—. No me gusta su carácter, todos lo saben, pero los hechos son los hechos. Será nuestra mejor protección cuando sea necesario defendernos de nuevo.

—Cuando el hijo espiritual es fiel a su padre, ¿acaso no debe sucederle? —preguntó la mujer sabia.

—Paneb no sólo es un técnico excepcional —declaró Hay—, también tiene un temperamento de jefe; su modo de dirigir no se parecerá al de Nefer y eso provocará muchos trastornos; pero no tenemos elección y propongo que confiemos en él.

—Estoy de acuerdo con el jefe del equipo de la izquierda —dijo Gau con su voz ronca—. Por mi parte, también pienso que su falta de diplomacia provocará conflictos, pero necesitamos su valor y su energía.

Turquesa y la otra sacerdotisa de Hator guardaron silencio.

—Si lo he entendido bien —observó Kenhir—, nadie se opone al nombramiento de Paneb el Ardiente como maestro de obras.

—Te has olvidado de mí —intervino Ched el Salvador.

—Paneb ha sido tu alumno y siempre lo apoyaste.

—Precisamente por eso.

—Explícate, Ched.

—Desde el primer momento supe que Paneb sería un gran pintor; pero han sido necesarios largos años para formarlo y permitir que su mano se expresara libremente, sin dejar de respetar las reglas de armonía. Me alegro de que hoy sea jefe de equipo; ya ha aprendido a mostrarse menos fogoso y ha probado que sabía dirigir sin traicionar el espíritu de la cofradía. Si le hiciéramos quemar etapas, Paneb sería abrasado por su propio fuego. Démosle tiempo para aclimatarse a su nueva función y juzguémoslo por sus actos.

—¡Pero no disponemos de ese tiempo! —afirmó Nakht el Poderoso.

—Nuestro escriba de la Tumba goza de una forma excelente y sabrá representarnos ante las autoridades mientras los dos jefes de equipo se consagran a sus tareas. Más tarde tomaremos una decisión definitiva.

—Si sólo faltara un voto favorable, el tuyo, ¿aceptarías cambiar de opinión? —preguntó Kenhir.

—Sería una cobardía imperdonable. Un fuego de la naturaleza de Set arde en el corazón de Paneb, un fuego tan terrible como el rayo; destruye cualquier obstáculo que se interponga en su camino, pero aniquilaría a Ardiente si exigiéramos demasiado de él.

La mujer sabia no tomó de nuevo la palabra, por lo que Kenhir ya sólo tuvo que formular la decisión del tribunal: Paneb no sería nombrado maestro de obras del Lugar de Verdad.

Turquesa apartó el capuchón de lino que cerraba el recipiente que contenía un precioso colirio compuesto de galena, pirita, carbón vegetal, cobre y arsénico. Como ayudante directa de Clara, superiora de las sacerdotisas de Hator del Lugar de Verdad, la suntuosa pelirroja, que contaba unos cuarenta años muy bien llevados, velaba por los objetos rituales utilizados en el templo y por la preparación de los productos de belleza que transformaban a sencillas amas de casa en siervas de la diosa.

En aquella aldea que no se parecía a ninguna otra, cada cual realizaba una función sagrada; los artesanos y sus compañeras eran sus propios sacerdotes y sus propias sacerdotisas, y ningún celebrante exterior intervenía en sus ceremonias. Ellos mismos construían su jerarquía, con total independencia, y sólo reconocían como autoridad suprema la del faraón y su gran esposa real.

Turquesa contó las redomas con ungüento para asegurarse de que no faltara ninguna; panzudas, estables y herméticas, tapadas con capuchones de lino, eran otras tantas obras maestras talladas en calcáreo, alabastro o serpentina.

Una vez terminado el inventario, la sacerdotisa adornó con ramilletes los altares del templo, en el que pronto oficiaría la mujer sabia. Antaño, penetraba allí acompañada por el maestro de obras para celebrar el rito del alba mientras que, en cada morada, los aldeanos ofrecían el fuego a los bustos de los antepasados y derramaban agua sobre las flores colocadas en su honor, para desprender de ellas el perfume que encantara su *ka.* Se aseguraba así la circulación de la ofrenda, sin la que la cofradía no habría sobrevivido.

Hoy, Clara estaría sola, puesto que el tribunal había rechazado el nombramiento de un nuevo maestro de obras. Sería a la vez el rey y la reina, el maestro de obras de los artesanos y la superiora de las sacerdotisas.

Turquesa llevaba el collar de granates que Paneb le había regalado, al regresar de una expedición por el desierto; atravesó el patio al aire libre pensando en la extraña relación que la unía al coloso.

El uno al otro seguían ofreciéndose un placer cuya intensidad no disminuía, y no había nada que empañara su pasión. Paneb sabía que Turquesa respetaría su voto de permanecer soltera y que nunca le dejaría pasar una noche en su casa. Pero ignoraba que Turquesa le transmitía una fuerza mágica que Uabet la Pura no poseía.

Desde su primer encuentro, Turquesa había presentido que Paneb el Ardiente iba a desempeñar un papel decisivo en la historia de la cofradía y que tendría que ayudarlo a forjarse un alma de jefe, a ser *capaz* de superarse a sí mismo y sus imperfecciones.

Paneb se abrasaba en un fuego que sólo la Gran Obra apaciguaría. Uabet debía

ofrecerle el equilibrio de un ama de casa, Turquesa debía mantener en él el dinamismo del deseo. Lo que Nefer el Silencioso había tenido la suerte de encontrar en una sola mujer, Paneb lo vivía en la prueba de la dualidad. No buscaba la sabiduría ni la serenidad, como su padre espiritual, sino una potencia creadora que no era de este mundo.

A veces, incluso Turquesa se asustaba; pero a diferencia de la mayoría de los humanos, Paneb poseía la capacidad de encarnar plenamente su destino. A ella, a la hechicera, le tocaba orientarlo hacia el amor por la obra y por la cofradía, evitando que el coloso se perdiera en las marismas de la ambición.

Ched el Salvador había hecho bien al rechazar el nombramiento de Ardiente. Si hubiera sido necesario, Turquesa lo habría apoyado.

Enfiló la calle principal, mientras la aldea aún dormía.

Paneb el Ardiente iba a su encuentro.

—¿Ya te has levantado?

—Hace tan buen tiempo... y tenía ganas de verte.

—Es la hora de los ritos, Paneb, no la del placer.

—Precisamente por eso... ¿Acaso no debemos pensar en embellecerlos constantemente? Un jefe de equipo debe conocer todas las técnicas, he trabajado mucho con el orfebre Thuty en estos últimos tiempos. Y he pensado que, en tu función de sacerdotisa de Hator, te vendría bien este atavío.

Las primeras luces del alba se posaron en una fina banda de oro, de increíble ligereza, adornada con rosetas coloreadas y dos minúsculas cabezas de gacela, perfectamente cinceladas.

Turquesa, estupefacta, se dejó coronar por el coloso de manos de seda, que se alejó cuando los aldeanos comenzaban su jornada celebrando el culto de los antepasados.

9

Las ánforas para grano eran uno de los objetos esenciales utilizados por los aldeanos. Estaban fabricadas con arcilla del Egipto Medio, y eran ligeras y manejables. Medían un codo y medio de alto (2), eran ovoidales, perfectamente impermeables, estaban bien cocidas en todo su grosor, pintadas de rojo y marcadas con el nombre de sus propietarios.

Cuando su esposa le ordenó que llenara dos, el escultor jefe Userhat el León se dirigió lentamente hacia los silos instalados al noroeste de la aldea. Sus predecesores habían tallado en la marga unas paredes verticales, con ángulos rectos bien dibujados, cuidando de asegurar la homogeneidad del mortero que cubría el suelo rocoso. Los granos se distribuían en varios compartimentos, en función de su calidad y de la fecha de entrega. Gracias a la rigurosa gestión del escriba de la Tumba, los silos estaban siempre llenos e, incluso en período de crisis, el Lugar de Verdad estaba seguro de que no le faltaría pan.

Cuál sería, pues, la sorpresa de Userhat al encontrarse con Hay, el jefe del equipo de la izquierda, ante el primer silo, en plena discusión con las esposas de Pai el Pedazo de Pan y Gau el Preciso.

En términos muy poco halagadores, las dos amas de casa apostrofaban al imperturbable Hay, que se negaba a dejarlas acceder a las reservas de grano.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Userhat, extrañado.

—El visir ha requisado los silos —respondió el jefe de equipo—. Se nos prohíbe tocarlos hasta nueva orden.

—¡Esa requisa es ilegal! —estalló Paneb.

—En efecto —reconoció el escriba de la Tumba—, pero no la tomes conmigo; no he sido yo el que ha firmado la carta, sino un ayudante del visir.

—¡Pero vos habéis nombrado a Hay cabo de vara!

—Estamos a la espera de que la situación se aclare, la comunidad no debe correr ningún riesgo. Tenemos bastante grano para elaborar pan y cerveza durante varios días antes de recurrir a la reserva de los silos.

—Pero tenéis artrosis y un ataque de gota...

—He aumentado la dosis de su tratamiento habitual —señaló Clara, que acababa de auscultar a su paciente—, pero Kenhir no podrá levantarse antes de dos días.

—Así pues, iré yo solo a casa del general Méhy —decidió Paneb—. Es su trabajo acabar con esta injusticia y evitar, en el futuro, este tipo de absurdos.

—Intenta mostrarte algo diplomático... Sólo se trata de un error administrativo.

—Cuando creamos una pintura o una estatua —repuso Ardiente—, nosotros no tenemos derecho a equivocarnos.

Paneb caminaba con paso rápido. Estaba decidido a sacudir al administrador principal de la orilla oeste sin tolerar la menor justificación por su parte. Rompería ante él la orden de requisa y reclamaría daños y perjuicios en forma de una entrega inmediata de cosméticos de primera calidad. En ese momento, una dulce lengua le lamió la pantorrilla.

—*¡Negrote!* No te he pedido que me acompañaras...

El perro dirigió al coloso una mirada suplicante y cómplice con sus grandes ojos de color avellana.

Cuando ya estaba a medio camino entre el Lugar de Verdad y los despachos de la administración, un cincuentón robusto y mal afeitado le cerró el paso a Paneb.

—¡Salud, amigo! Hermoso día, ¿no?

—Depende para quién.

—Me gustaría mantener una pequeña conversación contigo.

—No nos conocemos y tengo prisa.
—No eres muy amable...
—Apártate de mi camino; te repito que tengo prisa.
—Para serte franco, mis compañeros querrían participar en nuestra conversación.
De entre los trigales salieron varios hombres que rodearon al artesano. Paneb contó nueve y advirtió que se parecían: el mismo aspecto, la misma frente estrecha.
Cada uno de ellos blandía un garrote.
—Ya ves —dijo el mal afeitado—, todos tendríamos que estar tranquilos y no molestar a los demás. Pero tú comienzas a ser molesto. De modo que mis compañeros y yo te enseñaremos a permanecer tranquilo. Definitivamente tranquilo.
—¿Y si yo pronunciara una palabra, una sola, que pudiera arreglar la situación?
El jefe de la pandilla pareció sorprendido.
—¿Una palabra?... ¿Cuál?
—¡Ataca!
Negrote dio un brinco y clavó los colmillos en el antebrazo del mal afeitado, que lanzó un grito de dolor. Paneb se lanzó sobre el acólito más cercano, embistiendo con la cabeza baja, y le golpeó en medio del pecho. Luego, echándose a un lado, esquivó un garrotazo y consiguió, con los puños juntos, quebrar la nuca de su agresor.
El coloso, violentamente golpeado en las costillas, estuvo a punto de caer. Sólo su excepcional resistencia al dolor le permitió seguir de pie y, con la rodilla, rompió la mandíbula de su adversario. Pero otro garrote cayó sobre su hombro izquierdo, y entonces se percató de que la pandilla estaba formada por malandrines entrenados en el combate cuerpo a cuerpo.
Paneb se arrojó al suelo, levantó a un pesado tipo agarrándolo por los testículos y lo lanzó contra dos de sus compañeros, que cayeron hacia atrás. El coloso, rápido como un felino, acababa de aplastar de un taconazo la nariz de uno de ellos cuando la punta de un garrote le alcanzó en los riñones.
Negrote soltó su presa y mordió la pantorrilla del que se disponía a rematar a Paneb. Sorprendido, soltó el arma, y el artesano se apoderó de ella.
El coloso, con la vista nublada y cubierto de sangre, consiguió incorporarse y hacer girar su bastón.
—¡Vámonos! —gritó el jefe.
Los que seguían en pie recogieron a los heridos y la pandilla se dispersó como una bandada de gorriones. *Negrote* los habría perseguido de buena gana, pero prefirió quedarse junto a Paneb que, recuperando el aliento, se lo agradeció con una larga serie de caricias.

Los soldados de guardia apuntaron con sus espadas cortas hacia la especie de monstruo cubierto de heridas que acababa de penetrar en el patio al que daban las oficinas de la administración central de la orilla oeste. Un escriba, aterrado, soltó sus rollos de papiro y se refugió junto a su superior.
Negrote gruñó y mostró los colmillos, dispuesto a librar un nuevo combate.
—Soy Paneb el Ardiente, artesano del Lugar de Verdad, y exijo ver de inmediato al general Méhy.
La reputación del coloso había franqueado los muros de la aldea, y todos sabían que podía vencer, con las manos, a un incalculable número de hombres armados.
—Voy a avisarlo —prometió un oficial—. Espera aquí y contén a tu perro.
No tuvo que esperar mucho. Méhy, vestido a la última moda, fue a buscar personalmente a su huésped.
—¡Paneb! Pero en qué estado...
—Me han agredido. Nueve hombres con garrotes. Y no eran campesinos.
—¿Qué quieres decir?
—Profesionales que sabían combatir.
El rostro de Méhy se ensombreció.
—Es lo que me temía...
Paneb se indignó.

—¿Sabíais que intentarían matarme?

—No, claro que no, pero unos alarmantes informes hablaban de unas pandillas de mercenarios libios que, al aparecer, han atravesado el desierto para penetrar en la región y cometer exacciones. Doblaré de inmediato el número de patrullas para que esos bandidos sean detenidos lo antes posible. Nueve hombres... ¿Y has conseguido vencerlos?

—Han huido, y algunos llevan huesos rotos.

—Te acompañaré a la enfermería.

—La mujer sabia me cuidará. Como jefe del equipo de la derecha, debo comentaros un problema grave. Dada la importancia de mi cargo, mostraos menos familiar conmigo y dejad de tutearme.

—Bueno, bueno... Vayamos a mi despacho.

Méhy se dio cuenta de que *Negrote* los seguía y se detuvo.

—¿Ese perro no debería quedarse fuera?

—*Negrote* es un guerrero noble y valeroso. Viene conmigo.

—De acuerdo...

Paneb detestó el despacho de Méhy, que le pareció sobrecargado de jarrones pretenciosos y pinturas mediocres.

—Sentaos, Paneb.

—Es inútil.

—Debéis de tener sed.

—Sed de justicia, sí.

El general abrió mucho los ojos.

—¿De qué injusticia os quejáis?

—La requisa de los silos del Lugar de Verdad.

—Pero... ¡Eso es completamente ilegal!

—Y, sin embargo, hemos recibido un documento firmado por un ayudante del visir.

Paneb puso el documento manchado de sudor y de sangre sobre la mesa de Méhy, que lo leyó atentamente.

—Es una falsificación —concluyó—. Este ayudante no existe.

10

Aquella mañana, Méhy estaba haciendo una verdadera matanza de martines pescadores, grullas y patos en el bosque de papiros donde estaba cazando desde hacía más de cinco horas. Pero aquella carnicería no bastaba para calmar sus nervios, que apenas había podido controlar al escuchar a Paneb.

Nueve soldados pagados a precio de oro para acabar con él, nueve veteranos que habían regresado ya a la frontera libia... ¿Cómo había conseguido el artesano vencerlos, por muy colosal que fuera?

El plan de Serketa había funcionado a la perfección: Paneb, sacado de la aldea por la falsa requisa de los silos, había caído en la trampa tendida por el escuadrón que había recibido la orden de interceptar a un peligroso malhechor y acabar con él si se resistía. Siendo uno contra nueve, Ardiente no tenía posibilidad alguna.

Sólo había una explicación: Paneb gozaba de un poder sobrenatural, concedido por la Piedra de Luz. Se alimentaba con su energía y desplegaba luego una fuerza contra la que nadie podía luchar.

Aquella certidumbre multiplicó en Méhy el deseo de apoderarse del tesoro supremo del Lugar de Verdad. La piedra era lo que daba a la cofradía la capacidad de resistir la adversidad y enfrentarse, sin desesperar, con las peores pruebas. Mientras la poseyeran, los más duros ataques sólo producirían mínimos daños.

Naturalmente, el protector oficial del Lugar de Verdad había superado las exigencias de Paneb, presentando excusas oficiales al escriba de la Tumba y ofreciendo a la cofradía botes de ungüentos y jarras de vino para lograr que se olvidara el lamentable error de la administración.

La belleza y la elegancia de la reina Tausert subyugaban al canciller Bay. La soberana estaba deslumbrante, a cualquier hora del día, maquillada y acicalada con discretas joyas de oro fabricadas por el orfebre Thuty. Tausert, fiel al recuerdo de Seti II, no había vuelto a casarse; gobernaba Egipto con autoridad pero sin ostentación, evitando chocar con los partidarios de Siptah.

—¿Ha mejorado la salud del faraón, canciller?

—Desgraciadamente, no, majestad, pero el rey no se queja; es feliz leyendo los textos de los Antiguos y conversando con los sabios del templo.

—¿Ha olvidado definitivamente los asuntos del Estado?

—Os concede plena y entera confianza.

—Eso es lo que habías previsto, ¿no es cierto?

Bay bajó la mirada.

—El viejo cortesano Set-Nakht está muy inquieto últimamente —prosiguió la reina—. Su nombre, «Set es victorioso», resulta más bien inquietante. ¿Controlas la situación?

—No por completo, majestad. La palabra de ese dignatario tiene mucho peso, y considera necesario proseguir el linaje sedano interrumpido a la muerte de vuestro marido.

—¿Cuáles son sus argumentos?

—Piensa que Egipto se debilita y que no os preocupáis bastante del ejército. Según su punto de vista, sería indispensable una demostración de fuerza en Siria-Palestina.

—Ésa no es mi política. ¿Crees que es lo bastante audaz para intentar hacerse con el poder?

—Set-Nakht es un hombre ponderado, aunque voluntarioso; conviene, pues, tomárselo muy en serio.

—Veo que el número de mis enemigos no ha disminuido...

—Por desgracia, no, majestad, y la actual composición de la corte no me hace

ser muy optimista. Pero no les dejo el campo libre y refuerzo constantemente mi sistema de defensa para permitiros gobernar en paz.

La sonrisa de la reina hizo que el canciller se ruborizara.

—Te había prometido una sorpresa, ¿lo recuerdas? Este mundo es sólo una ínfima parte de la realidad, Bay, y debernos pensar en nuestra morada de eternidad. La mujer sabia no ha fijado aún el emplazamiento de la mía en el Valle de las Reinas, pero he tomado una decisión por lo que se refiere a la tuya.

El canciller sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Sólo deseaba permanecer junto a Tausert más allá de la muerte aparente.

—Residirás en el Valle de los Reyes, no lejos de Seti II, al que serviste fielmente.

El canciller estuvo a punto de desmayarse.

—Yo en el Valle de los Reyes, pero...

—Dada tu abnegación al servicio del país, mereces ese honor excepcional. Partirás mañana hacia el Lugar de Verdad y confiarás a la cofradía su nueva misión: construir el templo de millones de años de Siptah y dos tumbas, la del rey y la tuya.

—Majestad, ¿cómo... cómo agradecéroslo?

—Siendo tú mismo, Bay.

El canciller, temblando de emoción, se atrevió a murmurar la petición que lo obsesionaba:

—Cuando los dioses os coronen faraón, majestad, deseo que mi morada de eternidad esté cerca de la vuestra.

—El templo se construirá entre el de Tutmosis III y el Ramesseum —anunció Hay, el jefe del equipo de la izquierda, en presencia de la mujer sabia, de Paneb y del escriba de la Tumba—. En cuanto a la tumba de Siptah, hemos descubierto un buen emplazamiento, algo más al norte que la de Seti II.

El canciller Bay asintió con la cabeza.

—Puesto que sois el servidor de ambos reyes —prosiguió Hay—, la vuestra se excavará junto a la de Siptah, en el mismo sector del Valle.

—¿Supongo que se tratará de un simple sepulcro sin decoración?

—Es la costumbre por lo que se refiere a las personalidades no reales, en efecto, pero no es ése el deseo de la reina Tausert, de acuerdo con el faraón Siptah —afirmó Kenhir—, He aquí el plano que hemos elaborado.

Varios corredores, uno tras otro, una sala del sarcófago, paredes para decorar... Bay estaba atónito.

—Pero... ¡Si parece una tumba real!

—Ése es el deseo de la reina —confirmó la mujer sabia—. Esta morada de eternidad no será consagrada como la de un faraón, pero evocará la magnitud de la tarea que su ocupante ha llevado a cabo.

Por primera *vez* desde que actuaba al servicio de Egipto, el canciller Bay se sintió perdido.

Fened la Nariz comprobó por última vez el emplazamiento elegido al que la mujer sabia, provista del mazo y el cincel de oro de Nefer el Silencioso, se acercó con respeto. Al dar el primer golpe en la roca, no la hería, sino que revelaba su vida secreta, preservada en el silencio. Y esa vida adoptaría la forma de la morada de eternidad del faraón Siptah.

Sobek, inquieto, había doblado la guardia en la entrada del Valle de los Reyes y había inspeccionado, personalmente, las colinas que dominaban «la gran pradera» donde, día tras día y noche tras noche, se realizaba la transmutación del alma de los reyes que allí reposaban. Estaba muy preocupado por la agresión de la que Paneb acababa de ser víctima; si en efecto, se trataba, de mercenarios libios, no vacilarían en asaltar las necrópolis con la esperanza de encontrar oro, y habría que adoptar precauciones especiales en el Valle de los Reyes.

Pero Sobek no estaba seguro de poder confiar en Méhy. Ciertamente, el policía nubio no correría riesgo alguno, pero no podía evitar pensar que ese general tan ambicioso disfrazaba la verdad.

Gracias a los ungüentos de la mujer sabia, las heridas de Paneb ya sólo eran un mal recuerdo. Y con todas sus fuerzas el coloso blandió el gran pico, en el que el fuego del cielo había trazado el hocico y las dos orejas del animal de Set.

Con ese simple gesto transmitió entusiasmo y deseo de llevar a cabo una nueva obra maestra a su equipo. Los canteros se pusieron manos a la obra, y los demás artesanos dispusieron un taller para preparar el programa de escultura, de pintura y de orfebrería.

Y de nuevo se produjo el milagro: gracias al canto de las herramientas, a la comunión de pensamiento y a la coordinación de esfuerzos, la alegría reinó en la obra. Ante la sorpresa general, Paneb no manifestó autoritarismo alguno; veló con placidez por la tarea de cada cual, resolvió las dificultades sin impaciencia y dio ejemplo a los demás en cualquier circunstancia.

—Nefer no se equivocó al elegirlo como hijo espiritual —dijo Karo el Huraño.

—Será mejor que no cantemos victoria tan pronto —recomendó Unesh el Chacal—. De momento, Paneb se contiene; pero su naturaleza no tardará en aflorar.

—Te equivocas —objetó Gau el Preciso—; como jefe de equipo, es consciente de sus deberes.

—Te haces muchas ilusiones —consideró Fened la Nariz.

—En absoluto —interrumpió Nakht el Poderoso—; yo, que fui el decidido adversario de Paneb, ahora veo que sus responsabilidades lo han transformado y que hicimos bien nombrándolo jefe de equipo.

Kenhir se sentó en el sitial excavado en la roca, desde el que observaba el desarrollo de las obras; estaba de un humor de perros. Había pasado muy mala noche, atormentado por una pesadilla, y temía que la jornada fuese una sucesión de catástrofes.

La primera se produjo a media mañana, cuando Casa la Cuerda fue incapaz de incorporarse.

—Lumbago —se lamentó, haciendo muecas.

Paneb intervino en seguida. Utilizando la técnica que le había enseñado la mujer sabia, le dio un masaje al cantero para restablecer la justa alineación de las vértebras, para que la circulación de la energía se restableciese a lo largo de la columna, el árbol de la vida.

—Necesitará varios días de descanso —le dijo Paneb al escriba de la Tumba.

Unos minutos más tarde fue Pai el Pedazo de Pan quien tuvo que abandonar el trabajo.

—Un esguince en la muñeca —estimó—; necesito un vendaje.

Kenhir comprobaba la realidad de la lesión que iba hinchándose cuando el aullido de Ipuy el Examinador le hizo dar un salto; su pie acababa de ser aplastado por un gran pico que se le había escapado a Nakht el Poderoso.

Sus colegas rodearon al infeliz y lo tumbaron en unas parihuelas.

—Tal vez esta obra esté maldita... —masculló Karo el Huraño.

11

Paneb estaba en su residencia oficial, situada en el ángulo sureste de la aldea. Había terminado de tratar el revestimiento de madera, barnizándolo con aceite de cedro, unas veces traslúcido y otras negruzco para imitar el ébano, y acunaba con ternura a Selena, su hijita de ojos verdes, que tan frágil parecía en brazos de su colosal padre.

El jefe del equipo de la derecha se había tranquilizado por fin. A causa del esguince de Userhat el León y la herida en la mejilla de Fened la Nariz, que había sido alcanzado por una esquirla de piedra, había requerido la intervención de la mujer sabia. Tras una noche de conjuros, Clara había expulsado el mal de ojo de la obra.

Los servidores del Lugar de Verdad temían que ocurriesen nuevos incidentes, pero habían aceptado, sin embargo, reanudar el trabajo. A excepción de un cesto de restos de calcáreo que había caído, no se había producido ningún otro drama. Renupe el Jovial había entonado una canción de aliento, a la gloria del fundador de la cofradía, y el placer de trabajar había animado de nuevo a los artesanos.

La mujer sabia le había asignado una tarea a Paneb: terminar lo antes posible la morada de eternidad de Siptah. No le había dado más explicaciones, pero presentía que aquella obra sería de corta duración. El coloso había comenzado a excavar, también, la tumba del canciller Bay, por lo que tenía que exigirle mucho a su equipo sin alterar la calidad del trabajo y sin reducir el tiempo de descanso.

Así pues, sólo había solicitado voluntarios que sacrificaran sus días de vacaciones reglamentarias a cambio de una prima; Nakht el Poderoso, Userhat el León, Casa la Cuerda y Unesh el Chacal se habían esforzado mucho, pese a las protestas de sus compañeros, a los que Uabet la Pura había conseguido calmar.

Por primera vez desde hacía varios meses, Paneb descansaba unas horas en su casa y disfrutaba de la belleza de su morada, decorada con pinturas que representaban lotos y pámpanos.

Uabet salió de su alcoba, muy enojada.

—Me faltan dos agujas para desenredar el pelo —se lamentó—. ¿No me las habrás quitado tú?

Uabet apreciaba mucho aquellas pequeñas varitas de madera y hueso, de unos veinte centímetros de largo y con una de las extremidades puntiaguda. Le permitían rascarse el cuero cabelludo o quitarse los lazos sin desbaratar sus trenzas. Además, Paneb las había decorado con una *cabeza* de halcón minuciosamente esculpida, que despertaba la envidia de la mayoría de sus amigas.

—Ya sabes que nunca toco tus cosas.

—¡Entonces, ha sido Aperti!

—¿Dónde está?

—No lo sé. Desde que ha aprendido a hacer yeso, se cree que es maestro de obras y resulta incontrolable.

Selena sonrió a su padre, que la besó en la frente con dulzura.

—¿Te quedarás conmigo toda la vida?

—Claro que sí... pero de momento debo ir a buscar a tu hermano.

—¿Ha vuelto a hacer una tontería?

—Esperemos que no.

—¿Aperti? Ha abandonado la obra hace más de una hora —le dijo la esposa de Pai el Pedazo de Pan a Paneb—. Trabaja bastante bien, y la fachada quedará muy hermosa, ¡pero hay que ver qué carácter tiene! A la menor observación, le sube la mosca a la nariz y se pone agresivo. Si no consigues hacerlo pasar por el aro, te aseguro que vas listo.

El coloso preguntó a varias amas de casa, pero ninguna sabía adonde había ido Aperti. La esposa de Userhat el León temblaba por su primogénito que, aquella misma mañana, se había peleado con el hijo del jefe del equipo de la derecha.

Paneb recorrió en vano la aldea y sus dependencias. Si Aperti había salido del territorio del Lugar de Verdad, tal vez debería avisar a la policía. Pero aún le faltaba echar un vistazo en el vertedero, que había sido excavado al sur, tras el abandono del este y el del oeste. Allí se quemaban los diversos restos, reducidos a una masa compacta, purificada por el sol, y luego eran enterrados en una cavidad rodeada de muros de piedras unidas con mortero.

Paneb no daba crédito a lo que estaba viendo.

En lo alto de un montón de detritus, Aperti torturaba al hijo mayor de Userhat el León, amenazándolo con hundirle en las palmas de las manos las agujas que le había robado a su madre.

—¡Sal de ahí! —atronó el coloso.

Aperti permaneció largo rato petrificado, y su víctima aprovechó la situación para huir.

—Ese gamberro me había insultado —explicó el muchacho de diecisiete años, cuyo aspecto prometía igualar el de su padre.

—¿Por qué robaste estas agujas?

La pregunta cogió desprevenido a Aperti.

—Para divertirme...

—Sólo eres un ladronzuelo sádico, Aperti, y utilizas de un modo deplorable la fuerza que los dioses te han concedido.

El adolescente salió temblando del vertedero.

—¿No... no vas a castigarme?

—Primero devuélveme las agujas.

Aperti se arrodilló.

—Aquí están... ¡pero no me pegues! Mamá no te lo perdonaría y...

El bofetón que le dio fue tan fuerte que Aperti cayó al suelo.

—Esta aldea tiene sus leyes, muchacho, y debes respetarlas. Ya no habrá otra advertencia. O estás en tu trabajo mañana a primera hora o deberás abandonar el Lugar de Verdad.

—¿Pu... puedo regresar a casa?

—Esta noche dormirás en el umbral, y sin comer. Con el estómago vacío es más fácil reflexionar sobre los propios errores.

El ataque de gota y la artritis de Kenhir habían desaparecido ya, pero ahora le dolía la espalda y ya no podía pasar parte de la noche redactando su *Clave de los Sueños.* Por consejo de Niut la Vigorosa había encontrado una posición que le permitía olvidar el dolor: sentado sobre un almohadón, con una pierna estirada, tendía el brazo para escribir en una tablilla de madera colgada de un clavo que sobresalía de la pared de su despacho. Sus jeroglíficos eran cada vez más ilegibles, pero el viejo escriba tenía su capacidad intelectual intacta y no cedía a nadie el cuidado de llevar el Diario de la Tumba.

—Tendríais que desconfiar de vuestro ayudante —recomendó Niut.

—Imuni es un técnico competente y serio. Gracias a él, los inventarios son de una exactitud absoluta.

—Mejor así, pero ambiciona vuestro puesto y su corazón no es bueno.

—¿Acaso te ha hecho algún daño?

—¡Que no se atreva a intentarlo! No, yo pensaba en vos...

—Tranquilízate, el pequeño Imuni aún no está preparado para sucederme. Y tal vez no lo esté nunca.

—Creo que eso no le hará mucha gracia.

—Si es así, lo mandaré a proseguir su carrera en una provincia tranquila. O Imuni se da cuenta de la inmensa suerte que tiene al vivir aquí, o se convertirá en un vulgar funcionario.

—Vuestro desayuno está listo.

Cereales perfectamente tostados, higos dulces como la miel y un pastel relleno de dátiles... Todas las mañanas, Kenhir se daba un verdadero banquete, y lo mismo ocurría con el almuerzo y la cena. A Imuni, en cambio, no le gustaba la buena

carne, y ese grave defecto le impedía desarrollarse.

El pequeño escriba de rostro de hurón solicitó audiencia. Niut lo hizo esperar hasta que su marido hubo terminado de comer.

—¡Un informe del jefe Sobek!

—¿Por qué cacareas así, Imuni?

—Porque la reputación del Lugar de Verdad corre peligro. Debemos intervenir *de* inmediato.

—¿Por qué razón?

—Ha desaparecido una vaca.

—¿Y en qué nos concierne eso?

—Pertenecía al Ramesseum y debía encarnar a Hator durante la próxima fiesta de la diosa, en el templo de Deir el-Bahari.

—¿Pero qué podemos hacer nosotros?

—La vaca huyó por culpa de un artesano y, por tanto, la responsabilidad de la cofradía queda comprometida. El informe del jefe Sobek indica que hubo testigos y que no abrir la boca no bastará para disipar el escándalo.

—¿Quién es el artesano acusado?

—El informe no dice nada al respecto.

¡En plena excavación de una tumba real y de la del canciller Bay, aquello era una verdadera catástrofe!

—Dame mí bastón —dijo finalmente Kenhir.

Sobek estaba sentado en un taburete al fondo de su despacho del quinto fortín; parecía preocupado.

—¿Realmente es tan grave? —preguntó Kenhir.

—Lamentablemente, sí. Por eso me he visto obligado a redactar ese informe e incitaros a que saquéis a la luz todo el asunto.

—Pero en él no has designado al presunto culpable.

—No soporto la calumnia.

—Hablas de testigos...

—¡Los testigos se compran! Sobre todo cuando se trata de acusar a un jefe de equipo del Lugar de Verdad, en este caso, a Paneb el Ardiente.

12

—Si no sales del territorio del Lugar de Verdad, estarás fuera de su alcance —le confirmó Kenhir a Paneb—. Iniciaré un procedimiento para intentar demostrar la nulidad de los testimonios.

—¡No soporto verme limitado en mis movimientos por un delito que no he cometido! ¿Poner trabas a mi acción no supone debilitar la cofradía?

—Me temo que sí, pero tu primera obligación es concluir la morada de eternidad del faraón Siptah.

—¿No basta con encontrar esa vaca?

—¡Es evidente que nunca ha existido!

—Sobek ha realizado una investigación al respecto y no opina lo mismo.

—Escapaste de nueve agresores, Paneb, y no debes abusar demasiado de tu suerte.

—No acepto vivir como un prisionero, pero seguiré la opinión de la mujer sabia.

—Acompáñame al templo —exigió Clara.

Todos los habitantes de la aldea ya sabían que Paneb estaba sufriendo un nuevo ataque, y éste agradeció recibir muestras de apoyo por su parte. Por sus andares, todos comprendieron que el coloso estaba dispuesto a luchar, al tiempo que, inteligentemente, se dejaba orientar por la mujer sabia.

—Cuando Nefer tenía que tomar una decisión vital para el porvenir de la cofradía, venía aquí —reveló ella, franqueando el pilono cuya fachada se adornaba con grandes estelas dedicadas al *ka* del faraón, con escenas de ofrendas a Maat y a la soberana de la cima de Occidente, representada en forma de una serpiente con cabeza de leona.

Clara y Paneb se purificaron, se ungieron con mirra, se pusieron hábitos de lino fino, se calzaron unas sandalias blancas y penetraron en el santuario, donde reinaba una paz sin igual.

—Eres el templo y vives —dijo la mujer sabia en la penumbra—. Apaciguas el viento del sur, pones la sombra bienhechora en lugar del ardiente sol, tus dos paredes son las montañas de Occidente y de Oriente, tu bóveda es el cielo y nos alimentamos con tu luz.

Aquí, lo sacro se consumaba en sí mismo, sin el concurso del hombre que, sin embargo, había ensamblado las piedras, esculpido las escenas y trazado los jeroglíficos. Así, participando de la armonía del universo, la cofradía había ofrecido una morada a la potencia divina, que celebraría, para siempre, los ritos inscritos en las paredes.

—El incidente es mucho más grave de lo que parecía —consideró la mujer sabia —. Si la vaca huyó, es que la protección de Hator se aleja de nosotros. Y, sin ella, nuestra magia no podrá funcionar.

—¿No crees que simplemente se trata de una nueva añagaza? ¡Asesinaron a Nefer y ahora intentan acabar conmigo!

—Estás en peligro, no cabe duda, pero este animal nos hace una advertencia. Si hacemos caso omiso, nuestras defensas se debilitarán y sucederá lo peor. Hay que encontrar esa vaca y llevarla ante Hator.

—Bueno... Yo me encargo de eso.

Kenhir, apoyado en su bastón, miraba directamente a los ojos del responsable de los rebaños del Ramesseum, un joven alto, un funcionario recién salido de la escuela de los escribas.

Éste lo había recibido en su despacho abovedado y agradablemente ventilado gracias a la disposición de unas pequeñas ventanas que aseguraban la buena circulación del aire. Los papiros estaban impecablemente ordenados; las sillas eran

confortables.

—Es un grandísimo honor... No esperaba vuestra visita.

—¡Ponéis en entredicho la honradez de un servidor del Lugar de Verdad y no esperabais mi visita! ¿Acaso olvidáis que soy el representante del Estado en el interior de la aldea y que, al atacar a uno de sus habitantes, estáis atacándome a mí?

—Sin... sin duda deseáis sentaros...

—En absoluto, muchacho. Mis piernas me han traído hasta aquí y espero que sigan sosteniéndome durante mucho tiempo aún.

Varios colegas habían advertido al responsable de los rebaños que Kenhir no era fácil de manejar pero, con la edad, tal vez se mostrara menos obstinado y más conciliador.

Era evidente que se habían equivocado.

—Bueno, ¿y esos testigos?

—Tal vez la palabra sea excesiva...

—Excesiva... ¿Qué significa eso?

—«Testigo» implica un aspecto jurídico concreto, y yo no deseaba que...

—¿Vais a mostrarme a esos testigos, sí o no?

—Son simples campesinos, sin instrucción y de palabra más bien torpe. Un juez podría considerar que sus observaciones son bastante imprecisas y...

—¿Vieron o no a Paneb el Ardiente robando una vaca dedicada a Hator?

—Yo no me atrevería a asegurarlo, tanto más cuanto existe un boyero de gran tamaño que podría confundirse con Paneb.

El escriba de la Tumba lo fulminó con la mirada.

—¿Estáis explicándome que vuestro expediente de acusación está vacío?

—No... no está muy lleno, en efecto; y creed que no pensaba realmente en un proceso.

—¡Y de todos modos habéis armado este revuelo! ¿Por qué razón?

El responsable de los rebaños contempló una de las paredes.

—Buscaba una oportunidad... Vos, un escriba experimentado, deberíais comprender que ascender por los peldaños de la jerarquía es difícil. De modo que supuse que...

—Pertenecéis a esa clase de jóvenes depredadores que intentan que se hable de ellos por cualquier medio para obtener la benevolente atención de sus superiores, sin preocuparse por la ley de Maat.

—Escuchadme, Kenhir, esa vaca desapareció, en efecto, y...

—¡Evidentemente, por culpa vuestra! Y estáis intentando que otro pague vuestro error utilizando la calumnia para lavaros las manos.

—Deberíamos... encontrar un terreno de entendimiento, entre escribas. El Lugar de Verdad no es vuestra familia, a fin de cuentas.

—Sabed, muchacho, que el escriba de la Tumba no es un funcionario como los demás y que vive una fraternidad de la que nunca tendréis la menor idea. Presentad vuestra dimisión y abandonad la orilla oeste lo antes posible. De lo contrario, me encargaré personalmente de vuestro caso.

El responsable de los rebaños se dejó caer pesadamente en una silla baja.

—¿Y... mi vaca?

—Encentradla vos mismo.

Kenhir regresó a la aldea, aliviado. La marcha le había fatigado un poco, pero se sentía muy animado ante la idea de poder anunciar buenas noticias.

Clara salió de su gabinete de consulta, y el viejo escriba sintió una emoción comparable a la que provocó su primer encuentro: a pesar del luto, seguía tan radiante como un suave sol de primavera, y su mera presencia bastaba para hacer creer en la felicidad.

—Todo se ha arreglado —indicó—; es un arribista que nos buscaba las cosquillas para endosarnos una de sus faltas. Pensaba, incluso, que me asociaría a su mediocre manipulación. ¡Paneb puede dormir tranquilo!

—Se ha marchado —reveló Clara.

—Marchado... ¿Pero adonde ha ido?

—A buscar la vaca de Hator.

—¡Ese asunto ya no nos concierne!

—Creo que sí, Kenhir. El funcionario del Ramesseum sólo ha sido un instrumento del destino; creyendo incriminarnos, ha revelado la llamada de la diosa.

—Ya han intentado matar a Paneb, Clara. Enviarlo así, a lo desconocido, tal vez sea hacerle correr demasiados riesgos.

—Desde el punto de vista de las sacerdotisas de Hator, la misión es esencial.

Kenhir se apoyó en su bastón.

—Comienzo a comprender... Le estáis imponiendo una de las pruebas que quizá lo conduzcan a la cima, ¿no es cierto?

Clara se limitó a sonreír.

—Esa vaca sagrada está realmente en peligro.

—Y si Paneb no es capaz de traerla, tampoco él regresará nunca.

—Que la diosa juzgue.

«La función de escriba de la Tumba no es una prebenda —pensó Kenhir—; pero es preferible, aun, a la de jefe de equipo del Lugar de Verdad.»

—He recibido un mensaje del traidor —anunció Serketa, pasándose la lengua por sus golosos labios—. La cofradía sigue excavando las tumbas del canciller Bay y del rey Siptah, y construyendo el templo de este último en la orilla oeste. Pero sin Paneb...

Méhy dio un respingo.

—¿Bromeas?

—Paneb ha abandonado la aldea, nadie sabe adonde ha ido.

—No lo celebremos demasiado pronto...

—El traidor afirma que no se trata de un viaje oficial. ¿Y si Paneb hubiera perdido los nervios? Después de la agresión que estuvo a punto de costarle la vida, tal vez haya decidido alejarse definitivamente de una aldea que sólo le crea problemas.

—Extraña actitud... Pero no creo que ese mocetón sea capaz de renunciar tan fácilmente.

—Todo hombre tiene sus debilidades, tierno león mío —susurró Serketa.

13

Gracias a las indicaciones de un boyero, Paneb había podido seguir el camino que había tomado la vaca hasta el lindero del bosque de papiros de más de seis metros de altura.

Un pescador devoraba una torta, sentado en una silla de paja.

—¿Has visto pasar una vaca? —le preguntó el coloso.

—¡Ya lo creo que sí! Era magnífica, con grandes ojos dulces y un pelaje que parecía de oro.

—¿Y por qué no la has detenido?

—Primero, porque no es mi trabajo; luego, porque esa vaca no se parece a las demás... Por aquí se dice que la diosa Hator la protege y que nadie debe tocarla. Si me permites que te dé un consejo, no te adentres por ahí. Un buen número de avezados cazadores no volvieron a salir.

Paneb apartó las primeras matas para penetrar en un mundo hostil donde cada paso era un peligro. Pero la mujer sabia le había confiado una misión vital para el porvenir de la cofradía, y el jefe del equipo de la derecha prefería desaparecer antes que no cumplirla.

Sanguijuelas, mosquitos y otros insectos enormes no dejaban de atacarlo, mientras pequeños carnívoros e innumerables pájaros, turbados por el intruso, provocaban un inquietante estruendo haciendo vibrar los tallos de papiro.

Una serpiente de agua le rozó las piernas, pero Paneb no demoró la marcha.

Si le habían tendido una trampa, sus instigadores no estarían en mejores condiciones que él. No tenía ningún miedo, por lo que fue fundiéndose poco a poco en aquel medio tenebroso donde la vida y la muerte libraban una lucha sin cuartel.

Cuando comenzaba a desesperar, el coloso la divisó.

Era una vaca de increíble belleza, de formas perfectas, rostro delicado y una mirada de infinita ternura.

Se mantenía en un islote herboso, rodeado de agua glauca. Cuando se acercó, el animal no huyó; pero Paneb advirtió que estaba inquieta y que un peligro cercano le impedía introducirse en una espesura de papiros.

Una forma negruzca, parecida a un tronco de árbol, trazaba un surco dirigiéndose al islote. En muy pocos segundos, el cocodrilo cerraría sus mandíbulas sobre las patas traseras de la vaca.

Paneb saltó sobre el lomo del saurio precisamente cuando se lanzaba al ataque. La bestia dio un respingo tan fuerte que el coloso creyó que se le quebraban los huesos, pero no soltó a su presa.

La potencia del animal multiplicó la de Paneb, feliz de enfrentarse a semejante adversario que lo obligaba a superarse.

Lanzando un aullido que iba a ser un grito de victoria o de derrota, reunió sus últimas fuerzas para separar las mandíbulas del saurio hasta desgarrárselas.

La vaca penetró en el patio del templo de Hator, purificada con incienso, con los ojos maquillados de negro y verde, coronada por dos plumas que enmarcaban un disco de oro y con una columnita de loza al cuello.

Las sacerdotisas rindieron homenaje a la encarnación de su diosa protectora y cantaron himnos al amor misterioso que unía entre sí los elementos del universo y permitía a los humanos percibir el mensaje de las estrellas.

Tras haberse alejado del Lugar de Verdad, Hator había regresado, abandonando las marismas para volver a su templo y desvelar a sus siervas la armonía del origen antes de regresar al reducto de Deir el-Bahari.

Cuando la mujer sabia ungió con óleo sagrado la frente de la vaca, ésta le sonrió.

Y pese al vendaje cubierto de ungüento que sujetaba sus doloridas costillas, Paneb también tenía la sonrisa en los labios.

A petición de Hay, el jefe del equipo de la izquierda, la totalidad de la tripulación del Lugar de Verdad trabajaba en los acabados del templo de millones de años del faraón Siptah. El edificio, de modestas dimensiones, se codeaba con el del ilustre Tutmosis III, autor del *Libro de la matriz estelar,* que los dibujantes de la cofradía utilizaban para decorar las moradas de eternidad del Valle de los Reyes, y se beneficiaba de la protección del inmenso Ramesseum.

—El joven rey Siptah tiene mucha suerte —consideró Fened la Nariz—. ¡Un emplazamiento como éste es una maravilla!

—Esperemos que el más allá le sea más favorable que el aquí —mascullό Karo el Huraño—. Por lo que se cuenta, siempre está enfermo y no vivirá mucho tiempo.

—Tausert insistió en que su templo se construyera aquí, y lo antes posible —comentó Userhat el León—. La reina tiene grandeza de alma.

—¡De eso nada! —protestó Unesh el Chacal—. Se trata tan sólo de una estrategia. Cuidando a ese adolescente canijo e incapaz de gobernar se gana las simpatías de sus partidarios.

—Olvidemos la política —recomendó Pai el Pedazo de Pan—. A mí me hubiera gustado que el faraón Siptah viniera a visitar nuestra aldea.

—No hay posibilidad alguna —consideró Nakht el Poderoso—; no sale del templo de Amón, en Pi-Ramsés, y su único gozo es la lectura de los viejos autores.

—¿Pero cómo sabéis todo eso? —preguntó Gau el Preciso.

—¡Por nuestras esposas! —respondió Renupe el Jovial—. Charlan con los guardias que, a su vez, hablan con el cartero y los propios auxiliares, y estamos tan bien informados como los habitantes de la capital.

—Bebamos un trago y volvamos al trabajo —aconsejó Thuty el Sabio.

A pesar de algunos detalles que debían corregirse, el santuario estaba listo para funcionar, y los sacerdotes permanentes ya podrían residir en él dos días después.

Cumpliendo con sus obligaciones, al igual que sus colegas, el traidor observaba el menor de los movimientos en la obra. La víspera, junto con los servidores del Lugar de Verdad, había transportado lapislázuli, turquesas, mirra, incienso fresco, lino fino, cornalina, jaspe rojo, alabastro y demás materiales necesarios para la vida del templo.

¿No habría, el escriba de la Tumba, al abrir la reserva, extraído también la Piedra de Luz, oculta en el pesado cofre de madera que Paneb, pese a sus heridas, había querido llevar personalmente sobre sus hombros?

Ocultar la Piedra de Luz en el templo de Siptah... ¡Una idea excelente! El traidor habría seguido buscándola en vano en el interior de la aldea. Pero Hay había cometido un error al solicitar la ayuda de Paneb y del equipo de la derecha para una tarea que debería haber realizado solo. Y ese error había llamado la atención del traidor. El coloso había acudido al paraje sólo para ocultar allí el inestimable tesoro.

¿En qué lugar preciso? Hasta el final de las obras, los artesanos circularían a su guisa por el edificio, y el traidor lo aprovechó para dirigirse a la cripta excavada bajo el pavimento, donde se habían depositado estatuas y objetos rituales. Abrió sin resultado los arcones y no tardó en reunirse con sus colegas.

—Los escultores han trazado unos pequeños surcos en los muros del santuario —indicó Hay—. Delimitarán las porciones de piedra en las que colocaremos unas placas de oro que se ceñirán al relieve y que fijaremos con clavijas de cabeza dorada.

Fue Kenhir el que distribuyó las placas. El traidor participó en la colocación, convencido de haber descubierto la estratagema concebida por la mujer sabia y los dos jefes de equipo: una de las placas ocultaría una profunda cavidad en la que se introduciría la Piedra de Luz, cuyo brillo se confundiría con el del oro.

¿Pero cómo descubrir el emplazamiento?

La suerte le sonrió: vio a Paneb y a Hay, que se dirigían hacia la parte trasera del templo, llevando una placa de oro más ancha y pesada que las demás. Desconfiados, ambos jefes de equipo realizaron la tarea al abrigo de las miradas indiscretas.

Una vez terminado el trabajo, los artesanos del Lugar de Verdad se habían reunido bajo una vieja acacia, donde degustaban una colación que habían traído los

campesinos destinados al Ramesseum. Las cebollas frescas estaban crujientes, y la cerveza, muy fresca.

—Este pequeño templo es espléndido —estimó Casa la Cuerda—; y como su tumba no lo será menos, el faraón Siptah debería estar satisfecho.

—Qué suerte tenemos —advirtió Didia el Generoso—. Al construir, vivimos el misterio de la creación y proseguimos en esta tierra la obra del arquitecto de los mundos.

—Siempre que le ofrezcamos esa morada que es la suya y no la nuestra —precisó Unesh el Chacal.

—Cuando la luz del poniente dora las piedras que hemos ensamblado —murmuró Ipuy el Examinador—, el menor de nuestros esfuerzos adquiere todo su sentido.

El sol penetró en la montaña de Occidente, la campiña fue apaciguándose y los artesanos guardaron silencio.

Algunos se apartaron del grupo para aislarse y meditar. El traidor se dirigió hacia la parte trasera del templo.

Se sentó junto al muro, justo debajo de la gran placa de oro. Nadie podía verlo, pero esperó largo rato para estar seguro de que no lo habían seguido.

Desprendió la placa con la ayuda de un cincel de cobre.

Ninguna luz brotó de la cavidad.

Lo que ambos jefes de equipo habían colocado allí no era la piedra, sino una estatuilla de la diosa Maat, encarnación de la rectitud.

14

A finales de abril el calor era abrumador. El escriba de la Tumba había ordenado que se doblaran las entregas de agua y, con el fin de preservar cierto frescor, los artesanos habían cubierto las callejas con grandes palmas.

Karo el Huraño llamó a la puerta de Paneb. Le abrió la pequeña Selena.

—¿Quieres ver a mi papá?

La agresividad natural del cantero desapareció.

—¿Está en casa?

—Está acabando de arreglarse, con mamá. ¿Quieres entrar?

—Bueno... sí.

—Entonces me contarás una historia de genios buenos y genios malos.

La niña cogió al Huraño de la mano y le invitó a sentarse en una sólida silla de paja.

—¿Sabes? Yo, las historias...

—Por fuerza debes de saber alguna, puesto que trabajas en los lugares prohibidos, como mi papá. ¿No es allí donde se ocultan los genios?

Karo se palpó su nariz rota, dándose tiempo para reflexionar.

—Los hay, no cabe duda...

La aparición de Paneb, afeitado y perfumado, sacó a Huraño del aprieto.

—¿Algo urgente, Karo?

El cantero se levantó.

—¿Has salido esta mañana?

—Todavía no.

—La temperatura no ha bajado esta noche. La jornada va a ser tórrida.

—Sin duda, ¿pero por qué rebelarte contra la naturaleza?

—Los campesinos ya no trabajan en los campos, nadie viaja a pie, todo el mundo piensa tan sólo en refugiarse de este bochorno... Y nosotros estamos arruinándonos la salud en ese horno del Valle de los Reyes. Mis compañeros me han pedido que sea su portavoz: queremos pedirte que permitas que el equipo permanezca en la aldea hasta que termine esta ola de calor.

Karo el Huraño esperaba una reacción violenta por parte de Paneb y estaba dispuesto a requerir la intervención del tribunal para que resolviera las diferencias entre el jefe de equipo y los artesanos.

—De acuerdo, Karo.

—¿Cómo que de acuerdo?... ¿Quiere eso decir...?

—Quiere decir que acepto tu petición. ¿Hay algo más?

—Ah no, nada, en realidad, nada...

—Preparad el mobiliario fúnebre en los talleres de la aldea, bajo la supervisión de Ched y de Userhat.

—Claro, claro... pero tú...

—Yo voy a cumplir con mi deber.

Paneb, cargado con los sacos que contenían los panes de color y los pinceles, salió de la aldea ante la pasmosa mirada del guardián, que estaba sentado al abrigo de una espesa tela tendida entre unas estacas.

—¿No vas a ir al Valle?

—Claro que sí —respondió Paneb—. El trabajo me aguarda.

—Los arrieros se han quejado del calor cuando el sol apenas había salido, y sólo regresarán al anochecer. Corres el riesgo de morir en la montaña.

—No te preocupes, estoy en mi elemento.

El coloso se dirigió al establo donde *Viento del Norte,* su asno, que sólo lo

obedecía a él, masticaba alfalfa. El día anterior, Paneb había recortado sus pezuñas y, de acuerdo con la costumbre, el asno se había tendido, gimiendo, para simular un dolor insoportable. Paneb le había ofrecido una buena cantidad de corteza de sauce, una golosina de excepción, y *Viento del Norte* le había dejado actuar.

El cuadrúpedo de hocico y vientre blancos se había convertido en un verdadero gigante, de impresionante musculatura. Pesaba más de trescientos kilos y le gustaba que Paneb besase con delicadeza sus anchos ollares antes de acariciarle la cabeza.

—¿Quieres acompañarme hasta el Valle de los Reyes?

Los ojos almendrados del asno despertaron, las orejas se irguieron.

—Tengo mucho material y el trayecto será duro.

El asno salió del establo, venteó el aire ardiente y se detuvo ante un sendero que llevaba a la «gran pradera». Paneb le colocó dos cestos y los llenó a medias, sin olvidar unos odres de agua. *Viento del Norte se* puso a la cabeza y marcó el ritmo.

Viento del Norte y *Negrote:* el jefe del equipo de la derecha tenía, por lo menos, dos amigos de inquebrantable fidelidad, sin contar con *Bestia Fea,* la irascible oca que se limitaba a vigilar, y *Encantador,* el monstruoso gato que mantenía preservada su morada de malas vibraciones.

Los artesanos del equipo de la derecha tenían razón: hacía demasiado calor para trabajar. Paneb no había rechazado ningún motivo de ausencia invocado por uno u otro durante los últimos meses: enfermedad, fatiga, problema familiar o cualquier otra dificultad pasajera.

Él, el jefe de equipo, tenía que dar preferencia a la obra en cualquier circunstancia.

Al trepar por la pendiente que llevaba al collado, donde tomaría el sendero que bajaba hacia el Valle de los Reyes, Paneb sintió el peso de la soledad. Sin embargo, desde Ched el Salvador hasta Karo el Huraño, quería a todos esos seres de élite que consagraban su existencia al Lugar de Verdad, y sentía por ellos un profundo y sincero sentimiento de fraternidad. Pero ninguno de ellos estaba a su lado y, sin duda, estaba bien así. Él debía asumir su función sin lamentarse por su suerte y sin quejarse de las carencias de los demás.

Los dos guardias nubios del Valle de los Reyes quedaron atónitos al ver llegar a un hombre y un asno apenas jadeante. La leyenda que alababa la inagotable potencia del coloso, sin duda se enriquecería con un nuevo capítulo.

Paneb y *Viento del Norte* penetraron en aquel horno, pasaron ante la morada de eternidad de Ramsés el Grande y tomaron la dirección de la obra. El artesano se apresuró a descargar a su compañero, dándole de beber antes de colocar a la sombra una estera en la que el asno pudiera tumbarse.

Paneb comenzó por la tumba del canciller Bay, cuya temperatura, al no superar los treinta grados, le ofrecía un agradable frescor. El equipo sólo había terminado la sala de las columnas; más allá, lo que debería haber formado la Morada del Oro permanecía en el estado de unas salas groseramente talladas en la roca. El sarcófago del fiel servidor del faraón, sin embargo, descansaría allí en paz.

En el primer corredor, Paneb acabó la escena que representaba al canciller detrás del rey Siptah, luego trazó un dios sol con cabeza de halcón al que Bay veneraba. Éste no era un soberano, pero había visto la luz presente en la persona simbólica del monarca y sería ésta la que lo guiaría por los hermosos caminos de la eternidad.

Paneb, preso de una fiebre creadora que hacía desaparecer cualquier fatiga, se dirigió luego a la tumba de Siptah, donde encendió una decena de antorchas triples, cuyas mechas no producían humo. Allí preparó un blanco brillante y un ocre fulgente como el oro, para evocar la pureza del alma real y su transmutación alquímica.

Utilizando panes de color de 19 cm., tal como le había enseñado Ched el Salvador, obtuvo pigmentos inalterables en el aire, indisolubles en el agua y resistentes al fuego. Su paleta, que le había regalado Gau el Preciso, se convirtió en su tercer ojo, donde se mezclaban los tintes que fijaba con aceite de lino y de adormidera y esencia de pistacho.

Recordando la técnica que Ched le había enseñado, pintó desde diversos puntos

de vista, sin ceder a perspectivas engañosas. Transmitiendo al mismo tiempo momentos de gracia y movimientos inmóviles, sus pinceles hacían brotar la realidad oculta, magnificando la armonía de las formas.

Así nacieron una diosa Maat de tocado azul y túnica roja, un sol moldeado por Isis y Neftis, arrodilladas, el faraón recibiendo la vida del dios de la luz y un Anubis momificante, Siptah sería eternamente joven, su rostro sereno estaría por siempre iluminado por las fuerzas creadoras que actuaban en su morada postrera. En el techo, unos buitres rojos que llevaban una corona blanca conducían su espíritu hacia el seno de su madre celestial, al abrigo de cualquier corrupción.

Gracias al color, los personajes adquirían vida y los jeroglíficos hablaban; fuera cual fuese el destino del pequeño rey cojo, encontraría aquí una consumación digna de los mayores faraones.

Tras dar la última pincelada blanca a la túnica de una Isis protectora, Paneb salió de la tumba cuando el sol se ponía.

Kenhir estaba sentado en un taburete, con las manos juntas y posadas sobre su bastón, disfrutando de los últimos momentos del día.

—Pero... ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Estoy haciendo mi trabajo, igual que tú. Dime el número de mechas y panes de color que has utilizado.

—No los he contado.

—¡Lo sospechaba! Tendré que cargar con una tarea más... ¿Sabes al menos cuánto tiempo has pasado en esta tumba?

—No tengo la menor idea.

—¡Tres días! Si no hubiera venido a alimentar a tu asno y a darle de beber, el pobre animal estaría muerto. A veces, tu negligencia es inexcusable.

—¿Y habéis venido hasta aquí, con este bochorno...?

—A mi edad, el calor es agradable. Y, además, no se trata de que un artesano trabaje en el Valle de los Reyes sin que yo ejerza el control reglamentario. ¿No tienes sed?

—Un poco.

Kenhir le tendió una calabaza al coloso.

—Enséñame lo que has pintado.

El escriba de la Tumba advirtió que Paneb había olvidado apagar las antorchas. ¿Pero cómo podía hacerle el menor reproche cuando vio las maravillas que habían brotado de sus pinceles?

15

Fue un verdadero milagro que el caballo de Méhy, que corría al galope, no derribase a la niña que jugaba junto al camino. El general galopaba en línea recta, loco de rabia, dirigiéndose a su villa.

Entregó el agotado caballo a un palafrenero e irrumpió en la sala de recepción, donde Serketa charlaba con algunas ricas tebanas que estaban poniendo verde al rey Siptah y no ahorraban elogios hacia Set-Nakht.

Méhy masculló una fórmula de cortesía y, luego, se retiró a sus aposentos.

—Os dejamos, querida —dijo una de las invitadas.

—¡No hay prisa!

—Vuestro marido parece muy preocupado.

—La restauración de los cuarteles es mucho más difícil de lo que había imaginado, pues choca con gran cantidad de trabas administrativas.

Las grandes damas esbozaron una sonrisa de suficiencia.

—Mañana por la noche se ha organizado un banquete en honor del nuevo año de reinado del rey —recordó la esposa del alcalde—; naturalmente, vais a acompañarnos.

—Con mucho gusto —respondió Serketa, haciendo arrumacos como una gata.

En cuanto aquellas casquivanas hubieron abandonado su villa, corrió hacia la alcoba, donde Méhy calmaba su cólera en las sábanas de lino, desgarrándolas a mordiscos.

—¡Basta! —ordenó Serketa—. Ésa es una actitud indigna del futuro dueño de Egipto.

—¿Quieres que descargue mi cólera sobre ti?

—Si eso te devuelve la razón, no vaciles.

El general pisoteó los jirones de sábana y se dejó caer en la cama.

—¡Es como si el asesinato de Nefer el Silencioso hubiera sido inútil! Su muerte ha hecho invencible a Paneb, y la cofradía ha salido fortalecida de esta prueba. El Lugar de Verdad ha anunciado que el templo de millones de años de Siptah está terminado, y que su tumba, como la del canciller Bay, está a punto de concluirse. ¡Un verdadero triunfo para los artesanos! Y ese maldito traidor no consigue descubrir el escondrijo de la Piedra de Luz...

—No desesperes —dijo Serketa, frotándole los hombros—: admito que Paneb aparece como un vencedor, ¿pero qué sería de él sin la magia de la comunidad? ¿Y quién es la que le dispensa esa magia, si no una viuda apenada por la muerte de su marido?

—¡Sabes muy bien que la mujer sabia es intocable!

—No estoy tan segura de eso, tierno chacal mío.

Clara había cuidado los pajaritos de Fened la Nariz, es decir, sus bronquios, y el granero de Pai el Pedazo de Pan, es decir, sus intestinos. Luego se habían sucedido las urgencias dentales: un grave absceso que fue necesario drenar, una úlcera en la encía tratada con una pasta hecha con leche de vaca, algarrobos secos y dátiles frescos, que debía masticarse durante nueve días, algunas obturaciones efectuadas con harina de espelta, miel y fragmentos de muela, incluso una caries, afección rara en la tierra de los faraones. Ninguno de estos males necesitaría la intervención de un especialista más cualificado y la terapeuta recomendaba a todos los aldeanos una estricta higiene bucal, basada en la utilización de agua aseptizada con natrón y pasta desengrasante. Masticar brotes de papiro, ligeramente azucarados, también daba excelentes resultados.

—Una carta para vos —anunció la esposa de Renupe el Jovial, que distribuía las misivas traídas por el cartero.

La cabeza le daba vueltas, por lo que Clara se sentó y cerró los ojos. Tantas intervenciones delicadas la habían agotado, y ya no se recuperaba tan fácilmente como antes, cuando hablaba de su jornada de trabajo con Nefer y compartía con él el peso de sus respectivas tareas.

Los recuerdos de su felicidad le pusieron el corazón en un puño y lamentó no poder abandonarse a un sueño que la condujera a su lado. Pero, hasta que se agotaran sus fuerzas, tendría que permanecer en aquella aldea, a la que Nefer había consagrado su vida.

Al leer la misiva expedida por el médico en jefe de la provincia tebana, Clara creyó que el cielo se derrumbaba sobre su *cabeza.*

—¿Estáis segura? —preguntó Kenhir, extrañado.

—Leed vos mismo: el médico en jefe me niega las entregas de bálsamo, ¡incluido el styrax! Sin esos productos, hay muchas enfermedades que ya no podré combatir.

—Es la primera vez que se produce un incidente de esta clase. ¿Pero quién se cree que es ese inútil?

—Dice que su decisión ha sido dictada «por motivos graves e indiscutibles». ¿De qué puede tratarse?

—Me dirigiré inmediatamente a palacio para que se restablezcan las entregas —declaró el escriba de la Tumba.

Daktair alisaba y perfumaba todas las mañanas su barba rojiza. Era gordo, con las piernas demasiado cortas, y unos pequeños ojillos negros que solían brillar de maldad. Era hijo de un matemático griego y una especialista persa en química, y había gozado del secreto apoyo de Méhy para obtener la dirección del laboratorio central y de la casta de los médicos. Durante mucho tiempo creyó poder imponer su punto de vista, el de una ciencia pura, pero la tradición le había impedido poner en práctica sus proyectos.

Daktair había soñado con un Egipto libre de sus inútiles creencias y resueltamente comprometido en la vía del progreso, pero había tenido que desilusionarse y se había adormecido en la comodidad de los puestos oficiales que le procuraban riqueza y respetabilidad. Hacía ya mucho tiempo que no creía en la existencia de la Piedra de Luz, cuya conquista seguía obsesionando al general Méhy.

Y él, el conquistador dispuesto a todo para reinar, sólo se había convertido en el dueño de la rica provincia tebana, sin llevar a cabo sus ambiciones.

Daktair, amargado, se divertía creando disensiones entre los médicos especialistas destinados a palacio y comía cada vez más, prefiriendo la buena carne de su cocinero a las mozas de partido, a las que ya sólo trataba muy pocas veces.

Cuando Serketa le había propuesto asestar un fatal golpe al Lugar de Verdad, atacando a la mujer sabia, Daktair había sentido un placer que creía perdido para siempre. Él, a quien Egipto y el mundo entero deberían haber considerado como un genio y que se había reducido a un banal puesto de administrador, tenía al alcance de la mano una revancha que saboreaba golosamente.

Y, naturalmente, el escriba de la Tumba en persona acudía a exigirle cuentas.

La antipatía fue inmediata y total entre los dos hombres.

Para Kenhir, Daktair era el ejemplo perfecto del arribista convertido en un alto funcionario inútil, incompetente y arrogante.

Para Daktair, Kenhir encarnaba la detestable tradición de los escribas, alimentados por una sabiduría ya caduca.

—¿Qué significa esa estúpida carta? —preguntó Kenhir.

—¿Olvidáis con quién estáis hablando?

—Por desgracia, no: con un individuo repugnante que enarbola un título no merecido y debe de haber perdido la razón para infringir de ese modo las leyes que rigen el Lugar de Verdad.

La virulencia del ataque dejó a Daktair sin habla durante unos instantes, pero la cólera le permitió recuperar la iniciativa.

—¡Conozco esas famosas leyes tan bien como vos!

—Entonces sabréis que os está prohibido interrumpir la entrega de las sustancias medicinales destinadas al Lugar de Verdad.

Daktair esbozó una sonrisa feroz.

—Salvo en caso de que mi deber me obligue a intervenir...

La actitud satisfecha de su adversario preocupó al escriba de la Tumba.

—Sed más concreto.

—Me tomáis por un mediocre, ¿no es cierto? Pues bien, os equivocáis, mi querido Kenhir. Como médico en jefe de palacio, ejerzo una constante supervisión sobre mis subordinados y no tolero relajación alguna en su trabajo, y menos aún una falta grave.

—Sólo sois experto en papeleo y sois por completo incapaz de curar la enfermedad más benigna.

Daktair enrojeció.

—¡Os prohíbo que me habléis en ese tono!

Y entonces le llegó a Kenhir el turno de sonreír.

—Si os quedara la menor dignidad, dimitiríais inmediatamente, pero sois demasiado cobarde y estáis demasiado apegado a vuestros privilegios. Por esa razón enviaré a Su Majestad un informe en el que hablaré de vuestro abuso de autoridad, que será sancionado con una revocación, que todos los facultativos serios ya esperan.

—Si estuviera en vuestro lugar, no me arriesgaría a hacerlo —amenazó Daktair.

—Debo deciros que no me impresionáis lo más mínimo.

—Hacéis mal tratando mi carta a la ligera, Kenhir. Si fuerais mínimamente inteligente, dejaríais de apoyar a la mujer sabia.

—Ah, caramba... ¿Y por qué razón?

—Clara, la viuda de Nefer el Silencioso, ha recibido de la cofradía el encargo de cuidar a los enfermos en el interior de la aldea, ¿no es eso?

El escriba de la Tumba asintió.

—¿Y cuando detecta un caso grave que no es capaz de tratar, debe dirigirlo a un especialista del exterior?

—Es el deber de una mujer sabia, en efecto.

Los ojillos de Daktair brillaron con triunfante maldad.

—Pues bien, mi querido Kenhir, Clara no lo ha cumplido. Puso a un enfermo en peligro de muerte y será, pues, condenada con la más extrema severidad. Dada su incompetencia, he interrumpido la entrega de productos medicinales a una persona que es incapaz de utilizarlos.

—¡Estáis diciendo tonterías!

—La importancia de mi función no me lo permite —dijo Daktair con ironía—. Nunca actúo sin pruebas.

—¿Qué pruebas?

—La denuncia de un artesano enfermo y muy mal atendido.

16

Kenhir se sentó lentamente en una silla de respaldo alto; tenía la espalda dolorida. A su derecha se sentó la mujer sabia; a su izquierda, Paneb.

Frente a ellos estaba Casa la Cuerda, cuyo anguloso rostro parecía petrificado en una expresión desesperada.

—Queremos saber toda la verdad —exigió el escriba de la Tumba.

—De acuerdo, de acuerdo —asintió el cantero—, pero no es en absoluto lo que imagináis.

—¿La semana pasada te dirigiste a la orilla este?

—Sí, sí... Para hablar con un cliente que deseaba adquirir estatuillas funerarias.

—¿Y te detuviste durante un rato en la taberna del muelle?

—Hacía calor y tenía sed.

—Y bebiste mucho, ¿no es cierto?

—Tenía mucha sed.

—Y hablaste mucho, con varias personas, del absceso que te hacía sufrir.

—Es muy posible —admitió Casa.

—Y te olvidaste de decir que la mujer sabia iba a cuidarte.

—Para seros franco, no estoy muy seguro de lo que conté.

—De acuerdo con los testimonios obtenidos por el médico en jefe Daktair, te quejaste de terribles dolores y de falta de interés por tu caso.

—No lo recuerdo...

—Los testigos pensaron que tu vida corría peligro y avisaron a las autoridades sanitarias.

—¡Yo no pedí nada de eso!

—¿Estás seguro? —preguntó Paneb.

—¡Tanto como puedo estarlo!

—¿Quién era tu cliente?

—En la dirección indicada no había nadie... Yo había bebido demasiado, de acuerdo, pero estoy seguro de no haberme equivocado.

—Cometiste un grave error —advirtió Kenhir—, pues no deberías haber salido de la aldea sin hablar del absceso con la mujer sabia.

—Estaba ocupándose de una niña y yo no quería perder tiempo.

—Por tu culpa ahora ha sido acusada de negligencia y tal vez no pueda ejercer su arte nunca más.

Casa la Cuerda bajó la mirada.

—Me explicaré ante los jueces y se deshará el malentendido.

—Daktair ya ha iniciado un procedimiento de destitución por incapacidad en el ejercicio de la medicina.

El cantero apretó los puños.

—¡Voy a partirle la cara!

—Sobre todo no hagas tonterías de ese tipo —recomendó Kenhir.

—Sólo me queda una solución —estimó Clara—: probar mi capacidad al médico en jefe y a los especialistas de palacio.

El general Méhy apuró de un trago su copa de vino blanco.

—Sé que sólo bebes agua, querido Daktair, pero deberías hacer una excepción. Debemos celebrar tan hermosa victoria.

—La destitución de la mujer sabia no ha sido decidida aún.

—Pero ha elegido la peor de las soluciones. Debería haberse enfrentado a los tribunales... Su pretensión la llevará a la ruina.

—No he conseguido corromper a todos los especialistas —reconoció Daktair—. Algunos me son hostiles y otros son absolutamente honestos. Y para no perjudicar

mi credibilidad, no seré yo quien elija al enfermo que deberá tratar la mujer sabia ante sus colegas, sino uno de ellos, nombrado por sorteo.

—Espero que sea un caso difícil.

—¡Podéis estar seguro de ello! La reputación de la mujer no les gusta a la mayoría de los especialistas, pero podría tener éxito si yo no interviniese de un modo decisivo.

—¿En que estás pensando?

—En cuanto conozca la identidad del enfermo, envenenaré su comida o su bebida. Sea cual sea el talento de la mujer sabia, no conseguirá salvarlo. Y tendrá que presentar un cadáver a sus colegas.

El pecho de Méhy se hinchó de satisfacción.

—¡Eres muy listo, amigo mío!

—Y, sin embargo, sigo en un puesto mediocre, donde mis facultades intelectuales van apagándose a fuego lento. ¿Por qué habéis abandonado vuestros grandes proyectos?

El general, serenándose de pronto, se levantó.

—¿Qué has imaginado, Daktair?

—El Lugar de Verdad ha triunfado, el país entero se hunde en la crisis y vos os contentáis con reinar en Tebas. Nadie lucha contra las tradiciones que dominan Egipto. Así pues, sólo me queda esperar el fin de mis ilusiones.

—No he renunciado a nada, Daktair, y no he olvidado quién eres. Gracias a mí, ocupas una posición privilegiada; el único que se ha dormido en los laureles has sido tú. Libro una guerra desde hace varios años y he propinado duros golpes a un adversario más temible que un ejército de élite, pues posee la Piedra de Luz.

—¡Pura ilusión, general!

—Te recuerdo que la he visto y que conozco su poder. La cofradía sólo sobrevive por ella, aunque no se atreven a utilizar sus verdaderos poderes. Para apoderarse de ella, antes es preciso destruir las defensas que la rodean; y la primera de ellas es la mujer sabia. Por eso es esencial tu intervención.

El calor de mayo era asfixiante. Por ello, Daktair y los médicos se habían puesto muy pronto en camino hacia el Lugar de Verdad. Habían tomado unos carros del ejército conducidos por los hombres de Méhy, y habían seguido de cerca el cortejo de asnos encargados de proporcionar agua a la aldea.

El jefe Sobek en persona acogió a los visitantes en el primer fortín. Aunque una investigación a fondo le había permitido comprobar las declaraciones de Casa la Cuerda, el nubio seguía siendo bastante escéptico; tal vez fuera él el traidor, y había conseguido disimular...

Daktair se dirigió al policía con arrogancia.

—Haz que venga la mujer sabia.

—Estáis autorizados a penetrar en la zona de los auxiliares, ella os está esperando allí.

Clara llevaba una túnica roja de manga corta y un fino collar de oro. La mujer sabia impresionó profundamente a sus colegas y, sobre todo, al decano, especialista en los intestinos, que se inclinó ante ella.

—Espero que salgáis victoriosa de esa prueba —dijo con emoción.

—Nada de charlas —interrumpió Daktair—. ¿Estáis dispuesta a examinar al enfermo?

—Llevadlo al despacho reservado al escriba de la Tumba.

El paciente era un hombre encorvado, de unos cincuenta años, con el rostro grisáceo y los ojos profundamente hundidos en sus órbitas. Visiblemente agotado, se dejó conducir sin decir palabra.

—Exijo la presencia de un testigo para ver cómo actuáis —dijo Daktair.

—No veo inconveniente alguno.

Un cirujano *se* ofreció. El examen médico fue muy largo. Clara escuchó la voz de los distintos órganos, escrutó la piel, estudió el fondo del ojo y palpó el abdomen. Preocupada, analizó la orina y la sangre del paciente, tomada del lóbulo de la oreja.

—¿Habéis terminado? —preguntó el cirujano.

Con una mirada, Clara hizo comprender a su colega que no deseaba hablar en presencia del enfermo.

Advirtiendo su turbación, éste se atrevió a tomar la palabra.

—En Tebas me dijeron que ibais a ayudarme...

—Y es cierto, os recetaré unos remedios.

—Estoy muy cansado, me gustaría tumbarme.

Tras haber confiado el paciente a Obed el herrero, que le prestó su cama, la viuda de Nefer el Silencioso compareció ante sus jueces.

—¿Debéis señalar alguna anomalía? —preguntó Daktair al cirujano.

—Ninguna. El examen se ha realizado con perfecto rigor.

—¿Vuestro diagnóstico, mujer sabia?

—Grave afección cardiaca, pero es un mal que conozco y que puedo curar. Por desgracia, hay algo mucho más grave.

—Explicaos —exigió el decano, sorprendido.

—Por el cuerpo del paciente circula un veneno.

—Imposible —protestó un cardiólogo—. Lo he examinado esta mañana y lo habría advertido.

—Volved a examinarlo —insistió Clara— y llegaréis a la misma conclusión que yo.

Los especialistas estaban desconcertados; se iniciaron algunas discusiones.

—Es una maniobra de diversión despreciable —afirmó Daktair.

Con mucha calma, la mujer sabia indicó los remedios que consideraba convenientes.

—No tengo nada que añadir —concluyó el cardiólogo—; es evidente que nuestra colega está perfectamente cualificada.

—Pues a mí me parece que no —consideró Clara—; el paciente que habéis traído se está muriendo y yo soy incapaz de salvarlo.

—¡Tomad nota de esas palabras! —exclamó Daktair—. La mujer sabia del Lugar de Verdad reconoce ante vosotros que no es lo suficientemente competente para curar. Así pues, las acusaciones contra ella están completamente fundadas, y propongo su inmediata destitución.

17

Los especialistas contratados por Daktair aprobaron las palabras del médico en jefe, pero el decano y el cardiólogo las discutieron con igual determinación.

La mujer sabia no había perdido la calma y aguardaba a que la querella terminase.

—Acompañadnos a palacio —ordenó Daktair—; dado el carácter peligroso de vuestras prácticas y para evitar que los habitantes de la aldea corran el menor riesgo, considero indispensable poneros bajo vigilancia.

—Vos sois el que va a seguirme, en compañía de vuestros colegas.

Daktair se enfureció.

—¡No nos amenacéis y obedeced! De lo contrario, recurriré a los soldados del general Méhy.

—No os he amenazado; mi única intención es curar a ese enfermo.

—¡Acabáis de declarar públicamente que erais incapaz de hacerlo!

—Sólo con mi ciencia, es cierto. Pero existen otros medios.

El decano vio una vía de escape.

—¿Debemos entender que, una vez concluido vuestro examen, lo habríais confiado a los especialistas?

—En absoluto —repuso la mujer sabia con dulzura.

—¡Ya lo estáis viendo! —gritó Daktair—. No sólo sigue en sus trece, sino que además se burla de nosotros.

—Tanto los especialistas como yo misma no podemos hacer nada en estos casos —prosiguió Clara sin turbarse—, pues el veneno ya ha causado demasiados daños. Sólo existe un último recurso cuyo resultado, por desgracia, es incierto. Por esa razón os pido que me sigáis.

—Es inútil —decidió Daktair.

—Es indispensable —afirmó Kenhir, golpeando el suelo con su bastón—. Si el médico en jefe rechaza la proposición de la mujer sabia, haré que lo acusen por no prestar ayuda a una persona cuya vida corre peligro.

Daktair sabía que la denuncia surtiría efecto y que Clara podía ser absuelta.

—Bueno... Vayamos, pero rápido.

—Llevad al enfermo en unas parihuelas —ordenó la mujer sabia—, y humedecedle constantemente los labios y la frente.

Era el tiempo de la cosecha, cuando la cebada se transformaba en oro comestible, revelando el secreto de la alquimia de la naturaleza a quien tuviera ojos para ver.

El cortejo avanzaba lentamente a causa del intenso calor. La mujer sabia y el escriba de la Tumba marchaban en cabeza, Paneb y Nakht el Poderoso llevaban las parihuelas, Daktair sudaba la gota gorda y reclamaba bebida sin cesar, hastiado por aquella expedición campestre. Como Méhy, detestaba la campiña y ni siquiera concedió una mirada a las espigas, pepitas del oro de la tierra y carne de Osiris resucitado.

Al extremo de un magnífico campo se levantaba un oratorio, donde se hallaba una estatua de granito en forma de una cobra coronada por un disco solar. Ante ella había un pequeño altar.

—Veneremos a la diosa de las cosechas —pidió Clara—. Que proteja la siega y los graneros, pues alimenta a los seres de luz en el otro mundo y amamanta al que renace durante la iniciación a los misterios. Que nuestras ofrendas la serenen y la convenzan de que nos dispense su fuego sanador.

Daktair se encogió de hombros, empapado en sudor, jadeante. ¡De modo que el último recurso era aquello, la estatua de una serpiente que cristalizaba las

supersticiones de los campesinos!

Turquesa y Uabet la Pura se acercaron al altar, con las ofrendas que confiaron a su superiora para que las presentara a la diosa.

—Te ofrezco la primera gota de agua —declaró Clara—, la primera gota de cerveza, la primera gota de vino, la primera espiga de trigo y el primer pedazo de pan. Recibe también esta lechuga y este loto, y concédenos tu magia.

Con las ofrendas dispuestas en el altar, todos se recogieron, salvo Daktair, que no soportaba semejante tontería.

—¿Sois capaz de curar a este enfermo o no?

La mujer sabia se dio la vuelta.

—¿Pero qué respetáis vos, Daktair?

—¡La ciencia, no esas estúpidas creencias!

—Tenéis razón y comparto vuestra opinión.

El médico en jefe se quedó atónito.

—Y, sin embargo, vos...

—No creo en esta diosa ni en esta estatua, pero he aprendido que el mundo visible es sólo una ínfima parcela del invisible, en el que actúan las potencias creadoras. Y sólo una de ellas, encarnada en esta piedra viva, puede curar al enfermo.

Daktair soltó una carcajada.

—¡Por un instante he creído que por fin renunciabais a semejantes estupideces! La cárcel os ayudará a aclararos las ideas.

Paneb avanzó hacia la estatua, manejando «el bastón venerable», de madera preciosa chapada con hojas de oro. Tocó suavemente sus ojos con la punta.

Quienes asistían a la ceremonia retrocedieron. Por un segundo, les pareció que la mirada de la diosa de piedra había llameado.

—Saca la estatua del oratorio y ponía a plena luz —ordenó la mujer sabia al jefe del equipo de la derecha.

Con precaución, el coloso hizo lo que le había dicho Clara. La piedra era cálida, como si la vida corriera por sus venas.

—Han envenenado a este enfermo —dijo la mujer sabia—, y los remedios ordinarios no bastarán para curarlo. Ni un especialista ni yo misma podríamos impedir el fatal desenlace. Por ello me pongo en manos de la divinidad que hace nacer las espigas de oro y nutre a los seres humanos.

Clara derramó lentamente agua sobre los textos jeroglíficos que cubrían el pilar dorsal de la estatua. Se trataba de antiquísimas fórmulas contra las serpientes, los escorpiones, los insectos venenosos y demás criaturas visibles e invisibles que intentaban hacer daño.

El agua, impregnada por la magia de los textos, fue recogida en una copa de diorita que databa de la época de las pirámides y que sólo servía para eso.

—Bebed —ordenó la mujer sabia al enfermo, que respiraba con dificultad.

Paneb ayudó al hombre a incorporarse y a que bebiera lentamente antes de tumbarse de nuevo; tenía la tez grisácea y los ojos entornados.

—¿No tenéis nada más para ofrecernos? —se burló Daktair.

—Es mi último remedio —concedió Clara.

—Es inútil que permanezcamos más tiempo aquí. Llevemos al enfermo a palacio, donde intentaremos atenuar su sufrimiento. Vuestra incompetencia ha quedado claramente demostrada, por lo que os serán aplicadas las correspondientes sanciones.

Paneb se colocó entre la mujer sabia y el médico en jefe.

—¡Apartaos! —ordenó Daktair—. Ese intento de intimidación es tan gratuito como inútil. Si persistís, seréis encarcelado también.

—¡Mirad! —exclamó el decano de los especialistas—. ¡Mirad, se está levantando!

El enfermo logró ponerse en pie, con la tez rosada, como si una sangre nueva irrigara su rostro. Vacilante aún, se apoyó en el hombro de Nakht el Poderoso.

—¡Mi corazón... late! ¡Tenía la impresión de que mi aliento había desaparecido, pero respiro de nuevo!

El cardiólogo lo auscultó en seguida, y Clara le tomó el pulso del estómago.

—El efecto del veneno está desapareciendo —concluyó—. El agua sanadora ha triunfado.

Todos los presentes miraron a Daktair. Éste estaba atónito, nervioso, y mordisqueaba los pelos de su barba rojiza.

—Gracias al número y a la calidad de los testigos presentes —declaró Kenhir, radiante—, voy a redactar un detallado informe para Su Majestad. Estoy convencido de que el palacio de Tebas tendrá muy pronto un médico en jefe digno de ese título.

Daktair no podía estarse quieto.

Hacía más de una hora que recorría la sala de espera de la administración central de la orilla oeste, impaciente porque Méhy lo recibiera. El sabio no tenía cita, por lo que el secretario particular del general lo había hecho pasar tras dos oficiales superiores y un escriba de los graneros.

—El general Méhy acepta recibiros —le anunció por fin el secretario.

Daktair, furibundo, se precipitó hacia la gran mesa en la que desenrollaba un papiro el hombre fuerte de la provincia de Tebas.

—¡Debéis intervenir en mi favor, Méhy!

—En primer lugar, tú no eres nadie para darme órdenes a mí; en segundo lugar, baja el tono y tranquilízate. De lo contrario haré que te expulsen.

—Acabo de recibir el decreto que pone fin a mis funciones como médico en jefe.

—Lo sé. Si lo hubieras leído mejor, te habrías dado cuenta de que yo también he firmado ese decreto, tras haber aprobado sin reservas la decisión de Su Majestad.

El sabio, atónito, se dejó caer en una silla baja, que gimió bajo su peso.

—¿De modo que me abandonáis?

—Dado tu lamentable fracaso, no tengo otra elección. ¿Cómo puedo yo apoyar a un incompetente que intentaba buscar una mala querella a la mujer sabia del Lugar de Verdad? Te ha salido mal, Daktair. Hoy ya no eres nadie.

—¿Cómo podía yo pensar que aquella ridicula estatua tenía el poder de curar? Yo había envenenado la comida de aquel hombre y debería haber muerto ante los ojos de los especialistas... ¡No lo entiendo!

—Has despreciado la vieja ciencia de los faraones, y ésta se ha tomado la revancha. Al menos, aún puedes seguir con la dirección del laboratorio. Pero si el nuevo médico en jefe decide relevarte del puesto, yo no me opondré a ello. No debe existir ningún tipo de conexión entre tú y yo.

Daktair lloriqueaba.

—No tenéis derecho a tratarme así... ¡Puedo seros útil!

—Es posible, pero seré yo quien lo decida. Sal de aquí, la entrevista ya ha durado demasiado.

Cuando Daktair salió de la oficina del general y todos vieron su cara de abatimiento, comprendieron que Méhy se había mostrado intransigente y que, como de costumbre, había seguido el camino de la justicia.

18

La noticia del triunfo de la mujer sabia había llegado hasta la corte de Pi-Ramsés, donde proliferaban los rumores sobre el estado de salud del faraón Siptah y la inevitable toma del poder por parte de la reina Tausert. El canciller Bay conseguía mantener una apariencia de consenso a costa de numerosos esfuerzos, ¿pero hasta cuándo?

El canciller pensó que le esperaban serios problemas, cuando descubrió, en su antecámara, al viejo cortesano Set-Nakht, en compañía de un hombre maduro de gran estatura y mirada muy intensa.

—No había solicitado audiencia —comenzó a decir Set-Nakht—, pero deseo veros inmediatamente.

—Esta mañana tengo un considerable número de expedientes que atender y...

—Esperaré tanto tiempo como sea necesario.

Negarse a escuchar al cortesano, jefe de un clan rico e influyente, habría tenido consecuencias desastrosas para el porvenir de Tausert.

—Entrad —concedió Bay, mesándose la pequeña barba.

El hombre que acompañaba a Set-Nakht no se movió. El poder de su personalidad era tal que Bay no recordaba haber visto otra que se le pareciera.

—Mi hijo mayor me esperará —precisó Set-Nakht—; debemos hablar a solas.

Sin ser invitado a ello, el visitante se instaló en una silla de madera preciosa, decorada con estilizados lotos. Aquella pequeña obra maestra de Didia el carpintero ofrecía tan agradable sensación de comodidad que los huéspedes del canciller perdían su agresividad.

—¿Deseáis un bol de leche fresca con aromas?

—Basta ya de cortesías, Bay. Estoy aquí para obtener informaciones concretas y para facilitároslas, porque Egipto está en peligro. Ya nadie ve al faraón Siptah, que permanece enclaustrado en el templo de Amón, e incluso se afirma que está agonizando. ¿Es cierto?

—No.

—Así pues, ¿goza de buena salud?

¿Hasta qué punto podía Bay disimular la verdad? Set-Nakht era inteligente y, si realmente lo deseaba, acabaría sabiendo la verdad. De modo que el canciller decidió no mentir.

—No, está gravemente enfermo. Disfruta de muchos cuidados, pero su esperanza de vida es escasa.

Set-Nakht apoyó las palmas de las manos en los brazos de su sillón.

—¡Me sorprendéis, canciller! No esperaba semejante franqueza de vuestra parte. Así pues, el verdadero faraón es la reina Tausert.

—Así ha sido desde la coronación de Siptah, que no siente afición alguna por el arte de gobernar. Habrá vivido años felices en el templo, en compañía de los sabios y de sus escritos; por lo que a Egipto se refiere, seguirá unido y bien gobernado.

—Brillante estrategia, Bay, pero tiene límites. No niego vuestros éxitos económicos, pero, al igual que Tausert, no queréis considerar los riesgos de invasión. Por ello, cuando Siptah muera, me opondré a la designación de la reina como faraón. Sería incapaz de defender las Dos Tierras y sufriríamos una nueva ocupación que, esta vez, podría destruir nuestra civilización.

—¿De qué informaciones fiables disponéis?

—Habéis aceptado decirme la verdad, Bay; también yo voy a decírosla. Vuestro ministro de Asuntos Exteriores es un inútil y vuestro servicio de información está compuesto por incompetentes que se tragan todo lo que los palestinos, los sirios y los libios les hacen creer. Creéis que Siria-Palestina y Libia se han convertido en nuestros aliados y que piensan en desarrollar, con nosotros, relaciones de

amistad... ¡Gran error, canciller! Su único objetivo consiste en apoderarse de nuestras riquezas tras haber pasado nuestro país a sangre y fuego. Y, sin duda, hay algo más grave aún: los principados de Asia sufren graves trastornos, el equilibrio obtenido por Ramsés se ve comprometido. Pueblos guerreros e incontrolables intentarán imponerse y caerán sobre Egipto sin que vuestros estúpidos diplomáticos se hayan dado cuenta.

Bay parecía un luchador vencido por los golpes, pero obtuvo un segundo aliento.

—¿Vuestro análisis se basa en hechos concretos?

—No me conocéis, canciller. Soy un hombre pragmático que deja las fantasías para los demás. Mi hijo mayor ha llevado a cabo una larga investigación, con ayuda de informadores locales, al margen de la jerarquía diplomática, que es tan fácil de engañar. Siendo prudente y escéptico, ha comparado las informaciones, ha separado el grano de la paja y ha llegado a preocupantes conclusiones que os desvelo porque no deseo el poder, sino la salvaguarda de Egipto. ¿Os dais cuenta por fin de la gravedad de la situación?

—¿Quién está al corriente, al margen de vuestro hijo?

—Vos, canciller. Nadie más que vos.

—Podéis desestabilizar la corte y el propio gobierno propagando este tipo de noticias.

—Os repito que mi único deseo es el bienestar de Egipto. De modo que impediré que Tausert se convierta en faraón.

—Cometéis un grave error.

—Por muy valerosa que sea, una mujer no tendrá la autoridad necesaria para defender el territorio y conducir nuestros ejércitos a la victoria.

—No hemos llegado hasta ese punto aún; suponiendo que estéis en lo cierto, sin embargo, no prevéis una guerra inminente.

—Nuestros adversarios aún no están preparados para atacarnos, lo admito.

—En ese caso, pienso hacerle la siguiente proposición a la reina: que nombre a vuestro hijo ministro de Asuntos Exteriores, y a vos, general en jefe, encargado de supervisar el conjunto de nuestras tropas y de su armamento.

—Pero... ¡No tengo la menor intención de colaborar con Tausert!

—El faraón Siptah firmará los decretos de vuestros nombramientos, y ante él y la reina seréis responsables de vuestros actos. Conocéis estos expedientes mejor que yo y debemos trabajar juntos por la felicidad de las Dos Tierras, por lo que no pondré ningún tipo de traba a vuestras gestiones. Nos reuniremos en consejo restringido cada vez que la situación lo exija.

—¿Qué clase de trampa estáis tendiéndome, canciller?

Bay levantó levemente los ojos, como si pudiese adivinar el porvenir.

—Es extraño, Set-Nakht, pero confío en vos y reconozco que ese sentimiento me era desconocido hasta el momento. Desde que ocupo un puesto importante, no he tenido más ambición que hacer que la reina Tausert suba al trono de Egipto. Pero hoy vos os atravesáis en mi camino, y sois un adversario temible. Afortunadamente, no buscáis vuestro provecho personal y os mueve una profunda convicción. Si tenéis razón, Egipto tendrá mucho que agradeceros. Debo elegiros, pues, como aliado, ser leal con vos y aprovecharme de vuestra competencia. Además, sirviendo fielmente a la reina Tausert os daréis cuenta de que es digna de convertirse en un nuevo Horus. No os he ocultado un ápice de mis intenciones, Set-Nakht, la decisión es vuestra.

—Debo hablar con mi hijo mayor de vuestra sorprendente proposición y tomarme algún tiempo para reflexionar.

—Sin aguardar vuestra respuesta, me entrevistaré con la reina.

—¿Y si me niego?

—Egipto será el gran perdedor. Vos proseguiréis vuestro combate y yo no traicionaré a Tausert. Forzosamente, nos enfrentaremos en un duelo del que incluso el vencedor saldrá debilitado.

—Gracias por vuestra sinceridad, canciller.

—Que los dioses nos permitan actuar juntos por la grandeza de este pueblo y esta tierra que ambos, vos y yo, amamos.

Bay había acudido al gran templo de Amón para conversar con el faraón Siptah.

Temía enfrentarse con un joven abrumado por el sufrimiento, sin saber qué términos utilizar para consolarlo; pero el joven monarca lucía una franca sonrisa que contrastaba con un rostro roído por la enfermedad.

—Os traigo buenas noticias, majestad. Las cosechas han sido abundantes, la crecida excelente y los jefes de provincia me han hecho llegar unos informes positivos sobre la economía de sus regiones. Ni un solo hijo de Egipto tiene el vientre vacío y las divinidades pueden permanecer entre nosotros con toda tranquilidad.

—¿Está terminada mi morada de eternidad?

—Están acabando las pinturas y ya sólo queda bajar los sarcófagos.

—He estudiado largo tiempo el simbolismo de cada corredor y cada estancia, he leído y he vuelto a leer las *Letanías del Sol,* el *Libro de la matriz estelar* y el *Libro de las Puertas.* Nuestros sabios vieron el más allá con tanta precisión que nuestros dibujantes pueden trazar el camino del alma. ¡Qué maravilla, Bay! A veces, me impaciento por abandonar esta tierra y vivir ese viaje en el que el cuerpo mortal ya no nos impone sus límites. Mi corta vida ha estado dominada por la soledad, pero no lo lamento en absoluto, porque he tenido la suerte de conocer la serenidad de este templo y de prepararme para otra vida.

—Majestad...

—Nada de palabras inútiles, amigo mío; he aprendido lo suficiente para no hacerme ilusiones sobre mi estado de salud. Transmite toda mi gratitud a la reina Tausert, que tan bien ha sabido ejercer en mi lugar las más altas responsabilidades y que estoy seguro de que será un gran faraón.

—Majestad, yo...

—Perdóname, Bay, pero hablar me agota. Haberte visto de nuevo me ha reportado una inmensa alegría.

Un acceso de tos desgarró el pecho de Bay cuando subía los peldaños de palacio. No le preocupó más que los precedentes, pues se calmaban por sí solos y no tenía tiempo para consultar a un médico que le prescribiera unos remedios que olvidaría tomar.

Por la noche tenía que dar los últimos toques al proyecto de acondicionamiento de nuevos canales en las provincias del Sur y asegurarse de que la producción vinícola fuera correctamente distribuida.

Tausert estaba radiante. Bastaba con mirarla para comprender que tenía vocación de reinar.

—Tienes mal aspecto, Bay.

—Una fatiga pasajera, majestad. Debo hablaros de una proposición que he hecho a Set-Nakht y a su hijo mayor.

—No es necesario, canciller.

—¿Os... os negáis a tratar con ellos?

—Según un correo confidencial que acabo de recibir, aceptan tu proposición.

19

Como si la victoria de la mujer sabia hubiera liberado unas fuerzas benéficas, el Lugar de Verdad había podido disfrutar, con toda tranquilidad, de los placeres de la inundación. Las grandes obras ya estaban muy adelantadas, por lo que Kenhir se había mostrado generoso concediendo descansos suplementarios a los equipos. Algunos artesanos se habían quedado en su casa, otros lo habían aprovechado para hacer una visita a miembros alejados de su familia; otros, en cambio, habían fabricado camas, sarcófagos o estatuas destinados a la venta en el exterior.

Kenhir contemplaba su tumba, inundada de sol, sentado en un murete de piedra seca.

—El jardín ha crecido mucho —observó Paneb.

—No tanto como la persea de Nefer el Silencioso... Realmente no es un árbol ordinario.

—Todos los días pienso en el maestro de obras.

—Está siempre presente entre nosotros —afirmó el viejo escriba—, y nos protege. Cuando celebramos el culto de los antepasados, su espíritu nos inunda con su luz.

—Pero su asesino sigue agazapado en las tinieblas —recordó Paneb—; también pienso en él todos los días. Y no descansaré mientras continúe impune.

—Comparto tu opinión, y espero un sueño que nos ponga sobre su pista... ¡Pero no llega! A veces me pregunto si el culpable no sería— el auxiliar que encontramos muerto. Desde entonces, todo está tranquilo.

—Sobek es más que escéptico.

—Un policía es desconfiado por naturaleza. Pero los hechos son los hechos: o el traidor ha muerto o ha renunciado a hacernos daño.

A Paneb le hubiera gustado creer que Kenhir tenía razón.

—El cartero pregunta por vos —advirtió la esposa de Pai el Pedazo de Pan, que estaba pintando el interior de su casa.

El jefe del equipo de la derecha ayudó al escriba de la Tumba a levantarse; en aquella hermosa jornada de octubre, cuando los rayos del sol se hacían acariciadores, Kenhir acusaba su edad.

—Esperemos que no se trate de una mala noticia... Los rumores afirman que el rey Siptah se extingue lentamente y que su sucesión dará lugar a una encarnizada lucha entre los partidarios de la reina Tausert y los de Set-Nakht. Mala cosa, muy mala... ¡Ah, qué lejos están los benditos años del reinado de Ramsés el Grande! Con él, no había inquietud alguna por el mañana. Aprovechemos este dulce fin de estío, Paneb... El porvenir podría ser menos tierno.

El cartero Uputy seguía teniendo sólidas pantorrillas. Nunca había abierto una carta, de acuerdo con las obligaciones de su oficio, y su reputación le valía para encargarse de las misiones confidenciales.

Uputy sacó un enorme papiro de su bolsa.

—¡Ése sí que pesa!

—¿De dónde procede? —preguntó Kenhir.

—Del catastro de Tebas.

—¿Y estás seguro de que es para nosotros?

—No hay duda alguna. Firmad en esta tablilla como acuse de recibo.

Kenhir puso su sello, y Paneb llevó el papiro hasta el despacho del escriba de la Tumba que Niut la Vigorosa acababa de limpiar.

—¡No te parece que ya hay suficientes archivos en este lugar! —exclamó la mujer—. Muy pronto Kenhir invadirá otra estancia.

El coloso se guardó de responder. Rompió el sello y desenrolló el documento. Una rápida lectura dejó estupefactos a los dos hombres.

—¡El catastro se atreve a discutir la extensión de nuestras tierras! —advirtió Kenhir, indignado.

El agua se había retirado, se recogían los dátiles y comenzaban las siembras, salvo en los campos que pertenecían al Lugar de Verdad o a sus servidores que, como Kenhir y Paneb, los habían heredado de sus predecesores.

Viento del Norte llevaba el material que Paneb necesitaría para rectificar los errores de los escribas del catastro. Kenhir, olvidando sus dolores, había adoptado un ritmo que su ayudante, Imuni, seguía con dificultades, cargado de papiros, pinceles y paletas.

Como todos los años, la crecida había borrado los límites de los campos y había desplazado los mojones. El Nilo, proyección terrenal del río celeste, había fecundado la tierra, que renacía como en la primera mañana. Pero algunos espíritus perversos se burlaban de esa grandiosa repetición de la creación y sólo pensaban en aprovecharla para robar algunas parcelas al vecino. Así pues, los agentes del catastro intervenían para restablecer la equidad y castigar a los tramposos.

Kenhir no conocía al jefe de la delegación de Tebas-oeste, un hombre flaco de unos treinta años y prominente mentón. Éste acababa de ser nombrado por el general Méhy con instrucciones concretas.

—¿Sois el escriba de la Tumba?

Kenhir miró de arriba abajo al adversario y lo que vio en sus ojos no le tranquilizó.

—Sí, soy yo.

—Soy el nuevo superior del catastro y no pienso conceder privilegios a nadie, ni siquiera al Lugar de Verdad.

—Os felicito por ello.

—Además, no permitiré que nadie se crea superior a mis técnicos.

—¡Ahí os equivocáis! Todos podemos equivocarnos, incluso vos.

—Tened cuidado, Kenhir; estoy dispuesto a acusaros de difamación.

—¡Y yo de incompetencia! ¿Cómo os atrevéis a disminuir en un cuarto las tierras que nos pertenecen y privar así a la aldea de una parte importante de sus recursos?

—Porque ése es el resultado de nuestras valoraciones.

A su alrededor, los especialistas aprobaron a su jefe, inclinando la cabeza.

—Procederemos, pues, a una nueva valoración —decidió Kenhir.

—Pero... ¡No estáis cualificado para ello!

—Lamentable error, querido colega. El catastro es sólo una aplicación de la ciencia de los constructores, y el escriba de la Tumba está habilitado para tomar cualquier tipo de medida sobre el territorio del Lugar de Verdad.

Paneb trazó un plano en el suelo con las cotas indicadas en los papiros que Kenhir desenrollaba. Hizo un rápido cálculo de las superficies, que el superior del catastro no pudo discutir. Luego, de los sacos confiados a *Viento del Norte* sacó los elementos de un instrumento de medida y los ensambló. Éste se componía de dos pedazos de madera que colocó horizontalmente, uno sobre otro, en ángulo recto, para formar una cruz. El conjunto, que se llamaba *seba,* «la estrella», fue colocado sobre una estaca. En los extremos de los brazos de la cruz, Paneb colgó unos pesos que formaban otras tantas plomadas. Bastaba que dos de ellas fueran vistas en superposición para obtener o verificar una alineación.

Luego, el coloso cogió una cuerda con nudos de cien codos (3) que el asno había llevado sin inmutarse. Estaba adornada en uno de sus extremos con una cabeza de carnero, y era la réplica exacta de la primera cuerda de agrimensor legada a los humanos por Jnum y que se conservaba en su templo de Elefantina. Había servido para medir «la cabeza de la creación», la primera provincia del Alto Egipto.

Teniendo en cuenta diversas indicaciones que databan de años anteriores y repetidas en los papiros administrativos, el coloso procedió a la medición completa de las tierras de la aldea ante la atónita mirada de los escribas del catastro. Todos pensaron que Paneb cedería a la fatiga, pero llevó a cabo su tarea.

—Bueno, se ha restablecido la verdad —consideró Kenhir.

—¡Ni hablar, no estoy de acuerdo! —exclamó el superior del catastro.

—Utilizad los mismos instrumentos que Paneb y obtendréis los mismos resultados.

—Me bastan mis valoraciones.

Kenhir miró al alto funcionario con ojos acerbos.

—Al principio creí que se trataba de uno de esos errores monumentales que son habituales en la administración... Ahora creo que sois autor de una malversación.

—¡No sabéis lo que decís!

—Esperabais obtener una victoria fácil, pues ignorabais que disponíamos de medios para confundiros.

—¡Tengo pruebas de lo que estoy diciendo!

—Mostradlas, pues.

El superior del catastro hizo una señal a uno de sus subordinados, que mostró de inmediato un pequeño mojón cubierto de jeroglíficos.

—Lo hemos encontrado al pie del bosquecillo de acacias que veis allí y, en efecto, delimita vuestro territorio tal como lo hemos calculado. Estaba enterrado y sujeto por piedras; así pues, no ha sido desplazado por la crecida. Mis escribas darán testimonio de ello.

—En primer lugar, no deberíais haberlo desplazado; además, se trata de una falsificación.

—¡El mojón lleva el nombre del Lugar de Verdad!

—Es cierto, pero falta la marca específica del artesano que lo fabricó.

—¡Habrá olvidado ponerla! La prueba será definitiva ante un tribunal.

—¿Y si confiáramos en el juicio del agrimensor celestial?

La dulce voz de la mujer sabia hizo que todos los participantes en el debate se dieran la vuelta.

Aunque nunca antes la había visto, el superior del catastro supo de inmediato quién era y no sintió el menor deseo de contrariarla.

—¿Os referís al... dios Thot?

—A su ibis —precisó Clara—, cuyo paso mide un codo y cuya precisión disipa las discusiones humanas. ¿Aceptaréis, como nosotros, su juicio?

—Sí, claro está, pero no podemos esperar a que el pájaro baje del cielo y...

—Que el mensajero de Thot mesure las tierras del Lugar de Verdad.

Un gran ibis blanco, de majestuoso vuelo, se posó tan cerca del alto funcionario que éste retrocedió, asustado, tropezó con uno de sus subordinados y cayó cuan largo era en un charco de barro.

Entregándose al mismo trabajo agrimensor que Paneb, el pájaro de Thot confirmó, paso a paso, los límites trazados por el coloso.

20

—Estoy aterrado —declaró el general Méhy—. ¿Cómo podía yo imaginar, mi querido Kenhir, que el nuevo superior del catastro perdería la *cabeza al* entrar en funciones? Sus hojas de servicio eran impecables, su carrera, impoluta. Puedo mostraros su expediente que fue, para mí, el elemento determinante para nombrarlo tras la jubilación de su predecesor.

—Es inútil —respondió el escriba de la Tumba—. Lo más importante es evitar, en el futuro, ese tipo de incidentes.

—He aquí la copia del plano catastral provisto del sello real. Lo conservaréis en la aldea y, en adelante, no habrá más discusiones. ¿Estáis satisfecho con los campesinos que trabajan en vuestras tierras?

—No tengo ninguna queja.

—¡Me alegro! El malandrín que intentó perjudicaros ha sido destinado a Palestina, donde pasará largos años expiando sus faltas, sin esperanza alguna de recuperar un puesto importante. Egipto no es benévolo con sus funcionarios incompetentes, y así está bien. Puedo deciros que el faraón Siptah tiene en tan alta estima el Lugar de Verdad que no toleraría ningún atentado contra su integridad.

—Los alarmantes rumores sobre su estado de salud no dejan de crecer.

—Mucho me temo que son ciertos. Pero la reina Tausert es una excelente administradora que mantiene con mano firme el gobernalle. Y creo que también ella concede mucho valor a vuestro trabajo. ¿Puedo pediros un favor, Kenhir?

El escriba de la Tumba se puso en guardia.

—Por pedir que no quede.

—El mobiliario de mi villa de la orilla oeste ya no me gusta. Me gustaría encargar a la cofradía varias sillas de gran calidad, algunos lechos y arcones para joyas. El precio no importa.

—Nos venís al pelo, general; estamos en un período tranquilo en el que los artesanos tienen tiempo de ocuparse en ese tipo de cosas.

—¡Pues estoy encantado, Kenhir!

Méhy acompañó al escriba de la Tumba hasta el umbral de los edificios administrativos. Consiguió mostrarse como un hombre relajado y satisfecho, aunque el correo recibido aquella misma mañana lo había sacado de sus casillas: el rey acababa de nombrar a Set-Nakht general en jefe de todos los ejércitos de Egipto, y Méhy tenía que remitirle lo antes posible un informe completo sobre las tropas tebanas y su armamento.

Semejante precipitación podía hacer pensar en un ataque al país, por parte de los libios, de los sirios o de otros pueblos llegados del norte, y alegraba a Méhy, que sabría aprovechar un caos en el Bajo Egipto; en cambio, la personalidad de Set-Nakht lo inquietaba. Era rico, incorruptible, tozudo y trabajador, y había sido lo bastante influyente como para conseguir que su hijo mayor fuera nombrado ministro de Asuntos Exteriores.

Tras haber hablado con Set-Nakht en Pi-Ramsés, Méhy sabía que sería difícil, imposible incluso, sobornarlo.

Sólo podía esperar que la reina Tausert, apoyada por el canciller Bay, librara un duro combate y provocara importantes disturbios en la cima del Estado, que Méhy sabría aprovechar.

Más que nunca, necesitaba la Piedra de Luz. Y aquel maldito traidor, a pesar de sus investigaciones, seguía sin descubrir dónde se ocultaba.

Méhy y Serketa habían atacado a la mujer sabia y a Paneb, pero ambos habían vencido en sus asaltos.

Sin embargo, no todos los miembros de los equipos dispondrían de la misma fuerza de carácter. Forzosamente había un eslabón débil en aquella cadena,

eslabón que era necesario romper para desacreditar a la cofradía.

Méhy regresó a su casa, muy alegre, para hablar con un sacerdote de Karnak que, en ciertos períodos del año, se ocupaba de la intendencia. Según el informe que había hecho sobre él, el hombre estaba divorciado y pagaba una fuerte pensión alimenticia a su mujer, lo que lo había obligado a endeudarse. A cambio del pequeño servicio que prestaría al infeliz, el general se convertiría en su benefactor.

Casa la Cuerda daba forma a un jarrón de alabastro para la esposa de un escriba real; Fened la Nariz, Unesh el Chacal, Pai el Pedazo de Pan y Didia el Generoso fabricaban muebles de lujo para el general Méhy; Karo el Huraño y Nakht el Poderoso reforzaban los muretes de piedra en el interior de la aldea; Userhat el León creaba una estatua de *ka* para la tumba de Kenhir; Ipuy el Examinador, Renupe el Jovial, Gau el Preciso y Ched el Salvador restauraban tumbas de artesanos que databan de los primeros años de la aldea. Thuty el Sabio colocaba hojas de oro en los cofres destinados a la morada de eternidad de Siptah.

La vida era agradable, el trabajo alegre, en el Lugar de Verdad reinaba la felicidad. Deseaban olvidar la interminable agonía del faraón y el período de inestabilidad que seguiría a su muerte. Sólo Paneb y el jefe Sobek permanecían alerta. Desde su punto de vista, esa tranquilidad sería sólo temporal, pues el asesino de Nefer el Silencioso no renunciaría a hacer daño.

Cuando Paneb penetró en el taller del orfebre, Thuty pensaba en su hijo desaparecido, cuya ausencia seguía corroyéndole las entrañas.

—Trabajo para ti, en el exterior.

—No tengo ganas.

—¿Ni siquiera en Karnak?

Antes de ser iniciado en el Lugar de Verdad, el orfebre había trabajado para la ciudad santa del dios Amón, donde había cubierto de oro puertas, estatuas y barcas.

—Karnak es distinto... ¿De qué se trata?

—De una misión temporal y delicada: dorar una puerta interior del templo de Maat.

—Karnak dispone de excelentes orfebres.

—Todos están ocupados en otras tareas y el intendente tiene prisa. El tribunal celebrará muy pronto su sesión en ese santuario y desea que la diosa de la justicia sea honrada convenientemente. ¿Quién podría hacerlo mejor que el orfebre del Lugar de Verdad?

—Necesito el consentimiento de Kenhir.

—Ya lo he obtenido.

Thuty no podría haber recibido mejor acogida por parte del intendente, que veló por su comodidad y por su alimentación. El orfebre rechazó las herramientas que le ofrecieron, pues sólo utilizaba las suyas, que él mismo había fabricado. Para él, colocar chapas de oro en los batientes de puertas de un pequeño templo como el de Maat era un juego de niños; sin embargo, se tomó la tarea con extremada seriedad.

En menos de una semana, ya había terminado el trabajo y Thuty añoraba la aldea. Karnak era un lugar grandioso, donde el poder divino impregnaba cada piedra, pero echaba en falta el espíritu de la cofradía, incluso el mal carácter de Kenhir.

Mientras Thuty metía las herramientas en su bolsa, el intendente se extasió al contemplar su obra.

—Es magnífico... ¡Y has terminado mucho antes de lo previsto! Ahora comprendo por qué te eligió el Lugar de Verdad... ¿Sabes que El cargo de superior de los orfebres de Karnak estará vacante muy pronto? Si presentaras tu candidatura, nadie se opondría.

—El puesto no me interesa.

—Es un hermoso final de carrera.

—Soy artesano, no me dedico a hacer carrera.

—Perdona mi curiosidad, ¿pero cómo logra el Lugar de Verdad retener a un orfebre con tanto talento como tú?

—Es muy sencillo: se limita a existir. Y yo soy quien todos los días le da gracias por aceptarme en su seno.

—Antes de marcharte, hazme un favor: comprueba que las chapas de oro más antiguas estén correctamente fijadas. En caso contrario, indícalo al taller. Te dejo, debo encargarme de una entrega. Que los dioses te protejan, Thuty.

Paneb entró en casa de Turquesa, poco después de los ritos del alba. Ella estaba ungiéndose el cuello con una pomada compuesta de miel, natrón rojo, leche de burra, semillas de fenugreco y polvo de alabastro.

El coloso posó las manos en los pechos desnudos de su amante con delicadeza y le besó la nuca. Turquesa intentó contener su deseo.

—No te esperaba...

—¿Así es como me quieres?

—¿Y si tuviera que hacer algo urgente?

—¿Para qué sirve esta pomada?

—Para evitar la formación de arrugas.

—No la necesitas, Turquesa, tu no envejeces. Hator ha ordenado a los años que te olviden.

—¡Se diría que intentas conquistarme!

—Tu intuición me fascina... Déjame proseguir ese delicado trabajo.

El coloso cogió el bote de alabastro y, con el meñique, tomó un poco de crema y la extendió suavemente por el delicado ombligo de su amante.

Turquesa no pudo resistirse.

Se tendió de espaldas, desnuda, y Paneb siguió haciendo que se estremeciera de placer gracias al oloroso ungüento que dejaba la piel flexible y suave.

—El bote está vacío —lamentó el coloso.

—Ofréceme entonces otra clase de ungüento.

¿Cómo podía resistirse a aquella invitación? Paneb se tumbó sobre Turquesa y sus cuerpos se amaron con el inagotable ardor que marcaba cada uno de sus encuentros.

Turquesa acababa de vestirse, alrededor del cuello se había puesto un collar cuyo colgante tenía la forma del fruto de la mandrágora; entonces llamaron nerviosamente a su puerta.

—¿Quién es?

—Renupe el Jovial... Me envía el escriba de la Tumba, ¡abre en seguida!

La sacerdotisa de Hator entreabrió la puerta.

—¿Está Paneb contigo aún?

—Estaba a punto de marcharse.

—Que vaya de inmediato a casa de Kenhir... Ha ocurrido algo grave.

21

—¡Ni hablar! —dijo Paneb, indignado—. Thuty no... ¡De ningún modo! Hemos viajado juntos por el desierto y lo conozco perfectamente. Es un hombre honrado y riguroso. Desde la muerte de su hijo, sólo vive para dedicarse a su oficio. Esta aldea es su patria y su familia.

—Eso pienso yo también —aprobó Hay, el jefe del equipo de la izquierda.

—Al igual que yo —precisó la mujer sabia.

Kenhir, furioso, arrugó, al enrollarlo, un papiro de mediana calidad.

—Estoy de acuerdo con vosotros, pero la acusación es firme: al parecer, Thuty robó dos placas de oro en el templo de Maat, en Karnak. Como se encontraba en misión oficial, en nombre del Lugar de Verdad, la honestidad de toda la cofradía ha sido puesta en entredicho.

—¿Quién lo ha acusado? —preguntó Paneb.

—Un intendente encargado de supervisar los trabajos de restauración del templo.

—¡Quiero saberlo todo sobre ese tipo!

—El jefe Sobek se está encargando de ello, pero no está autorizado a investigar en el interior de Karnak. Mucho me temo que sus investigaciones se vean interrumpidas muy pronto.

—¿Y si Thuty fuera el traidor y el asesino de Nefer el Silencioso? —supuso Hay, muy molesto al formular tan atroz hipótesis.

—¿Por qué se te ha ocurrido esa idea? —preguntó Kenhir, extrañado.

—Si hace que lo acusen de ese modo, está mancillando el Lugar de Verdad, a cambio de un juicio clemente o, incluso, amañado.

—Lo que implicaría complicidades en lo más alto de la jerarquía de Karnak... ¿Te imaginas la magnitud de la conspiración?

—Espero equivocarme, Kenhir; ¿pero no ha demostrado el traidor su capacidad para hacer daño y actuar en la sombra?

—Debo encontrarme con el sumo sacerdote de Karnak —anunció Kenhir—; juntos decidiremos el procedimiento que debemos seguir.

—Ante todo —decidió Paneb—, asegurémonos de la inocencia de Thuty.

—¿Quién se encargará de la investigación?

—Yo, como jefe del equipo de la derecha. Y os juro que, si es culpable, hablará.

Paneb creyó que el orfebre, que tenía la sensibilidad a flor de piel, iba a estallar en sollozos.

—¿Yo, un ladrón? ¿Cómo puede haber alguien tan miserable que se atreva a acusarme de hurto?

—¿Conocías a ese intendente?

—No, era la primera vez que lo veía.

—¿Y no te pareció turbio?

—Turbio, no; condescendiente, sí. Incluso me propuso que me presentara como candidato a orfebre en jefe de Karnak, pero mi respuesta lo decepcionó.

—Te acusa de haber robado dos placas de oro antiguas.

—Las comprobé todas, porque él me lo pidió, y cuando abandoné el templo no faltaba ninguna.

—¿Hay alguien que pueda corroborarlo?

Thuty puso ojos de perro apaleado.

—Por desgracia, nadie.

—Debo registrar tu casa.

El orfebre se llevó la mano a la garganta, como si se estuviera asfixiando.

—¿Crees que soy culpable?

—No, pero es preciso proporcionar al tribunal que te juzgue pruebas irrefutables. Yo declararé que un registro en toda regla no ha dado resultado alguno.

Thuty se acurrucó contra una pared.

—¡Registra, Paneb, registra todo lo que quieras!

El escriba de la Tumba puso su sello en el informe redactado por el jefe del equipo de la derecha, y lanzó un suspiro de alivio.

—Por fortuna, no encontraste nada.

—Thuty está deshecho, la mujer sabia lo está atendiendo.

—¿Qué te dijo?

—Cayó en una trampa.

—¡Y nosotros con él! La cofradía está al borde del abismo, Paneb.

—La justicia reconocerá nuestra inocencia.

—No seamos demasiado optimistas... Mientras no haya hablado pon el sumo sacerdote de Amón, temeré lo peor. Le he escrito diciéndole que llevábamos a cabo nuestra propia investigación y espero su respuesta. Si rechaza una entrevista, nuestra suerte estará echada.

—¡Ni hablar! —objetó el coloso—. Yo mismo iré a buscar a ese intendente y lograré que confiese.

—¡Sobre todo, no cometas ninguna estupidez! —ordenó Kenhir—. Que Maat nos proteja.

Kenhir no esperó mucho tiempo la respuesta del sumo sacerdote y ésta le sorprendió: el poderoso personaje deseaba hablar con el escriba de la Tumba en el puesto de control del Ramesseum.

Ambos hombres habían elegido la sobriedad: taparrabos a la antigua y túnica de lino ordinaria. El sumo sacerdote de Amón y Kenhir se encerraron en el despacho del jefe de puesto, al abrigo de oídos indiscretos.

—Hacía mucho tiempo que no había venido a la orilla oeste —advirtió el jefe de la jerarquía de Karnak—, y me habría gustado que el corto viaje se produjese en circunstancias menos dramáticas. ¿Cómo va tu salud, Kenhir?

—Cada día peor, pero el trabajo me permite olvidarme de ello.

—He oído decir que una joven esposa se desvivía por ti...

—Es una excelente ama de casa, aunque demasiado aficionada a la limpieza... La considero como mi hija y heredará todos mis bienes. Pero tú, sumo sacerdote, resistes mejor que yo el desgaste de los años.

—Sólo aparentemente, amigo mío; muy pronto me retiraré a una de las pequeñas moradas cercanas al lago sagrado para dejar paso a un sacerdote más joven, si el rey me lo permite.

—¿Qué rey imparte directrices en Karnak, Siptah o Tausert?

—Tausert decide, Siptah todavía firma los decretos. No temo a la reina; desde que estuvo aquí, y gracias a la intervención de los servidores del Lugar de Verdad, no considera a Tebas como una enemiga potencial. Debe saber que mi jerarquía y yo mismo somos conscientes de lo que os debemos.

—Pero hoy, uno de los servidores del Lugar de Verdad es acusado de robo y, más aun, en el templo de Maat, nuestra soberana y nuestra guía, ¡y toda la cofradía será considerada culpable!

—En efecto, ésa es la realidad —confirmó el sumo sacerdote.

—¿Qué tipo de hombre es el intendente que ha acusado al orfebre Thuty?

—Un administrador próximo al alcalde. Trabaja dos o tres veces al año en Karnak, vela por el mantenimiento de los edificios y su comportamiento ha sido siempre intachable. Cuando Thuty se marchó, inspeccionó el templo y comprobó que faltaban dos placas de oro, muy finas, que datan de la decimoctava dinastía. Llamó en seguida a los miembros del servicio de seguridad y levantó un acta. Sólo una persona trabajaba en el santuario, una sola persona pudo robar las placas: el orfebre del Lugar de Verdad.

—Hemos registrado su casa y no hemos encontrado nada.

—Eso no es suficiente para demostrar su inocencia —estimó el sumo sacerdote.

—El tribunal del Lugar de Verdad juzgará a Thuty.

—El robo fue cometido en Karnak, Kenhir, y será el tribunal de Karnak el que juzgue al acusado en el templo de Maat, el mismo lugar donde perpetró su fechoría.

—Con una considerable resonancia en detrimento nuestro, claro está, sobre todo si se solicita la pena de muerte.

—En un caso tan grave, así será. Tal vez habría una solución...

—Te escucho.

—Deja que los investigadores de Karnak entren en el Lugar de Verdad y registren todas las moradas de la aldea. Si no descubren las placas de oro, tal vez Thuty sea absuelto.

Kenhir frunció el ceño.

—¡Eso es imposible! Supondría violar por primera vez una de nuestras reglas fundamentales. Luego, por no importa qué pretexto, todos los dignatarios exigirían el libre acceso a la aldea. Y debo dar preferencia a la colmena con respecto a la abeja.

—Tienes *razón* amigo mío; en tu lugar, yo haría lo mismo. Pero así condenas a Thuty y arruinas la reputación de la cofradía.

—Dale al jefe Sobek la posibilidad de investigar a ese intendente y permite que lo interrogue.

—Mientras éste siga residiendo en el templo, está fuera del alcance de un policía que, además, no está autorizado a trabajar en mi territorio. Por otra parte, esa gestión sin duda irritaría al jurado ante el que deberá comparecer Thuty; se acusaría al Lugar de Verdad de haber iniciado una maniobra de distracción para intentar absolver a uno de los suyos.

—Una trampa soberbia —masculló Kenhir.

—Lo único que puedes hacer es inculpar a Thuty y expulsarlo de la aldea — preconizó el sumo sacerdote.

—¡Pero es inocente! Abandonar a uno de los nuestros sería una cobardía imperdonable.

—Me gusta oírte hablar así, Kenhir.

—Ese intendente ha sido comprado por alguien que busca nuestra destrucción — afirmó el escriba de la Tumba.

—¿Quién está tan loco como para atacar así al Lugar de Verdad? —preguntó el sumo sacerdote, extrañado.

—Lo ignoro, pero acabaremos sabiéndolo.

—Sin duda será demasiado tarde para Thuty, Kenhir.

—Puesto que los humanos no podrán pronunciarse de modo equitativo, ¿por qué no recurrir a los dioses?

—Piensas en consultar el oráculo de Amenhotep I... pero eso no salvará a Thuty, porque los hechos se han producido en Karnak.

—Lo sé. ¿Recuerdas que soy un especialista en sueños?

—Comienzo a comprender... ¡Deseas intentar la prueba de la aparición en sueños para obtener el nombre del culpable!

—Eso es.

—Es muy peligroso, Kenhir, y sin ninguna garantía de resultados.

—A mi edad, ya no tengo nada que temer.

—Dada tu competencia en este campo, el tribunal no te aceptará como cobaya. Ni tampoco aceptará a la mujer sabia, cuya capacidad de videncia es conocida. No obstante, si te empeñas en seguir adelante, busca un candidato al que no le importe poner en peligro su vida.

22

—En nombre de tus dos hijos, Paneb, te suplico que no corras semejante riesgo.

Uabet la Pura *abrazó* a su marido; era hermosa como un loto azul, e iba delicadamente perfumada.

—Soy el jefe del equipo de la derecha y debo salvar a Thuty de la trampa en la que ha caído.

—¡Tú no eres el responsable de esta situación! Y si mueres durante esta prueba, la cofradía pagará las consecuencias.

—Si no nos defendemos, su reputación quedará destruida y la aldea no sobrevivirá mucho tiempo.

—¡No quiero perderte, Paneb!

El coloso estrechó en sus brazos a su esposa, tan esbelta y tan frágil.

—Uabet, ocupas un rango elevado en la jerarquía de las sacerdotisas de Hator. Como yo, debes pensar prioritariamente en el Lugar de Verdad.

—¡Es demasiado peligroso!

—¿Por qué me consideras vencido de antemano?

—Nadie te obliga a hacerlo —afirmó Nakht el Poderoso—; y si renuncias, nadie te lo reprochará.

—Bien dicho —aprobó Pai el Pedazo de Pan.

—¿Estáis todos de acuerdo? —preguntó Paneb mirando a los artesanos del equipo de la derecha, que estaban reunidos ante su puerta.

—Sí —confirmó Gau el Preciso.

—No veo a Ched el Salvador.

—¡Oh, Ched! —exclamó Karo el Huraño—, ¡siempre igual! No ha dicho nada, pero forzosamente está de acuerdo con nosotros.

—De todos modos, me gustaría oír su opinión.

—Está trabajando en el taller.

Gracias al tratamiento descubierto por Clara tras múltiples experimentos, los ojos de Ched se habían salvado; pero su energía se debilitaba y había dejado la parte fundamental del trabajo para su discípulo Paneb, que se había convertido en su patrón. Salvador se limitaba a perfeccionar algunos detalles y reavivar un color, aquí o allá, con notable precisión. Se entregaba al mantenimiento de las tumbas antiguas, como si el trato con los antepasados de la cofradía le interesara más que el de los vivos.

—Ah, Paneb... Me han dicho que te marchas a Karnak.

—No me has dado tu opinión.

—¿Qué importancia tendría? Cuando tomas una decisión, es definitiva.

—¿No estás de acuerdo con lo que voy a hacer, no es cierto?

—¿Qué riesgo corres, en el fondo? Caer en una emboscada tendida por los sacerdotes de Amón o volverte loco durante la prueba de la aparición... No vale la pena privarse de ello.

—¿Y si lo consigo?

—Ése es el auténtico Paneb, ¡genio y figura! Cuando el camino no existe, tú lo trazas. Y hasta hoy no te has equivocado de dirección. Pero si privas al Lugar de Verdad de uno de los mayores pintores que haya conocido, no te lo perdonaré en la vida.

Paneb y la mujer sabia se recogieron largo rato en uno de los oratorios de la cofradía dedicado a la diosa del silencio, la soberana de la cima. La meditación ofreció al coloso nuevas fuerzas, que se prometió no malgastar antes de enfrentarse con las tinieblas.

Cuando Clara y Paneb salieron del oratorio, el sol empezaba a ponerse.

—Muy pronto será el momento del *hotep* —dijo ella—, la paz del poniente que Nefer llevaba en su nombre secreto. Le he implorado para que te acompañe y te dé fuerzas.

—Si tú me dices que no corra ese riesgo, te haré caso.

—Nunca me recuperaré de la desaparición de Nefer; si tú murieras también, ya no tendría hijo y ni siquiera el profundo gozo de la cofradía dilataría mi corazón. Pero me es imposible pensar sólo en mí misma. La condena de Thuty traería consigo la del Lugar de Verdad, y sólo tú puedes salvarlo. Cuando entres en la cámara de los sueños, sobre todo no hagas el vacío en tu espíritu, pero piensa sólo en Thuty. Contempla fijamente su rostro, exige la verdad, y sólo la verdad. Luz y tinieblas librarán un terrorífico combate en tu interior, pero preocúpate sólo por el orfebre. Esta noche subiré a la cima e invocaré a la diosa para que te nutra con su fuego.

La mujer sabia y el jefe del equipo de la derecha se dieron un abrazo, luego él se dirigió a la puerta principal, ante la que se habían reunido todos los aldeanos.

Nadie pronunció una sola palabra y Paneb se alejó por el camino de salida, pasando por el Ramesseum.

—¿Tu nombre? —preguntó el sacerdote que llevaba la cabeza afeitada.

—Paneb, servidor del Lugar de Verdad.

—¿Tienes plena conciencia del peligro que corres?

—No estoy aquí para charlar.

—Tu vida está en juego, Paneb.

—No, está en juego la de mi cofradía.

—Tras la purificación, cruzarás esta puerta. Al otro lado, estarás obligado a llegar hasta el final de la prueba.

El jefe del equipo de la derecha tendió las manos, con las palmas vueltas hacia el cielo, para que el ritualista las purificase con el agua procedente del lago sagrado. Luego, el sacerdote le lavó los pies, y Paneb se puso unas sandalias blancas en el umbral del templo que llevaba el nombre de «Ramsés que escucha las plegarias», construido al oriente de Karnak. Allí se levantaba un gran obelisco en el que se encarnaba, cada mañana, el primer rayo de luz saludado por cuatro babuinos de piedra, cuyas aclamaciones sólo eran oídas por los dioses.

Paneb siguió a otro sacerdote con la cabeza afeitada hasta una sala de columnas cuyo suelo de plata evocaba las aguas primordiales donde había nacido la vida.

Se detuvo frente a una pequeña puerta ante la que estaba el sumo sacerdote de Karnak.

—Mi amigo Kenhir me ha hablado mucho de ti, Paneb. Se te considera un buen líder y un excelente pintor. Nefer el Silencioso, tu padre espiritual, estaría orgulloso de ti. Pero tal vez te diría que la conjunción de talentos como los tuyos es tan rara y tan valiosa para la cofradía del Lugar de Verdad que sería una lástima ponerlos en peligro en semejante prueba.

—Había creído entender que ya no era tiempo de charlas.

—Tampoco me han mentido sobre tu carácter... Excepcionalmente, deseo concederte una última oportunidad para que lo pienses antes de penetrar en la cámara de incubación.

—Estoy aquí para que Thuty sea absuelto.

El sumo sacerdote se apartó.

—Que tu cuerpo se duerma si el cansancio lo abruma, pero no tu espíritu. De lo contrario, estarás perdido para siempre. Que alcances al dios, Paneb, y recuerdes tus visiones.

El coloso descubrió una pequeña estancia recién lavada con agua y natrón. En el centro, un pedestal en el que descansaba una barca de acacia. En la barca ardía un candil de una sola mecha, parecido a los que utilizaban los artesanos en las tumbas; no desprendía humo.

La puerta volvió a cerrarse.

Paneb se sentó con las piernas cruzadas y se concentró en la llama sin dejar de pensar en su hermano Thuty que, gracias a los remedios de la mujer sabia, dormía apaciblemente.

De pronto, la mecha se retorció y el fuego danzó, como si intentara escapar del control de Paneb. El pintor se acercó a ella y, con las manos, sin temor a quemarse, consiguió apaciguarla para formar un espejo rojizo en el que descubrió el rostro del orfebre.

—Cuéntame, Thuty, cuéntamelo todo...

Paneb tuvo la sensación de que su cuerpo estaba ardiendo, pero prescindió de ello, pues una escena se inscribía en el círculo de fuego.

El orfebre recorría el templo de Maat y se demoraba en cada una de las placas de oro que había en el muro. Una de ellas llamaba especialmente su atención.

—No, Thuty, no... ¡Tú no hiciste eso!

Tras haber comprobado que estaba bien fijada, el orfebre se alejó. Y salió del templo, llevando al hombro la bolsa que contenía sus herramientas.

La llama lamió la frente de Paneb, que ni siquiera hizo el ademán de retroceder, pues otro personaje aparecía en el círculo: el intendente que Thuty le había descrito detalladamente. Tras haber mirado hacia atrás repetidas veces, para comprobar que nadie lo observaba, el intendente arrancó una placa de oro con la ayuda de un fino cincel de cobre. Una segunda placa corrió la misma suerte, y el ladrón abandonó el lugar.

Una bruma invadió los ojos de Paneb y sintió deseos de dormir. Resistirse le exigía un esfuerzo tan intenso que su cuerpo se cubrió de sudor.

—¿Dónde están... las placas de oro? —preguntó con voz entrecortada.

El rostro de chacal de Anubis apareció en el centro de la llama.

—Duerme, Paneb, duerme... Y encontrarás respuesta a todas tus preguntas.

—Ayúdame, Thuty... ¡Lucha conmigo, hermano!

Los rasgos del orfebre reemplazaron los del dios, luego se sucedieron unas imágenes confusas: el Nilo, embarcaciones, un muelle, mujeres sentadas, cestos llenos de vituallas.

—¡El mercado! —aulló Paneb.

Intentó levantarse para empujar la puerta, pero estaba paralizado.

La llama se apagó, sumiendo la estancia en la más absoluta oscuridad. El coloso intentó resistirse al terrible sueño que lo invadía.

Cuando sus ojos se cerraban, la puerta se abrió.

23

En cuanto su servicio en el templo hubo terminado, el intendente se dirigió al mercado como había convenido. Allí cambiaría las placas de oro por un lingote de plata que por fin le permitiría pagar sus deudas y llevar una vida más acomodada. Para ello había tenido que cometer un robo y dejar que acusaran a un artesano que sería condenado en su lugar, pero no lo lamentaba lo más mínimo. Ése no era su problema.

En su mochila de cuero llevaba las dos placas de oro envueltas en papiros.

Aún tenía que pasar el puesto de guardia principal.

—¿Ha terminado tu servicio? —le preguntó el jefe del puesto.

—Volveré dentro de unos meses.

—Mala cosa lo de ese robo...

—Afortunadamente, es algo que ocurre muy raramente. Y, además, el culpable ha sido detenido.

—Abre tu bolsa.

Con las manos húmedas, el intendente hizo lo que el guardia le ordenaba.

—¿Qué llevas ahí?

—Lo de siempre, las listas de las reparaciones efectuadas y de las que tendré que encargarme cuando regrese. Es sólo una copia, claro está; esta mañana he entregado el original a mi superior.

—¿Sigues trabajando en el ayuntamiento?

—De momento, sí.

—Bueno, hasta la próxima.

Serketa llevaba su disfraz de campesina que tanto le divertía. Se había instalado entre las vendedoras de frutas y legumbres, con las que había charlado de trivialidades antes de la llegada de una clientela numerosa y decidida a discutir los precios. Varias siervas de sus amigas tebanas le habían dirigido miradas de desdén, y Serketa había conversado incluso con una rica terrateniente, tan avara que hacía personalmente sus compras.

Siguiendo el ejemplo de sus colegas, la esposa del general se mostraba unas veces conciliadora, otras intransigente, y no vendía demasiadas mercancías para no exasperar a la concurrencia.

El intendente apareció nervioso e incómodo, y se abrió paso con dificultad por entre la muchedumbre de ociosos para acercarse a las vendedoras.

Como estaba previsto, los higos de Serketa estaban dispuestos en tres cestos de un color verde chillón. El intendente no podía equivocarse de interlocutora.

De pronto, todos los sentidos de Serketa se pusieron en alerta.

Por lo general, dos babuinos policías vigilaban el mercado y saltaban sobre las pantorrillas de los descuideros. Hoy había cuatro, y varios guardias provistos de bastones los acompañaban.

O el intendente había hablado o lo habían seguido. De cualquier modo, Serketa corría el riesgo de ser atrapada en la nasa.

El hombre se detuvo ante los cestos verdes.

—¿Vendes sandías?

—Sólo higos bien maduros —respondió ella de acuerdo con la contraseña convenida—. Prueba éste.

El intendente degustó el fruto.

—Llévate una caja a cambio de tus papiros —murmuró ella—. La policía nos vigila.

—La policía, pero...

—Hazlo en seguida.

El intendente obedeció, satisfecho de librarse de su fardo.
—El lingote está escondido en el fondo de la caja —precisó Serketa—. Cómprale alguna fruta a mi vecina y sigue haciendo tus compras. Sobre todo, mantén la cabeza fría.
Con un nudo en la garganta y las manos temblorosas, el intendente regateó el precio de la uva. Cuando volvió la cabeza para ver si su cómplice seguía allí, su vista se nubló. Un chorro de ácido le abrasó el estómago, su corazón se lanzó a todo galope y ya no consiguió recuperar el aliento.
Al ver que su cliente se sentía mal, la vendedora se levantó.
—¿No se encuentra bien?
—Yo... Ella me ha...
Con los ojos en blanco, el intendente se derrumbó sobre un montón de cebollas.
—¡Socorro! —aulló la mujer.
Los policías acudieron en seguida; el jefe Sobek los apartó.
—Está muerto —comprobó.
El pánico se apoderó del mercado, pero los babuinos de amenazadores colmillos restablecieron la calma.
—¿Dónde se ha metido tu vecina? —preguntó Sobek.
—¿La vendedora de higos? No lo sé... Nunca antes la había visto y ha desaparecido tras haber hablado con el hombre que acaba de morir.
—¿Le ha comprado fruta?
—La que estaba en esa caja volcada.
Sobek la examinó. Sólo contenía higos.
—¿Cómo ha pagado?
—Con papiros, creo.
El policía inspeccionó el lugar donde estaba sentada la asesina. Allí encontró los papiros y, en su interior, las dos finas placas de oro que habían sido robadas del templo de Maat. Por temor a los babuinos, la falsa vendedora no se había atrevido a llevárselas.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Kenhir a Uabet la Pura.
—A pesar de lo que ha pasado esta noche —respondió ella con una sonrisa maliciosa—, me parece que está en plena forma.
—Bueno, bueno... ¿Puedo verlo?
El rostro de la hermosa rubia se contrajo.
—¿Espero que no habrá malas noticias?
—¡Al contrario!
—Entrad, entonces.
Paneb jugaba con la pequeña Selena, para la que había fabricado una muñeca articulada y pintada, que representaba a una sacerdotisa de Hator haciendo ofrenda de un espejo. La niña manejaba los brazos con delicadeza ante la atenta mirada de su padre.
—Perfecto, querida... También puede caminar, ¿sabes?
Admirada y concentrada, Selena siguió los movimientos de la muñeca como si le fuera la vida en ello.
—¿Yo también seré una sacerdotisa?
—¿Te gustaría tener un hermoso espejo como éste?
—Pero no sólo eso.
—¿Y qué más?
—Quiero conocer el secreto de la montaña y sólo una sacerdotisa de Hator puede pedírselo a la diosa. Se lo he preguntado a mamá, pero se niega a decírmelo.
—Es normal, Selena.
—¿Tampoco tú quieres contarme el secreto?
—Yo soy un artesano, no una sacerdotisa.
Esas palabras sumieron a la niña en la perplejidad, de la que no tardó en salir.
—¡De todos modos podrías llevarme a la cima! Eres tan fuerte que no temes a ningún demonio.
—Ten un poco de paciencia.
El escriba de la Tumba tosió.
—Siento interrumpiros, pero acabo de saber que el tribunal de Karnak ha

absuelto a Thuty. El sumo sacerdote ha invitado a nuestro orfebre a concluir la decoración del pequeño templo de Maat y le entregará el equivalente de las dos placas de oro en ungüentos y vestiduras.

—¿Cómo se encuentra?

—Mucho mejor. La mujer sabia piensa que volverá al trabajo en los próximos días. Saber que ha sido absuelto de toda acusación ha devuelto a Thuty las ganas de vivir. ¿Y tú cómo te sientes?

—No me gustaría tener que repetir la experiencia —reconoció el coloso, tomando a la niña en brazos—. Cuando el sueño me dominó, creí que la visión del mercado que había tenido no serviría para nada. Luego apareció un rayo de luz y, poco a poco, recuperé el uso de mis miembros sin dejar nunca de pensar en Thuty... Tal vez la fraternidad sea más fuerte que la muerte...

Kenhir tosió de nuevo para disimular su emoción.

—El intendente tenía muchas deudas —reveló—; ésta es la razón por la que robó las dos placas de oro, con la certidumbre de que podría cambiarlas en el mercado. Por desgracia, la intervención de la policía resultó demasiado evidente y su cómplice, una vendedora de higos, consiguió huir abandonando el botín.

—¿Una vendedora de higos? —preguntó Paneb, extrañado.

—Sí, una campesina de la que no se ha dado ninguna descripción concreta.

—¡Eso es intolerable!

—Según el jefe Sobek, sólo se trataba de una intermediaria cuya misión consistía en recoger las placas de oro, sin duda, para fundirlas.

—Dicho de otro modo, existe una pandilla cuyo objetivo consiste en destruir el Lugar de Verdad. Y uno de nosotros, un hombre que se afirma hermano nuestro, forma parte de ella.

La niña se acurrucó contra su padre.

—¿Significa eso que las tinieblas se comerán la luz? —preguntó, inquieta.

—Significa que lucharemos para que la obra prosiga y la traición acabe por asfixiar al traidor.

24

El gran consejo, del que ya formaban parte Set-Nakht y su hijo mayor, estaba reunido bajo la autoridad de la reina Tausert. Sólo faltaba el canciller Bay.

—Nunca se retrasa —murmuró el responsable de los canales—. A Su Majestad no va a gustarle...

La reina intercambió algunas palabras con su ministro de Finanzas, y luego se dirigió a la asamblea.

—¿Alguno de vosotros sabe dónde está e! canciller?

Nadie respondió.

—Que el chambelán vaya a los aposentos de Bay mientras nos ponemos a trabajar. Comencemos por el informe del responsable de los canales.

El chambelán salió de la sala del consejo y corrió hacia el despacho del canciller.

Vacío.

Quedaba su alcoba, cuya puerta estaba cerrada. El chambelán llamó.

Al no obtener respuesta, se atrevió a empujarla. El cerrojo no estaba echado.

—¿Canciller..., estáis ahí?

Bay yacía en un charco de sangre, a los pies de su lecho.

Cuando el canciller abrió los ojos, creyó haber llegado a las campiñas paradisíacas del otro mundo. Un perfume de loto mezclado con jazmín encantaba su nariz y el maravilloso rostro de la reina Tausert se inclinaba hacia él.

—¿Bay... puedes hablar?

—¿No... no estoy muerto?

—Varios médicos se están ocupando de ti. ¿Qué ha ocurrido?

—¡Ya recuerdo! Un acceso de tos más fuerte que los demás... y luego sangre, un chorro de sangre, y me he desmayado... ¡Pero ahora lo recuerdo! ¡El gran consejo, he faltado al gran consejo!

Bay intentó levantarse.

—Debes permanecer tumbado, canciller. Es una orden.

—Bien, majestad, bien... ¿Qué tal han ido los debates?

—Hemos tomado buenas decisiones.

—Mejor así... ¡Pero todavía queda tanto por hacer! Tranquilizaos, sólo sufro una fatiga pasajera. Mañana mismo estaré de pie.

—Tienes derecho a hacer reposo.

—¿Es otra orden, majestad?

—Claro está.

—Siento mucho lo de mi ausencia en el gran consejo... No volverá a repetirse.

—Hemos seguido tus directrices, el Tesoro está satisfecho.

—Majestad, quisiera deciros...

La voz del canciller apenas era perceptible. La reina le cogió la mano.

—Majestad... Cuidad de Egipto.

Durante largos minutos, Tausert permaneció inmóvil. Un médico se aproximó.

—Majestad, el canciller ha muerto.

—No, doctor, por fin descansa.

El rey Siptah, caminando cada vez con mayor dificultad a causa de su cojera, salió de la austera alcoba que ocupaba en el templo de Amón para ir al encuentro de la reina.

Tausert quedó impresionada por el envejecimiento del joven monarca, cuyo rostro, a pesar del sufrimiento, expresaba una serenidad real.

—¿Deseabais verme, majestad? —preguntó Siptah.

—Traigo malas noticias.

—Me gustaría dar un paseo por el gran patio al aire libre... Ya hace varios días que no veo el sol. Gracias a mi bastón, aún puedo andar.

Con un valor digno de admiración, el monarca consiguió olvidar los dolores que lo corroían desde hacía varios meses para salir del templo cubierto y respirar al aire libre.

—¡Qué espléndido es el cielo! Allí viven las almas de los reyes... ¿Habéis dicho que había malas noticias?

—El canciller Bay ha fallecido.

Siptah se dobló como si le hubieran pegado un puñetazo en el estómago.

—Bay, mi amigo y mi benefactor... Se ha deslomado trabajando.

—Su momia descansará en el Valle de los Reyes, cerca de vuestra morada de eternidad.

—Bay emprenderá un magnífico viaje. Estoy seguro de que me recibirá en el Valle.

El rey se sentó en un banco de piedra.

—¡Soy un monarca patético! Vos me habláis de Egipto y yo sólo pienso en mí.

—Será imposible reemplazar a Bay. Ocupaba un puesto especial que había moldeado para sí mismo, a costa de constantes esfuerzos, y todos los miembros del gobierno lo respetaban. Ahora, nos hemos quedados solos, vos y yo, frente a ellos y a los cortesanos.

—Soy incapaz de ayudaros, Tausert; vos estáis aún más aislada de lo que creíais. Todo lo que puedo ofreceros es mi apoyo incondicional ante los buitres que ambicionan el trono. Firmaré los decretos que vos adoptéis, pues sé que para vos sólo cuenta el bienestar de nuestro país.

La reina se inclinó ante el faraón.

Tausert entró en una inmensa pajarera donde vivían aves multicolores que habían sido ofrecidas a palacio por los exploradores del gran Sur. La propia reina llenó de grano los comederos y vertió agua fresca en los recipientes. Una abubilla de cresta negra y amarilla se posó en su hombro y la observó, inclinando la cabeza.

—¿Deseas la libertad? —le preguntó la reina mostrándole la puerta abierta de par en par.

La abubilla emprendió el vuelo, se detuvo durante unos instantes y, luego, regresó al fondo de la pajarera.

—Yo tampoco consigo escapar —murmuró la reina al ver cómo se acercaba, en una actitud más decidida aún que de ordinario, el pétreo Set-Nakht.

—¿Me concedéis una entrevista privada, majestad, o debo solicitar una audiencia oficial?

—Supongo que no habéis venido hasta aquí por una nimiedad, así que, adelante.

—Esos pájaros hacen mucho ruido... Vayamos al quiosco.

En el quiosco había sombra y, además, estaba aislado; ningún jardinero escucharía la conversación.

La reina y Set-Nakht se sentaron frente a frente, a uno y otro lado de una mesita en la que había una cesta con uva.

—Con la muerte de Bay, majestad, perdéis al hombre que conseguía anular las facciones.

—Soy perfectamente consciente de ello.

—A mi entender, nadie está en condiciones de reemplazarlo.

—Tenéis razón.

—¿Pensáis asistir a sus funerales?

—Tendrán lugar en Tebas, y me es imposible abandonar Pi-Ramsés.

—Me satisface oíros decir eso.

—¿Habríais intentado impedirme que partiera?

—Os quedáis, ¿no es así? No hace falta plantearse eso, pues. En la actual situación, cualquier otra actitud hubiera sido una falta grave. Todos sabemos que el rey Siptah se está muriendo, y sin duda os ha confiado la responsabilidad de reinar en su lugar. Si el faraón se hubiera marchado al extranjero, os habría encargado que gobernarais. No sois la primera regente de las Dos Tierras, y actualmente encarnáis la estabilidad que necesitan, a condición de que no os alejéis de la capital. Así pues, mi hijo mayor y yo mismo os obedeceremos en todo momento.

—Agradezco sinceramente vuestro apoyo —apostilló la reina con una leve sonrisa.
—Pero quería deciros una vez más que esa obediencia tiene límites. A la muerte de Siptah, la regente tendrá que apartarse del trono.
—¿Para entregárselo a quién?
—A un hombre experimentado que restaure por fin el poder faraónico en todo su esplendor. Hemos sufrido reinados de inquietante debilidad, durante los últimos años, y una mujer no podrá poner fin a ese tipo de cosas.
—¿Y por qué vos os creéis capaz de ello?
—Porque tengo la firme voluntad de hacerlo.
—¿Incluso a costa de una guerra civil, Set-Nakht?
—Eso sería hacerles el juego a nuestros enemigos y condenar a muerte a Egipto. Cuando llegue el momento, majestad, retiraos y dejadme hacer a mí.

A los aldeanos no les gustó demasiado saber que los miembros del tribunal del Lugar de Verdad habían sido convocados. ¿A qué nueva prueba deberían hacer frente? No podía tratarse del asunto Thuty, pues ya estaba resuelto, y nadie había oído hablar de un conflicto reciente entre dos artesanos.

Corrieron múltiples rumores, entre los que se encontraban la condena de la esposa de Pai el Pedazo de Pan por abuso de golosinas hasta la de Karo el Huraño por exceso de blasfemias, pero ninguno pareció fundado.
—Sin duda tiene relación con la muerte del canciller Bay —estimó Unesh el Chacal—; ¡las autoridades han decidido reducir las entregas!
—Yo estoy convencido de que los artesanos de Karnak están celosos y quieren impedirnos que trabajemos para el exterior —afirmó Nakht el Poderoso.
—Sea lo que sea —anunció Fened la Nariz—, no nos dejaremos manipular.
Ante la sorpresa general, la sesión del tribunal fue de corta duración; Kenhir se negó a hacer cualquier declaración y la aldea siguió a la expectativa.
—¿Tan grave es? —preguntó Niut la Vigorosa.
—Hemos tomado decisiones fundamentales para el porvenir de la cofradía —respondió el escriba de la Tumba—, y espero que no nos hayamos equivocado.

25

El jefe del equipo de la izquierda, actuando como sacerdote del *ka,* pronunció las últimas fórmulas de resurrección sobre el sarcófago del canciller Bay. Luego apagó las lámparas y volvió a la superficie, donde lo estaban esperando los servidores del Lugar de Verdad que habían llevado paños, ungüentos, muebles, papiros y alimentos momificados a la morada de eternidad del canciller.

Extraños funerales en el Valle de los Reyes, en favor de un hombre que no había sido faraón y que el faraón reinante, incapaz de viajar, no había honrado con su presencia. Los dignatarios tebanos, desconfiados, habían preferido abstenerse, dejando a los artesanos el cuidado de ocuparse de la momia de Bay.

Paneb cerró la puerta de la tumba, sobre la que colocó el sello del Lugar de Verdad.

—Ni siquiera ha venido la reina Tausert...

—No puede abandonar la capital —consideró Hay—. Imagínate por lo que estará pasando sin el apoyo del canciller...

—Éste es el momento de demostrar si es capaz de reinar.

—Según las informaciones recabadas por Kenhir, la posición de la reina se debilita día tras día. Siptah es su última muralla; a su muerte, un clan guerrero tomará el poder.

—Un clan para el que nuestra cofradía no contará demasiado.

—Probablemente —reconoció Hay.

Los artesanos abandonaban lentamente el Valle de los Reyes. Pasaron por el collado, no sin haber admirado, una vez más, la cima de Occidente y las colinas abrasadas por el sol, a cuyo abrigo descansaban los reyes y las reinas, así como sus fieles servidores.

Cuando Paneb iba a franquear la puerta de la aldea, el escriba de la Tumba le cerró el paso con su bastón.

—¡Lo siento, no regresas a tu casa!

—¿Por qué razón?

—Tu comportamiento nos ha decidido.

—¿Decidido... a qué?

—El tribunal del Lugar de Verdad te ha designado maestro de obras de la cofradía. Serás el encargado de proseguir la obra de Nefer el Silencioso.

El coloso, atónito, permaneció mudo.

—Para cumplir esa función y tener acceso a los más altos misterios —prosiguió Kenhir—, debes vivir una nueva iniciación. Confía en la mano que te guía.

Sin más explicaciones, el escriba de la Tumba volvió la espalda a Paneb.

—Sígueme —le ordenó Hay, que se dirigió al camino de salida que flanqueaba el Ramesseum.

Paneb creyó que la ceremonia se desarrollaría en el interior del templo de millones de años de Ramsés el Grande, pero el jefe del equipo de la izquierda prosiguió su ruta hasta el embarcadero.

—¿Pasamos a la orilla este?

—Sí, pero no con la barcaza habitual.

Los dos hombres siguieron caminando por la ribera hasta un lugar aislado donde los esperaba una embarcación. Divisaron al gobernalle, un curioso marino que tenía la cabeza afeitada y dos ojos pintados en la nuca, como si fuera capaz de ver tras *de* sí.

—¿Tenéis con qué pagar? —preguntó.

—El precio del pasaje es la Encada de los dioses que contiene y revela la unidad —respondió Hay, mostrando sus diez dedos.

La travesía se efectuó en silencio hasta el embarcadero de Karnak, que estaba

completamente vacío. La ciudad santa estaba sumida en el silencio.

—Aquí se abre el ojo del señor del universo —declaró Hay—, y este santuario es el lugar donde se expresa su corazón. Aquí se reconstituye lo que estaba disperso.

Tras haber flanqueado el recinto, Hay condujo a Paneb hasta el templo del Oriente.

El coloso pareció reticente.

—¿Debo enfrentarme de nuevo a la cámara de los sueños?

—¿Te echarías atrás si tuvieras que hacerlo?

Paneb miró al frente.

—Contempla la colina primordial, la isla nacida del océano de los orígenes durante la primera vez —le indicó Hay—. Contiene la energía luminosa que permite vivir a la piedra y edificar a la mano de los constructores. El sol se levanta cada mañana sobre ella, ilumina a los que vagan por las tinieblas, y el camino se hace más seguro bajo sus pasos.

Paneb avanzó y la puerta del templo se abrió.

—Ya no tienes ataduras —anunció la voz grave de un sacerdote—. Las puertas del cielo se abren para ti, todo te es ofrecido, todo te pertenece. Entras como halcón; saldrás como fénix. Que la estrella matutina te ilumine el camino y te permita contemplar al señor de la vida.

Paneb siguió a un ritualista que acompasaba su marcha, golpeando el suelo con un largo bastón de madera dorada y pasó ante unos colosos de Ramsés antes de venerar el obelisco cuyo piramidión de oro reflejaba la luz del sol.

—Has llegado al lugar de origen del aliento de Ra, rico en milagros para salvar a quien afronta el vacío. Aliméntate con su fulgor y penetra en el taller divino.

El pintor no fue introducido en la cámara de los sueños, sino en una pequeña sala donde dos sacerdotes, que llevaban máscaras de ibis y de halcón, lo purificaron antes de conducirlo al santuario de Tutmosis III, «aquellos cuyos monumentos brillan de luz» (4).

Allí eran iniciados los sumos sacerdotes de Karnak, allí también los maestros de obras recibían la iluminación necesaria para que el espíritu y la mano estuvieran indisolublemente unidos.

—Para orientar la obra debes entrar en la luz y ver como ella ve —dijo la máscara de halcón—. ¿Qué solicitas este día en el que el sol brilla en el corazón de la noche?

—Vengo hacia ti, soberano del espacio sagrado, pues he practicado la Regla de Maat. Permíteme formar parte de quienes pertenecen a tu séquito y conocer tu fulgor, tanto en el cielo como en la tierra.

—Para acceder al estado de ser luminoso, transforma en eterno lo perecedero, ensambla los materiales que formarán un cuerpo nuevo e inalterable, sé el artesano que da la vida. Tu mano conocerá los designios de Dios y tu boca pronunciará las fórmulas de transfiguración. Te desplazarás entonces como una estrella en el vientre de tu madre, el cielo; brillarás como el oro y llevarás a cabo la obra. Y recuerda que Maat es luz fecundadora para quien la practica.

Paneb avanzó por el interior de una vasta sala con pilares decorados con admirables pinturas que representaban al faraón en comunión con las divinidades. De los cálidos matices emanaba una claridad que conmovió al coloso.

—La luz está en el cielo; el poderío, en la tierra —declaró el sumo sacerdote, ofreciéndole a Paneb una estatuilla de oro de Amón, de un codo de altura—. Si eres *capaz,* completa la obra iniciada por tu predecesor, Nefer el Silencioso.

El sumo sacerdote desapareció y dejó a Ardiente solo ante el dios.

Paneb no disponía de ninguna herramienta, y consideró que la escultura era tan perfecta que no podía modificar ninguno de sus aspectos. Nefer había logrado una belleza tal que se le dilató el corazón.

Entonces el coloso se inclinó ante la frágil estatuilla y veneró la potencia de la que era portadora.

En los pilares, las representaciones del faraón parecieron animarse; las ofrendas, multiplicarse y concentrarse en un solo rayo que penetró en la cabeza de la estatuilla.

Y ésta se dislocó para que apareciese una piedra parecida a la Piedra de Luz que el Lugar de Verdad utilizaba para otorgar su plena eficacia a sus obras.

Paneb comprendió que los elementos que componían un material podían

disociarse y ensamblarse de otro modo, y que los artesanos eran capaces de llevar a cabo esas transmutaciones, siempre que supieran utilizar la piedra.

La razón le hubiera ordenado cerrar los ojos y taparse la cara para no ver un resplandor tan intenso que iluminaba el templo entero; pero el pintor prefirió disfrutar con todo su ser de aquella energía procedente de las profundidades del universo.

—Llévala —dijo la voz del sumo sacerdote de Amón—, y tendrás la luz en tus manos.

El coloso levantó la piedra, pesada y ligera al mismo tiempo.

—El iniciado es una piedra en bruto —afirmó el pontífice—. Cuando penetra en el templo se afina como el material nacido en el vientre de la montaña y que asciende de las profundidades para salir a la luz e integrarse a la Piedra de Luz. Has visto el secreto, Paneb, y ahora debes construirlo y transmitirlo. Aquí, en este templo, tus predecesores edificaron el paraje de luz donde se consuman los ritos; en el Lugar de Verdad, la presencia de los antepasados, almas luminosas, mantienen la eficacia de la piedra de los orígenes. Y tú, maestro de obras, debes preservar la coherencia de la cofradía.

Una profunda paz, parecida a la que dispensaba el poniente al cabo de una jornada de trabajo, se apoderó del santuario. Pero Paneb sintió que, para él, aún no había llegado la hora de disfrutar de aquella felicidad.

Cuando salió del edificio, un inmenso pájaro azul, un fénix procedente del Oriente, volaba hacia el Lugar de Verdad.

26

El anuncio del nombramiento de Paneb como maestro de obras del Lugar de Verdad y sucesor de Nefer el Silencioso se confundió con la gran fiesta celebrada en honor del rey Amenhotep I, fundador y señor de la aldea, el vigésimo noveno día del tercer mes de la estación de las siembras. Los aldeanos llevaban en procesión la estatua de su protector antes del banquete monumental durante el que degustaban codornices asadas, estofado de paloma, riñones, costillas de buey, varias clases de pescado, quesos, bayas de azufaifo, compota de higos y pasteles de miel y de licor de dátiles.

Los artesanos se habían encargado de la carne; las mujeres, de los demás platos. Habían sacado las marmitas de serpentina y la preciosa vajilla ofrecida por los faraones, es decir, copas y platos de alabastro, y cubiletes de oro en los que se servían los excepcionales caldos que Kenhir había sacado de su cava.

Userhat el León blandió el bastón con cabeza de carnero, símbolo del dios Amón, al que se dirigían las reclamaciones, y nadie tomó la palabra.

—No hay hermano para quien está sordo a la voz de Maat y no hay día de fiesta para el ávido —recordó el escriba de la Tumba—. Tenemos la suerte de vivir un período de armonía y de que esté a la cabeza de la cofradía Paneb el Ardiente, que proseguirá la obra y nos defenderá de nuestros enemigos. Tengamos, todos juntos, un día feliz.

Todos juntos quería decir todos juntos. Por eso, el perro *Negrote, a* la cabeza del clan compuesto por *Bestia Fea,* la oca guardiana, el mono verde, e incluso *Encantador,* el enorme gato de Paneb, tuvieron derecho, como sus compañeros, a disfrutar de los mismos alimentos que los humanos. Como excepción, *Viento del Norte,* el asno del coloso, fue autorizado a penetrar en la aldea para participar, también, de la fiesta.

Sus grandes orejas quedaron encantadas por el concierto que ofrecían tres sacerdotisas de Hator. Una tocaba un doble oboe, formado por dos tubos largos y delgados hechos con cañas; otra, un clarinete y una arpa cimbrada esculpida en el tronco de una acacia. La arpista no era otra que Turquesa, cuya belleza y atavío levantaron ciertas observaciones acerbas por parte de las amas de casa menos favorecidas por la naturaleza; pero la tañedora sólo se preocupaba de su instrumento y, con los ojos cerrados, dejaba correr los dedos por las siete cuerdas.

—No pareces muy alegre —le dijo a Paneb Renupe el Jovial, cuya panza amenazaba con estallar.

—Sólo los inconscientes se alegran con las responsabilidades —afirmó Unesh el Chacal.

—Bien dicho —confirmó Gau el Preciso, cuya larga nariz comenzaba a enrojecer.

—Mañana ya veremos —propuso Didia el Generoso—; de momento, honremos esos alimentos y esas ánforas de vino añejo.

Casa la Cuerda hubiera aprobado, de buena gana, al carpintero, pero ya no distinguía lo que le rodeaba y no conseguía articular ni una sola palabra.

Kenhir, forzado a permanecer relativamente sobrio por las furibundas miradas que le lanzaba Niut la Vigorosa, advirtió que las sacerdotisas de Hator no sólo bebían agua. Sin duda, la mujer sabia tendría mucho trabajo para aliviar los dolores de estómago y sanear los hígados empapados.

A lo largo de toda la velada, Paneb había permanecido ausente, como si la fiesta no le concerniese.

—Piensas en Nefer, ¿no es cierto? —le preguntó Clara.

—Él debería haber presidido este banquete, no yo. Vi su obra maestra en Karnak, y es tan perfecta que no puedo retocarle nada.

—Él pronunció las mismas palabras en la misma situación. Y sólo pensaba en

retirarse a su taller para estar solo con los instrumentos y los materiales.

—Dicho de otro modo, es imposible renunciar a una misión que te confía el Lugar de Verdad.

—Eso es lo que tu padre espiritual había comprendido, en efecto. ¿Pero acaso cada cual no es libre de elegir su destino?

—Un solo deseo *me* ha animado siempre: pertenecer a esta cofradía, pintar el fuego de la vida, alcanzar la luz inmutable... ¡Pero nunca había pensado en dirigiría!

—Tampoco Nefer... En nuestro camino, cuando nos alejamos del poder es cuando nos lo entregan. Y entonces se mesura su peso.

Pocas veces hubo una fiesta tan alegre en el Lugar de Verdad. La aldea tenía de nuevo un maestro de obras, y las preocupaciones se disipaban.

Vaciada la última ánfora, se distribuyeron antorchas a los comensales, con las que se iluminó el Lugar de Verdad, que brilló durante largo rato en la noche estrellada.

Uabet la Pura había utilizado su concha para afeites, perfecta imitación de una caracola del Nilo tallada en alabastro, para maquillarse ligeramente. Se había puesto su más hermosa túnica, de un verde suave, y por fin estaba lista. Selena, en cambio, empezaba a impacientarse.

—¿Vamos, mamá?

Uabet echó una última ojeada a la casa para asegurarse de que ya no quedaba nada.

Los artesanos estaban transportando el mobiliario hasta la nueva morada del maestro de obras, que era casi tan grande como la del escriba de la Tumba. Uabet debía indicarles el emplazamiento de cada mueble y dar a la servidumbre las directrices indispensables. Muchachos y muchachas de la aldea se habían apresurado a entrar al servicio de la esposa de Paneb, que se había quedado con cinco de ellos insistiendo en sus exigencias, comenzando por una estricta higiene.

—¿Dónde está Paneb? —le preguntó a Nakht el Poderoso, que llevaba un arcón de madera lleno de ropa.

—En el templo, para la entrega de las herramientas.

—¡Sobre todo, ten mucho cuidado! Es mi arcón más hermoso.

Uabet estaba, al mismo tiempo, enojada y encantada. Desde su primer encuentro había advertido que Paneb tenía madera de jefe y se felicitaba por su éxito, debido a su valor y su talento. En el amor que sentía por el coloso se mezclaba una profunda admiración, y no tenía más preocupación que ser una esposa digna de él.

—¿Dónde pongo los cestos de costura? —preguntó Karo el Huraño.

—Sígueme.

Selena ya había tomado posesión de su alcoba, donde jugaba con la muñeca. Aperti, sin embargo, había preferido entrenarse a luchar con sus compañeros. Su madre no se había opuesto a ello, temerosa de que si se quedaba en casa podría romper cualquiera de los objetos frágiles.

Uabet estaba contenta de la actitud de Turquesa, ya que durante el banquete su hermana de espíritu no había dirigido la palabra a Paneb ni una sola vez, dejando el proscenio para la esposa legítima. Uabet había temido que el nombramiento de su marido comportara exigencias por parte de la soberbia pelirroja, pero ésta había sabido ponerse en su lugar.

—¡Qué hermosa casa! —exclamó Pai el Pedazo de Pan—. Qué feliz debes de ser, Uabet... Tú supiste darte cuenta: Ardiente no es un hombre como los demás.

—He aquí el codo del maestro de obras —dijo la mujer sabia, confiando a Paneb el instrumento de oro en el que se habían grabado divisiones en palmos y pulgadas —. Es un codo real, sacralizado por cuatro dioses, Horus al Oriente, Osiris al Occidente, Ptah al Norte y Amón al Mediodía. En todas tus obras invocarás esos ángulos de la creación y encarnarás esos pilares. Gracias al codo que nos legó Thot, el dueño del universo, respirarás el soplo del origen. Por el codo actuarás como un ser útil, eficaz, poderoso, de voz justa y portador de vida.

Luego, la mujer sabia entregó a Paneb su codo de trabajo, de madera de ébano, en el que se había grabado una invocación a Osiris y a Anubis.

—Te servirá para hacer que vivan las proporciones ajustadas, pero la medida que imprimirás en tus construcciones será tu propio brazo. Así se unirán el codo eterno y su encarnación.

La mujer sabia ofreció luego al maestro de obras las otras tres herramientas fundamentales de su función, la escuadra, uno de cuyos nombres era «la estrella» y que correspondía al triángulo 3/4/5, el nivel y la plomada, los dos últimos marcados por un peso en forma de vaso sellado, el jeroglífico del corazón.

—Que Ptah, el maestro de los constructores, haga eficaces esos instrumentos. Con ellos reconstituirás el ojo reuniendo sus partes dispersas, y verás lo que debe ser visto, tanto en lo visible como en lo invisible, tanto en lo aparente como en lo oculto. Para lograrlo, tu primer deber consiste en preparar tu morada de eternidad, allí donde vas a vivir fuera del tiempo.

La mujer sabia se aproximó al coloso y le ciñó la cintura con el delantal de oro que había llevado Nefer el Silencioso.

—Actúa con rectitud, Paneb, sé coherente y tranquilo, ten un carácter firme capaz de soportar tanto la desgracia como la felicidad, un corazón atento y una lengua *capaz* de decidir. Has vivido los grandes misterios, por lo que ahora eres *capaz,* de practicar el rito del despertar de la potencia creadora y oficiar en el santuario del templo, allí donde todas las mañanas se realiza el trabajo primordial, la resurrección de la luz que da vida a todo lo que existe.

Paneb tuvo la sensación de que decenas de enormes piedras le caían sobre los hombros, pero no se doblegó bajo su peso; él, el hijo de un campesino que tan sólo había deseado ser dibujante para satisfacer su pasión.

El maestro de obras penetró en el santuario del templo principal del Lugar de Verdad guiado por la mujer sabia y, como su padre espiritual antes que él, recorrió los dos caminos, el de Maat, la regla eterna del universo, y el de Hator, el amor creador, para darse cuenta de que, en realidad, ambos formaban un solo camino.

27

La sierva nubia puso demasiado ungüento adelgazante en los muslos de Serketa.

—¡Estúpida! —aulló Serketa abofeteándola—. ¡Vas a quemarme la piel!

La joven negra, cuya belleza provocaba ataques de envidia a las amigas de su dueña, contuvo las lágrimas. Aunque mal pagada y tratada con insoportable brutalidad, conservaba, sin embargo, ese primer empleo en una villa lujosa, lejos de su aldea natal. Había decidido no seguir siendo una campesina y disfrutar de los placeres de Tebas; y no estaba dispuesta a permitir que su odiosa patrona la desalentara.

—Os presento mis excusas.

Serketa se encogió de hombros.

—Tráeme mis varitas de maquillaje.

Serketa temía que la edad hiciera mella en su cuerpo, por lo que consumía cada vez más productos de belleza: afeites verde y negro para los ojos, ocre rojo para los labios, polvos y cremas suaves para la cara, tintes regeneradores y aceites para el pelo. Su cuarto de baño estaba, pues, lleno de frascos, a cual más costoso, y, como florón, tenía una redoma para perfume de un cristal completamente transparente.

—Mi desayuno —exigió.

La nubia mimaba a su patrona, ávida de nata y de mantequilla mezclada con fenugreco y alcaravea; untada en pan caliente, contribuía a aumentar sus redondeces, pero Serketa no podía resistirse a la tentación.

Méhy irrumpió en los aposentos privados de su mujer, con una soberbia túnica plisada.

—Fuera —le ordenó a la nubia, que salió corriendo.

—¿Ya estás listo, querido? —se extrañó Serketa.

—He reunido a mis oficiales superiores para dar los últimos toques al informe que Set-Nakht ha exigido.

—¡Nada molesto, espero!

—Un simple trabajo administrativo. Lo que cuenta es el enfrentamiento entre ese viejo cortesano y la reina Tausert.

—¿Por quién apuestas?

—Por los dos. Espero que se destruyan mutuamente.

Serketa se colgó del cuello de su marido.

—¡Si supieras qué excitada estaba en el mercado! Con aquellos policías imbéciles tan cerca de mí, ¿lo imaginas?

—Te arriesgas demasiado, amor mío.

—¡No, no, mi tierno león! Nunca me cogerán. Presiento la presencia del peligro mejor que un animal salvaje.

—De todos modos, la policía comprendió que había una mujer implicada en el asunto.

—No saben nada, salvo que una red bien organizada actúa en las sombras.

—¿Tienes noticias del traidor?

—Paneb ha sido nombrado maestro de obras del Lugar de Verdad. Antes o después utilizará, pues, la piedra; por eso nuestro aliado no le quita los ojos de encima. Ha tenido una idea para turbar el buen funcionamiento de la cofradía y el inicio del reinado de Paneb.

—Pues yo tengo otra que va en la misma dirección... ¡No debemos dejar descansar al coloso! Está muy lejos de ser tan comedido como Nefer el Silencioso, por lo que acabará estallando como una piedra que se quiebra a golpes de mazo.

Por primera vez, Paneb presidía el tribunal de la aldea para hacer balance de las condiciones de trabajo y responder a las inquietudes de algunos artesanos.

Karo el Huraño atacó en el punto esencial:
—Corre el rumor de que quieres incrementar el ritmo de trabajo.
—No es exactamente así —repuso Paneb—: ocho días en las obras, de las ocho a las doce y de las cuatro a las seis, dos días de descanso, sin contar las fiestas y las vacaciones especiales. Ésta es la tradición de la aldea y no tengo la intención de modificarla. En caso de urgencia, intentaré hacerle frente con Hay y un mínimo de voluntarios cuyas horas suplementarias serán generosamente pagadas.
—¡Hablemos de la paga! —intervino Unesh el Chacal—. Se dice que tienes la intención de reducir los salarios.
—Eso tampoco es cierto. La distribución se llevará a cabo siempre el veintiocho de cada mes: cinco sacos de espelta y dos de cebada para el escriba de la Tumba, el jefe del equipo de la izquierda y yo mismo, cuatro de espelta y uno de cebada por artesano, como salario mínimo.
—Uno en vez de medio... ¿Nos aumentas el salario?
—Kenhir ha recibido la conformidad de la administración.
—¿No significará eso que el resto de las raciones se verán reducidas? —preguntó Renupe el jovial, preocupado.
—Todos los días, pan, legumbres frescas, leche, cerveza y, por lo menos, trescientos gramos de pescado por persona.
—¿Y cada diez días sal, jabón, aceites y ungüentos?
—Claro está.
—Entonces —exclamó Userhat el León—, ¡no cambia nada!
—¿Por qué modificar lo que nos conviene a todos?
—Para serte franco —reconoció Nakht el Poderoso, molesto—, habíamos apostado a que intentarías cambiar las costumbres...
—La rutina me parece peligrosa, tanto para la mano como para el espíritu; pero numerosas costumbres constructivas nos fueron legadas por los antepasados y forman parte de los tesoros que yo pretendo preservar, con vuestra ayuda.
La calma de su discurso sorprendió a los artesanos.
—Yo he ganado la apuesta —advirtió, irónico, Ched el Salvador—; nadie creía que Paneb iba a ser, realmente, el sucesor de Nefer el Silencioso. Un maestro de obras sólo tiene una palabra, por lo que podéis dormir tranquilos.

Set-Nakht leía el último informe enviado por su hijo mayor, que surcaba Siria-Palestina para poner allí en marcha una red de informadores serios, capaces de avisar a la capital al menor incidente.
—La reina Tausert solicita hablar con vos —le advirtió su intendente.
—¿La reina, aquí, en mi casa?
El intendente asintió con la cabeza.
Estupefacto, Set-Nakht salió de su despacho y se apresuró a ir al encuentro de Tausert, que estaba confortablemente instalada en una silla de mano.
—Majestad, no pensaba yo que...
—¿Me prometisteis obediencia?
—Sí, en las circunstancias actuales y en tanto que...
—¿Soléis faltar a vuestra palabra?
Set-Nakht se sintió insultado.
—¡Nunca, majestad! Y puedo encontrar decenas de testimonios que os lo confirmarán.
—En ese caso, ¿por qué no me comunicasteis las últimas noticias sobre Siria-Palestina?
—El informe lo redactó mi hijo mayor y...
—En primer lugar, es ministro de Asuntos Exteriores. El faraón y yo misma debemos conocer su trabajo, y guardarlo en secreto, si es necesario, incluso ante vos.
Set-Nakht tuvo que admitir que la reina tenía razón.
—¡Pero el rey Siptah es incapaz de apreciar la importancia de este documento!
—Desengañaos. Todas las mañanas acudo a su cabecera y le comunico las informaciones esenciales para que me dé la sabia opinión de un hombre desprendido del mundo. Yo, Set-Nakht, respeto mis compromisos.
El viejo cortesano, ofendido, se inclinó ante Tausert.

—Os entrego de inmediato el informe del ministro de Asuntos Exteriores, majestad.

—Puesto que ya lo habéis leído —dijo la reina, esbozando una sonrisa—, ponedme al corriente.

Sensible a esta prueba de confianza, Set-Nakht no le ocultó nada.

—Siria-Palestina está en calma, pero numerosos grupos se forman aquí y allá, protestando contra el protectorado egipcio que asegura, sin embargo, la prosperidad de la región. Sólo se trata de disturbios menores y habituales, que la policía local sabrá sofocar. En cambio, la situación en Asia sigue siendo inquietante; hay reinos que se derrumban, dinastías guerreras que toman el poder y nadie puede saber qué saldrá de ese avispero. En cualquier caso, nada bueno para Egipto, que sigue siendo, por excelencia, el país que debe conquistarse.

—¿Qué proponéis?

—Ejercer una constante vigilancia sobre el corredor de invasión del noreste, mantener guarniciones poderosamente armadas y bien pagadas, consolidar los fortines que forman nuestra primera línea de defensa, construir nuevos barcos de guerra y ordenar a los arsenales de Pi-Ramsés que proporcionen más material.

—¿Y la amenaza libia?

—Es conveniente tomarla muy en serio. Los clanes aún están divididos, pero bastará con un jefe de guerra más inquieto que los demás para que se lancen a la conquista del Delta, si la agresión llega por el este.

—¿Tenemos bastantes agentes infiltrados?

—Lamentablemente, no; y su cabeza es muy peligrosa. Muchos voluntarios ya han perdido ahí la vida. Según la información que hemos recibido, muy pronto las tribus libias estarán armadas hasta los dientes.

—¿Habéis establecido ya el estado concreto de nuestras fuerzas?

—Los generales me han respondido con rapidez y precisión, creo que sabremos defendernos. Pero ya conocéis mi posición: mejor sería atacar de modo preventivo.

—Pero no es la mía, Set-Nakht. ¿Y el ejército tebano?

—El general Méhy dispone de numerosas tropas bien entrenadas. Gracias a él, el Alto Egipto y el gran Sur están bajo control.

—¿Cuándo regresará a Pi-Ramsés el ministro de Asuntos Exteriores?

—No antes de varios meses, majestad, pues quiere supervisarlo todo él mismo.

—En adelante, que mande directamente sus informes al faraón.

Por segunda vez, Set-Nakht se inclinó ante la reina Tausert.

28

El jefe Sobek consultaba a la mujer sabia por primera vez. Nunca antes había estado enfermo, pero ahora, sin embargo, había decidido pedir consejo, pues últimamente padecía de insomnio.

—Tienes una salud excelente —concluyó Clara, una vez finalizado su examen.

—Pues no duermo nada —confesó el policía.

—Dada la calidad de tu sangre, consigues descansar con los ojos abiertos. Los medicamentos no lograrán expulsar los pensamientos que te obsesionan.

—Me encargo de la seguridad de la aldea, pero un asesino sigue acechando con toda impunidad. Estoy seguro de que es el mismo hombre que acabó con uno de mis guardias y con Nefer el Silencioso, y esa maldita sombra es uno de los artesanos del equipo de la derecha.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Mi olfato, me lo dice mi olfato... ¡Y estoy que trino al no tener ninguna pista seria!

—No desesperes, Sobek.

—¿Sos... sospecháis vos de alguien?

La mujer sabia levantó la vista.

—Simplemente sé que tienes razón y que el traidor se ha envuelto en tantas tinieblas que ningún pensamiento, sea cual sea su fuerza, puede hoy atravesarlas. Pero esta situación no durará siempre...

—¡Durante años y años no ha dado un solo paso en falso! ¿Por qué iba a bajar la guardia ahora?

—Existe una vanidad del mal, Sobek, y aquel a quien buscamos acabará por sucumbir a ella.

—¡Ni siquiera hemos sido capaces de identificar a la campesina! Decenas de interrogatorios para nada, descripciones a cual más fantasiosa, pero ni un solo indicio... Y, en los campos, ni siquiera un rumor que nos dé una pequeña pista. Se diría que esa vendedora de higos nunca ha existido.

—Sin duda es la conclusión correcta.

Sobek se contrajo.

—¿Se trata, acaso... de una criatura maléfica del más allá?

—No, pero probablemente no sea una campesina.

—Un disfraz... ¿Estáis pensando en eso?

—¿Qué mejor manera de pasar desapercibida? Si se tratara de una verdadera vendedora de higos que viviera en una aldea vecina, habrías encontrado su rastro.

—Un disfraz... Pero no puedo poner a un policía detrás de cada mujer para descubrir a nuestra sospechosa. ¿Y quién se oculta así? ¿Una ciudadana, una extranjera?

El policía, perplejo, se sentía, sin embargo, satisfecho de haber encontrado una pista, aunque fuera muy sutil.

Los ecos de una violenta disputa turbaron sus reflexiones.

—Se diría que la llegada de los productos frescos crea problemas... ¿Puedo marcharme ya?

—La consulta ha terminado —dijo Clara—. Si deseas una infusión de hierbas tranquilizadoras, te la recetaré; ¿pero vas a bebértela?

—Gracias por todo... ¡Ya me encuentro mejor y me toca restablecer el orden!

Sobek descubrió una disputa entre aldeanas y pescaderos, a cuya cabeza batallaba Nia, hirsuto y mal hablado. Pese a su robustez, tendía a retroceder ante los asaltos de Niut la Vigorosa, que blandía el mango de una escoba con la clara intención de apalear al auxiliar.

El gran nubio se interpuso.

—¡Eh!, ¿qué ocurre aquí?
—¡Nia es un bandido! —exclamó la esposa del escriba de la Tumba.
—¡He entregado mis pescados, como de costumbre!
—¡Hablemos de tus pescados! ¡No hay mújoles, ni carpas, ni tilapias! ¡Y mira la perca que te has atrevido a traernos!
De un cesto de mimbre, la Vigorosa sacó un pescado de ojos empañados, agallas despegadas y olor sospechoso.
—¿Llamas pescado fresco a ese desecho? ¡Reconoce que intentas envenenarnos!
—Entrego lo que me han dicho que entregue... y, además, tenéis pescado seco en abundancia.
Niut abrió otro cesto y lo empujó con el pie para derramar el contenido por el suelo.
—¡Mal preparado e incomible! ¿A quién pretendes tomarle el pelo?
—Yo soy tan sólo un auxiliar y cumplo órdenes.
—¿Órdenes de quién? —preguntó Paneb, que acababa de llegar al lugar.
El pescadero Nia se ocultó detrás de sus empleados.
—¡No me toques! —suplicó, temiendo la cólera del coloso, pues anteriormente ya la había sufrido.
—Contesta a mi pregunta y todo irá bien.
—Ordenes de la administración.
—Llévate esta mercancía en mal estado, Nia, y entréganos hoy mismo pescado fresco y seco de primera calidad. Soy yo quien da las órdenes. Y no pierdas el tiempo por el camino o iré a buscarte.
Los pescaderos, cargados con sus cestos, abandonaron la zona de los auxiliares. Pero Paneb no tuvo tiempo de cruzar de nuevo la puerta de la aldea, pues la esposa de Pai el Pedazo de Pan salió por ella, furibunda.
—¡Los sacos de grano no contienen la cantidad habitual!
—¿Estás segura de eso?
—¡Tengo buen ojo, créeme! Puedes comprobarlo tú mismo.
El maestro de obras confió la tarea a Gau el Preciso, que utilizó la medida oficial de la aldea.
—Falta un décimo de la cantidad habitual —advirtió—. Quienes han llenado los sacos han utilizado otra medida.
—Iré inmediatamente a la administración central —decidió Paneb—. Que me acompañe Nakht el Poderoso.

Aunque gozaba de una excelente condición física, a Nakht le costaba mucho seguir los pasos del coloso. De muy mal humor, éste parecía aún más escultórico que antes de su nombramiento.
—Lo siento por ti, Paneb... Con todos estos problemas, el comienzo de tu mandato no está siendo muy agradable.
—Los problemas forman parte del oficio.
—Pero esto ya es demasiado... Si alguien intentara perjudicarte y desanimarte, no podría hacerlo mejor.
—¿En quién estás pensando?
—En nadie en concreto... Desde que eres jefe de equipo, la competencia entre nosotros ha terminado. Y estoy convencido de que el tribunal estuvo muy acertado al nombrarte maestro de obras.
—Tal vez tú merecieras más ese título.
—¿Yo? ¡De ningún modo! Me gusta esta cofradía y mi trabajo, me siento feliz en esta aldea y conozco mis límites. Dirigir no es mi fuerte. No sólo no te envidio sino que, además, te compadezco. Todas las molestias, pequeñas y grandes, son ahora para ti.
Como de costumbre, los guardias de los edificios de la administración central se mostraron desconfiados.
—El maestro de obras del Lugar de Verdad desea ver al general Méhy —dijo Paneb con tranquilidad—. Y es muy urgente.
Un oficial corrió hasta los establos, donde Méhy examinaba los caballos que acababa de adquirir para tirar de su carro de combate.
—No me gustan —estimó—. Palafrenero, entrégaselos a un auriga novato y

obtén para mí unos animales fuertes.

El administrador principal de la orilla oeste se dirigió hacia los dos artesanos, tranquilamente.

—No me habían avisado de vuestra visita.

—A mí no me habían avisado de que entregarían a la aldea pescado podrido y sacos de grano sin la cantidad adecuada —repuso Paneb.

Méhy pareció sorprendido.

—¿Estáis seguro, maestro de obras? Porque así debo llamaros, ¿no es cierto?

—Del todo cierto. Se trata de un grave error de vuestra administración, por lo que exijo una reparación inmediata.

—¿Queréis seguirme hasta mi despacho?

Méhy consultó unas tablillas de madera.

—Veamos... Según el último informe de la intendencia, Nia ha efectuado las entregas de pescado, y los sacos de grano han sido librados puntualmente por la panadería del Ramesseum.

—Pescado podrido y una insuficiente cantidad de grano —recordó Paneb—. Es evidente que se ha cambiado la medida.

El general esbozó una sonrisa burlona.

—Decidme, Paneb... ¿Realmente dirigís vos el Lugar de Verdad?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Mi administración no es en absoluto responsable de vuestras preocupaciones y, además, parecéis ignorar lo que ocurre en vuestra propia aldea.

El coloso sintió que la sangre le hervía en las venas.

—¡Explicaos, Méhy!

—Mis servicios recibieron una orden por escrito, que llevaba el sello del Lugar de Verdad. Indicaba al pescadero que os entregara sus provisiones en ese estado, y al responsable de los silos del Ramesseum que modificara la medida y el contenido de los sacos. Naturalmente, la orden ha sido ejecutada.

—Mostradme ese documento.

—Con mucho gusto.

La tablilla de madera era auténtica.

Junto al sello del Lugar de Verdad se veía otro: el del artesano que había dado aquella orden en vez del maestro de obras.

29

—¡De modo que era él! —concluyó Kenhir, aterrado—. ¡Él, el traidor, y, por tanto, el asesino!
—No nos precipitemos —recomendó Paneb.
—¡Aquí, en esta tablilla, está su marca personal!
—De momento, sólo podemos acusarlo de abuso de autoridad.
—¿Acaso no ves que ha intentado desacreditarte para ocupar tu puesto y obtener el beneficio de sus crímenes? Hay que convocar inmediatamente el tribunal.
—Interroguemos primero al sospechoso —propuso la mujer sabia.
—¿No basta con esta prueba?
—Voy a buscarlo —decidió Paneb.
Clara estaba serena; Kenhir, impaciente.
Cuando el maestro de obras regresó con el artesano sospechoso de haber cometido las peores fechorías, el escriba de la Tumba se levantó y clavó la mirada en sus ojos.
—Userhat el León, ¿qué debes decir en tu defensa?
El jefe escultor pareció atónito.
—Mi defensa... ¿Pero de qué se me acusa?
—¿Tu marca personal es la cabeza y el pecho del león?
Kenhir mostró a Userhat la tablilla de madera con frialdad.
—Sí, es la mía.
El acusado leyó rápidamente el texto.
—¡Yo nunca he escrito nada semejante! ¿De dónde ha salido este documento?
—¡Como si no lo supieras!
—¡Pues claro que no lo sé! —se enojó el jefe escultor, de impresionante torso—. ¡Y no permito que nadie dude de mi palabra!
—El general Méhy me lo ha entregado —reveló Paneb.
—No frecuento las oficinas de la administración. ¿Acaso no es éste el papel del escriba de la Tumba y los jefes de equipo?
—Méhy recibió la tablilla por correo.
La turbación de Userhat duró sólo un instante.
—Es evidente que alguien ha imitado mi sello.
—¿Puedes probarlo? —preguntó Kenhir, acerbo.
—En primer lugar, está mi palabra de servidor del Lugar de Verdad. Si es necesario, juraré ante Maat y el tribunal que no escribí esta tablilla. Luego, cuando imprimo mi marca personal, lo hago siempre en la piedra y nunca en la madera. Los escultores os lo confirmarán. ¿Necesitáis algo más?
Kenhir hizo una mueca.
—Es suficiente —consideró Paneb.
—Alguien ha intentado desacreditarnos, a ti y a mí —advirtió Userhat el León.
Cuando el escultor en jefe hubo salido, con la cabeza alta, el escriba de la Tumba dio rienda suelta a su descontento.
—Es necesario hablar con Sobek de este incidente, para que vigile de muy cerca las idas y venidas de Userhat el León.
El maestro de obras asintió, pensativo.

Aquella mañana, Kenhir había despertado antes que Niut la Vigorosa, que debía fumigar completamente su casa, incluyendo el despacho. Kenhir, resignado, había preferido salir de casa sin lavarse el pelo para ir a contemplar su tumba, iluminada por los rayos del sol naciente.
Estaba tallada en una roca bastante pobre, al extremo del cementerio en terraza,

e incluía una capilla austera pero provista de una hornacina donde el escriba de la Tumba, eternamente joven, era representado ante Osiris, Hator e Isis. Aquel fabuloso privilegio le hacía olvidar que su *Clave de los Sueños* aún no estaba terminada.

Contemplando el puntiagudo piramidión que dominaba su morada de eternidad, de acuerdo con la tradición arquitectónica reservada a los miembros importantes de la cofradía, el viejo escriba pensó que su mejor obra era el Diario de la Tumba, donde había relatado los grandes y pequeños acontecimientos que habían marcado la existencia del Lugar de Verdad.

La luz animó, uno tras otro, los piramidiones, haciendo revivir las estelas de cimbrado frontón en algunos tragaluces; mostraban a los difuntos adorando de rodillas la barca solar, rodeada de cinocéfalos que aclamaban el nacimiento del día. Muy pronto, Kenhir se reuniría con los antepasados, esperando ser juzgado por los vivos sin excesiva severidad.

—¿Ya os habéis levantado, Kenhir?

La poderosa voz del maestro de obras hizo dar un respingo al anciano.

—Con la edad se duerme menos... Y querría saborear cada una de las mañanas que me quedan aún en esta aldea, donde tantas alegrías he vivido.

—¿Deseáis que decore vuestra morada de eternidad?

—Para mí todo está dispuesto desde hace ya tiempo; tendrías que ocuparte, más bien, de la tuya. La tumba de un maestro de obras debe hacer honor a su rango.

—Entendido... Pero debo enviar un equipo al Valle de los Reyes para que desbrocen los alrededores de las tumbas reales.

—Excelente idea, Paneb. Me siento demasiado cansado para ir allí... Imuni me sustituirá.

El maestro de obras sonrió.

—Algo de ejercicio le sentará bien al pequeño escriba. A fuerza de permanecer encerrado con sus papiros, corre el riesgo de momificarse antes de tiempo.

El escriba ayudante Imuni, soltero empedernido, y temiendo a las mujeres más que a una enfermedad enviada por la diosa leona Sejmet, se encargaba personalmente de su modesta casa del barrio oeste, situada junto a la del jefe del equipo de la izquierda. Dada su posición, habría tenido derecho a varias horas de limpieza por un módico precio, pero el pequeño bigotudo con cara de ratón prefería guardarse el salario íntegro.

Desde hacía algunos meses, Imuni sufría acidez de estómago, cuya causa conocía muy bien: Kenhir parecía inmortal y Paneb se había convertido en el jefe de la cofradía. La situación no podía ser peor y, limpiando sus pinceles quince veces al día y rascando su paleta hasta desgastarla, no hallaría una solución para convertirse en escriba de la Tumba y hacer pasar por el aro a Paneb.

¿Por qué el viejo Kenhir no se jubilaba después de haber designado a su ayudante como sucesor? Imuni realizaba su tarea a la perfección, llevaba la contabilidad sin fallo alguno y no se permitía la menor trampa. Gracias a él, la administración de la cofradía funcionaba a las mil maravillas. Y puesto que sabía observar a unos y otros sin que lo advirtieran, había aprendido mucho sobre las técnicas de los artesanos. Algún día, no sólo sería *capaz* de ser escriba de la Tumba, sino también superior de los dos equipos. Claro que para ello era preciso librarse legalmente de Paneb, que se opondría siempre a sus legítimas ambiciones.

Llamaron violentamente a su puerta, e Imuni soltó el pincel, sobresaltado.

—¡En marcha! —ordenó Nakht el Poderoso.

El pequeño escriba abrió.

—¿En marcha hacia dónde?

—Hacia el Valle de los Reyes, operación limpieza.

—Pero el escriba de la Tumba es quien debe...

—Kenhir está cansado, tú lo sustituirás. Nosotros ya estamos listos y no nos gusta esperar.

Imuni recogió precipitadamente el material necesario y corrió tras el reducido equipo que partía hacia el Valle.

—¿Seguro...? ¿No es el corazón? —preguntó Pai el Pedazo de Pan, angustiado.

—Completamente seguro —respondió la mujer sabia—. Su voz es clara, la energía que emite circula sin dificultades por los canales de tu cuerpo.
—¡De todos modos, tuve palpitaciones!
—Un síntoma alarmante, lo reconozco, pero nada grave. Tan sólo un exceso de nerviosismo.
—¿Y... va a repetirse?
—Todo depende de ti, Pai; supongo que te enojaste mucho, y los efectos de esa cólera aún no se han disipado.
El dibujante se miró los dedos de los pies.
—Algo de cierto hay en ello...
—¿Por qué esa falta de control?
—Por culpa de mi mujer... Se queja de las dificultades de la vida en la aldea, sobre todo de la vigilancia que sobre nosotros ejercen Sobek y sus policías.
—¿Tiene ganas de marcharse?
—Más o menos... Yo puse las cosas en su sitio, el tono fue subiendo y di un puñetazo en nuestro arcón para la ropa.
—Si tu esposa realmente siente deseos de abandonar el Lugar de Verdad, es muy libre de hacerlo —recordó Clara—, y tus cóleras no podrán retenerla.
—Lo sé —concedió Pai—, pero la razón de esa discusión no era tan seria... De hecho, mi mujer me reprochaba que bebía demasiado con los demás dibujantes y que no me ocupaba de las reformas que había que hacer en nuestra casa... Hace más de un año que le prometo una cocina nueva, pero hay que celebrar tantas fiestas y organizar tantos banquetes...
La mujer sabia sonrió.
—Cuando un artesano funda una familia, ¿no debe asegurarse de su felicidad?
—¿Y si hago lo que debo hacer, mi corazón funcionará mejor?
—Sin duda alguna.

Pese al esfuerzo físico, Imuni se sentía orgulloso de sustituir al escriba de la Tumba y supervisar, solo, la actividad de los artesanos... Allanar los alrededores de las tumbas reales y transportar fuera del Valle de los Reyes los restos de piedra que los llenaban no era un trabajo fácil; pero el equipo compuesto por Casa la Cuerda, Fened la Nariz, Karo el Huraño, Nakht el Poderoso y Didia el Generoso no carecía de energía. Los demás artesanos del equipo de la derecha estaban destinados a la construcción de la tumba de Paneb y los cinco hombres tenían prisa por concluir su tarea y poder reunirse con ellos.
—Ese majadero me saca de quicio —le dijo Casa a Fened—. Si hiciéramos caer un bloque sobre su pie, nos dejaría tranquilos.
—No le hagas caso.
—Cuando voy a orinar, lo anota en su tablilla. Kenhir no es divertido pero, al menos, sabe que hay unos límites que no deben sobrepasarse.
—Imuni es inofensivo —consideró Karo el Huraño—. Naturalmente, siempre que no intente intervenir en nuestro modo de trabajar.
—Detesta a nuestro maestro de obras —precisó Didia.
—¿Crees que es capaz de hacerle daño? —preguntó Nakht.
El carpintero inclinó la cabeza.
—No divaguemos —recomendó Fened—. Ese pequeño bigotudo nunca se atreverá a emprenderla con nuestro coloso. Todo lo que Imuni ambiciona es el cargo de escriba de la Tumba. Y apuesto lo que queráis a que el viejo Kenhir le hace una de sus jugarretas para impedírselo.
—Le atribuyes a Kenhir muy malas intenciones —juzgó Casa la Cuerda pasándose la mano por sus cabellos negros.
Imuni se aproximó al grupo.
—¿Cuándo pensáis terminar? —preguntó con voz untuosa.
—Antes de lo previsto, si nos echas una mano —respondió Didia.
—¡Ése no es mi trabajo! —protestó el escriba.
—Terminaremos cuando hayamos terminado —replicó Nakht en voz baja.
—La temperatura es bastante agradable, podríais ir más deprisa.
Nakht el Poderoso plantó cara al escriba ayudante.
—Tu trabajo es vigilar, no aconsejar... ¿Estamos de acuerdo?

Imuni retrocedió un paso, los artesanos le volvieron la espalda y siguieron llenando serones con restos de calcáreo, que utilizaban para consolidar los muretes de protección que impedirían a los eventuales torrentes de lodo dañar las puertas de las tumbas reales.

Acabaron por los aledaños de la sepultura del faraón Merenptah, donde Fened descubrió algunos hermosos bloques de calcáreo que, una vez retocados, merecían ser utilizados de nuevo.

—¿Y si le diéramos una sorpresa a nuestro maestro de obras? —propuso a sus compañeros.

Todos asintieron.

—De todos modos, es muy pesado para transportarlo —observó Casa la Cuerda.

—No somos alfeñiques —decidió Nakht.

Cuando salieron del Valle, llevando su carga, ninguno se percató de la sarcástica sonrisa de Imuni.

30

Paneb y su esposa escuchaban a la pequeña Selena, que les estaba contando un hermoso sueño en el que se había transformado en ibis para sobrevolar la montaña. Karo el Huraño interrumpió el relato.

—Tienes que venir en seguida —le dijo al coloso—. Según el jefe de los auxiliares, uno de tus bueyes está enfermo y las codornices no tardarán en atacar tu campo. Si no tomas medidas, devastarán toda tu cosecha.

La cosecha suponía un buen complemento para ciertas familias de la aldea, por lo que Paneb se tomó en serio el asunto y acudió inmediatamente a casa de Kenhir, que sentía un fuerte dolor en el codo y se veía obligado a dictar a Imuni el Diario de la Tumba.

—Debo salir de la aldea con dos hombres del equipo de la derecha, por lo menos —anunció, explicándole la situación.

El viejo escriba hizo una mueca.

—Sabes muy bien que está prohibido emplear artesanos del Lugar de Verdad en tareas de ese tipo.

—No se trata de un trabajo, sino sólo de que me echen una mano para colocar las redes que protejan el trigo y atrapen el máximo de codornices, que nos comeremos asadas.

Kenhir masculló una vaga aprobación, que le bastó al maestro de obras, sin advertir el rictus satisfecho de Imuni.

—¿Y qué podíamos hacer nosotros? —protestó uno de los cinco campesinos que estaban al servicio de Paneb—. Os hemos avisado con rapidez, ¡y eso ya es bastante!

Paneb, que iba acompañado por Nakht el Poderoso y Didia el Generoso, prefirió no responder para examinar al buey, que respiraba con dificultad.

—Llévalo hasta la zona de los auxiliares —le ordenó el coloso a Nakht—, y pide a la mujer sabia que lo cuide. Luego vuelve en seguida.

Algunos centinelas habían anunciado a las autoridades tebanas los primeros ataques de las codornices, tan numerosas que oscurecían el sol antes de caer sobre los cultivos. De modo que Paneb, Didia y los campesinos desplegaron una red de prietas mallas, tendiéndola entre unas estacas profundamente hundidas en el suelo. Para evitar lastimarse los pies, llevaban unas vastas sandalias de papiro.

—¡Ahí llegan! —aulló uno de los campesinos.

Una nube de pájaros caía, batiendo las alas con estruendo. Los cazadores blandieron jirones de tela y su agitación bastó para perturbar la bandada de codornices que, en gran número, volaron hacia la red, donde quedaron atrapadas por las patas, sin posibilidad alguna de liberarse.

—¡Menudo festín tenemos en perspectiva! —se alegró Didia cuando Nakht el Poderoso regresó de la aldea.

—La mujer sabia salvará tu buey —anunció a Paneb.

El viento acariciaba el cuerpo desnudo de Turquesa, que estaba tumbada en su terraza, al cálido sol matinal.

Paneb trepó por la escalera como un gato, pero la mujer ya había percibido su presencia.

—Acércate, Paneb.

—Pensé que te encontraría en el oratorio de la diosa del silencio, con las demás sacerdotisas de Hator, para preparar la fiesta.

—Pero has venido aquí.

—Me esperabas, ¿no es cierto?

Turquesa se limitó a sonreír. Y, como siempre, Paneb se inflamó de un irresistible deseo que lo arrastraba hacia aquella mujer soberbia en la que los años no hacían mella alguna. Al contrario, el tiempo la embellecía y añadía a la salvaje hermosura de su juventud un encanto en el que se mezclaba la dulzura y la ternura.

Cuando el coloso se estaba echando sobre ella, Turquesa lo rechazó.

—Te has convertido en el dueño de esta cofradía, Paneb el Ardiente, ¿qué marca piensas imprimirle y qué destino vas a ofrecerle?

Los amantes se desafiaron con la mirada durante largos instantes. Paneb ya no tenía ante él a una mujer enamorada, sino a una criatura del más allá, bella hasta la muerte, pero que no le devolvería su libertad mientras no hubiera respondido.

—Esta cofradía no me pertenece, Turquesa. Yo la elegí, ella me eligió, y sólo el amor que nos une puede permitirme dirigirla. Su destino está grabado desde la eternidad, y no tendrá más sentido que construir la obra y al hombre en el mismo acto y con el mismo aliento. Pero le imprimiré mi marca, es cierto, pues deseo un Lugar de Verdad sin tibieza ni remilgos, un Lugar de Verdad cuyo corazón no deje de latir para encarnar las palabras de los dioses con sabiduría, fuerza y armonía. Fracasaré, claro está, pero nunca voy a renunciar. Y, cuando yo muera, un nuevo maestro de obras intentará conseguirlo.

Turquesa tomó con ternura las manos del coloso.

—Desde mi terraza distingo tu tumba, esa mágica morada donde tu potencia te sobrevivirá. El poder no te ha pervertido, hazme, pues, el amor.

Gracias al encarnizado trabajo de los artesanos del equipo de la derecha, la construcción de la tumba de Paneb avanzaba a una velocidad sorprendente. Userhat el León, el jefe de los escultores, incitaba a sus hermanos a dar lo mejor de sí mismos para perforar el pozo, tallar en la roca la cámara funeraria abovedada, edificar el pilono y las salas accesibles a los vivos, sin olvidarse de la alberca que recordaba la presencia del agua primordial, donde todo nacía y adonde todo regresaba, así como el jardín donde el alma del difunto iría a reposar al ocaso.

Cuando el maestro de obras inspeccionó los trabajos, tras una suave jornada de otoño, encontró el lugar desierto y silencioso.

A la entrada había cuatro poderosas columnas; luego, una vasta terraza que precedía a la capilla coronada por un piramidión muy puntiagudo, cada una de cuyas caras incluía una estela dedicada a las fases del curso del sol. A la izquierda de la puerta, un altar para el culto a los antepasados; a la derecha, una alberca de purificación. Un corredor conducía a una gran sala decorada con bajorrelieves consagrados a los trabajos de los artesanos y al encuentro del *ka* de Paneb con las divinidades. Éste se transformaba en halcón y en fénix, decía la contraseña a los guardianes de las puertas del más allá, y recorría en barca los paraísos acuáticos.

A través de una estrecha ranura practicada en el muro del fondo, el maestro de obras contempló su estatua, cuya mirada, ligeramente levantada hacia el cielo, descubría otros universos.

Paneb se convertía en otra persona, idéntica y distinta a la vez, a la que ya no afectaban el envejecimiento ni las imperfecciones. Y pensó que Nefer el Silencioso había pasado por una prueba similar.

Al entrar vivo en la muerte, su predecesor se había desprendido de las realidades de este mundo para asumirlas mejor y abrir el camino a sus sucesores. Ahora, habitado por su luminosa presencia, Paneb recibía su herencia de pleno.

Todos los miembros del equipo de la derecha estaban sentados en la última capilla de la morada de eternidad, decorada con admirables pinturas cuyos principales actores eran Isis la hechicera, Osiris el resucitado y Ptah el patrón de los constructores.

Ched el Salvador fue el primero en levantarse, y en seguida fue imitado por sus compañeros. Juntos formaron un círculo en torno al maestro de obras, cuya mirada se demoró en los rosetones, los rombos y las espirales que adornaban lo alto de los muros y el techo, para evocar, en términos geométricos, las etapas del camino iniciático.

—Que puedas respirar siempre el aliento de vida —dijo Userhat el León en nombre de los escultores.

—Los dibujantes te ofrecen el loto del que brota el sol todas las mañanas —dijo Unesh el Chacal.

—Navega eternamente en la barca comunitaria —deseó Nakht el Poderoso, portavoz de los canteros.

La vela que simbolizaba el aliento de vida, el loto, la barca... Todos estaban presentes, pintados en las paredes de aquella morada de eternidad en la que se desplegaba el ser esencial de Paneb el Ardiente.

En el centro del círculo, Paneb sintió la irradiación de la fraternidad, más intensa que el sol de estío.

¿Pero cómo podía olvidar el maestro de obras que, entre las manos que le tendían para transmitirle su energía, había las de un traidor?

El traidor estaba convencido de que, en un momento u otro, la Piedra de Luz sería ocultada en la tumba de Paneb.

Pero las obras concluían sin que el deseado tesoro apareciera.

Didia el Generoso ofreció a Paneb un soberbio sarcófago de acacia, destinado a recibir su cuerpo de luz.

—¡Con una barca de esta calidad —afirmó— atravesarás la eternidad sin problemas!

—No hay prisa —consideró Pai el Pedazo de Pan—; Kenhir ha sacado de su cava dos ánforas de vino rojo que datan del primer año de Sed II, ¡y esperan con impaciencia que las bebamos!

Todos aceptaron la prudente decisión del dibujante, que fue el primero en probar el néctar.

—Alegre y con mucho cuerpo —consideró con las mejillas arreboladas ya—; está a la altura del acontecimiento.

—Honremos a Seti —añadió el orfebre Thuty—, pues he aquí una tela con palmas doradas que yo había previsto para su equipamiento funerario, sin poder concluirla a tiempo. Que sea ahora el velo de *cabeza* del sarcófago de Paneb.

Los artesanos hicieron un brindis por su jefe y todos levantaron la copa con fervor.

—La decoración de tu tumba será mi última obra —confesó Ched el Salvador a Paneb.

—¿Por qué eres tan pesimista?

—Porque sufro el asalto de un enemigo que tú no conoces: el cansancio del cuerpo. En adelante, me consagraré a terminar los esbozos para tus obras futuras, y nuestro equipo de dibujantes te servirá con fidelidad. Todos sabemos que el rey Siptah está muriéndose y que se anuncia una grave crisis; sólo tú sabrás hacerle frente.

—Ese tipo de cumplidos no entra en tus costumbres.

—Con la edad, me enternezco.

Karo el Huraño, que estaba completamente ebrio, palmeó el hombro de Paneb. Ched lo fulminó con la mirada.

—Haz lo que quieras, pero nunca faltes al respeto al maestro de obras —le recomendó el pintor.

Karo, titubeante, se alejó.

Encantado por los incidentes a los que acababa de asistir, el escriba ayudante Imuni creía cada vez más en su triunfo y en la decadencia de Paneb el Ardiente, pues su expediente iba engrosándose.

31

Set-Nakht trabajaba con paciencia y meticulosidad. Con el mayor secreto, convocaba uno a uno a los ministros de la reina Tausert y los convencía de la incapacidad de la reina para gobernar el país y mandar el ejército en caso de una grave crisis. Algunos lo habían aprobado sin reservas, otros se habían mostrado reticentes, y dos, francamente hostiles; el viejo cortesano no se había desanimado por ello y había proseguido sus consultas hasta convencer a los vacilantes de que se pasaran a su bando, para obtener, por lo menos, la neutralidad de sus adversarios.

Había obtenido el resultado: en el próximo consejo que reuniera el conjunto de los miembros del gobierno, Set-Nakht propondría que adoptasen una moción de censura con respecto a la reina; una primera etapa hacia una paulatina destitución.

El futuro faraón no sentía animosidad alguna contra Tausert; muy al contrario, la admiraba cada día más por su inteligencia y sus aptitudes de estadista. Pero seguía creyendo que no tendría la autoridad suficiente para defender Egipto contra una oleada de invasiones que el nuevo ministro de Asuntos Exteriores consideraba inevitable. Set-Nakht se consideraba a sí mismo como el único dignatario consciente del terrible peligro que corría el país, por lo que debía actuar en consecuencia.

Su secretario le anunció la visita que esperaba: el tesorero del gran templo de Amón.

Había tenido que andarse con muchos rodeos antes de que el hombre aceptara informar a Set-Nakht sobre el estado de salud del faraón Siptah.

Ante el asombro general, el joven rey se resistía a la muerte, y poseía una energía que se extinguía al ocaso y renacía al amanecer, tras haber dirigido el ritual del despertar de la potencia divina en el santuario. Durante el resto de la jornada permanecía acostado, se alimentaba poco pero seguía leyendo las obras de lo sabios del Imperio Antiguo sin dejar de consultar el informe de síntesis que le transmitía el palacio real. Y siempre estaba satisfecho de recibir a la reina, en quien tenía una total confianza.

El tesorero se inclinó ante Set-Nakht.

—Una noticia importante, señor: el faraón Siptah no ha abandonado su alcoba esta mañana. El sumo sacerdote de Amón ha celebrado en su lugar el ritual y el médico personal del rey cree que está agonizando.

—¿Hipótesis o certeza?

—La ausencia del monarca no permite albergar duda alguna sobre la gravedad de su estado.

Set-Nakht despidió al tesorero. Lo que acababa de saber, menos de una hora antes del gran consejo, fortalecía más aún su posición.

Los ministros, atónitos, entraron en una de las grandes salas de audiencia del palacio real ante la atenta mirada de los soldados de la guardia personal del faraón.

—¿Por qué no nos reunimos en la sala del consejo? —preguntó Set-Nakht, descontento.

—Órdenes de la regente —respondió un oficial.

El viejo cortesano vaciló en cruzar el umbral. ¿Y si Tausert hubiese decidido que suprimieran a todos sus oponentes? No, era imposible. Sólo los tiranos actuaban de ese modo, y la reina se sometía, como sus súbditos, a la ley de Maat. Nunca se atrevería a recurrir a la violencia y al crimen para gobernar.

Set-Nakht penetró a su vez en la vasta estancia, iluminada por unas ventanas altas y estrechas. Varios ministros le consultaron con la mirada; su calma los tranquilizó.

Todos permanecieron de pie hasta que entró la regente, vestida con una larga túnica de color turquesa. Una fina diadema y unos pendientes de oro realzaban la nobleza de sus rasgos.

Cuando Tausert se sentó en un austero trono de madera dorada, ya había reconquistado el corazón de varios dignatarios que pensaban en traicionarla en beneficio de Set-Nakht.

—He querido reuniros en este marco solemne para hacer balance de las tareas que os he confiado. En caso de fracaso, serán nombrados otros responsables. Servir a Egipto es un hecho glorioso; quien no lo comprenda así, no merece indulgencia alguna.

—Todos lo hemos comprendido, majestad —declaró Set-Nakht—, y no encontraréis entre nosotros perezosos ni irresponsables. Y antes de examinar el estado del país, ¿podemos conocer el del faraón legítimo?

—Durante la última hora de la noche, el rey Siptah ha sido víctima de un malestar que ha estado a punto de acabar con su vida. Por esta razón no ha podido celebrar el ritual de la mañana. Acaba de recuperar el conocimiento y su alma permanece unida a su cuerpo. Le he hablado de esta audiencia excepcional, cuyos resultados espera. Comencemos por la exposición del ministro de Agricultura.

El interpelado desenrolló un papiro y, provincia por provincia, detalló las cantidades de cereal recogido, comparándolas con las del año anterior.

Los comentarios de Tausert fueron precisos y cortantes. Hizo hincapié en los puntos débiles del informe, exigió que se comprobaran ciertas cifras, de las que dudaba, y propuso mejoras para la administración de ciertas provincias. Luego, la regente demostró idéntica competencia en los demás sectores de la administración.

Ya sólo quedaba la política exterior.

—Puesto que el ministro de Asuntos Exteriores está ausente, ¿puede Set-Nakht hablarnos de los peligros que nos amenazan?

El viejo cortesano se levantó.

—Según los últimos informes procedentes de Asia, que están en posesión de Su Majestad, naturalmente, debemos esperar profundos trastornos que modifiquen nuestras alianzas y nos valgan nuevos y poderosos enemigos. Egipto aparece, más que nunca, como un país próspero que debe conquistarse, y los invasores no dejarán de lanzarse al corredor sirio-palestino. Quienes me trataran de pesimista se equivocarían gravemente; sólo describo la realidad, pues la amenaza está muy lejos de ser ilusoria.

—Vuestros consejos han sido escuchados, Set-Nakht, y nuestro sistema de defensa se refuerza cada día más.

—Cada uno de vuestros súbditos os lo agradecerá, majestad, ¿pero no sería conveniente ir más allá y, siguiendo el ejemplo de gloriosos faraones, lanzar un ataque preventivo?

—¿Contra quién y de qué magnitud? La situación es demasiado incierta para lanzarnos a una aventura de semejante calibre. Gracias a vos y a vuestro hijo, nuestra red de espionaje se ha reconstruido y nos proporciona los datos necesarios. Según las actuales informaciones, hay que dar preferencia al aspecto defensivo.

Set-Nakht esperaba que algunos ministros acudieran en su ayuda, pero la autoridad y los argumentos de Tausert los habían convencido a todos.

El anciano cortesano, derrotado, ya sólo podía inclinarse ante la reina.

Mientras sus colegas abandonaban la sala de audiencia, Set-Nakht se aproximó a Tausert.

—Felicidades, majestad; he quedado deslumbrado, como los demás. Nadie podría discutir vuestra aptitud para gobernar las Dos Tierras.

—Y en ese caso, ¿por qué intentáis poner a mis ministros en mi contra?

¡Los tibios habían hablado! Sintiendo que el suelo se abría bajo sus pies, Set-Nakht tuvo, sin embargo, el valor de dar la cara.

—Siempre por la misma razón, majestad: Egipto entrará forzosamente en conflicto con pueblos decididos a conquistarlo, y vos seréis incapaz de poneros a la cabeza de nuestros ejércitos. Además, vos rechazáis la única política posible.

—Que nuestras opiniones diverjan y que expreséis la vuestra no me duele; pero me debéis obediencia y conspirar contra mí significa debilitar Egipto. No lo olvidéis, Set-Nakht.

Más subyugado de lo que deseaba admitir por la personalidad de la reina, el viejo cortesano comprendió que estaba formulando una última advertencia.

Y tras saludarle, se retiró.

Fatigada por el duro combate que acababa de librar, Tausert no tuvo, sin embargo, posibilidad de descansar, pues su secretario particular la abordó antes de que llegara a sus aposentos.

—¡Una mala noticia, majestad!

—¿El rey Siptah?

—No, no, un correo procedente de Tebas.

—¿Disturbios en la provincia?

—No, tranquilizaos, pero hay un grave escándalo en perspectiva... El visir de Tebas ha recibido un expediente que compromete al maestro de obras del Lugar de Verdad, Paneb el Ardiente.

—¿Hasta qué punto... lo compromete?

—Lo acusan de toda clase de exacciones. Si los hechos se comprueban, y puesto que se refieren en parte al Valle de los Reyes, habrá que detener a Paneb y juzgarlo. Sin duda recibirá una pesada condena y podemos temer que la cofradía se rebele y abandone el trabajo. El acontecimiento desbordaría la región tebana y sembraría el caos en todo el país, la importancia del Lugar de Verdad...

—La conozco —recordó la reina, irritada—. ¿Quién es el autor del expediente que acusa a Paneb?

—Es un documento anónimo.

—¡En ese caso, no lo tendremos en cuenta!

—Sería deseable, majestad, pero el documento ha pasado por varias manos antes de llegar al visir del Sur, y mucho me temo que no pueda garantizarse su confidencialidad. Si no actuamos, empezarán a circular rumores, se acusará de inercia al poder judicial y vuestra reputación quedará manchada.

El rey Siptah, moribundo; Set-Nakht, dispuesto a apoderarse del trono; el Lugar de Verdad, al borde del abismo... Los peligros se hacían tan acuciantes que Tausert, por un instante, sintió ganas de abandonar su fardo. Pero nunca podrían acusarla de deserción.

—¿Me es fiel ese visir?

—Es un personaje gris que ha hecho toda su carrera en la administración de los graneros, antes de ser nombrado para el cargo por recomendación del general Méhy y con la aprobación del canciller Bay.

—Que haga una investigación rápida y discreta sobre Paneb el Ardiente y que los resultados me sean comunicados sin dilación.

—Tu hígado no está bien —estimó la mujer sabia.

—¿Estáis segura de eso? —se extrañó Renupe el Jovial—. Mi régimen alimenticio es de lo más razonable.

—En ese caso, no es el responsable de tus trastornos. No creo que mi medicación pueda ser efectiva.

El artesano perdió su alegría.

—¿Tengo que ir a consultar con un especialista de la orilla este?

—El único médico capaz de curarte eres tú mismo.

—No comprendo...

—Ignoras que el hígado es la sede de Maat. No sufres por una afección física, sino por falta de verdad. ¿No te corroerá alguna mentira, Renupe?

El Jovial frunció el ceño.

—No, claro que no... Bueno, no del todo. Pero es tan difícil de decir...

—¿Acaso has ocultado un hecho grave? —preguntó Clara con dulzura.

—¡Un recuerdo, un simple recuerdo que me obsesiona desde hace varias semanas! Es tan horrible... Si hablo, denuncio a un colega y me comporto como un chivato.

La mujer sabia permaneció imperturbable.

—Que tu corazón te dicte la decisión que debas tomar, Renupe.

El artesano inspiró profundamente.

—Mucho antes del nombramiento de Nefer como maestro de obras, discutíamos sobre la capacidad de unos y otros para dirigir la cofradía. El Silencioso obtenía casi

la unanimidad, a excepción de Unesh el Chacal, indeciso, y de Gau el Preciso, que me hizo algunas confidencias. Se consideraba digno de mandar el equipo con Ched el Salvador. ¡Os dais cuenta! Gau está amargado y no me atrevo a imaginar qué revancha ha querido tomarse...

En la sala de columnas del templo reinaba una profunda paz.

—¿Por qué me habéis convocado aquí? —preguntó Gau el Preciso, ante Clara y Paneb.

—Porque Maat reina en este lugar —respondió la mujer sabia—, y ninguna mentira podría pronunciarse aquí, so pena de ver el alma de su autor condenada a la segunda muerte. ¿Deseabas ocupar el puesto de maestro de obras, Gau, en lugar de Nefer el Silencioso?

El dibujante se tomó largo rato para reflexionar.

—Es cierto, sentía ese deseo... En aquel momento, sólo Ched el Salvador me parecía apto para orientar a la cofradía, pero él rechazaba ese cargo, y Nefer no tenía la experiencia necesaria. Me equivoqué... Me equivoqué gravemente...

—¿Detestaste a Nefer hasta el punto de...?

—Nunca detesté a Nefer. Lo subestimé, lo envidié y, luego, lo admiré... como la mayoría de nosotros, por otra parte. Pero yo no oculto mis opiniones. Y no importa si me perjudican: prefiero merecer mi apodo de «Preciso».

—He aquí un collar de oro destinado a la estatua de Maat —declaró la mujer sabia—. ¿Tus manos son lo bastante puras para colocarlo ante su capilla?

Gau no vaciló ni un solo instante.

—¡Mirad mis manos! —exigió con voz alterada por la indignación—. Son las de un servidor del Lugar de Verdad y aceptarán todas las tareas que éste les confiera.

El dibujante llevó a cabo el rito.

Clara y Paneb, aliviados, permanecían, sin embargo, turbados. ¿Por qué Renupe había tardado tanto tiempo en contarlo?

32

El jefe Sobek contemplaba, circunspecto, el trabajo de los auxiliares mientras se rascaba la cicatriz que tenía bajo el ojo izquierdo. Por primera vez desde hacía muchos años, se había levantado tarde y había escuchado sin prestar mucho interés los informes de sus vigías, que no habían advertido nada anormal durante la noche.

Nada anormal... ¡Sólo una serie de asesinatos cuyos autores seguían impunes!

El maestro de obras penetró en su pequeño despacho del quinto fortín, y el jefe Sobek mantuvo la cabeza gacha.

—¿Te encuentras mal?

—Me pregunto si todavía sirvo para algo —reconoció el policía nubio—. Soy incapaz de identificar a un criminal, mi balance es desastroso. O me sustituyes en mi cargo o dimito.

—Salgamos de este reducto y caminemos por la colina. Necesitas respirar aire puro.

El alto nubio aceptó, mascullando.

Era casi tan corpulento como Paneb, pero, sin embargo, parecía abatido y envejecido. Obligándolo a caminar a buen ritmo, Ardiente consiguió que recuperara el ánimo.

—Cómo me gusta este lugar —murmuró Sobek—. El sol le infunde otra vida a este desierto, muy distinta a la del Valle. Aquí no hay trampas ni falsas apariencias. Es preciso afrontar la realidad en todo su salvajismo y no temer a las serpientes ni a los escorpiones. Pero, de todos modos, una sombra ha conseguido enmascarar la luz y yo soy incapaz de disiparla.

—¿Has vigilado las idas y venidas de Userhat el León?

—Claro que sí, al igual que las de los demás, pero no he obtenido resultado alguno.

Sobek se sentó en una piedra ardiente.

—Acabo preguntándome si no será un demonio el que se divierte adoptando una forma humana para atacar a sus víctimas y no dejar rastro... Que la mujer sabia utilice la magia y que otro policía se ocupe del caso. Yo he fracasado.

Paneb recogió algo de arena y dejó que resbalara entre sus dedos.

—Tu trabajo consiste en encargarte de la seguridad de la aldea y de sus habitantes. Considero que la has cumplido.

—¿Con esa sombra asesina que se burla de nosotros?

—La cofradía ha incubado una serpiente en su seno, le toca librarse de ella con tu ayuda.

—Creo que te equivocas al confiar en mí, Paneb.

—No será mi primero ni mi último error. Infunde confianza a tus hombres, Sobek, y convéncete de que aún no hemos perdido el combate.

Paneb ocupó el sitial de maestro de obras donde anteriormente se había sentado Nefer el Silencioso, cerró los ojos e imploró a su padre celestial que lo ayudara a dirigir la cofradía.

En el local de la cofradía estaban presentes los miembros del equipo de la derecha y Hay, el jefe del equipo de la izquierda, cuyos artesanos trabajaban en la reparación de las tumbas del Valle de las Reinas.

Tras el ritual de purificación, Paneb había hecho una emotiva llamada a los antepasados, y todos habían advertido que la función de maestro de obras comenzaba a apoderarse del coloso.

Los servidores del Lugar de Verdad, que ocupaban los asientos empotrados en

banquetas de piedra, estaban inquietos. Por la expresión de preocupación de Paneb, sabían que las noticias no eran buenas.

—De momento, no tenemos ningún trabajo pendiente en el Valle de los Reyes —declaró el maestro de obras—. A juzgar por su estado de salud, la muerte del rey Siptah se anuncia inminente, pero los meses pasan y, en realidad, el escriba de la Tumba no dispone de ninguna información seria. Por eso he decidido aceptar varios encargos del exterior para preservar el buen nombre de la cofradía y demostrar su habilidad en los más diversos campos.

—¿No vas a aumentar el ritmo de trabajo? —preguntó Karo el Huraño, preocupado.

—Nuestro reglamento será respetado y obtendréis primas sustanciosas si respondéis a mi llamada.

—¿Quién las pagará? —preguntó Unesh el Chacal, dubitativo.

—Los comanditarios, y serán atribuidas íntegramente a quienes respeten los plazos.

—¿Realmente es necesario conceder tanta importancia al exterior? —protestó Gau el Preciso—. Varios oratorios de la aldea necesitan una buena reparación, al igual que ciertas tumbas.

—Pienso destinar al equipo de la izquierda a esas tareas, con el permiso de su jefe.

Hay asintió con la cabeza, en señal de aprobación.

—Si lo comprendo bien —dijo Ched el Salvador con una irónica sonrisa—, nos estás poniendo a prueba.

—¿Qué prueba? —se inquietó Pai el Pedazo de Pan.

—El maestro de obras teme que nos sumamos en la vanidad y en la rutina —intervino Ched.

—Basta de charla —interrumpió Casa la Cuerda—; ¿cuáles son esos famosos encargos del exterior?

—Una serie de trampas —precisó Paneb.

Un pesado silencio siguió a sus palabras.

—¿Te burlas de nosotros? —preguntó Unesh el Chacal.

—Como es evidente, el poder central esta siendo víctima de convulsiones cuya naturaleza y gravedad ignoramos. Si se derrumba, la propia supervivencia del Lugar de Verdad se verá amenazada. Mi deber es preservarlo, aun en caso de disturbios. Esos encargos no han llegado porque sí; el exterior quiere saber si, al margen de la construcción de las moradas de eternidad, servimos para algo. Por eso nos están desafiando, y nosotros vamos a aceptar ese desafío.

—¿Y si somos incapaces de afrontarlo? —se preocupó Gau el Preciso.

—No hay razón para dudar de nosotros mismos —afirmó Userhat el León—. Además, poseemos la Piedra de Luz: cada vez que se le ha sometido una cuestión vital, ha sabido responder iluminando nuestro camino.

—Dicho de otro modo, todos somos voluntarios, puesto que sólo podemos conseguirlo en equipo —concluyó Thuty el Sabio.

Nadie discutió el argumento.

—Bueno —intervino Fened la Nariz—, ¿qué debemos hacer?

—En primer lugar, un gran número de exvotos para los templos de la región tebana —repuso el maestro de obras—. Habrá que trabajar pequeños fragmentos de calcáreo, muy finos, y esculpirlos en forma de plaquetas que se depositarán en los oratorios o se insertarán en las paredes de las capillas. Debemos elegir el tema del grabado.

—El dios Ptah, patrón de los constructores, protegido por las alas de la diosa Maat —propuso Ipuy el Examinador—, Sólo ella puede dar el soplo de vida al gran arquitecto que todos los días recrea un universo armonioso.

—Podríamos buscar algo más sencillo —objetó Renupe el Jovial.

—La propuesta de Ipuy me parece excelente —consideró Paneb—; transmite a la perfección el ideal del Lugar de Verdad.

—Naturalmente, nuestra labor no se limitará a eso —aventuró Karo el Huraño.

—Naturalmente —aprobó el maestro de obras con una amplia sonrisa—. También deberemos proporcionar a Karnak estatuas y estelas, sin olvidar algunos ejemplares del *Libro de salir a la luz,* con muchos dibujos que ilustren las transformaciones del

alma.

—¿Qué capítulos habrá que reproducir? —preguntó Gau el Preciso.

—Los que elijamos. Pero hay algo mucho más difícil...

Todas las miradas convergieron en el maestro de obras.

—La administración central nos exige jarrones de loza, de un azul perfecto, para adornar los aposentos reales.

Casa la Cuerda emitió un silbido de desaprobación.

—¿Podremos fabricarlos?

—Creo que sí —respondió Thuty—, pero tendremos que consultar los archivos de nuestros maestros loceros.

—Mi iniciador era uno de ellos —recordó Hay—, y no he olvidado nada de sus enseñanzas; pero necesitaré ayuda si la cantidad de jarrones exigida es importante.

—Lo es —afirmó Paneb—. Mañana mismo abriremos un taller consagrado a su fabricación.

—¿Tenemos bastante arena que contenga una gran proporción de cuarzo? —preguntó el jefe del equipo de la izquierda.

—No —repuso el orfebre Thuty—, pero sé dónde encontrarla.

—Eso no es todo —prosiguió Paneb.

—¡Pero nos están exigiendo demasiado! —protestó Casa la Cuerda.

—El visir del Sur nos ha hecho, personalmente, un encargo urgente.

—¿Ese viejo perillán? —se extrañó Fened la Nariz—. Se limita a sacarse de encima los asuntos en curso, a la espera de que lo sustituyan en su cargo. ¡Y nunca ha puesto los pies en la aldea!

—El visir necesita dos grandes sarcófagos de madera.

—Los carpinteros de Karnak pueden procurárselos —estimó Didia el Generoso.

—Pero nos lo ha pedido a nosotros. Tú los harás, carpintero.

—Bueno, tal vez sea mejor dejar de discutir, beber un buen trago y ponerse manos a la obra.

La proposición del carpintero ganó por unanimidad.

A invitación del maestro de obras, los artesanos unieron las manos para sentir la energía que circulaba por el equipo.

Cuando la puerta del local de la cofradía se cerró, Paneb permaneció solo bajo el cielo estrellado.

—No te alejes de mí, Nefer, y que tu silencio se haga palabra. Escucho tu voz, vivo con tu vida, mi mano prolonga tu mano y te continúo.

33

Kenhir había consultado los archivos de los loceros de la decimoctava dinastía, autores de un incalculable número de obras maestras, pero había quedado muy decepcionado.

Los primeros jarrones salidos del nuevo taller parecían, sin embargo, soberbios, de un azul fulgurante, ¡pero qué mediocre era aquel resultado ante el modelo, sacado de la cámara fuerte, que Paneb tenía en las manos!

—¿Se ha molido suficientemente la arena que contenía el cuarzo? —preguntó.

—Dos veces —repuso Hay—. Como fundente, añadí sosa y cenizas vegetales, de acuerdo con la técnica que me enseñaron. Los componentes se aglomeraron bien en una masa sólida y porosa a la vez, calenté y apliqué el vidriado. Pero si lo comparamos con el modelo de referencia, el color parece apagado.

—¿Qué temperatura alcanza?

—No menos de novecientos grados. La variamos, pero ésta es la que da mejores resultados.

—Nos falta algún elemento... Volveré con la mujer sabia.

Clara asistió al procedimiento de fabricación de los jarrones. Y su veredicto fue indiscutible.

—Falta un elemento esencial, en efecto. Dejadme sola con el maestro de obras.

Paneb echó el cerrojo de la puerta del taller y abrió un gran saco lleno de arena... al menos hasta la mitad. Debajo estaba la Piedra de Luz.

—¿Nadie te vio sacarla de su escondrijo?

—Fui a buscarla en plena noche, acompañado por *Negrote* y *Bestia Fea.* Nadie que me siguiera habría escapado a su vigilancia.

—Cualquier ceramista sería capaz de obtener el azul que nosotros hemos obtenido; el de nuestros antepasados era de otra naturaleza. Por consiguiente, sólo puede proceder de la Piedra de Luz. A cada etapa de la fabricación, la piedra irradiará los materiales.

Paneb amasó cuidadosamente una pasta, utilizando la arena con una gran proporción de cuarzo que él mismo había machacado, añadió cenizas y sosa, le dio una forma sencilla, envolviéndola en una capa de pasta de color más apagado que la utilizada por Hay, luego la calentó.

A medida que aumentaba la temperatura, la luz que emanaba de la piedra se hacía más intensa. Clara y Paneb asistieron, maravillados, a la eclosión de un azul de extraordinaria pureza que revistió el conjunto del jarrón al modo de una túnica preciosa.

Concluido el trabajo, el fulgor disminuyó y la piedra pareció casi inerte.

En una copa de amplios bordes, colocada junto al jarrón, se habían depositado algunos pigmentos.

—Azul cobalto —comprobó la mujer sabia—. Los papiros hablaban de él, pero creía que no existía. Es el que ofrece este color inimitable (5).

El traidor estaba seguro de ello: la mujer sabia y el maestro de obras se habían encerrado en el taller para utilizar la Piedra de Luz sin que los vieran y los oyeran. Y puesto que había entrado en aquel local, forzosamente debería salir de él, llevada por Paneb. Tenía que estar allí en el momento adecuado para seguir al coloso hasta el escondrijo.

Con los demás artesanos del equipo de la derecha, el traidor vio cómo la mujer sabia aparecía en el umbral del taller; les mostró un jarrón azul de ancho cuello.

Durante unos instantes, todos se quedaron sin aliento. El azul era a la vez intenso y suave, animado por una luz sobrenatural.

—¡Lo habéis conseguido! —exclamó Thuty, maravillado.

—Disponemos de suficientes pigmentos para fabricar numerosos jarrones y

algunos amuletos —indicó Paneb—. La colección será digna de nuestros antepasados.

—Esto se merece un banquete —consideró Pai el Pedazo de Pan—; os serviré unas brochetas y unos filetes de perca.

—Preparadlo todo —aceptó Paneb—; yo ordenaré las cosas y apagaré los hornos.

El traidor estaba obligado a ayudar a sus compañeros, pero éstos tuvieron la buena idea de disponer mesas y sillas no lejos del taller, cuya puerta no perdió de vista.

En cuanto hubo terminado la comida, Paneb se encerró de nuevo en el taller.

En vez de regresar a su casa, como sus colegas, el traidor se había ocultado en una casa sin ocupar y, desde la terraza, había seguido observando el local, donde se hallaba la Piedra de Luz.

La espera le pareció interminable, pero de buen augurio. Paneb dejaba que la noche avanzara, para estar seguro de que la aldea entera estuviera durmiendo cuando él devolviese la piedra a su escondrijo.

Una nube cubrió el delgado creciente del segundo día de la nueva luna, y la puerta del taller se abrió.

Con un saco al hombro, Paneb miró a su alrededor.

Un saco que contenía arena... ¡Ésa era la artimaña que el maestro de obras había utilizado para traer la piedra! Sin ella no habría podido obtener el azul de los antepasados. Ésta lograba iluminar cualquier materia, llevándola a su punto de perfección.

Al asesinar a Nefer el Silencioso, el traidor había matado en él cualquier emoción. Por sus venas corría una sangre helada que le concedía el dominio de sus impulsos. Bajó, pues, la escalera sin precipitación, para seguirlo a una distancia prudente, ocultándose en la esquina de una casa y, luego, tras una tinaja de agua.

Paneb caminaba lentamente hacia el templo, a causa del peso.

El templo... ¡El escondrijo ideal! Durante el día se celebraban allí ritos, se quemaban perfumes, se limpiaban los objetos rituales... Y por la noche, la potencia divina descansaba tras la puerta sellada del naos. Ni un solo aldeano podía imaginar que un artesano se atreviera a quebrar el sello y violar aquel lugar sagrado, en el que el traidor ya había pensado.

Paneb franqueó el pilono, atravesó el patio al aire libre y penetró en el edificio.

Agazapado tras una estela, el traidor aguardó a que volviera a salir. Probablemente, el maestro de obras habría fabricado unas piedras móviles que bastaba con hacer girar para descubrir el lugar donde se ocultaba el tesoro de la cofradía. El traidor cayó en la cuenta de que ni *Bestia Fea* ni *Negrote* patrullaban por los alrededores. Aquello significaba que el coloso había dejado en su casa a la oca y al perro, y que le tendía una trampa.

Paneb abandonó por fin el templo sin su fardo, y el traidor volvió a su domicilio pegado a los muros. Apenas hubo cerrado la puerta cuando oyó que *Bestia Fea* graznaba y *Negrote* ladraba.

Paneb se llevaría una desilusión, pues la presa se le escapaba una vez más... Pero el traidor, en cambio, estaba rebosante de felicidad: ahora ya sabía que la Piedra de Luz estaba oculta en el templo de Maat y de Hator.

A Kenhir le dolía el codo, por lo que había aceptado que Niut la Vigorosa le frotara el pelo. Gracias a los masajes de Clara, el viejo escriba podía redactar por su cuenta, al menos, el Diario de la Tumba sin la ayuda de Imuni que, en aquellos últimos días, se había mostrado demasiado halagador con su superior, como si esperara una recompensa.

Imuni no había captado en absoluto el espíritu de la cofradía, y se comportaba como un escriba deseoso de hacer carrera, sin sentir la magnitud de la aventura a la que estaba asociado.

Kenhir sabía perfectamente qué era lo único que ambicionaba Imuni: convertirse en escriba de la Tumba e imponer su autoridad a los dos equipos de artesanos. Aquella especie de hurón no carecía de habilidad, y no había que subestimarlo.

—Voy al templo —le dijo Kenhir a Niut.

—¡No seáis insensato! Deberíais descansar.

—Esta mañana me siento mejor.

—Empezaré a preparar el almuerzo... No os retraséis.

A Kenhir le encantaba el pichón asado con especias que preparaba la joven, por lo que seguro que regresaría a tiempo. Niut la Vigorosa estaba considerada la mejor cocinera de la aldea, y constantemente estaba perfeccionando recetas que excitaban la gula de Kenhir.

El viejo escriba tomó por la calle principal, y respondió, refunfuñando, a los saludos de las aldeanas.

El maestro de obras estaba colocando una nueva piedra de umbral.

—¿El traidor ha caído en la trampa? —preguntó Kenhir.

—Por desgracia, no.

—¡Es increíble! Se diría que alguien lo mantiene informado de nuestras intenciones.

—Esperemos que simplemente tenga mucho olfato. La ausencia de la oca y el perro debió de intrigarle.

—¿Conseguiremos atrapar algún día a ese demonio?

—Nuestra estrategia no es tan mala.

—¡Pero sigue libre e impune!

—¿Acaso es posible ser libre cuando se es esclavo de la propia avidez? Está obsesionado con la Piedra de Luz, sólo piensa en apoderarse de ella. Sigamos aplicando nuestro plan.

—Habría preferido que ese monstruo estuviese enjaulado esta misma noche.

—¿Acaso no fuisteis vos, Kenhir, quien me enseñó a tener paciencia?

34

Didia el Generoso había escuadrado dos troncos de sicómoro muy seco con el hacha, y luego los había cortado en forma de tablas con la sierra. Los había cepillado con una hachuela de mango largo, y luego había usado una broca de arco para practicar los agujeros destinados a las clavijas.

Cuando Paneb entró en el taller del carpintero, los dos sarcófagos del visir ya tenían muy buen aspecto.

—¿Alguna dificultad? —preguntó el maestro de obras.

—Ninguna. Si estás de acuerdo, le pondré una tapa deslizante algo abombada. Todos los ensamblajes se efectuarán con clavijas de madera y utilizaré unos tacos de cedro para asegurar la unión de la tapa con el receptáculo.

Paneb advirtió el perfecto ajuste de las tablas de las paredes en los pilares de esquina y la calidad de las espigas, en forma de media cola de milano, fijadas con lengüetas. Algunas junturas, que determinaban el encaje del marco de base con el marco superior, estaban en ángulo oculto.

—¿Qué dirías de un rostro osírico en madera de acacia?

—Me parece una idea excelente —consideró Paneb—. En la tapa pintaré al visir como Osiris, rodeado por las diosas Isis y Neftis; al pie, Anubis, tendido sobre la capilla de momificación.

—¡Qué suerte tiene ese visir! Me pregunto si merece semejante regalo.

—No te preocupes, pagará su precio con creces.

—Un hermoso sarcófago puede costar, aproximadamente, una camisa, un saco de espelta, una puerta de madera, cuatro esteras, una cama y tres botes de grasa. ¡Imagínate entonces esos dos!

—Obtendremos algo mucho mejor, tanto más cuanto tú estás en la cima de tu arte.

—¡No digas eso, da mala suerte!

—Perdóname, Didia, pero esos dos sarcófagos son verdaderas obras maestras.

—Siempre se puede mejorar algún detalle, lo sabes tan bien como yo... En eso estriba la nobleza del oficio, en ese misterio que une la mano y el espíritu en un acto de amor. Velar para que se consume es el primer deber de un maestro de obras; y, afortunadamente, lo has comprendido.

—¿Tienes sospechas sobre la identidad del traidor?

—Ni siquiera puedo concebir que exista uno —confesó Didia.

Imuni entregó el papiro al escriba de la Tumba.

—Correo urgente procedente del despacho del visir.

Kenhir rompió el sello.

—Convoca al maestro de obras pasado mañana... ¿Pero quién se cree que es ese viejo inútil?

—Como expresión de la voluntad del faraón, el visir está en su derecho —observó Imuni con voz untuosa.

—Es cierto —reconoció Kenhir—, pero yo puedo oponerme solicitando la intervención del rey.

—Su Majestad reside en Pi-Ramsés... En el tiempo necesario para avisarlo, el visir podría obligar al maestro de obras a comparecer ante él.

—¡Y yo ordenaré a Sobek que rechace a sus esbirros!

—Más valdría evitar una desastrosa confrontación —susurró Imuni.

—Ve a buscar a Paneb.

El maestro de obras se mostró imperturbable.

—Nuestro visir está impaciente por ver terminados sus dos sarcófagos —estimó

—. Le explicaré que todavía no están listos y que cualquier precipitación perjudicaría su calidad. Para tranquilizarlo, le entregaré uno de los jarrones destinados al palacio real.

—Tengo ganas de acompañarte —dijo Kenhir.

—No es necesario, no debéis fatigaros inútilmente.

—Escucha lo que te diga esa alimaña, Paneb, y no pierdas los estribos. Sobre todo, ni una sola palabra de más. Si te abruma con sus trapacerías administrativas, yo las resolveré.

—Tranquilizaos, seré muy prudente.

El caballo de Méhy recorrió en un tiempo récord la distancia que separaba los edificios de la administración de la villa del general. El portero apenas tuvo tiempo de tirarse de cabeza a un bosquecillo de tamariscos para evitar ser atropellado, y una sierva, aterrorizada, dejó caer dos jarras de leche, que se rompieron en el suelo.

Méhy bajó del caballo de un salto y corrió hacia el cuarto de baño de Serketa, donde una peluquera estaba depilando a su esposa.

—Traigo excelentes noticias —anunció, radiante.

—Ya casi he terminado de sufrir, amor mío. Haz que te sirvan vino fresco, yo voy en seguida.

Conociendo las exigencias de su dueño, el intendente le sirvió un excelente caldo de los oasis y unos filetes de perca en salsa picante.

Méhy acababa de devorar ese tentempié y de vaciar la primera ánfora cuando apareció su esposa, apenas cubierta por un velo que no ocultaba sus opulentas formas.

—¿Acaso no soy tu niña deliciosa?

—¡Ven aquí!

Méhy manoseó las nalgas de Serketa con su habitual rudeza, y luego la obligó a sentarse en sus rodillas.

—Muy pronto nos libraremos de Paneb el Ardiente —anunció.

—¿Acaso has decidido acabar con él?

—El visir de Tebas se encargará de eso, y del modo más legal que existe. Ese viejo inútil, al que yo hice nombrar, acaba de recibir un expediente que incluye graves acusaciones contra el maestro de obras del Lugar de Verdad.

—¿Eso es cosa del traidor?

—Si fuera así, ha trabajado bien. Las acusaciones están formuladas a la manera de un escriba, los hechos son precisos y detallados. Paneb no tiene posibilidad alguna de salir impune del despacho del visir.

—¿De modo que te ha enseñado el expediente?

—¡Ese imbécil no me oculta nada! Por primera vez, va a resultarnos útil. Y ni siquiera he necesitado incentivarlo, pues el caso es muy sencillo. Basta con aplicar la ley y el Lugar de Verdad quedará destruido. Primero Nefer el Silencioso, y después Paneb el Ardiente... Kenhir es ya muy mayor para resistir la tormenta que arrasará la cofradía. O el traidor consigue ponerse a su cabeza o la disolveré. Tanto en un caso como en otro, la Piedra de Luz nos pertenecerá por fin. Y, con ella, el poder absoluto.

Serketa no se mostró muy entusiasmada.

—Paneb ha debido de preparar su defensa.

—¡No está al corriente de nada! Sin duda cree que el visir lo ha convocado para hablar de su encargo de sarcófagos.

—Ardiente se olerá la trampa, y no irá.

—En ese caso, el visir recurrirá a la fuerza. Y la fuerza es mi ejército.

—La cofradía se defenderá.

—No dará la talla.

Serketa saltó de las rodillas de su marido y recorrió la estancia con nerviosismo.

—Un enfrentamiento directo sería perjudicial para ti... Te acusarían de violento, tu reputación de administrador prudente y mesurado quedaría destruida. Es preciso evitar semejante catástrofe.

—Todavía no hemos llegado ahí, tierna paloma. Paneb no tiene ningún motivo para desconfiar, acudirá a casa del visir y será encarcelado.

Bajo la influencia de Méhy, a quien debía su nombramiento, el viejo visir del Sur había adoptado la misma actitud que el alcalde de la ciudad: ninguna iniciativa, obediencia absoluta a las directrices del general y administración de los asuntos en curso recurriendo a él a la menor dificultad.

Siguiendo esta línea de conducta, el dignatario se aseguraba una vida sin problemas y se entregaba a los placeres en su confortable residencia oficial, a orillas del Nilo.

En una ciudad tan segura como Tebas, donde la delincuencia era prácticamente inexistente, Méhy se había ganado una reputación de general íntegro, capaz de hacer prevalecer el orden en cualquier circunstancia, para mayor satisfacción de la población. De modo que el visir no había convocado, desde hacía mucho tiempo, al tribunal supremo, donde se juzgaba a los asesinos y a los culpables de delitos graves.

Cuando había recibido el expediente anónimo que acusaba al maestro de obras del Lugar de Verdad, el viejo cortesano había perdido los nervios. Y, naturalmente, su primer acto reflejo había sido mostrárselo al general.

Méhy le había aconsejado que aplicara la ley, tras haber avisado al poder central por correo oficial.

El anciano esperaba que el maestro de obras no respondería a su convocatoria, pues le habían dicho que Paneb el Ardiente tenía un carácter muy irascible.

En caso de insubordinación, al general le tocaría intervenir por la fuerza. Y él, el visir, quedaría libre de cualquier responsabilidad.

—¿Hay solicitantes esta mañana? —preguntó a su secretario, un escriba flaco y pálido.

—Nada importante, vuestros ayudantes se encargarán de ello.

—¿Algún asunto urgente?

—Tebas está en calma total. Gracias a los babuinos policías, no debemos lamentar ningún robo en los mercados.

Se presentó un centinela.

—Paneb el Ardiente, maestro de obras del Lugar de Verdad, desea ver al visir.

35

El vejestorio tragó saliva con dificultad. Le habían descrito al maestro de obras como un personaje violento y vengativo, capaz de acabar, él solo, con nueve adversarios.

—¿Está todo listo?

—Tranquilizaos, estaréis seguro —le prometió su secretario.

—Bueno, bueno... Que pase, pues.

Al ver aparecer al coloso, el visir se sintió de pronto más débil y más viejo. Se encogió en su asiento y procuró evitar la mirada de Ardiente, tan intensa como una llama.

—Vuestros dos sarcófagos aún no están terminados del todo —le anunció Paneb —, pero ya puedo aseguraros que se tratará de unas piezas excepcionales. Los demás encargos se están concluyendo; he aquí una muestra de nuestro trabajo.

El maestro de obras dio un paso hacia el alto magistrado, portando el jarrón azul como si se tratara de una ofrenda.

—¡No os acerquéis!

Paneb, sorprendido, se detuvo.

—Estáis arrestado —dijo el visir con voz temblorosa.

Mientras, una decena de guardias penetraba en el despacho para rodear al detenido, dirigiendo sus lanzas hacia él.

—¡Se trata de un malentendido!

—Sois un peligroso criminal, y tengo un testimonio definitivo. Al menor movimiento sospechoso, cargarán contra vos.

Los soldados que amenazaban a Paneb no eran alfeñiques y habían aprovechado el factor sorpresa. El coloso estaba rodeado.

—¿Puedo saber al menos de qué se me acusa?

—¡Lo sabréis muy pronto! Llevad a ese criminal a la cárcel.

Un soldado le puso unas esposas de madera, otro le ató los tobillos, mientras la punta de las hojas se hendían en su cuello, su pecho y sus riñones.

Méhy se apoderó de su arco, lo tensó como si quisiera quebrarlo y apuntó a un halcón peregrino que había cometido la imprudencia de sobrevolar su villa, trazando grandes círculos en el cielo. Ningún cazador atacaba a esa ave rapaz, encarnación de Horus, el protector de la realeza, pero al general le importaban un comino esas viejas supersticiones.

Un grito de espanto turbó a Méhy, que soltó la flecha demasiado pronto.

La aguda visión de la rapaz le permitió descubrir el peligro de muerte y se apartó en el último instante, ascendiendo hacia el sol con un poderoso aleteo.

Al volverse, Méhy vio a la sirvienta nubia, a quien Serketa ya había castigado. Se había puesto de rodillas y estaba lloriqueando.

—¡Perdonadme, señor, pero he tenido miedo por el pájaro!

El general la abofeteó, y la muchacha se derrumbó en la arenosa avenida por la violencia del golpe.

—Pequeña idiota, me has hecho fallar el tiro. Desaparece de mi vista y no vuelvas a molestarme, de lo contrario...

La hermosa negra se levantó y huyó corriendo. Méhy la habría violado de buena gana, pero no se fiaba de Serketa. Si la engañaba, ella acabaría enterándose y no se lo perdonaría nunca. En vísperas de una gran victoria, no era el momento de cometer una estupidez. Cuando su esposa estuviera demasiado gorda y vieja y fuera incapaz de ayudarlo, sería la hora de decidir.

—¿Todavía nada? —preguntó Méhy a su intendente.

—El correo habitual, pero aún nada del despacho del visir.

Un caballo se acercaba al galope.

Méhy corrió hacia la entrada de su villa. En efecto, era un enviado del visir que traía un mensaje urgente. Al general le encantó el principio de la misiva: Paneb había sido detenido y encarcelado.

Pero el resto le inquietó: un visitante de alta alcurnia acababa de llegar a Tebas.

Méhy no sabía cómo interpretar aquel inesperado acontecimiento.

Caía la tarde, y Paneb no había regresado aún.

—¿No tenéis hambre? —preguntó Niut la Vigorosa a Kenhir, que ni siquiera había tocado un apetitoso mújol asado, acompañado de lentejas.

—Algo no marcha bien.

—Seguramente, el visir habrá invitado al maestro de obras a cenar.

—Paneb nos lo habría comunicado...

Niut estaba tan inquieta como el escriba de la Tumba y no intentó retenerlo cuando se levantó para coger su bastón. Antes de salir, ella le puso una capa por encima de los hombros.

—El viento es fresco, no vayáis a resfriaros.

Kenhir se dirigió al quinto fortín.

—¿Sobek está aquí? —le preguntó al policía nubio que estaba de guardia.

—No, ha cogido el carro de servicio para acudir al embarcadero.

También el nubio se había alarmado hasta el punto de partir en busca de noticias.

—Dame un taburete; lo esperaré aquí.

—No tengo nada que sea muy cómodo...

—No importa.

Paneb había caído en una trampa. ¿Pero quién se la había tendido? Probablemente no había sido aquel viejo visir imbécil el que había osado meterse con el maestro de obras del Lugar de Verdad. La orden debía de proceder del verdadero señor de Tebas, el general Méhy.

Pero, como administrador principal de la orilla oeste, estaba encargado de la protección de la cofradía. Además, no tenía razón alguna para atacarla.

Por encima de Méhy, ya sólo quedaba el dueño supremo de la cofradía, el faraón de Egipto.

Evidentemente, no podía tratarse del infeliz Siptah; la responsabilidad de semejante iniciativa sólo podía tener que ver, pues, con la reina Tausert. Kenhir se estremeció.

Si su razonamiento era correcto, la regente había firmado la condena de muerte de la cofradía, por un motivo que él ignoraba.

En primer lugar, haciendo que el visir detuviese al maestro de obras, luego...

—¡Sobek regresa! —avisó el policía.

El nubio detuvo bruscamente su carro, acarició al caballo y se plantó ante el escriba de la Tumba.

—Paneb está encarcelado *en* palacio —reveló.

—¿Por qué motivo?

—Se han formulado numerosas acusaciones contra él, pero ignoro su naturaleza.

—¿Quién ha sido?

—También lo ignoro. Al parecer el visir ha recibido un informe detallado que no deja duda alguna sobre la culpabilidad de Paneb.

—El traidor, claro está... Pediré audiencia al visir.

La osamenta del viejo escriba apenas soportó las sacudidas del camino, pero Kenhir olvidó sus dolores para pensar sólo en el maestro de obras. Tendría que convencer al visir de que se trataba de una falsa acusación y de que Paneb tenía que quedar libre inmediatamente.

Sobek despertó a un barquero que, de mala gana, aceptó cruzar el Nilo cuando la noche ya había caído. El imperioso tono del nubio y su corpulencia lo disuadieron de discutir demasiado.

Los aposentos del visir estaban junto al palacio real de Karnak, y fue necesaria la fuerza de convicción del escriba de la Tumba para convencer al responsable de la seguridad de que despertara al alto dignatario.

El visir, que había sido cogido por sorpresa, aceptó recibir a Kenhir en la antecámara donde, por lo general, esperaban sus visitantes. Prefería no retrasar el inevitable enfrentamiento entre ambos, pues temía el escándalo que causaría aquel viejo escriba gruñón.

—¿Está encerrado aquí nuestro maestro de obras?

—En efecto.

—¿De qué se lo acusa?

—No tengo por qué decíroslo.

—¡Naturalmente que sí! Como escriba de la Tumba, tengo derecho a tener acceso a todos los documentos oficiales que se refieran a la cofradía.

—Se trata de un caso excepcional...

—¡Y es decir poco!

La cólera de Kenhir impresionó al visir, pero ya no tenía posibilidades de retroceder.

—A caso excepcional, procedimiento excepcional —afirmó con voz temblorosa.

—Por muy visir que seáis, y precisamente porque lo sois, debéis respetar la ley de Maat.

—Escuchadme, Kenhir...

—Contadme qué dice el expediente de acusación y liberad en seguida al maestro de obras del Lugar de Verdad.

—Eso es imposible.

—Escribiré inmediatamente a Su Majestad para denunciar vuestro comportamiento y exigir vuestra destitución.

—Tenéis derecho a hacerlo, Kenhir.

—Mejor haríais satisfaciendo mis exigencias.

—Es imposible, os lo repito.

—Si queréis guerra, la vais a tener.

Paneb habría podido derribar la puerta de la pequeña estancia, enfrentarse con los guardias e intentar salir de palacio. Pero eso era ilegal y su función se lo impedía. Además, deseaba conocer los motivos de su arresto y saber quién intentaba destruir la cofradía por medio de las acusaciones presentadas contra él.

Así pues, se había tumbado en un sumario lecho para pasar una noche apacible y disponerse a comparecer ante un tribunal donde podría expresarse libremente, mientras Kenhir libraba una encarnizada lucha para conseguir su libertad. Egipto era un país donde se respetaba la ley de Maat, comenzando por el visir, que era su garante.

Pero su despertar fue brutal: dos puntas de lanza pincharon la espalda del coloso.

—Síguenos —ordenó un guardia.

Paneb fue conducido hasta una pequeña sala con dos columnas que no se parecía nada a un tribunal.

Sentado en una silla baja, con un papiro desenrollado sobre las rodillas, el visir no se atrevía a mirar a los ojos al prisionero.

—Paneb el Ardiente, ha llegado la hora de que respondáis de vuestros crímenes.

36

—¿Se trata de una entrevista privada o de una audiencia oficial? —preguntó el maestro de obras.

—Yo dirijo la instrucción como me parece —respondió el viejo visir—, y os ordeno que respondáis a las acusaciones que se os hacen.

—¿Quién es el acusador?

—No tenéis por qué saberlo.

—La ley os obliga a darme su nombre. Si os negáis, el procedimiento, sea cual sea, será nulo de pleno derecho.

El visir pareció turbado.

—De hecho, se trata de un documento... anónimo.

—Por tanto, no tiene ningún valor jurídico.

—Los hechos que se os imputan son tan graves que eso no tiene ninguna importancia.

—Ni hablar. O me proporcionáis ese nombre o salgo ahora mismo de esta estancia.

—El documento es anónimo y no tengo medio alguno de identificar a su autor. ¿Aceptáis, sin embargo, conocer los delitos que se os imputan?

—Tengo la conciencia tranquila, así que, ¿por qué no?

El visir carraspeó, aclarándose la voz.

—Comencemos por el menos grave, aunque se trata de una falta imperdonable: hicisteis que un artesano de la cofradía curara a vuestro buey y obligasteis a dos servidores del Lugar de Verdad a que trabajaran en vuestro campo, lo cual está terminantemente prohibido.

—Esa acusación no tiene ningún fundamento: dos artesanos me ayudaron, en efecto, pero por su propia voluntad y sin retribución alguna. Os bastará con preguntárselo para conocer la verdad, y los cinco campesinos que trabajan para mí de un modo absolutamente legal confirmarán mis declaraciones.

—Bueno... Pero hay algo más delicado. Estáis acusado de seducir a varias mujeres casadas y de sembrar el desorden en las familias de la aldea.

El coloso soltó una carcajada.

—¿Y qué mujeres se han quejado de ello?

—El documento no da esa clase de detalles... ¿Negáis los hechos?

—Mi esposa declarará en mi favor y os explicará que mi comportamiento no compromete en modo alguno la armonía de la aldea.

—Bueno, bueno... Pasemos a lo siguiente: tenéis un pico que sólo lo utilizáis vos; eso es contrario al reglamento.

—El escriba de la Tumba os dirá que ese pico es de mi propiedad, todo el mundo lo sabe, y que está marcado con un sello tan particular que no puede confundirse con ningún otro. En consecuencia, la herramienta no debe ser restituida, después de su uso, al tesoro de la cofradía.

—¡Esa excepción debería haberse comunicado a la administración!

—Se consignó en el Diario de la Tumba, que Kenhir tiene a vuestra disposición.

—Perfecto, perfecto... ¡Pero robasteis un lecho en una tumba de la aldea!

—Si hubiera sido así —repuso Paneb—, habría sido juzgado y condenado por el tribunal de la cofradía. Nunca se ha cometido ningún robo en las moradas de eternidad de nuestros antepasados, pues velan por nosotros y los veneramos cada día. Oficialmente me ofrecieron un lecho con la anuencia del escriba de la Tumba, y el don fue inscrito en el Diario.

—Vayamos a las acusaciones más graves, castigadas con la pena de muerte.

Paneb abrió los ojos de par en par.

—¿Estáis hablando en serio?

—Los hechos son muy graves: ¡violación de sepulturas en el Valle de los Reyes!

Esta vez el coloso perdió la calma.

—¿Os habéis vuelto loco?

—¡Un poco de respeto! —imploró el visir con un nudo en la garganta—; mi papel consiste en establecer la verdad y...

—¡Explicaos, entonces!

Sin atreverse todavía a mirar al coloso a los ojos, el viejo visir hundió la nariz en el papiro.

—Robasteis una preciosa tela de la tumba del faraón Seti II y, para celebrar esa hazaña, os emborrachasteis encima de su sarcófago.

—Es cierto.

El visir levantó un poco la cabeza.

—¿Re... reconocéis los hechos?

—Reconozco que me emborraché. Por lo demás, el delator ha inventado un montón de mentiras. La tela en cuestión no se hallaba en la tumba de Seti II, y el sarcófago, junto al que mis compañeros y yo probamos un excelente vino, no era el suyo. En todos estos puntos dispongo de testigos que desbaratarán tan grotescas e infamantes afirmaciones.

—¿Realmente tenéis testigos?

—Todos declararán bajo juramento ante el tribunal de la aldea, presidido por el escriba de la Tumba y, luego, ante vos, si así lo exigís. Y la tela y el sarcófago serán puestos a vuestra disposición.

—Bueno, bueno... Pero aún queda un punto de excepcional gravedad.

—Os escucho.

El coloso había recuperado la calma, por lo que el visir se mostró más seguro de sí mismo.

—Unos bloques pertenecientes a la tumba del faraón Merenptah fueron llevados del Valle de los Reyes hasta la aldea y han servido para construir cuatro columnas de vuestra propia morada de eternidad.

—Es cierto —reconoció Paneb.

—De modo que vos, el maestro de obras del Lugar de Verdad, degradasteis la tumba de un rey que habíais excavado y decorado.

—Eso es falso.

—Pero... ¡Si acabáis de admitir vuestro delito!

—No hay delito alguno, pues los bloques en cuestión son material de recuperación. Solicité a un pequeño equipo que retirara el material sobrante del Valle de los Reyes, limpiándolo de los restos amontonados en el lugar de nuestros trabajos. Este equipo trajo a la aldea unas piedras que podían servir para la construcción de mi tumba, pues mis compañeros decidieron hacerme tan magnífico regalo.

—¿También ellos están dispuestos a declarar?

—Sin duda alguna.

El viejo visir enrolló el papiro.

—Habéis reducido a la nada las acusaciones, maestro de obras.

—¿Algo más que reprocharme?

—¿No habéis tenido bastante con todas estas acusaciones?

—Si lo entiendo bien, renunciáis a cualquier juicio.

—Vuestras explicaciones me han convencido... Pero tal vez un juez supremo tenga una opinión distinta de la mía.

En aquel momento apareció la reina Tausert.

El visir y el maestro de obras se levantaron de inmediato para saludar a la soberana.

—Lo he oído todo —dijo ella—, y he llegado a las mismas conclusiones que el visir. El maestro de obras ha sabido disipar las dudas y dar razones que desbaratan ese expediente anónimo, obra de un odioso calumniador.

El anciano se retiró, haciendo una reverencia.

Paneb contemplaba a la regente, cuya belleza igualaba casi la de Turquesa. La misma altiva nobleza, la misma finura de rasgos, la misma lucidez en la mirada, pero, sin embargo, más soledad y sufrimiento.

Tausert estaba sorprendida por el poderío de Ardiente y por la energía que

emanaba de su persona. Pensó, por un instante, que sería un faraón digno de los más grandes y que un hombre de su temple sabría dirigir el país.

—Tu culpabilidad habría provocado una crisis tan grave que mi regencia hubiera peligrado —declaró la reina.

—Soy inocente, majestad, y la reputación del Lugar de Verdad, como la vuestra, sigue intacta.

—He preferido asegurarme personalmente, pues circulaban alarmantes rumores sobre ti y no estaba segura de la imparcialidad del visir del Sur, que mañana mismo será relevado de su cargo. Ese viejo cortesano no habría sido capaz de distinguir la verdad de la mentira, y no deseo que este tipo de incidentes se repitan.

—Perdonad mi atrevimiento, majestad, ¿pero por qué no escucháis a los testigos, que disiparían cualquier sombra de duda?

La reina esbozó una deslumbrante sonrisa.

—Porque confío en ti, Paneb. ¿Sabes lo que es eso?

—¿No debería estar excluida la confianza cuando se dirige una cofradía o un país?

—Es lo que recomiendan varios grandes faraones, en efecto... Pero yo sólo soy una regente y tengo la debilidad de creer. Al ejercer el poder, he aprendido a conocer a las personas y tengo la certeza de que eres incapaz de mentir.

Ardiente, conmovido, no encontró palabras para responderle.

—Alguien intenta destruirte, maestro de obras, y debes averiguar quién es.

—Eso ya está hecho, majestad. Y os pido el favor de juzgarlo de acuerdo con las leyes de nuestra cofradía.

—Te recuerdo que el castigo supremo es competencia del tribunal del visir.

—Tranquilizaos, el calumniador saldrá vivo del nuestro... En fin, si puede llamarse «vida» al destino que le espera.

—Actúa de acuerdo con la Regla de Maat, maestro de obras.

—¿Nos honraréis con vuestra visita, majestad?

—Debo regresar inmediatamente a Pi-Ramsés. La salud del rey Siptah empeora día tras día... Que todo esté dispuesto para sus funerales.

—Me comprometo a ello, majestad.

37

Paneb, en su calidad de maestro de obras del Lugar de Verdad, presidía el tribunal, que se había reunido ante el pilono del templo de Maat y de Hator.

Formaban parte del jurado la mujer sabia, el escriba de la Tumba, el jefe del equipo de la izquierda, Ched el Salvador y dos sacerdotisas de Hator. Todos los aldeanos asistían a una audiencia que se anunciaba excepcional.

Desde su regreso, Paneb no había hecho ninguna declaración oficial y menudeaban las conjeturas sobre los motivos de su arresto.

Se hizo un profundo silencio cuando el maestro de obras tomó la palabra.

—Diversas acusaciones falsas fueron formuladas contra mí por un habitante de la aldea que ni siquiera tuvo el valor de firmar el documento que entregó al visir. Fui encarcelado como un vulgar ladrón, pero tuve la posibilidad de defenderme gracias a la intervención de la reina Tausert, y demostré mi inocencia. Había que identificar al delator, el hombre que intentaba asentar su dominio sobre la aldea a costa de cometer una fechoría tras otra, el hombre que siempre me ha detestado y cuyo único alimento es la ambición.

Un murmullo de desaprobación recorrió la asamblea.

—¡Debemos denunciar esa basura de inmediato! —exigió Nakht el Poderoso.

Se dejó libre un acceso al tribunal, pero nadie se presentó.

Fened la Nariz se dirigió al maestro de obras.

—¿Sabes quién es el culpable?

—Sus propias acusaciones lo han delatado. Sólo él podía formularlas y disfrazar la realidad con tanto odio y mezquindad.

Los artesanos se miraron unos a otros, pero ninguno lograba creer que uno de sus compañeros se hubiera comportado de un modo tan mezquino.

Paneb el Ardiente se dirigió a Imuni, que se ocultaba detrás de Didia el Generoso.

—Al menos ten el valor de confesar —le recomendó.

El pequeño escriba de mirada falsa y rostro de roedor intentó retroceder, pero Karo el Huraño y Casa la Cuerda lo agarraron, uno por cada lado.

—No comprendo —farfulló Imuni, en el tono meloso que siempre había exasperado a Kenhir—. He hecho mi trabajo correctamente y...

—Acércate —ordenó el maestro de obras.

El escriba ayudante obedeció. Ante Paneb, la mujer sabia y el escriba de la Tumba fingió, primero, humildad.

—Tal vez haya cometido algún error, aunque mi intención no era hacer daño... Determinadas circunstancias me hicieron ver en Paneb unas faltas que no había cometido.

—¿Fuiste tú el que envió el expediente al visir? —preguntó el maestro de obras.

—Me sentí obligado a informarle de ciertos incidentes...

—¿Sin mi autorización? —atronó Kenhir.

—No... No deseaba importunaros.

—¿A quién crees que le estás tomando el pelo, Imuni? ¡Has traicionado mi confianza, has calumniado al maestro de obras y te has convertido en el enemigo de toda la aldea!

El pequeño bigotudo cambió de actitud y dio rienda suelta a su cólera.

—¡Nunca os habéis percatado de mis cualidades y mis derechos! —eructó—. Yo debería ocupar, desde hace mucho tiempo, el cargo de escriba de la Tumba, ¡soy el más cualificado de todos vosotros! ¿Por qué os negáis a admitirlo?

Paneb miró a Imuni directamente a los ojos.

—¿Fuiste tú el asesino de Nefer el Silencioso?

—No, no... claro que no... ¡Juro que soy inocente!

Paneb advirtió que el escriba le tenía demasiado miedo para mentir.

—¡Aplastemos a ese engendro! —propuso Karo el Huraño.
—Calma —exigió el maestro de obras—. Estamos en un tribunal.
Kenhir estaba hundido. Nunca le había gustado el carácter de su ayudante, ¿pero cómo podía imaginar que la envidia y el odio devorarían su alma?
—La traición de Imuni es un hecho probado —consideró Hay, que fue vivamente aprobado por los demás miembros de la cofradía.
—El castigo se impone, pues, por sí solo —concluyó Paneb—: será excluido definitivamente de la aldea.
Los jurados dieron su aprobación.
Imuni se había puesto muy pálido.
—¡No... no tenéis derecho a hacer eso!
—No volverás a cruzar la puerta del Lugar de Verdad —anunció Paneb—, y ni siquiera serás admitido en la zona de los auxiliares. Presentaremos una denuncia contra ti ante el visir, por injuria a un magistrado y acusación calumniosa. Adiós, Imuni.
Casa la Cuerda y Karo el Huraño agarraron al pequeño bigotudo por el cuello de la túnica y, seguidos por los demás artesanos, lo arrastraron a lo largo de la calle principal.
Imuni temió ser apaleado, pero los dos canteros se limitaron a llevarlo hasta el umbral de la gran puerta, que abrió Renupe el Jovial.
El equipo de la derecha y el equipo de la izquierda se dispusieron en dos filas.
—¡Márchate, engendro! —ordenó Userhat el León.
Imuni vaciló.
—¡No sabéis lo que os perdéis! Yo habría...
Fened la Nariz agarró una piedra y la lanzó a las nalgas del pequeño escriba, que aulló de dolor.
—¡Lárgate o te lapido!
Imuni puso pies en polvorosa y abandonó el Lugar de Verdad, abucheado por ambos equipos.

El banquete organizado por Méhy y Serketa en su villa de la orilla oeste sería uno de los mejores del año. El administrador principal debía honrar, así, el nombramiento del nuevo visir elegido por la reina Tausert, un oscuro sacerdote de Karnak.
Al alto magistrado no le habían gustado demasiado las evoluciones de las bailarinas desnudas, que jugaban con el velo rosado que colgaba de su collar y flotaba a su alrededor. Ni siquiera se había emborrachado, pese a la calidad de los grandes caldos, y había abandonado la recepción mucho antes de que ésta concluyera.
Sin dejar de sonreír a sus huéspedes y de compartir sus confidencias, Serketa había remachado el mensaje que debía transmitir: Méhy y ella formaban una pareja feliz y generosa, todos sus deseos habían sido colmados por el destino y no tenían más ambición que servir a su país. ¿Acaso la buena salud de que gozaba la economía tebana no demostraba la capacidad como administrador de su esposo, hombre honesto por excelencia?
Durante una breve entrevista con Tausert, antes de que embarcara hacia Pi-Ramsés, Méhy había aprobado fervientemente la sustitución del viejo visir que, por otra parte, él mismo pensaba proponer, y se había felicitado por la rápida rehabilitación de Paneb el Ardiente, un notable maestro de obras, pese a su carácter demasiado abrupto a veces. Y, naturalmente, el general había asegurado a la reina que podía contar con su apoyo incondicional.
Gracias a varios apartes con los dignatarios de la provincia, Méhy había comprobado que su reputación y su influencia seguían intactas.
Cuando los invitados se hubieron marchado, Serketa hizo que la sierva nubia le diera un masaje en los pies.
—Todavía debemos hablar con un huésped —le dijo Méhy.
—Basta de bobos por hoy, querido mío.
—Éste debería interesarte más que los demás.
—Qué emocionante... ¿Quién es?
El general hizo entrar a un pequeño escriba con cara de hurón y mirada falsa.

—Te presento a Imuni, ex ayudante del escriba de la Tumba.

Serketa adoptó un aire afligido.

—Habéis sido víctima de una terrible injusticia, ¿no es así? —susurró.

—Sí, por desgracia, así es, y no sé cómo defenderme.

—¿Y si nos contarais detalladamente lo que ha sucedido? —sugirió Méhy—. Como protector del Lugar de Verdad, debo recoger el máximo de informaciones para evitar cometer errores.

Imuni no se hizo de rogar. El general y su esposa lo escucharon con atención.

—Os consideráis expoliado, pues —concluyó Méhy—, cuando os sentís capaz de dirigir la cofradía.

—¡Me habéis entendido perfectamente, general!

—Vuestra situación es delicada, muy delicada... Paneb ha sido absuelto, vuestras acusaciones se consideraron infundadas y el nuevo visir no está dispuesto a abrir nuevamente el caso. Sin embargo...

La mirada del pequeño escriba brilló de ambición.

—Sin embargo —prosiguió Méhy—, soy un hombre enamorado de la justicia y vuestra sinceridad me conmueve. De momento, vuestra carrera ha quedado destrozada y no puedo oponerme al tribunal de la cofradía. Pero si me contáis todo lo que sabéis sobre el Lugar de Verdad, comprenderé mejor ese doloroso asunto y tal vez pueda ayudaros.

Imuni alisó con el dedo índice los pelos de su bigote.

—La información de esa clase es tan confidencial que resulta muy cara...

—Todo tiene su precio, es cierto; pero sólo me la venderéis a mí. Pues si resultarais demasiado charlatán, el visir ordenaría que fuerais detenido por alta traición. Es decir, que nadie debe saber nada de lo que hablemos aquí. A cambio de vuestra amistad, os instalaré en una villa del Egipto Medio, de cuya administración os encargaréis, a la espera de un período más favorable.

Imuni habló durante largo rato, feliz de haber encontrado un aliado tan poderoso que le ofrecía el porvenir con el que siempre había soñado: expulsar a Paneb y convertirse en el patrón de la cofradía. Sólo necesitaría paciencia, y eso al escriba no le faltaba.

Serketa no se enteró de nada nuevo sobre la aldea y su funcionamiento, pero apreció el rencor del pequeño escriba, que sería un divertido juguete en manos de su marido. Y se alegró sobre todo por la ingenuidad de los miembros de la cofradía, que estaban convencidos de que, con la expulsión de Imuni, por fin se habían librado del traidor.

Pero no sabían que el traidor era otro...

38

Niut la Vigorosa colocó la prenda húmeda entre dos tablas de madera con ranuras que servían de prensa. De ese modo, obtendría un soberbio plisado y el escriba de la Tumba podría llevar una camisa de ceremonias digna de su cargo.

Aunque estaba muy trastornado por la conducta de Imuni, Kenhir había recuperado el sueño gracias a los sedantes que le había recetado Clara, y no le faltaba el apetito.

Sin embargo, cuando regresó del consejo restringido en el que habían participado la mujer sabia y los dos jefes de equipo, tenía un aspecto sombrío.

—¿Algún problema? —le preguntó Niut la Vigorosa.

—No, no exactamente... ¿Qué opinabas de Imuni?

—Varias veces os di mi opinión sobre él: cuando se tiene cara de roedor, se roe. Cuando se tiene la voz melosa, se adula, y cuando se adula, se miente. ¡Pero vos nunca escucháis a nadie!

—Te escuchaba, Niut, pero no podía creer que realmente fuese tan malvado...

—Y seguís sin creerlo, porque no podéis imaginar el monstruo que puede crear la unión de la mezquindad y la ambición.

—El consejo ha decidido nombrar un nuevo escriba ayudante.

—¡Eso está bien! A vuestra edad, necesitáis ayuda.

—He propuesto un candidato que ha sido aceptado por unanimidad.

—Mejor así. Para su nombramiento oficial llevaréis una hermosa camisa plisada.

—Antes me gustaría saber tu opinión acerca del candidato.

—¿A qué viene eso, si ya se ha votado?

—Es preciso que el ayudante designado acepte su nombramiento... Bueno, debería decir: la ayudanta.

—¿Una mujer escriba?

—Tú, Niut. Eres un ama de casa y una cocinera excepcional, pero además sabes leer y escribir. Todos conocen tu rigor y tu capacidad de trabajo, y el consejo, como yo mismo, considera que no hay mejor candidato para el cargo.

Niut la Vigorosa examinó la camisa.

—Podría hacerlo mejor, pero necesitaré un tejido más fino. Bueno, manos a la obra: ¿queréis dictarme el texto de hoy para el Diario de la Tumba?

La hija de un escultor del equipo de la izquierda, una hermosa morenita de quince años, estaba llorando.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Uabet la Pura.

—Quisiera... Quisiera decíroslo, pero ya no me atrevo... Y además...

—Entra.

La morada de Uabet era preciosa. Estaba decorada con pinturas de múltiples colores que Paneb retocaba cuando un color iba apagándose. Figuras geométricas, pámpanos, hojas de loto y pájaros retozando entre los papiros componían un palacio en miniatura cuya dueña se sentía orgullosa de él.

Uabet hizo que la muchacha se sentara en uno de los almohadones anaranjados que ella misma había bordado.

—¿Querías hablar conmigo?

—Sí... No... Dejad que me vaya, por favor.

—Tranquilízate, pequeña, estoy dispuesta a escucharte, sea lo que sea lo que tengas que decirme.

La morenita levantó los ojos, llenos de lágrimas.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Tendríais un poco de agua?

La muchacha bebió con avidez, como si acabara de cruzar el desierto.

—¿No... No me reprocharéis nada?

—Te lo prometo.

La morenita cerró las rodillas.

—Con mis amigas, incitamos a los chicos, ayer por la noche, después de la puesta del sol... Bailamos con los pechos desnudos, como de costumbre, pero no nos limitamos a eso... Como habíamos bebido un poco de cerveza fuerte y hacía mucho calor, nos quitamos también los taparrabos para hacer mejor las figuras acrobáticas.

—Y supongo que también los muchachos se quitaron los suyos.

—Cuando finalizó la danza, sí... Pero sólo nos miramos los unos a los otros, riendo, y luego cada cual volvió a su casa. Pero yo no pude...

—¿Por qué?

—Por culpa de vuestro hijo Aperti.

La morenita rompió a llorar.

—¿Te violó?

—Sí y no... Cuando se acercó a mí, no se había puesto el taparrabos, y yo, tampoco... Al principio creí que sólo quería acariciarme, y además es tan apuesto, tan fuerte... Debería haber gritado, resistido, pedido socorro...

—¿Y no lo hiciste?

—No —reconoció la muchacha, avergonzada.

—De modo que hicisteis el amor y ya no eres virgen.

La morenita inclinó la cabeza, nerviosa.

—¿Estás enamorada de Aperti?

—No lo sé... Creo que sí. ¡Pero no me atrevo a decirles nada a mis padres!

—¿Has vuelto a ver a mi hijo?

—¡No, no!

El puño de Aperti alcanzó en el mentón al hijo del carpintero del equipo de la izquierda, que cayó de espaldas.

—¡He ganado! —exclamó el joven atleta de diecinueve años, a quien nadie había vencido aún peleando con los puños.

—La vida no es una lucha —dijo Paneb con gravedad.

El muchacho, sorprendido, no se atrevió a mirar a su padre a la cara.

—Te has convertido en un buen yesero, Aperti. Ya es hora de que vivas en tu propia casa y te cases con la mujer a la que sedujiste y a la que amas.

—Pero... ¡Si no amo a ninguna mujer!

—Claro que sí, ¿no te acuerdas?, una hermosa morenita a la que demostraste tu virilidad.

—¡Sólo nos estábamos divirtiendo!

—Para ella no fue un juego; para ti, tampoco lo es ya. Tú decides, o restauras la pequeña morada que el escriba de la Tumba te concede para que vivas en ella con tu esposa, o abandonas la aldea.

Como todas las noches después de las consultas, Clara se enfrentaba con la soledad. Despierta desde antes de que amaneciera, vivía intensamente los ritos matinales y, luego, se ocupaba de sus pacientes preocupándose, constantemente, de la salud de los habitantes de la aldea. Estaba feliz por haber conseguido que Ched el Salvador no perdiera más vista, y no había tenido que deplorar ninguna enfermedad grave que exigiera el traslado del enfermo a Tebas.

Cuando el último paciente salía de su consulta, debía vivir de nuevo la ausencia de Nefer el Silencioso, consciente de que aquel vacío no se llenaría nunca. A pesar del amor que sentía por la cofradía, deseaba ardientemente reunirse cuanto antes con él, pues la separación le resultaba muy dura.

Al caer la noche, Clara se sentía muy fatigada. No tenía ganas de cenar y sabía que el propio sueño no le procuraría ningún consuelo.

Decidió, pues, subir a la cima, con la esperanza de que la diosa del silencio la aceptara en su seno y le abriera las puertas del más allá.

En el umbral estaba sentada la pequeña Selena, que tenía siete años. La hija de Paneb el Ardiente y Uabet la Pura estrechaba en sus manos tres pequeñas bolsas

de tela que contenían granos de uva, dátiles y cebada.

—¿Qué estás haciendo aquí, Selena?

—Yo misma he preparado las dádivas para ofrecerlas en la cima. Te recuerdo que me prometiste que me llevarías. Estoy preparada.

Los ojos de la niña brillaban de emoción. En aquel momento, Clara supo que el destino había elegido a la futura mujer sabia del Lugar de Verdad y que, en adelante, tendría que consagrar buena parte de su tiempo a formarla.

—Concédeme unos instantes.

Cuando Clara apareció de nuevo, iba vestida con una túnica de lino plisada, blanca y rosada, y engalanada con un ancho collar y unos brazaletes de oro. Un aro del mismo metal ceñía su peluca, que estaba coronada por un loto.

—¡Qué hermosa eres, Clara!

—Es para honrar a la diosa. Estoy segura de que apreciará tus ofrendas.

La mujer sabia y la niña empezaron a subir lentamente a la luz del ocaso. Selena sujetaba con fuerza la mano de Clara, sin dejar de mirar hacia la cima.

—Venera a la diosa del silencio, la que mora en lo alto de la montaña —le recomendó la mujer sabia—. A veces adopta un aspecto terrible, pero en ella vive el fuego de la creación. Cuando yo me haya dirigido al Occidente, que ella sea tu guía y tu mirada.

Cuando llegaron a la cima, la cobra real hembra salió de su cueva.

Selena apretó aún con más fuerza la mano de Clara.

—Ponte detrás de mí e imita cada uno de mis movimientos.

La danza ritual de la serpiente y la mujer sabia se celebró en perfecta armonía. Apaciguada por los presentes, la cobra regresó al reino del silencio.

Clara y Selena se sentaron una junto a otra para disfrutar el frescor del crepúsculo.

—Vamos a recorrer juntas las horas de la noche, Selena. Algún día tocarás a la gran serpiente, la encarnación de la diosa, y ella te transmitirá su energía.

La niña no sintió deseos de dormir ni un solo instante. Justo antes de que el sol se levantara, Clara le hizo beber el rocío que exudaba la más alta piedra de la cima, el agua regeneradora que brotaba de las estrellas.

Luego, la mujer y la niña bajaron de nuevo hacia la aldea.

Al lado del sendero estaba Paneb.

La niña corrió hacia su padre, que la tomó en sus brazos, y se durmió en seguida.

Las miradas de la mujer sabia y el maestro de obras se cruzaron; ni el uno ni la otra tuvieron necesidad de pronunciar una sola palabra.

Y, por primera vez, Clara vio llorar al coloso.

39

Todos los encargos del exterior habían sido realizados y entregados, con la consecuente satisfacción del templo de Karnak e, incluso, del viejo visir destituido que había pagado a precio de oro sus dos sarcófagos.

La aldea vivía un período de descanso tras aquel derroche de esfuerzos coronados por el éxito. El calor de finales de mayo era abrumador, y el tiempo pasaba muy lentamente.

Clara permanecía largos ratos al pie de la persea plantada sobre la tumba de Nefer el Silencioso. El árbol crecía a ojos vista y, a través de él, la mujer sabia sentía la presencia tranquilizadora del hombre al que seguía amando con idéntico fervor.

Los artesanos jugaban a los dados, con cinco piedras a las que habían dado unas formas particulares. La primera era una pirámide de base triangular y cuatro caras, símbolo del fuego; la segunda tenía veinte caras formadas por veinte triángulos equiláteros, para evocar el agua; la tercera, de ocho caras, encarnaba el aire, y la cuarta, un cubo con sus seis caras, la tierra. En cuanto a la quinta, con sus doce caras, evocaba la quintaesencia, el universo del que procedían los cuatro elementos.

Nakht el Poderoso se disponía a lanzar cuando el enorme gato de Paneb se plantó ante él, con los pelos del lomo erizados y mostrando las garras.

—¿Qué ocurre, *Encantador?*

El felino maulló, a modo de respuesta.

—Intenta avisarnos de algún peligro —aventuró Fened la Nariz.

Los artesanos dejaron los dados y siguieron al gato, que caminaba como un cangrejo, con la cola hinchada y los bigotes tiesos.

Encantador los condujo hasta la gran puerta, contra la que se arrojó furiosamente.

—Este animal se ha vuelto loco —dijo Pai el Pedazo de Pan—; voy a buscar a Paneb. Sobre todo, no os acerquéis a él: podría arañaros.

De pronto, llamaron con violentos golpes.

—Es el guardián —advirtió el dibujante.

—¡Ese gato no está tan loco! —comentó Casa la Cuerda—. Avisa al maestro de obras.

En pocos instantes, todos los aldeanos se reunieron ante la gran puerta.

—Dejadme pasar —ordenó Paneb.

Junto al guardián estaba el cartero Uputy.

—Tengo que transmitiros dos mensajes —le dijo al maestro de obras—: el primero es oral; el segundo, escrito. Me han encargado que os anuncie que el alma del faraón Siptah ha emprendido el vuelo para penetrar en el paraíso celestial y unirse con la luz de la que brotó.

Y el cartero añadió, entregando a Paneb un papiro que llevaba el sello de la regente:

—He aquí el mensaje escrito.

Paneb leyó la misiva de la reina, e inmediatamente convocó, muy contrariado, el consejo restringido que estaba formado por la mujer sabia, el escriba de la Tumba y el jefe del equipo de la izquierda.

—Para honrar la memoria de Siptah —reveló el maestro de obras—, la reina nos ordena que ampliemos su tumba.

—Como máximo podemos prolongarla —sugirió Hay.

—Considero que nuestro trabajo está terminado. El tamaño de la tumba respeta las leyes de armonía, al igual que su decoración.

—Se trata de una orden de la regente —recordó Kenhir—; debemos obedecer.

—Siptah ha muerto, su momificación durará setenta días y será inhumado en su morada de eternidad. En tan corto plazo de tiempo, ¿cómo podemos excavar, esculpir y pintar correctamente?
—Los servidores del Lugar de Verdad son capaces de trabajar rápido y bien, empezando por ti —objetó el jefe del equipo de la izquierda.
—No es la capacidad técnica de la cofradía lo que te preocupa —afirmó la mujer sabia—; ¿Por qué razón te rebelas contra esa decisión?
—Porque nos exponemos a una catástrofe. Tocar esa tumba sería un error.
—Sabrás tomar las precauciones necesarias —consideró Kenhir.
—¿No deberíais escribir a la reina para comunicarle nuestro desacuerdo?
—No me parece una buena idea... En Pi-Ramsés, sin duda, ha comenzado la guerra de sucesión y no creo que a Tausert le gustara ser contrariada por la desobediencia del Lugar de Verdad. Por lo que sabemos de su carácter, creo que no cambiará de opinión.
—De todos modos, escribidle y decidle que yo tengo serias reservas con respecto a la ampliación de la tumba de Siptah.
Kenhir comenzaba a sentirse inquieto.
—Sin embargo, ¿aceptas reanudar las obras?
—¿Acaso tengo otra opción?

Inmediatamente después del anuncio oficial de la muerte del rey, la regente había convocado el gran consejo para comunicarle que el ritual de la momificación daba comienzo y que había ordenado al Lugar de Verdad que embelleciera la última morada de Siptah.
Set-Nakht se había extrañado de aquella decisión, ya que podía retrasar la ceremonia de los funerales; pero la reina había mantenido su posición, alegando que el monarca, respetuoso con la ley de Maat durante su corta existencia, bien merecía ese último homenaje.
Set-Nakht regresó a su casa, furioso.
—Vuestro hijo mayor acaba de llegar —le avisó su intendente.
El ministro de Asuntos Exteriores parecía inquieto.
—¡Circulan muchos rumores, padre! ¿Realmente ha muerto el rey Siptah?
—En efecto, nos ha abandonado. ¿Qué noticias me traes?
—Nada bueno, pero tampoco desastroso. A pesar de la actividad de nuestros diplomáticos, no creo que tengan éxito. Egipto es una tentación cada vez más grande para los pueblos ávidos de conquistas.
—Tausert se niega a admitirlo.
—¿Quién sucederá a Siptah?
—La regente puede convertirse en rey... ¡Pero eso sería un desastre para el país!
—¿Debo entender que estáis dispuesto a enfrentaros a ella?
Set-Nakht tardó en responder.
—Aún no lo sé. Es una decisión muy importante... La guerra civil me aterroriza, pues sólo engendra miseria y desolación. ¿Pero cómo evitarla si la reina sigue en sus trece? No es mi porvenir lo que me preocupa, sino el de Egipto. Soy el único capaz de reunir a los oponentes de Tausert para evitar la disolución de nuestros ejércitos.
—La regente ostenta la legitimidad, padre.
—Hasta la inhumación de Siptah, sí. Pero cuando la puerta de su tumba se haya cerrado, será preciso designar un nuevo faraón.
Padre e hijo se miraron largo rato.
—¿Estarás conmigo o contra mí, hijo mío?
—Con vos, padre.

Tausert, que estaba muy afectada por el fallecimiento del joven monarca, había asistido al comienzo del ritual de momificación, confiado a los especialistas del templo de Amón. Ante el sacerdote que llevaba la máscara de Anubis, había afirmado que el monarca se había portado como un hombre justo, que no había cometido faltas graves y que merecía ser reconocido como tal por el tribunal de Osiris.
Durante el consejo de ministros, la reina había notado que algunas miradas

críticas se clavaban en ella, como si fuera la responsable de la muerte del faraón. Así pues, se había limitado a hacer unas breves declaraciones, dejando para más tarde la lectura de los informes.

A petición de la reina, sólo el visir se había quedado en la estancia.

—¿Qué piensas de la decisión que he tomado con respecto al embellecimiento de la tumba de Siptah?

—Lo que piensan todos, majestad; deseáis rendir el último homenaje a un monarca por el que sentíais una gran estima.

—Ahora, sé sincero.

—Pues bien... Digamos que algunos consideran ese honor excesivo, teniendo en cuenta que su reinado fue más bien gris, y creen que vuestra intención es ganar tiempo alargando el período de los funerales.

—Pues tienen razón —reconoció Tausert.

—Vuestro ministro de Asuntos Exteriores acaba de regresar a Pi-Ramsés, majestad. Ha acudido de inmediato a casa de su padre, que no deja de recibir dignatarios.

—Set-Nakht ya ni siquiera disimula... ¿Te ha convocado a ti también?

El visir, molesto, no se atrevió a mentir.

—Me ha invitado a cenar, majestad.

—¡Rechaza esa invitación!

—Majestad... No estaría bien crear más tensiones aún. Y, además, tal vez esa entrevista privada tenga un carácter diplomático que podría ser el último. Intentaré convencer a Set-Nakht de que no cometa ninguna imprudencia.

—¿Qué me aconsejas, visir?

—Que penséis sólo en Egipto y en su felicidad, majestad.

Tausert dio la espalda a su primer ministro y se dirigió al jardín de palacio, poblado por los cantos de los pájaros.

¡Qué sola se sentía en aquel día de estío en el que el calor, incluso en el Norte, se anunciaba abrumador! Si el canciller Bay hubiera estado a su lado, habría sabido elaborar una estrategia para impedir que Set-Nakht la perjudicara. Y Paneb el Ardiente, por su parte, no se habría limitado a pronunciar palabras vacías y consejos insípidos.

Pero Bay había muerto y el maestro de obras del Lugar de Verdad ejercía su función sagrada lejos de Pi-Ramsés.

Tausert sólo podía contar consigo misma para tomar una decisión fundamental: renunciar al trono, dejando el campo libre a Set-Nakht, o enfrentarse con su adversario en una lucha sin cuartel.

40

En el cuartel principal de Tebas abundaban los rumores: guerra civil, golpe de estado, muerte violenta de Tausert, ataque libio... Las tropas estaban en estado de alerta, lo cual confirmaba que acababan de producirse graves acontecimientos y que la estabilidad de las Dos Tierras estaba amenazada.

Todos los soldados aguardaban con impaciencia la llegada del general Méhy, que penetró en el gran patio, a media mañana, en un carro tirado por dos caballos. Después de que los oficiales hubieran puesto orden en las filas, se dirigió a los regimientos de élite.

—Soldados, el faraón Siptah ha regresado al sol, y la reina Tausert sigue ejerciendo la regencia hasta que terminen los funerales. Las guarniciones del Norte y las de las fronteras han sido puestas en pie de guerra para disuadir cualquier intento de invasión durante el período de luto, que durará setenta días. Por lo que se refiere a vuestro sueldo, no debéis preocuparos en absoluto. Acabo de entrevistarme con el sumo sacerdote de Amón, que me ha asegurado que el templo de Karnak supliría al gobierno de Pi-Ramsés en caso de que éste faltara a sus deberes para con vosotros. Sabed que disponéis del armamento más moderno y eficaz; gracias a él, gracias a vuestra competencia y a vuestro valor, Tebas está protegida y no tiene que temer el porvenir. Pase lo que pase, esta provincia seguirá siendo próspera. Y tengo el placer de anunciaros que, de mi fortuna personal, os pagaré una prima de entrenamiento intensivo.

Los soldados aclamaron aquella buena noticia. La mentira no le costaba cara a Méhy que, por medio de un truco de prestidigitación contable, transfería ciertos haberes de la ciudad al cuartel, sin tocar sus propios bienes.

Una vez concluida aquella comedia, el general reunió a su estado mayor. Se componía de militares de carrera, a quienes había comprado y enriquecido. Todos lo obedecían ciegamente, tanto más cuanto se vigilaban unos a otros, dispuestos a denunciarse para conservar la confianza de Méhy.

Cada uno de ellos sabía que el menor paso en falso le costaría muy caro.

—No habrá ningún informe de esta reunión —declaró de buenas a primeras el general—. Hoy sólo hay una cosa segura: la guerra civil es inevitable y los dos campos exigirán, antes o después, a las tropas tebanas que tomen partido.

—¿Disponemos de informaciones fiables? —preguntó un oficial superior.

—Escucharemos a uno de nuestros agentes que acaba de llegar de la capital.

El viajero estaba exhausto, pero Méhy no le dio tiempo para descansar.

—¿Quién reina en Pi-Ramsés? —le preguntó.

—La situación es muy compleja, general. La regente sigue ejerciendo el poder y Set-Nakht aún no ha intentado nada contra ella. Pero su hijo mayor ha presentado su dimisión como ministro de Asuntos Exteriores para trabajar con su padre, que está a la cabeza de un poderoso clan. Set-Nakht nunca ha ocultado que no permitiría que Tausert se convirtiera en faraón.

—La reina está aislada, pues, y se verá obligada a retirarse en un breve plazo de tiempo.

—Eso no es tan seguro... Tausert es considerada una administradora excelente, mucho mejor que Set-Nakht, y hay un partido de legitimistas que desean ver cómo la regente asume el poder supremo. Los argumentos de Set-Nakht no los han convencido y no tienen la intención de abandonar a la reina, pues desean evitar un golpe de estado que podría ir seguido de otros muchos. Y su posición parece fortalecerse.

—¿Y el ejército?

—Está muy dividido, general. Algunos oficiales desean, junto con Set-Nakht, lanzar una ofensiva en Siria-Palestina y en Asia para acabar con las veleidades de

nuestros enemigos; pero otros son favorables a Tausert, que es partidaria de reforzar nuestras líneas de defensa.

—Dicho de otro modo, el resultado del enfrentamiento entre Tausert y Set-Nakht es incierto.

—Suponiendo que haya enfrentamiento...

—¿Qué quieres decir?

—Set-Nakht tiene dudas sobre si provocar una guerra civil, y Tausert se cree demasiado débil para obtener la victoria. El uno y la otra se miran como fieras que defienden su territorio, sin saber quién atacará primero.

—¿Por quién apostarías tú?

—Hoy, por nadie, general.

—¿Qué piensan de mí en Pi-Ramsés?

—Se os considera un hombre poderoso, honesto y respetuoso de la legalidad. Todos conocen el valor de las tropas tebanas y aprecian vuestro modo de administrar la provincia. Sea como sea, el próximo faraón no reinará sin vuestro apoyo.

Una bocanada de satisfacción invadió al general, pero el reconocimiento de sus cualidades no le bastaba. En un clima tan turbulento, tenía que imponerse como último recurso.

—Regresa de inmediato a Pi-Ramsés —le ordenó a su agente—, y pon en marcha un sistema de correo rápido y confidencial que me informe, día a día, de la evolución de los acontecimientos.

Una vez más, Serketa fingió sentir placer, aplastada por el peso de su marido que, desde hacía unos meses, había engordado considerablemente.

Aunque Méhy fuese un amante deplorable, sabía que era capaz de barrer los obstáculos que aún lo separaban del poder absoluto. Ya encontraría consuelo con verdaderos machos cabríos, tomando precauciones para que el general, tan imbuido de su propia virilidad, no sospechara nada.

Satisfecho, Méhy se tumbó de espaldas.

—Estoy preocupado, dulzura mía.

Serketa acarició sus pies regordetes, de los que él se sentía muy orgulloso.

—¿No puedes aprovecharte de la situación de desconcierto que se está viviendo en el país?

—Eso creía antes de la llegada de mi informador... ¿Pero a quién puedo conceder, oficialmente, mi apoyo?

—¡A Set-Nakht, claro está!

—No es tan evidente...

—¿Por qué?

—Porque Tausert y Set-Nakht son dos depredadores, tan temible es el uno como el otro. Creí que la reina, a la muerte de Siptah, ya no tendría fuerzas para luchar, pero me equivoqué: exige que amplíen la tumba del rey difunto. Dicho de otro modo, piensa prolongar el luto oficial de setenta días para reforzar sus alianzas con algunos dignatarios influyentes, tanto civiles como militares, e intentar vencer a Set-Nakht. Si nos ponemos de su parte y ella triunfa, Tausert nos hará pagar muy caro nuestro error. En el mejor de los casos, me jubilará; en el peor, hará que me condenen por alta traición. Pero nada demuestra que vaya a vencer a Set-Nakht... Desde hace años, ese hombre se está preparando para lanzarse al asalto decisivo y apoderarse del trono, y estoy seguro de que no renunciará en el último momento. Como la reina, tampoco él podría prescindir de Tebas y de mi apoyo. Así que, ¿qué bando debo elegir?

—De momento, ninguno —preconizó Serketa—. Es cierto que Tausert y Set-Nakht ya no mantienen contacto directo, por lo que debes asegurarles, a ambos, tu más absoluta fidelidad. El último enfrentamiento tendrá lugar en Pi-Ramsés, no aquí. Por lo que sabemos, el propio vencedor saldrá de él muy debilitado. Entonces, atacaremos nosotros.

—Quieres decir que...

—Sí, será preciso partir hacia el Norte con el grueso de las tropas tebanas y hacer que te coronen faraón. Aparecerás como el reconciliador cuya autoridad nadie va a discutir.

Méhy sintió vértigo.

—¿Realmente crees...?

—Se acerca la hora, mi tierno amor, Tausert es sólo una mujer; Set-Nakht, un anciano... Las circunstancias nunca nos han sido tan favorables.

El general abandonó la cama de un salto y golpeó la almohada con el puño.

—¿Quién es el único que aún se atraviesa en mi camino?

—¡El Lugar de Verdad! Gracias a él, Tausert puede prolongar la duración de los funerales... De lo contrario, Set-Nakht la habría echado sin dificultades. ¿Tienes alguna noticia de nuestro aliado?

—Según la última carta, está seguro de que la Piedra de Luz se oculta en el templo principal de la cofradía.

—¿Y a qué espera para apoderarse de ella?

—Es el lugar más vigilado de la aldea, después de la cámara fuerte. Seguramente hay bloques de piedra móviles en las paredes del santuario.

—Una especie de cripta...

—Subterránea o en una pared.

Méhy se sirvió una copa de vino.

—Esta vez nos estamos acercando, lo presiento... ¿Tiene un plan nuestro aliado?

—Debe ser prudente. Paneb ha intentado hacerlo caer en una trampa de nuevo, y sólo su desconfianza le ha permitido escapar de ella.

—Si tuviéramos la Piedra de Luz, Tausert y Set-Nakht no serían más que unos peleles.

Serketa *abrazó a* su marido.

—Un poco más de paciencia, leoncito mío... Hasta hoy, no hemos cometido ningún error y tu prestigio ha ido en aumento.

Méhy agarró a su esposa del pelo.

—¿También tú quieres el poder?

—Sólo por medio de ti, amor mío.

Serketa era más temible que un escorpión, pero era una mujer como ella lo que necesitaba el futuro dueño del país.

41

¿Cómo podía penetrar en el templo de Hator y de Maat sin que nadie lo viera y disponer de suficiente tiempo para descubrir el escondrijo de la Piedra de Luz? Ésa era la pregunta que obsesionaba al traidor y para la que no hallaba respuesta.

Por ello perdía el sueño y el apetito, y su esposa había intentado convencerlo varias veces de que renunciara a aquel proyecto tan peligroso. Y aquella noche, volvía a hacerlo.

—Aun sabiendo dónde ha ocultado la piedra el maestro de obras, tampoco podrías alcanzarla. ¿Por qué empecinarte, entonces?

—¡Porque no tenemos porvenir alguno en esta aldea! En el exterior nos espera una gran fortuna; pero debemos cumplir con nuestra parte del trato.

—¡Si te descubren, el tribunal será implacable contigo!

—No debes tener miedo; comprende que, por fin, estamos llegando a nuestro objetivo. En vez de ir con los demás al Valle de los Reyes, fingiré que estoy enfermo. No, no es una buena idea... Clara lo descubriría. Ponme un alimento nocivo en la comida. Tengo que estar realmente enfermo.

—¿Y crees que dejarán el templo sin vigilancia? Si eres el único artesano del equipo de la derecha que se queda en la aldea y se produce el menor incidente, inmediatamente sospecharán de ti.

—Tienes razón... Debo pensar en algo mejor.

Su mujer, despechada, le sirvió unas habas demasiado cocidas.

—Acabo de enterarme de una extraña noticia —declaró—, pero no sé si te servirá de algo.

—Cuéntame.

—La esposa del orfebre del equipo de la izquierda me ha dicho, exigiéndome que guardara el secreto, que el maestro de obras ha encargado a su marido una oca de oro.

—Una oca... ¿Estás segura de haberlo entendido bien?

—¡Claro que sí! Al restaurar la tumba de una hija de Ramsés en el Valle de los Reyes, un escultor descubrió que esa pieza del mobiliario fúnebre se había estropeado, y Paneb ha decidido fabricar otra.

—Una oca de oro... Una oca guardiana lo bastante grande para ocultar la Piedra de Luz... y no aquí, en la aldea, sino en el Valle de las Reinas. ¿Puedes enterarte de algo acerca de esa tumba?

—La esposa del orfebre del equipo de la izquierda es tan pretenciosa como charlatana... No será difícil.

En la corte no se hablaba de otra cosa: la reina Tausert había admitido que no daría la talla frente a Set-Nakht y su hijo mayor. Durante varios días seguidos, la regente se había entrevistado con las más altas autoridades civiles y militares, y había escuchado sus consejos.

Así, durante la convocatoria de un consejo excepcional al que fue invitado el propio Set-Nakht, éste ya no tenía la menor duda de cómo iba a acabar el conflicto que lo enfrentaba a la viuda de Seti II.

—Tausert añade la lucidez a la inteligencia —le confió a su hijo.

—¿Me acompañas?

—Desde mi dimisión, ya no ocupo ningún cargo oficial. Es inútil provocar a la reina.

—¡Cuánta diplomacia has aprendido! Pídeme la silla de manos.

El reumatismo que sufría el viejo cortesano prácticamente le impedía caminar, y no se hacía demasiadas ilusiones sobre la duración de su reinado, que se limitaría a una vigorosa intervención militar en Siria-Palestina, antes de que su hijo mayor lo

sucediese.

Cuando Set-Nakht llegó a palacio, los saludos que le dirigieron fueron más efusivos que de ordinario. Los cortesanos reconocían en él al nuevo dueño de Egipto y se felicitaban por esa tranquila cesión del poder.

La reina hizo su aparición, llevaba una túnica dorada y la corona roja, y Set-Nakht no pudo evitar admirarla una vez más. ¡Cuántos hombres debían de haberse enamorado de ella, sin conseguir romper su juramento de fidelidad a su marido difunto!

Tausert se sentó en el trono.

—Hace veinte días que empezó la momificación del rey Siptah —declaró—. Aunque estemos en un período de luto, es preciso seguir gobernando. Por eso me he visto obligada a tomar una decisión esencial para el porvenir del país.

«La regente habría podido esperar a que finalizara la momificación para retirarse —pensó Set-Nakht—. Pero tal vez sea mejor así. Cuando se conozca el nombre del futuro faraón, los ánimos se calmarán y Egipto quedará reforzado.»

—He elegido un nuevo visir —prosiguió la reina.

Si un rayo hubiera caído en la sala del trono, no habría causado más estragos que aquellas simples palabras. Al nombrar a un nuevo primer ministro, la regente estaba dando a entender sus intenciones de convertirse en faraón.

Set-Nakht lo tuvo claro: ¡iba a nombrarlo a él, para tenerlo controlado! Pero, de ese modo, Tausert estaba cometiendo un grave error. Él se negaría rotundamente, lo que demostraría a la regente que no le tenía ningún miedo.

—Que el visir Hori se acerque a prestar juramento en nombre del faraón y ante la Regla de Maat —exigió la reina.

Hori, uno de los sacerdotes del templo de Amón que había iniciado al joven Siptah en la lectura de los textos sagrados, fue introducido en la sala del trono.

Tausert levantó una pluma de oro, símbolo de Maat, y el nuevo visir juró que cumpliría sin desfallecer su función «amarga como la hiel», según la expresión de los sabios.

Dos ritualistas lo revistieron con una pesada túnica almidonada y le pusieron al cuello un collar adornado con dos colgantes, el uno en forma de corazón y el otro representando a la diosa Maat.

La cólera de Set-Nakht había sido digna del dios cuyo nombre llevaba. En su villa tebana había estallado una tremenda tormenta.

El viejo dignatario estaba rojo de indignación y casi le faltaba el aliento.

—¡Puesto que quiere guerra, la va a tener! ¿Se imagina esa regente que voy a doblegarme ante ella? ¡Ese visir fantoche no va a darme órdenes a mí!

—Os recomiendo prudencia, padre.

Esa advertencia dejó atónito a Set-Nakht.

—¿Acaso piensas aliarte con Tausert?

—Simplemente he recabado informaciones sobre el visir Hori. Por un lado, debería gustaros: es íntegro, trabajador, carece de ambición, es riguroso y poco influenciable; por el otro, su nombramiento significa que la elección de la reina ha sido juiciosa y que su nuevo primer ministro no será un hombre de paja ni una marioneta. Ya se ha instalado en el despacho del canciller Bay para estudiar los decretos que la regente piensa adoptar.

Set-Nakht hizo una mueca.

—¡Sólo es una torpe maniobra para intentar impresionarnos!

—No lo creo, padre; Tausert quiere convertirse en faraón y está haciendo lo necesario para conseguirlo.

—Lo necesario... ¡Si sólo es un pequeño visir sin experiencia!

—Un hombre nuevo al que los compromisos y las relaciones privilegiadas con algún clan no le supondrán ningún tipo de problema.

Set-Nakht apreciaba el análisis de su hijo mayor.

—¡A Hori le quedan menos de cincuenta días para lograr imponerse! Sea cual sea su talento, no lo logrará.

—Sabéis muy bien que Tausert escurrirá el bulto alegando que la nueva tumba aún no está lista y que la fecha de los funerales dependerá de su conclusión.

—¡El Lugar de Verdad debe darse prisa, pues!

—No tenemos influencia alguna sobre él, padre.
—¿Quién la tiene?
—La propia Tausert, como regenta y sustituía del faraón.
—¿No hay algún representante del Estado en esa cofradía?
—El escriba de la Tumba.
—¿Y quién es el titular del cargo?
—Kenhir, un anciano que vive en la aldea desde hace muchos años y no tolera ninguna intromisión de la administración en sus prerrogativas.
—¡Estás muy bien informado, hijo mío!
—Hace mucho tiempo que me intereso por el Lugar de Verdad. Sin él, nuestros reyes sólo tendrían una existencia terrenal; gracias a las moradas de eternidad creadas por los artesanos, siguen brillando más allá de la muerte. Al intentar utilizar la cofradía en su provecho, Tausert está llevando a cabo una hábil maniobra contra la que no podemos rebelarnos.
—El hombre fuerte de Tebas es el general Méhy... A tu entender, ¿cuál será su actitud?
—Siempre ha obedecido al poder legítimo.
—¡Así pues, será fiel a Tausert!
—Es probable, padre.
Set-Nakht se sintió muy cansado de pronto.
—Todo lo que he construido me parece ahora tan frágil... No subestimé a esa reina, pero de repente me parece mucho más temible de lo que imaginaba. Jamás reacciona como yo espero que lo haga.
—Precisamente porque es una verdadera reina.
—¿De modo que tú también la admiras...?
—¿Y quién no siente un profundo respeto hacia esa mujer excepcional?
—Entonces, estamos vencidos.
—De ningún modo.
—¿Qué esperas, pues?
—Hemos definido una línea de conducta, sigámosla. No deseamos derribar a la reina Tausert, sino salvar Egipto de un peligro muy real. Ese deseo no debe cambiar; si no nos equivocamos, saldremos victoriosos.
De pronto, los años le pesaron menos a Set-Nakht: las palabras de su hijo le devolvían las esperanzas en el futuro.
—Tausert se equivoca, está poniendo en peligro a nuestro país. Por eso debemos quitarla de en medio.

42

—¿Estás satisfecho? —preguntó Aperti a su padre, mostrándole la pequeña casa de Imuni que le había sido atribuida por el escriba de la Tumba y que él había arreglado un poco.

—Te has limitado a hacer lo mínimo —observó Paneb.

—¡Dado el poco tiempo de que disponía, no está tan mal!

—Tendrás que enyesar de nuevo la parte alta de los muros, reparar la puerta de entrada y reformar la cocina. Debes hacer feliz a tu mujer, comenzando por ofrecerle una hermosa casa.

La morenita ordenaba la ropa, canturreando.

—No tenía intenciones de casarme...

—Ahora ya lo has hecho, y debes ser un marido responsable.

—Precisamente no deseo ser yesero durante toda mi vida.

—Ah, caramba... ¿Y qué deseas?

—Eres el maestro de obras y yo soy tu hijo. Nómbrame ayudante del jefe de equipo.

—¿Algo más?

—¡Sabré dirigir a los obreros tan bien como tú!

—Son obreros, es cierto, pero sobre todo son artesanos y, más aún, servidores del Lugar de Verdad que han escuchado su llamada. Por eso no les gusta que los dirija alguien cualquiera.

—¡Yo no soy alguien cualquiera!

—¿Sabes trazar un plano, construir, dibujar y pintar?

—¡A cada cual su especialidad! Yo he nacido para mandar.

—Para mandar en este lugar necesitas, antes, haber obedecido mucho y haber percibido el sentido de la obra. Estás muy lejos de eso aún, hijo mío.

—¡Aquí todo el mundo me tiene miedo! ¿No es bastante con eso?

—Sería preferible que todo el mundo te amara y te respetara. Empieza por dejar esta casa en perfecto estado; luego, ya veremos.

Mientras el maestro de obras se alejaba, Aperti miró con desdén su modesta vivienda, amueblada con dos esteras, tres cofres para guardar los objetos, una artesa de trigo y algunas jarras para aceite. Su esposa estaba limpiando marmitas y escudillas antes de preparar la comida.

¡Aperti no quería llevar una vida tan mediocre! Ya empezaba a hartarse de la morenita, y miraba de reojo a la hija de un cantero del equipo de la izquierda, a la que pensaba contratar como asistenta, sin olvidar a dos mujeres casadas que, cuando iban a buscar agua, se exhibían por delante de él con sus soberbios pechos para atraer su mirada.

Aperti había decidido divertirse y gozar de la vida. Y no iba a ser su padre, cuya relación con Turquesa era conocida por todo el mundo, quien le daría lecciones de moral.

—¿Qué te parece comer, querido? —preguntó la morenita.

—Almuerza tú sola. Yo voy a pasear.

Paneb la emprendió con el sello provisional que cerraba la puerta de la tumba del rey Siptah. Durante todo el recorrido entre la aldea y el Valle de los Reyes no había dicho una sola palabra. Y como Ched el Salvador había evitado hacer cualquier observación irónica, la atmósfera que se respiraba era muy tensa.

El maestro de obras echó un vistazo a lo alto de los acantilados, donde se apostaban los policías de Sobek.

—¿Qué temes? —preguntó Unesh el Chacal.

—Nada en concreto.

—Esta noche he tenido una pesadilla, pero no he hablado de ella con Kenhir... De lo contrario, habría intentado interpretarla durante horas y horas. Yo tampoco estoy tranquilo.

El frágil sello de barro seco se resistía.

—Deberíamos renunciar —sugirió Karo el Huraño, que buscaba signos de la presencia del mal de ojo.

—¡Está cediendo! —advirtió Nakht.

—El maestro de obras es el que debe entrar primero —recordó Pai el Pedazo de Pan—, pero en primer lugar será necesario iluminarlo.

Encendieron una decena de antorchas.

Nada parecía haber turbado la paz de la tumba. Las esculturas brillaban, las pinturas vivían, los jeroglíficos hablaban.

—El rey Siptah debería estar contento con su eternidad —consideró Ched el Salvador—. Ciertamente será mucho más agradable que su vida terrenal. ¿Vamos a ello?

Paneb fue el primero en introducirse en el corredor de bajada y se demoró en cada detalle, como si temiera que se hubiese producido algún deterioro.

Pero la decoración simbólica estaba intacta.

—Es imposible ampliarla —consideró Ched—. Sería preciso destruir la obra, separar sus paredes y empezarla de nuevo. Eso nunca se ha hecho en el Valle de los Reyes.

—Sólo nos queda, pues, prolongar la tumba más allá de sus límites actuales —concluyó Fened la Nariz.

—La armonía se romperá, las proporciones no serán exactas —objetó Gau el Preciso.

—Todos somos conscientes de ello —concretó Karo el Huraño—, ¡pero una orden del faraón no se puede discutir!

—Sólo es una orden de la regente —recordó Casa la Cuerda.

—Es la reina de Egipto, y su palabra, para nosotros, tiene fuerza de ley —intervino Thuty el Sabio.

Fened la Nariz tanteó la pared del fondo durante más de una hora.

—¿Qué piensas? —preguntó el maestro de obras.

—Hicimos bien deteniéndonos aquí. Excavar más habría sido un error. O la roca nos reserva sorpresas desagradables o hay un pozo funerario abandonado, y caeremos en un agujero. Desde mi punto de vista, es imposible obedecer la orden de la reina.

El maestro de obras se enfrentaba con el escriba de la Tumba y su ayudante.

—No puedo escribir a la regente y decirle que te niegas a ampliar la tumba de Siptah —dijo Kenhir, enojado.

—No se trata de una negativa, sino de una dificultad técnica insuperable.

—Tausert no aceptará nunca que un maestro de obras del Lugar de Verdad se exprese en esos términos. Las dificultades están hechas para ser superadas.

—En ciertos casos, hay que saber inclinarse ante la materia.

—¡Ése no es tu estilo, Paneb!

—Fened la Nariz nunca se ha equivocado.

El argumento turbó al anciano escriba.

—Su intervención te conviene, puesto que no querías modificar el equilibrio de esta tumba.

—Me convenga o no, así es. Si perforamos el muro del fondo, dañaré la morada de eternidad del rey Siptah, y no creo que sea ésa la voluntad de la reina.

Kenhir hizo un gesto de hastío.

—Temo que nos veamos empantanados en las marismas de la política... La reina necesita tiempo para reforzar su clan y contrarrestar a Set-Nakht, por lo que exige unas obras suplementarias que prolonguen el período de luto.

—Dicho de otro modo, nos está utilizando.

—¿Y por qué no? —intervino Niut la Vigorosa—. Su causa es justa, ¡seamos sus aliados! Todas las mujeres que reinaron en el país fueron excelentes soberanas. Tausert le es fiel a su marido difunto, trabaja por la paz y su gestión es excelente. ¿Por qué tomar partido por un viejo cortesano ambicioso? ¡El tal Set-Nakht es

misógino, eso es todo!

Aunque el análisis de su ayudante le pareciese demasiado rápido, Kenhir evitó enfrentarse a ella.

—Debo hablar con la reina —declaró el maestro de obras.

—Eso no podrá ser —repuso Kenhir—. En las actuales circunstancias, no puede abandonar Pi-Ramsés, donde la situación debe evolucionar hora tras hora.

—Pues tendré que ir yo allí. Salgo de inmediato hacia la capital para exponerle los hechos a Tausert.

El entrenamiento de los cuerpos de élite del ejército tebano proseguía a buen ritmo. La mayoría de los militares de carrera estaban encantados de abandonar su aburrimiento habitual, y los jóvenes reclutas descubrían, con asombro, las nuevas armas que habían sido puestas a su disposición.

La presencia de Méhy dinamizaba a los más lentos y el general no vacilaba en utilizar el arco y la espada para demostrar que no le tenía miedo a nadie. Prestaba especial atención a sus carros, que eran los mejores del país, y se alegraba cada día más de estar a la cabeza de una fuerza de tanta magnitud.

Según las informaciones procedentes de la capital, el destino no había elegido aún al vencedor. El nombramiento del visir Hori había sido un golpe magistral, y muchos cortesanos todavía vacilaban entre Tausert y Set-Nakht, al igual que la mayoría de los oficiales superiores.

—General, un portero de la brigada fluvial desearía hablar con vos —le advirtió su ayuda de campo.

—Que se acerque.

El policía era un cuarentón bronceado y seguro de sí mismo.

—General, nos ordenasteis que os indicáramos cualquier movimiento sospechoso en el río. Acaba de producirse uno: el escriba de la Tumba está fletando una embarcación rápida.

—¿Hacia dónde?

—Hacia Pi-Ramsés.

—¿Y se ha marchado él mismo?

—No, un coloso que me sacaba, por lo menos, dos cabezas.

El maestro de obras iba a la capital... ¿Pero por qué razón? Era evidente que Tausert lo había mandado llamar para confiarle un papel importante en su gobierno.

Méhy tenía que intervenir cuanto antes.

43

Finalmente, la esposa de un dibujante del equipo de la izquierda había cedido a los encantos de Aperti. Hacía calor, estaba barriendo ante su puerta, con los pechos desnudos y los cabellos sueltos, y él había pasado por la calleja desierta. Sus miradas, llenas de deseo, se habían encontrado. Ella se había quitado el taparrabos de cañas que llevaba durante las tareas domésticas, y él la había abrazado.

Al regresar a su casa, Aperti pensaba aún en su amante cuando su joven esposa le sonrió.

—Te he preparado un buen almuerzo.

—Come tú sola.

—¡Te aseguro que es excelente, querido! Pruébalo, al menos.

—Debo salir.

—¿Adonde vas?

—Es la fiesta de los bateleros, en Tebas. Participo en la justa y saldré vencedor.

—¿Me llevas?

—¡De ningún modo! El papel de un ama de casa es encargarse de las tareas domésticas.

—Aperti, yo...

La abofeteó.

—Deja de molestarme. Me horrorizan las mujeres charlatanas.

Aperti, de pie en la proa de un barco, con una larga y pesada pértiga en la mano, se enfrentaba a su cuarto adversario; había herido gravemente a los tres anteriores.

¡Dos victorias más y sería el héroe de la fiesta! Y aquel tipo enclenque con quien se enfrentaba no le impediría alcanzar su objetivo.

Cuando las embarcaciones impelidas por catorce remeros se cruzaron, Aperti lanzó un grito de rabia, apuntando a la cabeza de su enemigo.

Éste lo esquivó con gran rapidez; la pértiga le rozó la sien pero, con la suya, consiguió tocar el vientre del joven coloso.

Aperti perdió el equilibrio y cayó al agua ante la gran satisfacción de la concurrencia.

A pesar del dolor, nadó hasta la ribera, donde dos muchachas lo ayudaron a ponerse en pie.

—Soy enfermera —dijo la más hermosa—. Deja que te examine la herida.

—Con mucho gusto...

—¿De dónde vienes?

—Mi nombre es Aperti y soy ayudante de un jefe de equipo del Lugar de Verdad.

—¿La aldea secreta de los artesanos?

—Exacto.

—¿Entonces conoces todos sus misterios?

—Todos.

—¿Y los demás artesanos son tan fuertes como tú?

—Yo soy su campeón. Nadie me ha vencido aún.

—Salvo ese batelero flacucho...

—¡Ha utilizado la astucia, el arma de los cobardes! Si se cruza en mi camino, lo haré mil pedazos.

—Veamos esa herida...

Cuando la enfermera se inclinó, Aperti le cogió un pecho con la mano derecha y, con la izquierda, reservó el mismo tratamiento a su amiga.

—¡Ya basta, muchacho! Las dos estamos casadas.

—En ese caso...

Aperti se dejó conducir hasta una improvisada cabana que se levantaba en la

ribera. Se tendió en una estera, mirando al cielo.

—Me duele mucho... ¿Es grave?

—¡El golpe ha sido fuerte y ha provocado un soberbio hematoma! Atenuaré el dolor con hierbas. Pero tendrás que ir a ver a un médico.

—Pensaré en ello... ¿No bastaría con un buen masaje?

—Mi amiga te ayudará.

Cada una de las dos mujeres se encargó de un hombro. Y sin poder resistir lo que a él le parecían caricias, Aperti las abrazó a las dos.

—¡Basta ya! —protestó la enfermera.

—Tú me deseas, yo te deseo... ¡No nos compliquemos la vida!

La amiga, furiosa, intentó resistirse. Él la apartó de un revés.

—A cada cual su turno, pequeña; luego me encargaré de ti.

Aperti desgarró la túnica de la enfermera y dejó al descubierto sus pechos redondos, más bien pequeños pero muy apetitosos.

—¡Déjame, bruto, no quiero!

—Claro que quieres.

Cuando el violador se tendió sobre su víctima, la amiga pidió socorro.

Aperti debería haberla hecho callar, pero estaba demasiado cautivado por el cuerpo arrobador de la enfermera, que se debatía en vano.

Y cuando se disponía a abusar de ella, varios bateleros entraron en la cabana y se lanzaron sobre el muchacho.

Durante toda la travesía, Paneb había permanecido en silencio, pensando en el viaje que había realizado en compañía de Nefer cuando el maestro de obras le descubrió las tres pirámides de la altiplanicie de Gizeh.

Hoy, solo en la cima de su jerarquía, partía a enfrentarse con la regente en un mundo cuyas leyes ignoraba.

Gracias a una fuerte corriente y a la habilidad de los marineros, que habían aceptado navegar de noche, el recorrido se había realizado en un tiempo récord, menos de seis días.

En el embarcadero de Pi-Ramsés, unos soldados se habían opuesto a su desembarco.

—Soy Paneb el Ardiente, maestro de obras del Lugar de Verdad.

—Vuestra llegada no ha sido anunciada —se extrañó el oficial que mandaba el destacamento.

—Deseo ver urgentemente a la reina Tausert.

—Voy a avisarla... Entretanto, permaneceréis en este barco.

De la soberbia capital construida por Ramsés el Grande, Paneb sólo había visto el gran canal flanqueado por hermosos jardines y el puerto, donde atracaban algunos navíos de guerra. Había una gran agitación, las patrullas recorrían los muelles y las callejas adyacentes.

El maestro de obras se preguntó si el viaje no se saldaría en un lamentable fracaso. Tausert, que estaba comprometida en una feroz batalla por su propia supervivencia, tal vez no tuviera tiempo de recibirlo y escucharlo.

Paneb, inquieto, se recluyó en su camarote para comer, pero la carne seca le pareció insulsa, y el vino tinto, agrio. Regresó, pues, a la cubierta que los marineros limpiaban con grandes cubos de agua. El capitán discutía con un colega al pie de la pasarela.

Cuando volvió a bordo, el coloso se dirigió a él.

—¿Se sabe lo que pasa en la ciudad?

—Todo está tranquilo, pero hay soldados por todas partes.

—¿Sigue siendo regente la reina Tausert?

—Así es. Acaba de celebrar un ritual para apaciguar a la diosa Sejmet, como si quisiera demostrar su capacidad para rechazar el desorden.

—¿Se ha doblegado Set-Nakht?

—No, y sus partidarios siguen siendo numerosos y decididos. Si queréis saber mi opinión, haced igual que yo y limitaos a contar los golpes. Yo voy a dormir.

Al negarse a ampliar la tumba de Siptah, tal vez el maestro de obras del Lugar de Verdad cambiara el destino de Egipto. Pero el oficio tenía sus exigencias, y debía ser el primero en defenderlas.

El sol comenzó a ponerse.

Tendido en su estera de viaje, Paneb pensó de nuevo en Nefer el Silencioso. En semejantes circunstancias, él no habría cedido un ápice. Ni las amenazas ni las falsas promesas lo habrían hecho desviarse del camino de Maat.

Él, su hijo espiritual, se juró respetar el ejemplo del padre.

Cuando se estaba quedando dormido, llamaron a la puerta de su camarote.

—Unos soldados preguntan por vos —dijo la voz pastosa del capitán.

Paneb abrió.

—¿Quién los envía?

—La regente.

Aunque era más fuerte que Imuni, el oficial que se encargó del maestro de obras tenía la misma cara de hurón que el ex escriba ayudante.

—Démonos prisa —exigió con voz quebrada—. La regente está impaciente por veros.

El oficial marchaba en cabeza, dos soldados flanqueaban a Paneb y otros dos iban detrás de él.

—Se diría que soy un prisionero —observó el maestro de obras.

—Simples medidas de seguridad.

—¿Está lejos de aquí el palacio?

—No demasiado, si caminamos deprisa.

Aunque no conocía la capital, a Paneb le intrigó aquel recorrido, de calleja en calleja, hacia un barrio cada vez menos habitado. De pronto vio unas casas en construcción y se detuvo.

—Me he hecho daño... Sin duda, ha sido una esquirla de piedra.

El coloso fingió sentarse para examinar su pie derecho, pero de repente se levantó con tal furia que los dos soldados de retaguardia no tuvieron tiempo de reaccionar cuando los agarró por los cabellos para, violentamente, golpear sus cabezas entre sí. Atontados, se derrumbaron, soltando su garrote.

El oficial intentó golpear con el suyo la nuca de Paneb pero, de una patada, éste le hundió el tacón en el bajo vientre, antes de dar un salto hacia un lado para esquivar el asalto de los dos últimos soldados, que golpearon el vacío. Con el canto de la mano, el coloso hirió al primero antes de fracturar las costillas del segundo de un codazo.

—¿Quién os ha enviado? —preguntó Paneb al falso oficial, que se retorcía de dolor.

—Somos... mercenarios...

Era evidente que aquel malandrín no permitiría al maestro de obras llegar hasta el comanditario.

—¿Por dónde se va a palacio?

—Toma por la segunda calleja, a la izquierda... Luego dirígete hacia el norte...

El coloso, indiferente a los gemidos de los vencidos, reemprendió la marcha a grandes pasos.

44

En cuanto vio que el coloso se acercaba, el guardia de la primera puerta del recinto del palacio supo que tendría problemas. De modo que dirigió su pica hacia el vientre del visitante, pidiendo ayuda a otros soldados.

—Mi nombre es Paneb el Ardiente, soy el maestro de obras del Lugar de Verdad y deseo ver urgentemente a la reina Tausert.

Si el artesano no hubiera mencionado la misteriosa cofradía, de la que hasta el más ignorante de los militares había oído hablar, el guardia le habría hecho pasar un mal rato.

Llegó un oficial.

Paneb dijo de nuevo su nombre y su título.

—¿Realmente sois quien decís?

—Lo juro por el faraón.

—Avisaré a la secretaría de Su Majestad.

—Tenéis que avisarla a ella, y en seguida.

—¡Imposible! Debéis esperar una audiencia oficial y...

—Creedme, no tengo tiempo para esperar.

El oficial observó un brillo extraño en los ojos del coloso que casi nada tenía de humano.

—Esperad aquí... Voy a intentarlo.

Los soldados respiraron aliviados. También ellos habían advertido que el coloso intentaría pasar por la fuerza y que sus puños serían demoledores.

Paneb se sentó tranquilamente en el suelo con las piernas cruzadas. Las picas fueron levantándose, una tras otra.

Transcurrió más de una hora sin que el coloso manifestase el menor signo de impaciencia. Luego apareció un escriba acompañado por cuatro guardias de élite armados de cortas espadas.

El maestro de obras se levantó.

—Tened la bondad de seguirme. Su Majestad acepta recibiros.

Los soldados, pasmados, se rindieron ante la evidencia: el poder mágico del Lugar de Verdad no era una leyenda.

Mientras subía por una escalinata monumental y, luego, recorría un largo pasillo, Paneb pensó cómo se hubiera comportado Nefer el Silencioso al dirigirse a una soberana: directo al grano y sin andarse con rodeos. Pero él tenía una serenidad que no era la principal cualidad del Ardiente.

El alto techo de la sala de audiencias estaba sostenido por dos columnas de pórfiro, y los muros estaban decorados con palmas y espirales de un suave azul.

La reina estaba sentada en un sitial de madera de ébano, cuyas patas tenían la forma de garras de león. Iba vestida con una austera túnica de color pardo; sus cabellos, sujetos en un moño asegurado por agujas de oro, dejaban al descubierto su hermoso rostro ovalado. Un ligero maquillaje ponía de relieve la delicadeza de sus rasgos, que hacían de Tausert la mujer más hermosa de Egipto.

Paneb se inclinó ante la soberana, subyugado.

—¿Por qué habéis hecho un viaje tan largo sin haber hecho antes una petición oficial de audiencia, maestro de obras?

—Porque la orden que me disteis no tiene en cuenta las realidades del terreno, majestad.

—¡Sed más claro!

—La morada de eternidad del faraón Siptah está lista para recibir su cuerpo de luz. Como la regla exige, parecerá inconclusa, pero no hay modo de ampliarla o prolongarla, pues la roca no es segura. Estamos prácticamente convencidos de que provocaríamos una catástrofe.

—¿«Prácticamente», dices?... ¿Por qué esa reserva?

—Por simple prudencia. Fened la Nariz y yo mismo no tenemos ninguna duda: no debe seguir excavándose. Quería transmitiros esta información personalmente para que siguiera siendo confidencial.

La reina se levantó y se apoyó con gracia en una columna.

—Te lo agradezco, Paneb; ¿pero has evaluado correctamente el alcance de una orden que proviene de la cima del Estado?

—Soy consciente de que el faraón es el jefe supremo de la cofradía y que le debo obediencia.

—Tal vez consideres que las decisiones de una regente no son dignas de ser tenidas en cuenta...

—De ningún modo, majestad; y por eso he querido defender mi causa en Pi-Ramsés donde, en cuanto he llegado, han intentado asesinarme.

Tausert quedó estupefacta.

—¿Quién se ha atrevido?

—Una pandilla de mercenarios, pero ignoro el nombre del comanditario.

—Set-Nakht, sin duda... Durante tu estancia en la capital residirás en palacio y dos soldados custodiarán tu alcoba. Debes comprender que necesito tiempo, Paneb, y que el único medio de obtenerlo consiste en prolongar el período de luto. Y el único modo de lograrlo es reanudar las obras en la tumba de Siptah. Si te niegas, me estás condenando a muerte.

—Majestad...

—Los setenta días de momificación no me bastan. Necesito muchos más.

—Destruir la obra realizada sería una falta imperdonable.

—No te pido que la destruyas ni que construyas otra tumba. La tarea exigiría demasiado tiempo y debo permanecer en los límites que mis adversarios pueden aceptar.

—¿Cuáles son, majestad?

—Cien días como máximo. Si tomas las precauciones necesarias, lo conseguirás.

—Estamos seguros de que daremos con un pozo funerario y que provocaremos graves desperfectos en la tumba, por no hablar de la ruptura de la armonía que tales trabajos provocarían. El cuerpo de luz del rey Siptah ya no se encontraría en el crisol alquímico que ha sido concebido especialmente para él, y su supervivencia se volvería incierta.

La reina cerró los ojos por unos instantes.

—No podías haber encontrado un argumento mejor, maestro de obras. Sentía un profundo afecto por el difunto faraón y no haré nada que pueda perjudicarlo. Así pues, retiro mi orden; el visir Hori te escribirá para confirmar esta decisión.

Tausert contempló al coloso.

—¿El Lugar de Verdad siempre sale vencedor de los combates que libra, no es cierto? Tendría que ofrecerme un poco de su fuerza...

—Pensaba proponéroslo, majestad.

La regente se sintió intrigada.

—Aunque sea imposible modificar la arquitectura y la decoración de la tumba de Siptah, ¿por qué no jugar con el mobiliario fúnebre? Encargadnos lechos, tronos, jarrones y otros objetos de primera calidad que no tendremos tiempo de fabricar durante los cuarenta días que nos separan del fin de la momificación. Sin mentiros y sin traicionar el espíritu de la cofradía, os responderé que necesitamos un plazo suplementario, un plazo de tres meses, por lo menos.

—La idea es tentadora, Paneb. Pero Set-Nakht sabe que el equipamiento funerario de Siptah ya está listo y sabe lo competentes que son los miembros de la cofradía. Realizar algunas piezas más no os llevaría tanto tiempo.

La reina estaba en lo cierto.

Volvió a sentarse, circunspecta.

—Gracias a la Piedra de Luz, podéis fabricar oro, ¿no es cierto?

El maestro de obras tardó en responder.

—En ciertas condiciones...

—He aquí, pues, lo que anunciaré a la corte: se realizarán unos últimos retoques en la tumba de Siptah, y se crearán varios objetos excepcionales, en especial cetros, coronas y una gran capilla de oro. La cantidad necesaria se sacará del

Tesoro y será entregada, en cuanto sea posible, a la aldea en un barco especial.

—En ese caso, no hace falta proceder a una fabricación alquímica.

—Al contrario, maestro de obras. Exigiré un montón de oro para provocar, así, la reacción de Set-Nakht. Protestará airadamente, afirmando que el Tesoro muy pronto tendrá que financiar los gastos de guerra y que no debe malgastar sus riquezas. Tras la discusión, admitiré que tiene razón, sin renunciar por ello a mis exigencias en cuanto al equipamiento funerario de Siptah. Entonces habremos llegado a un callejón sin salida.

—Y tendréis que revelarle que la cofradía puede fabricar oro, aunque necesitará mucho tiempo para ello.

—Así es, Set-Nakht comprenderá que el Lugar de Verdad posee la facultad de producir oro. ¿Pero aceptáis vos que yo desvele ese secreto?

—Si os convertís en faraón y seguís protegiendo la aldea, ¿por qué no?

—Ni siquiera aplicando esta estrategia estoy segura de vencer.

—Os agradezco vuestra sinceridad, majestad.

—¿Qué decidís, pues?

—Me pedís que embellezca el equipamiento funerario del faraón difunto, y yo no tengo razón alguna para negarme.

Tausert disimuló su emoción.

Y de nuevo pensó que Paneb era un estadista de gran envergadura.

—Majestad... ¿Cuál será vuestra suerte si fracasáis?

—Lo ignoro, pero tampoco me preocupa. Sólo deseo evitar que una guerra destruya el país entero. No tengo otro motivo para luchar por el poder.

Paneb supo que la reina Tausert era sincera, y en aquel momento le pareció tremendamente frágil.

Si la hubiera tomado en sus brazos, ella no se habría resistido. Pero era la reina de Egipto y la regente de las Dos Tierras, y él, el maestro de obras del Lugar de Verdad.

Lo que debían construir juntos era más importante que una pasión momentánea sin futuro alguno, puesto que él nunca abandonaría a la cofradía.

45

La embarcación rápida de Paneb había sufrido una grave avería que los astilleros habían fardado una eternidad en reparar. Había tenido que permanecer varios días en Pi-Ramsés, pero ahora, por fin, ya estaba a punto de zarpar hacia Tebas.

Un oficial de la guardia de élite se dirigió a él.

—El visir Hori quiere veros.

—¿El visir? Pero si mi barco me espera y...

—¡Seguidme!

El tono del oficial era imperioso. Sin duda, la reina Tausert le había ordenado a su primer ministro que proporcionara ciertos detalles al maestro de obras.

Hori era un personaje austero y frío, que no se deshacía en cumplidos y fórmulas de cortesía. En cuanto recibió su nombramiento, el nuevo visir se puso a estudiar el conjunto de los expedientes confiados por la reina. Se entrevistaba, cara a cara, con cada ministro, incluido Set-Nakht, para conocer los problemas específicos en todos los ámbitos de la vida de Egipto.

—¿Sois el maestro de obras del Lugar de Verdad, Paneb el Ardiente?

—Así es.

—¿Os consideráis responsable de los artesanos que están a vuestras órdenes?

La pregunta del visir le cayó a Paneb como un jarro de agua fría.

—¿Cómo os atrevéis a dudarlo?

—¿Cómo no dudar de un jefe que nombra a un bandido para ocupar un cargo importante?

El coloso estaba estupefacto.

—A un bandido... ¿Pero de quién estáis hablando?

—Las autoridades judiciales rebanas me han hecho llegar un expediente referente a los delitos cometidos por un artesano de vuestra cofradía durante la fiesta de los bateleros. El perillán secuestró a dos mujeres, las apaleó e intentó violarlas. Ha reconocido estar casado y engañar a su joven mujer con las esposas de sus colegas. Dado que pertenece al Lugar de Verdad y al papel que la regente pretende hacer desempeñar a vuestra cofradía, deseo una detallada y discreta instrucción, tanto más cuanto el culpable es uno de vuestros principales ayudantes.

—¿Cuál es su nombre? —exigió Paneb, consternado.

—Es ayudante de un jefe de equipo y se llama Aperti.

El coloso creyó que el palacio real se derrumbaba sobre sus hombros.

—Aperti es el nombre de mi hijo —reveló—. No es ayudante de jefe de equipo, sino un simple yesero.

El visir Hori no se inmutó lo más mínimo.

—Dada la gravedad de los hechos, no podemos echar tierra sobre el asunto, tanto menos cuanto la detención de vuestro hijo se produjo fuera del territorio del Lugar de Verdad. Queda claro, sin embargo, que la responsabilidad de éste no queda comprometida.

—¿No debería comparecer ante nuestro tribunal?

—Tenéis derecho a exigirlo, en efecto, pero no os lo aconsejo. Buscando circunstancias atenuantes, no haríais más que retrasar el procedimiento, pero el caso acabaría llegando hasta mi tribunal. Y, sobre todo, no contéis con mi indulgencia.

—Sea o no mi hijo, Aperti es un artesano y debe ser juzgado por quienes lo formaron.

Hori se levantó.

—Hacéis mal desafiándome, maestro de obras.

—Sencillamente, respeto nuestra ley.

En cuanto se anunció la embarcación rápida a bordo de la que debía viajar Paneb, que había escapado a los mercenarios pagados por uno de sus agentes en Pi-Ramsés, el general Méhy abandonó el cuartel principal de Tebas y acudió al embarcadero, ansioso por ver aparecer a un maestro de obras dotado de nuevos poderes. Tal vez la regente le hubiera concedido, incluso, algunos adjuntos.

Pero Paneb bajó solo por la pasarela, y no tenía el aspecto alegre de un dignatario al que acababan de conceder honores inesperados.

—¿Habéis tenido un buen viaje?

—¿Podéis acompañarme hasta la prisión? Tal vez necesite vuestra ayuda.

—A la prisión... ¿Por qué?

—Porque debo sacar de allí a mi hijo para llevarlo a la aldea, donde será juzgado.

—Sin duda se trata de un malentendido que se disipará de inmediato...

—Fue él quien provocó disturbios durante la fiesta de los bateleros.

—Ah... el caso es serio, pues el incidente hizo mucho ruido. Me hubiera gustado ayudaros, pero...

—El visir Hori ya está al corriente.

Méhy adoptó un aire desolado.

—Espero que vuestro hijo comprenda que actuó mal y que corrija su comportamiento.

Los dos hombres se acercaron a la prisión, y finalmente Méhy se atrevió a hacerle la pregunta que le quemaba la lengua desde hacía mucho rato.

—¿Habéis visto a la regente?

—Tuve ese honor.

—¿Cómo se encuentra Su Majestad?

—Gobierna.

—Me tranquilizáis, Paneb.

El maestro de obras no parecía tener el menor interés por los asuntos del Estado, por lo que Méhy llegó a la conclusión de que su viaje había resultado un fracaso. Sin duda había presentado, en balde, una petición a la regente referente al Lugar de Verdad.

El general, aliviado, se dirigió con soberbia al director de la prisión y le ordenó que le entregara al prisionero Aperti para transferirlo al Lugar de Verdad. La presencia del maestro de obras tranquilizó al funcionario.

El hijo de Paneb fue sacado de su celda. No parecía en absoluto afectado por la detención.

—¡Por fin has llegado, padre! Comenzaba a impacientarme.

—La policía te llevará a la aldea. Quédate en tu casa y, sobre todo, no salgas de ella bajo ningún concepto.

—Sabes que no he hecho nada grave y...

—Obedece.

Por el tono de su padre, Aperti sintió que sería mejor dejar la discusión para más tarde.

—Necesito el expediente completo de la acusación —dijo Paneb al general.

El maestro de obras expuso los resultados de su entrevista con Tausert a la mujer sabia, al escriba de la Tumba y al jefe del equipo de la izquierda.

—Tomé una decisión sin consultaros —reconoció—, pero tenía que responder a la reina.

—Has actuado bien —consideró Kenhir—; ella gobierna el país y la reconocemos como nuestra soberana.

Hay se sentía inquieto.

—¿Podremos fabricar la cantidad necesaria de oro?

—No será fácil —admitió la mujer sabia—; el proceso es complejo y si fuéramos demasiado deprisa fracasaríamos.

—¡No perdamos más tiempo, pues!

—Primero hay que convocar al tribunal —decidió Paneb.

—He leído el expediente referente a tu hijo —dijo Kenhir—. Aperti no tiene excusa, lo que ha hecho es imperdonable.

—De todos modos, pertenece a la cofradía —recordó el jefe del equipo de la izquierda—, y es un buen yesero. ¿Quién no ha cometido alguna tontería en su

juventud?

—No se trata de una tontería —recordó el escriba de la Tumba—, sino de adulterio, agresión e intento de violación. Aperti está poseído por una violencia brutal y se burla de nuestra regla de vida. Varias esposas de artesanos lo han denunciado ya. Tal vez algunas lo incitaran, pero la mayoría fueron importunadas, maltratadas incluso, por ese gamberro.

Paneb no puso objeción alguna.

—Mañana por la mañana convocaremos al tribunal.

Uabet la Pura lloraba desconsoladamente.

—¿Por qué... Por qué ha actuado de ese modo? Su esposa lo adora, está dispuesta a todo para hacerlo feliz y él maltrata a las mujeres casadas. Oh, Paneb... ¡Nuestro hijo es un demonio!

La frágil Uabet se refugió en los brazos del coloso.

—Los dioses te infligen dolorosas heridas —le dijo—, pero te han concedido a Selena, que tal vez sea nuestra futura mujer sabia.

—Tienes razón... La pequeña es tan luminosa como Clara.

—Ya es la hora, Uabet.

—Prefiero quedarme aquí.

Paneb se dirigió hacia el pilono del templo de Hator y de Maat, ante el que se habían reunido los aldeanos. Aperti estaba flanqueado por Nakht el Poderoso y Karo el Huraño.

—Como maestro de obras del Lugar de Verdad, me corresponde presidir el tribunal, pero el acusado es mi hijo y se me podría acusar de parcialidad. Por la pluma de la diosa Maat, juro que no será así. No obstante, me gustaría saber si alguno de vosotros me rechaza.

Nadie dijo nada.

—Que el escriba de la Tumba tenga la bondad de leer el acta de acusación.

Lentamente, Kenhir enumeró las fechorías de Aperti y detalló las denuncias presentadas contra él. El joven sonreía, seguro de que el tribunal de la aldea pronunciaría una pena mucho más leve que el de Tebas-este, y que saldría vencedor de la larga querella jurídica que estaba a punto de comenzar. Su calidad de miembro de la cofradía le confería una especie de impunidad con respecto al mundo exterior.

—Que el acusado se defienda —ordenó Paneb.

—¡Sólo son chismes de hembras en celo! —protestó Aperti, con sorna—. Sólo tuvieron lo que estaban buscando, ¿no? ¡No hay que darle tantas vueltas!

—¿El acusado reconoce los hechos?

—¡Ya lo creo que sí! Todas ellas tuvieron su placer. A las mujeres les gustan los verdaderos machos, y yo tengo la suerte de serlo.

Entre los presentes se hizo un doloroso silencio escandalizados por la arrogancia de Aperti.

—He aquí el castigo que propongo —declaró el maestro de obras—: hijo de Uabet la Pura y de Paneb el Ardiente, el yesero Aperti, que ha sido reconocido culpable de agresiones graves contra las personas y de violación de la Regla de Maat, ya no es digno de pertenecer a nuestra cofradía. Por consiguiente, debe ser expulsado del Lugar de Verdad. Su esposa obtendrá el divorcio que solicita, y lo pronunciamos a expensas de su marido. Aperti no cruzará nunca más la puerta de la aldea, y su nombre será tachado del Diario de la Tumba, como si nunca hubiera existido. Ningún artesano lo reconocerá como miembro del equipo. Finalmente, su padre y su madre reniegan de él y ya no tiene derecho a la calidad de hijo.

46

El gran consejo escuchó con asombro la proposición de la regente. Set-Nakht fue el primero en reaccionar:

—¡La cantidad de oro que exigís es demasiado importante, majestad!

—¿Acaso os negáis a honrar la memoria del faraón Siptah?

—Claro que no, pero debemos reservar nuestras riquezas para financiar unos gastos de guerra que muchos, comenzando por mí, creemos inevitable.

—Los últimos trabajos en la tumba de nuestro rey difunto pronto habrán terminado —reveló Tausert—, y su mobiliario fúnebre será digno de un gran rey. Pero quiero que disponga de cetros y coronas de oro, así como de una gran capilla del mismo metal en la que se hayan inscrito las fórmulas de resurrección. Pensad en mi propuesta; volveremos a hablar de ello en el próximo consejo.

La regente se levantó.

—Quiero veros en privado, Set-Nakht.

El anciano dignatario siguió a la reina hasta una pequeña sala de audiencias, al abrigo de oídos indiscretos.

—Majestad, me opongo formalmente a que salga oro de nuestras reservas.

—¿Estáis dispuesto a impedir por la fuerza el acceso al Tesoro?

—Majestad...

—Semejante insubordinación os llevaría a la cárcel.

—¡Mis partidarios reaccionarían con violencia! Y vos no deseáis una guerra civil, ¿verdad?

—Lo admito.

—¡Renunciad, entonces! De momento, Egipto debe preservar la integridad de sus reservas de oro.

—Lo admito también. ¿Aceptáis, sin embargo, que el equipamiento de eternidad de Siptah se haga como yo he dicho?

—En principio lo acepto, pero...

—No tocaré el Tesoro —prometió la reina—, pero los objetos de oro serán realizados de todos modos. ¿Tengo vuestra aprobación?

—¿Y cómo pensáis conseguirlo?

—Pediré al Lugar de Verdad que haga lo necesario.

La mirada de Set-Nakht se ensombreció.

—¿Pensáis entregarle oro en secreto?

—Sabéis perfectamente que eso es imposible.

—¡Entonces creéis en la leyenda! ¿Realmente la cofradía es capaz de fabricar oro?

—Me atrevo a esperarlo.

—En realidad, majestad, creo que sólo estáis intentando ganar tiempo.

—Intento conseguir que la morada de eternidad de Siptah sea tan eficaz y potente como debe serlo, según nuestros ritos y nuestros símbolos. Si no estáis de acuerdo con este deber, que nuestros antepasados consideraron esencial, proclamadlo ante el gran consejo.

—¿Cuánto tiempo necesitará el maestro de obras?

—Eso debe decirlo él.

—¡Me lo dirá, majestad, no lo dudéis!

La mujer sabia atendía a Uabet la Pura, que sufría una grave depresión. Aunque el mejor remedio era la presencia de la pequeña Selena, que se encargaba de su madre corno una experimentada asistenta, siguiendo al pie de la letra las prescripciones de Clara.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó Uabet cuando por fin decidió hablar.

—Papá está trabajando —respondió la niña—. La mujer sabia ha dicho que cuando empezaras a hablar, comenzarías a curarte.

—Curarme... ¿Cómo puedo curarme? ¡Tu hermano se ha marchado!

—No, ha sido expulsado de la aldea porque cometió algunos crímenes.

Uabet no había tenido el valor de explicar a Selena que la decisión equivalía a una condena a muerte. Como Aperti ya no era miembro de la cofradía, sería juzgado por violación como un criminal cualquiera, y sería castigado con la pena capital.

Uabet nunca hubiera pensado que su marido fuese tan severo. Pero también era el maestro de obras y había elegido el camino de su cargo y no el de padre... ¿Cómo podía admitirlo la madre de Aperti? Paneb no era el único responsable, porque el tribunal debería haber moderado la sentencia, pero ninguno de sus miembros había encontrado circunstancias atenuantes. Y puesto que Aperti había abandonado la aldea insultando a los artesanos y a las mujeres que había seducido, nadie había lamentado la severidad de la condena.

Un monstruo... Sí, Aperti era un monstruo, pero seguía siendo su hijo y ella no perdonaría a Paneb que lo hubiese enviado directo a la muerte. Si el coloso hubiera defendido la causa de su hijo, los jurados lo habrían escuchado.

—Tienes que comer un poco de puré de habas, mamá... Lo he preparado yo.

Uabet sonrió.

—No tengo hambre, querida.

—Haz un esfuerzo... Dime, ¿lo harás?

La enferma asintió.

—¡Tú ya eres una hechicera!

Por fin hacía una noche oscura, gracias a la luna nueva y a algunas nubes. El traidor salió de la aldea provisto de un cincel, pasando por la necrópolis para evitar a *Bestia Fea* que, según su costumbre, debía dormitar junto a la gran puerta de entrada.

Era el momento ideal para llegar al Valle de las Reinas antes de la distribución de las tareas que Paneb anunciaría a la mañana siguiente. La expulsión de Aperti había alegrado y apenado, al mismo tiempo, a los aldeanos. Alegrado porque aquel muchacho «de malos instintos», de acuerdo con la expresión de Niut la Vigorosa, habría terminado perjudicando gravemente a la cofradía; apenado, porque Paneb y su esposa habían sufrido el dolor en sus propias carnes. Pero todos habían apreciado el rigor del maestro de obras, que había sabido olvidar que Aperti era su hijo para salvaguardar el Lugar de Verdad.

«Quienes creían que Paneb el Ardiente sería un maestro de obras débil y manipulable se equivocaron mucho —pensó el traidor—; nada ni nadie lo harán desviarse de su camino, y para mí será un enemigo implacable.»

El traidor tomó el sendero que pasaba junto al santuario de Ptah, el patrón de los constructores, y de la diosa del silencio; luego se dirigió hacia el extremo meridional de la necrópolis tebana que ocupaba el Valle de las Reinas.

Estaba custodiada por policías que vigilaban el conjunto de las moradas de eternidad, donde residían reinas, hijas de rey y príncipes. Pero el traidor conocía el lugar donde se apostaban y los evitaría sin dificultades.

Penetró con precaución en el villorrio donde se alojaban los artesanos cuando trabajaban en el paraje durante mucho tiempo. Medía 700 m^2 y se componía de pequeñas casas de piedra seca y talleres de pintura y de escultura. El traidor temía que uno o dos artesanos del equipo de la izquierda hubieran decidido dormir allí, pero el lugar estaba desierto.

Gracias a las informaciones que había obtenido su esposa, conocía el emplazamiento de la pequeña tumba de princesa donde se había depositado la oca de oro que contenía la Piedra de Luz. El camino estaba libre, pero, sin embargo, avanzó lentamente, como una fiera al acecho.

Y su prudencia, una vez más, evitó que lo sorprendieran.

En un lugar poco común, no lejos de la tumba, había un guardia dormido.

¿Qué hacer? Liquidar al policía era una opción... Pero si éste se resistía, si alertaba a sus compañeros, el traidor no tendría escapatoria.

Mientras pensaba en otra solución, la suerte le sonrió. El guardia se desperezó,

escupió y fue a apostarse más lejos. Esta vez, el camino parecía estar libre.

¿Y si se trataba de una nueva trampa? Tal vez el policía sólo había fingido alejarse para que el traidor cayera en sus redes.

Tras haber descrito algunos círculos en torno a su objetivo, se tranquilizó.

No percibió nada anormal, por lo que rompió el sello de barro seco y empujó la puerta de madera ligera que, al finalizar los trabajos de restauración, sería sustituida por otra de acacia maciza.

Como esperaba, la oca de oro había sido depositada muy cerca de la entrada.

Era una pieza magnífica, cincelada con tanta perfección que el animal parecía estar vivo.

Por un instante, el artesano lamentó tener que estropear aquella obra maestra, pero estaba obligado a hacerlo. Y con la ayuda del cincel, quitó la cabeza de la oca.

En su interior había una especie de paquete.

El traidor perforó el vientre de la escultura para extraer la riqueza oculta.

Cortó sin dificultades el cordel de lino y dejó al descubierto unas finas placas de oro, plata y cobre, símbolos de los metales celestiales destinados a favorecer la vida luminosa de la resucitada, a quien la oca debía custodiar y conducir hacia el cielo.

¡Un pequeño tesoro digno de interés, ciertamente, pero no la Piedra de Luz!

Otra esperanza que se esfumaba... El traidor había hecho mal siguiendo aquella pista. La piedra sólo podía ocultarse en el templo de Hator y de Maat.

Desdeñando aquel decepcionante botín, salió de la tumba, cuya puerta volvió a cerrar. Tuvo que superar su decepción y mantener la cabeza fría para abandonar el Valle de las Reinas sin ser descubierto.

47

—¿Un robo en el Valle de las Reinas? —se extrañó Kenhir, a quien el jefe Sobek recibía en su modesto despacho del quinto fortín.

—Alguien penetró en la tumba de una princesa, puesto que el sello ha sido roto.

El maestro de obras había sido avisado y acudió en seguida al lugar, en compañía del jefe del equipo de la izquierda. Juntos, comprobaron los desperfectos.

—¡Qué extraño ladrón! —se asombró Hay—. Ha despanzurrado la oca para saber lo que contenía, pero no se ha llevado las placas de metal.

—No le interesaban porque buscaba la Piedra de Luz.

—¿Aquí, en esta tumba de princesa?

—Ha debido de suponer que la oca guardiana contenía el más importante de nuestros tesoros.

—¿Algún miembro de tu equipo ha dormido en el villorrio, la pasada noche?

—No, que yo sepa, pero me aseguraré.

Hay hizo comparecer a todos los artesanos del equipo de la izquierda ante el jefe Sobek y el maestro de obras, que los interrogaron sin miramientos. Sus testimonios, al igual que la investigación llevada a cabo en el interior de la aldea, desembocaron en una certeza: la noche del robo, el villorrio del Valle de las Reinas estaba completamente vacío.

—Mis hombres han cometido una terrible negligencia —deploró Sobek—, y yo soy responsable de ello.

—Deja ya de castigarte —recomendó Paneb—. El traidor siguió una falsa pista porque creyó que habíamos sacado la Piedra de Luz de la aldea. Ahora que ha descubierto que no, seguirá investigando.

—Los policías apostados en el Valle de las Reinas no eran los mejores, lo reconozco, pero, a fin de cuentas, tampoco son unos novatos.

—El traidor es astuto y desconfiado —recordó el maestro de obras—. ¿Te das cuenta de que se nos escapa desde hace muchos años y de que yo hablo con él todos los días y no sé quién es?

—¿Cómo un hombre, por muy hábil que sea, ha evitado cometer el más mínimo error durante tanto tiempo? Sólo puede tratarse de un demonio surgido del infierno que ha penetrado en el cuerpo de un artesano.

—No estás equivocado.

El policía nubio se quedó perplejo.

—¿También tú lo crees?

—Los humanos somos capaces de cometer cualquier vileza, pero ésta supera los límites conocidos. El Lugar de Verdad lo inició, lo educó, lo alimentó, le ofreció la visión de los misterios, le permitió conocer la fraternidad... ¡Y él sólo intenta destruirlo! Tienes razón, Sobek: sólo un demonio tiene el corazón tan podrido.

El guardián de la puerta principal de la aldea se inclinó ante el maestro de obras.

—El escriba de la Tumba os está esperando en su casa.

Ni un ama de casa conversaba en el umbral de su puerta, ni un chiquillo jugaba...

La puerta de la casa de Kenhir estaba abierta. Niut la Vigorosa había abandonado su escoba y sus cepillos y estaba sentada en un taburete.

—En su despacho —murmuró.

Kenhir estaba postrado en su sillón.

—Tu hijo, Paneb... El cartero nos ha traído una copia de la condena: cadena perpetua; ha sido condenado a realizar trabajos forzados en una mina de cobre del Sinaí. Ya sabes lo que significa eso... Ha recurrido al tribunal del visir, pero Hori no modificará la pena. En nuestro país, la violación es un crimen severamente

castigado.

Paneb permaneció inmóvil durante largo rato.

—Ya no es miembro de la cofradía, así que no tenemos medio alguno de defenderlo.

—Vos lo sabíais, Kenhir, como todos los que aprobaron el castigo que propuse.

—Nunca te reprocho nada, pero era muy joven, podría haber cambiado con la edad...

—Sabéis muy bien que no.

Kenhir bajó la mirada.

—Es cierto... Pero en el futuro corres el peligro de quedarte solo.

—¿Acaso no es ése el destino de un maestro de obras?

—Ya no tienes hijo, Paneb, pero te acercas a tu padre espiritual.

—Después del almuerzo reuniré a los dos equipos en el templo para concretar sus futuras tareas.

La fortaleza del coloso fascinaba al viejo escriba; Paneb el Ardiente había dominado numerosos fuegos para ponerlos al servicio de la obra. Años atrás, Kenhir había presentido en aquel joven fogoso a un ser excepcional, y no se había equivocado; y Nefer el Silencioso, a pesar de las apariencias y todo lo que oponía y diferenciaba a ambos hombres, tampoco había errado al elegirlo como sucesor.

En el suelo de la primera estancia había unos granos de arena. Apenas se veían, pero Uabet la Pura, por lo general, limpiaba tan bien la casa que Paneb lo advirtió en seguida. Desde su boda, nunca había cometido semejante descuido.

—¿Estás ahí?

Uabet salió de su alcoba, vestida de sacerdotisa de Hator, delgada y frágil.

—¿Vas a una ceremonia?

—No, Paneb. He pedido a la mujer sabia que me nombre guardiana de los oratorios.

—¿No será una tarea demasiado dura para una madre de familia?

—Mi hijo ha desaparecido, mi hija vive en casa de Clara, donde se inicia en el arte de curar... Abandono esta casa y te abandono a ti también, Paneb.

—¿Quieres... divorciarte?

—Te he amado a mi modo, tanto como podía amar. Pero has condenado a Aperti y no puedo perdonártelo ni seguir siendo tu esposa. Si me quedara a tu lado, acabaría odiándote.

—¿Lo has pensado bien?

—¿No te parecen explícitas mis palabras?

El coloso conocía lo suficiente a su mujer para saber que no se echaría atrás.

—Hazme un favor, Uabet: que el divorcio se pronuncie a expensas mías.

—Será mejor que se aplique la justicia. Puesto que soy yo quien se va, conserva esta casa, que es digna del maestro de obras de la cofradía. Yo viviré en la que ocupaba Aperti. Su esposa ha regresado a Tebas, el Estado le pagará una pensión. En adelante, me encargaré de cuidar los oratorios de la aldea y prepararé las ofrendas. ¿Puede haber una vida mejor?

—Uabet...

—No me toques, Paneb. Mi vestido de ceremonia es nuevo y no soportaría que se arrugase.

Tras un vano intento de conciliación, Kenhir sentenció el divorcio en un clima sereno y digno. Al maestro de obras se le atribuyó una sirvienta que limpiaba su casa y era, también, capaz de cocinar; Uabet la Pura decidió arreglárselas sola. Su ex marido se comprometió a entregarle la mitad de su salario y algunas rentas de sus campos. La divorciada se quedaba en la aldea, por lo que todos podrían comprobar que no le faltaba de nada.

Quedaba por decidir la suerte de Selena, que fue llamada ante el jurado.

—¿Con quién prefieres vivir —le preguntó Kenhir con su más cálida voz—, con tu padre o con tu madre?

La niña reflexionó durante largo rato.

—Ahora tengo tres casas: la de papá, la de mamá y la de Clara. Tengo suerte, ¿no? Prefiero conservar las tres.

Ni Paneb ni Uabet formularon objeción alguna.

—Probémoslo —aceptó Kenhir—. Si se presentan dificultades, el tribunal se reunirá de nuevo.

—Para empezar, ayudaré a mamá a arreglar sus cosas. Luego, ayudaré a Clara a lavar las redomas.

Selena se alejó con Uabet.

—Esta pequeña es una caja de sorpresas —afirmó Kenhir—; no se parece a ninguna otra niña.

—Y no podéis imaginar cómo le gusta reír —dijo Clara—; pero cuando aprende, presta tanta atención que la enseñanza circula por todo su ser y llega hasta su corazón. Sin dejar de ser una niña, es ya más sensata que la mayoría de los adultos.

—Así pues, será tu sucesora —afirmó Paneb.

—Si los dioses lo quieren... ¿Y tú cómo lo llevas?

—Estoy bien. Tal vez hice mal en no contarle a Uabet qué posición iba a adoptar en el proceso de Aperti, pero sabía que no íbamos a estar de acuerdo. Sin mí, y más cerca de las sacerdotisas de Hator, alcanzará la felicidad.

Clara sintió que la fuerza interior del coloso no había disminuido. Al contrario, el drama que afrontaba le obligaba a vivir su cargo con mayor intensidad aún.

La mujer sabia y el maestro de obras caminaron lentamente hacia el templo.

—Cuanto más capacidad tiene un hombre, decían los Antiguos, peores son las pruebas con las que debe enfrentarse... ¡Debo de tener muchísimas cualidades!

—El camino de un maestro de obras es, a la vez, vasto como el universo y estrecho como el sendero de su propia existencia. Según el lugar en el que se posa tu mirada, sientes que las cosas marchan bien o que se acumulan los fracasos.

—Dicho de otro modo, no me das ni un solo segundo para compadecerme por mi suerte.

—Por una parte, es un ejercicio para el que no tienes talento alguno; por la otra, debes dirigir los trabajos de una cofradía que desempeña un importante papel en el mantenimiento de la armonía en nuestra tierra. ¿Sería razonable dudar entre ambas opciones?

El coloso besó con respeto las manos de la madre de la cofradía.

48

Tras los duros golpes que el maestro de obras había recibido, algunos artesanos esperaban verlo decaído o voluble. Pero su voz seguía siendo tan potente y su aspecto tan imperioso como antes.

—La reina Tausert nos ordenó que preparáramos la morada de eternidad del faraón Siptah y su equipamiento para la ceremonia de los funerales. El equipo de la derecha partirá mañana hacia el Valle de los Reyes para examinar a fondo la tumba, y el equipo de la izquierda fabricará los objetos que estén incluidos en la lista que les proporcione Hay.

—Necesitaremos poco tiempo —estimó Karo el Huraño.

—El material funerario de Siptah está completo —añadió el carpintero del equipo de la izquierda.

—Os he dado la versión oficial que se comunicó a la corte de Pi-Ramsés —precisó el maestro de obras—; en realidad, el trabajo que deberéis hacer es más delicado. Tenemos que fabricar cetros, coronas y una capilla cubierta de jeroglíficos.

—¿Con qué materiales? —preguntó Gau el Preciso.

—Con oro.

—¡Con oro! —repitió Thuty el Sabio, desconcertado—; ¿pero quién va a proporcionárnoslo?

—Lo produciremos nosotros mismos —afirmó la mujer sabia—, siempre que obtengamos la ayuda necesaria de nuestro antepasado fundador, Amenhotep I. Sin él, sería un fracaso.

El traidor estaba exultante.

Para hacer oro, el maestro de obras tendría que sacar la Piedra de Luz de su escondrijo y trabajar en un taller especial custodiado por algunos artesanos. Y sin duda él sería uno de ellos.

En ese caso, sólo tendría que librarse de uno o dos colegas para apoderarse del tesoro.

Amenhotep I era honrado en varias fiestas, la más importante de las cuales daba origen a una procesión y un memorable banquete.

Pero la que la aldea se disponía a celebrar era de naturaleza muy distinta, puesto que cada aldeano era invitado a recogerse ante la estatua del antepasado fundador. ¿Acaso no era el juez supremo y, de acuerdo con la inscripción grabada en el zócalo de su estatua, «aquel que sabía cómo ver»?

Cuando la mujer sabia se presentó ante la efigie, los artesanos contuvieron el aliento. De la reacción del antepasado a la muda plegaria de la madre de la cofradía dependería su porvenir inmediato: o iniciar el proceso de fabricación del oro alquímico, o comunicar a la regente que el Lugar de Verdad renunciaba a ello y, de ese modo, dejar el campo libre a Set-Nakht.

Fuera cual fuese el deseo de Paneb, no podía prescindir de esta consulta.

Clara permaneció largo rato meditando, como si expusiera al fundador los motivos de aquella entrevista.

Cuando la mujer sabia ya iba a retirarse, la estatua no había dado signo alguno de aprobación, y Paneb pensaba ya en la angustia de Tausert cuando le comunicara que a la cofradía le era imposible satisfacer sus deseos.

Pero en el preciso instante en que Clara se inclinaba respetuosamente, la cabeza del antepasado también se inclinó, de atrás hacia adelante, para dar su consentimiento.

El vigía que observaba la pista que llevaba a la aldea, desde lo alto del primer fortín, se tragó de un bocado un trozo de torta.

—¡Corre a avisar al jefe! —gritó, despertando a su colega—. ¡Hay por lo menos

cien soldados!

—¿Y vas a plantarles cara tú solo?

—Bueno... no. Correré contigo.

—¿Abandonamos el fortín?

—¡No podemos defenderlo los dos solos!

A los policías no les faltaba valor, pero la gravedad de la situación exigía la presencia de Sobek, y de nada serviría dejarse matar.

Por desgracia, aquel asalto tenía lugar durante el único día de descanso desde hacía más de un mes, y había menos oficiales de guardia; pero, afortunadamente, el jefe Sobek se encontraba en el segundo fortín, donde examinaba el estado de los muros de ladrillo.

—¡Jefe, jefe, un verdadero ejército, con carros!

—Colocad unos bloques en la pista.

Los policías se apresuraron a hacerlo, y Sobek se plantó ante la modesta barrera.

Al ver al atleta negro, el carro de cabeza redujo la marcha y luego se detuvo a menos de un metro. Por su casco y su coraza, el nubio reconoció a Méhy.

—¿Adonde pensáis ir, general?

—He recibido órdenes de llevar al maestro de obras a Tebas.

—¿Ordenes de quién?

—De Set-Nakht en persona.

—No lo conozco.

—¿Me estás tomando el pelo, Sobek?

—Sólo recibo órdenes del faraón, del maestro de obras y del escriba de la Tumba.

—Sabes muy bien que tus policías no dan la talla ante mis soldados.

—Eso ya lo veremos.

—¡No olvides que yo también cumplo órdenes!

—Si Set-Nakht quiere hablar con el maestro de obras, que acuda a la zona de los auxiliares. Y si el maestro de obras acepta recibirlo, todo irá bien.

—¿Es ésa tu última palabra?

—Si atacáis, Méhy, nos defenderemos.

Instalado en la lujosa villa de Méhy, Set-Nakht no soportaba la cháchara de Serketa y no era sensible a sus encantos. Se había aislado, pues, en un despacho que daba al jardín.

—El general acaba de regresar —lo avisó el intendente.

El anciano cortesano *se* dirigió al vestíbulo de acogida, nervioso.

—¿Habéis vuelto solo, general?

—Como había supuesto, el jefe Sobek no se ha impresionado lo más mínimo ante el despliegue de fuerzas.

—¿Habéis retrocedido, pues?

—Si hubiera atacado, los arqueros de Sobek habrían disparado contra mis hombres, y se hubieran producido numerosas muertes. Una catástrofe para vuestra reputación...

Set-Nakht se tranquilizó.

—Tenéis razón, general... ¡Pero ese Lugar de Verdad parece una fortaleza inexpugnable!

—Ésa ha sido la voluntad de los faraones desde su creación.

—De todos modos, el maestro de obras no osará negarse a recibirme.

—El jefe Sobek sugiere que acudáis a la zona de los auxiliares; tal vez Paneb se reúna allí con vos.

Méhy advirtió que el viejo cortesano se sentía profundamente humillado y que haría pagar cara su arrogancia a la cofradía.

—Sois administrador principal de la orilla oeste, Méhy; ¿no tenéis poder sobre el Lugar de Verdad?

—Mi papel consiste, simplemente, en protegerlo de las agresiones exteriores. Por eso está tan seguro de sí mismo el jefe Sobek. Sabe muy bien que mis soldados no atacarán.

—¿Aunque el faraón lo ordenase?

—Eso sería distinto —reconoció el general.

—La diplomacia no es tu fuerte —le dijo a Paneb el escriba de la Tumba—, será mejor hablar con Set-Nakht. Pase lo que pase, y aunque Tausert acceda al poder supremo, seguirá siendo un hombre influyente. Debes pensar siempre en la salvaguarda de la cofradía, aunque algunas gestiones no te gusten demasiado. Yo me encargaré de las formas llevando personalmente tu invitación a Set-Nakht.

—De acuerdo, Kenhir.

El escriba de la Tumba se sintió aliviado. Paneb no sólo no había sucumbido bajo el peso de su divorcio, sino que, además, había mejorado aceptando, sin protestar, las obligaciones de su cargo.

—Set-Nakht es un viejo cortesano, hábil y astuto; te tenderá algunas trampas. Sobre todo, no hables demasiado.

—Puedes contar conmigo.

Ante la feroz expresión del rostro de Ardiente, Kenhir se preguntó si aquella entrevista sería muy oportuna; pero ofender más aún a Set-Nakht lo convertiría en un enemigo irreductible.

—¡Prométeme ser mesurado, Paneb!

—Diré algunas verdades sencillas y no hablaré demasiado... Esa será mi línea de conducta.

—¿Corremos el riesgo de que nos ataquen? —preguntó Fened la Nariz a Paneb cuando se cruzaron en la calle principal de la aldea.

—Estás muy preocupado...

El cantero, que estaba recuperando peso, ya que tras su divorcio había adelgazado mucho, se tomó muy mal la observación del maestro de obras.

—¡Todos tenemos familia y todos tememos la violencia de un hombre ambicioso como Set-Nakht!

—También yo estoy preocupado —insistió Pai el Pedazo de Pan—; ¿por qué desea forzar la puerta de la aldea el rival de la reina Tausert?

—Para conocer nuestros secretos.

—Mándalo a Pi-Ramsés —aconsejó Karo el Huraño.

—Al contrario, negociemos —recomendó Renupe el Jovial.

—Sé firme y claro —exigió Gau el Preciso.

—Ese tipo no tiene nada que hacer en nuestra casa —decidió Nakht el Poderoso —. Que el jefe Sobek aplique las consignas.

—Hablaré con Set-Nakht —indicó el maestro de obras.

—Excelente iniciativa —aprobó Ched el Salvador—; estoy convencido de que no vas a decepcionarlo.

49

Turquesa estaba radiante.

Estaba ocupada en un bordado, y vivía su trabajo con pasión. Sus dedos, largos y finos, parecían incansables; su postura evocaba la de una bailarina que al terminar un movimiento, ya estaba dispuesta a esbozar el siguiente. Fuera cual fuese su tarea, le confería gracia y belleza.

—Turquesa.

La soberbia pelirroja levantó la cabeza.

—¡Paneb! ¿No debías entrevistarte con Set-Nakht?

—No ha llegado todavía.

Turquesa dejó la tela y las agujas.

—Mi respuesta es no, Paneb.

—¡Pero si no te he hecho ninguna pregunta!

—¿Ahora no irás a decirme que no deseabas hablarme de tu nueva situación de hombre libre? No me importa que estés divorciado o no. Un voto es un voto: nunca me casaré.

—Yo esperaba que...

—¿Cuándo renunciarás a esa esperanza?

—¿Qué te parece la decisión de Uabet?

—Uabet la Pura es sacerdotisa de Hator y se encarga del mantenimiento de los oratorios. Lo demás no me concierne.

—¿Y qué te parece mi decisión por lo que se refiere a mi hijo?

—Sólo me interesa la actitud del maestro de obras. Y la cofradía la consideró justa.

El coloso tomó, fogosamente, a Turquesa en sus brazos.

—¿No tienes una cita muy importante?

—Sí, contigo.

Por orden de Beken, el alfarero, los auxiliares habían evacuado la zona donde estaban trabajando. Sólo Obed había sido autorizado a permanecer en su forja, siempre que no saliese de ella. Sobek y una decena de policías nubios vigilaban el lugar.

A Set-Nakht le extrañó la ausencia del maestro de obras.

—No estoy acostumbrado a esperar —le dijo al escriba de la Tumba.

—Paneb ya no tardará.

—¡Deberíais avisarlo de mi presencia!

Kenhir inclinó la cabeza y se dirigió lentamente hacia la gran puerta. El guardián lo saludó, empujó uno de los batientes para dejarlo pasar y, luego, volvió a cerrar.

Aunque no fuese miedoso, Set-Nakht se sintió de pronto muy solo y en absoluto tranquilizado por la presencia de aquellos policías negros de mirada hostil. Estaba convencido de que, si algunos artesanos lo agredían, el jefe Sobek no movería un dedo.

Si intentaba huir o, sencillamente, solicitaba que lo dejaran regresar a los locales de la administración, haría el ridículo. Luego pensó que tal vez Tausert había previsto su reacción y que había organizado una emboscada de la que no saldría vivo. El anciano dignatario intentó tranquilizarse pensando en la ley de Maat que la regente debía respetar... ¿Pero por qué no aparecía el maestro de obras? Cuantos más minutos pasaban, más evidente le parecía, a Set-Nakht, que por orden de la regente la cofradía iba a eliminar al último adversario que impedía tomar el poder a una mujer ambiciosa.

Por lo menos moriría de pie y miraría de frente a quien tuviera la cobardía de golpearlo.

Cuando la gran puerta se abrió, sin embargo, no pudo evitar un estremecimiento.

Paneb el Ardiente, de quien nunca hubiera pensado que fuera tan colosal, se acercó a él. El maestro de obras iba vestido, sólo, con un taparrabos de cuero, como un obrero, y parecía tan indestructible como una montaña. Set-Nakht comprendió por qué los rumores afirmaban que era capaz, por sí solo, de acabar con una decena de adversarios.

Paneb, que aún estaba bajo el hechizo de Turquesa, con la que acababa de hacer el amor, miró de arriba abajo a su interlocutor, visiblemente incómodo.

—¿Deseabais verme?

Set-Nakht se repuso muy pronto.

—Vuestro recibimiento no es demasiado caluroso, maestro de obras.

—Como debéis saber, la cofradía está sobrecargada de trabajo, y no tengo tiempo para consagrarme a las entrevistas. Decidme lo que queréis e intentaré satisfaceros.

—Puesto que no deseáis andaros con tapujos... La regente os dio la orden de fabricar varios objetos de oro, pero no se os entregará la menor onza del precioso metal, pues nuestras reservas deben permanecer intactas, en previsión de un eventual conflicto. Si queréis obedecer a la reina Tausert, debéis producir ese oro vosotros mismos.

—Obedeceré a la regente.

—¿La leyenda es una realidad, entonces?

—En ciertas circunstancias, sí.

—¿Cuáles?

—Ése es el secreto del Lugar de Verdad.

—¿Y si el faraón en persona os ordenara producir oro sin cesar, para alimentar el tesoro?

—Le explicaría que es imposible. Sólo trabajamos para moldear la eternidad del alma real.

Set-Nakht no despreció en absoluto las revelaciones del maestro de obras. Muy pocas personas habían tenido ocasión de oírlas.

—Habríais podido mentir, Paneb.

—Ése no es mi carácter.

—¡Seguid diciendo la verdad, pues! ¿Cuánto tiempo necesitaréis para dejar listo el equipamiento funerario del rey Siptah?

—Unos tres meses.

—¡Es mucho tiempo!

—La capilla de oro es una obra compleja, y el grabado de los jeroglíficos exige muchísima precisión; así pues, es imposible trabajar con prisas.

—Habéis tomado partido por la regente, maestro de obras, y podríais lamentarlo.

—¿Quién puede reprochar al Lugar de Verdad que cumpla con sus funciones y a sus artesanos que hagan su oficio?

—¿No existe medio alguno de satisfacer ese encargo con mayor rapidez?

—Ninguno.

—Pensadlo mejor, Paneb.

—Sólo tengo una idea en la cabeza: realizar objetos de eternidad para dar al faraón su plena capacidad de acción en el otro mundo.

—¿Habéis comprendido que yo no soy un conspirador como los demás? Los manejos de Tausert no me impedirán subir al trono de Egipto y salvar el país. Y cuando lo haya hecho, os destrozaré.

Unesh el Chacal limpiaba nerviosamente una paleta.

—Eso me da mala espina.

—No es la primera vez que el Lugar de Verdad fabrica oro —repuso Gau el Preciso, que trabajaba en el esbozo de la capilla destinada al rey Siptah.

—De acuerdo —reconoció Pai el Pedazo de Pan—, pero, de todos modos, estamos entre el martillo y el yunque. ¿Y quién va a ser aplastado?

—El maestro de obras sabe adonde va —afirmó Gau.

—¿Y si no lo supiera? —se preocupó Unesh.

Nakht el Poderoso entró en el taller de los dibujantes.

—¡La entrevista ha terminado!

Los tres dibujantes siguieron al cantero hasta la morada del escriba de la Tumba, ante la que se habían reunido otros artesanos.

—Paneb está hablando con Kenhir —indicó Thuty el Sabio.

—No es una buena señal —consideró Casa la Cuerda—; Set-Nakht debe de haberle dado un ultimátum a Paneb.

—Simple nerviosismo de un conquistador de pacotilla —observó Ched el Salvador.

—¡De ningún modo! —objetó Karo el Huraño—. Un hombre cuyo nombre está marcado por el dios Set forzosamente es peligroso.

—Su furia se desvanecerá ante nuestro maestro de obras —prometió Ipuy el Examinador—. Él es quien posee la auténtica fuerza de Set.

—La puerta de la aldea está cerrada para los profanos y seguirá estándolo —confirmó Didia el Generoso—, y sin duda no será un anciano cortesano el que consiga derribarla.

—Si lo hubiera tenido ante mí —precisó Userhat el León—, le habría cortado la cabeza para hacerla menos pretenciosa. ¿Pero quién se cree que es ese quisquilloso?

—¿Acaso crees que la reina Tausert estará de nuestra parte? —preguntó Casa, con agresividad.

—¡Es la regente, y punto!

—Como Casa, yo tampoco me fío de ella —reveló Fened la Nariz con aspecto sombrío.

—Eso es lo que yo pienso —repitió Unesh el Chacal—: todo esto me da mala espina.

El maestro de obras salió de la casa de Kenhir, y los artesanos lo rodearon.

—¿Qué quería Set-Nakht? —preguntó Pai el Pedazo de Pan con impaciencia.

—Sólo quería conocer nuestros secretos y obtener nuestra obediencia absoluta.

—¿No habrás... No habrás cedido? —interrogó Ipuy el Examinador, intranquilo.

—¿A ti qué te parece?

Nakht el Poderoso lució una amplia sonrisa.

—¿Puedo darle un abrazo al maestro de obras?

—Nada podría alentarme más a preservar nuestra libertad.

Todos imitaron a Nakht, compartiendo así una fraternidad que, más allá de las vicisitudes de lo cotidiano, unía a los artesanos como las piedras de una pirámide.

—¿Has previsto un taller especial para la fabricación del oro? —preguntó Unesh el Chacal.

—Dispondremos una Morada del Oro en el templo.

—¿Y quién la custodiará? —preguntó Casa la Cuerda.

—Vosotros ya tendréis bastante trabajo, por eso confío la tarea a *Negrote, Bestia Fea y* a las sacerdotisas de Hator.

50

El traidor estaba que trinaba.

El maestro de obras no sólo se había saltado las costumbres de la aldea, al no elegir a los guardianes que debían custodiar la Morada del Oro entre los artesanos, sino que además los había encerrado en sus casas para que veneraran a los antepasados, la mañana en la que se iniciaba la obra alquímica.

Aquel lujo de precauciones impedía al traidor acercarse a la Piedra de Luz. Por lo menos, había cuatro sacerdotisas de Hator ante el pilono y otras tantas que impedían el acceso al templo cubierto.

—Espero que no estés pensando en cometer una insensatez —le dijo su esposa.

—De momento, el tesoro está fuera de mi alcance; trabajaré como los demás.

—El maestro de obras es tan desconfiado que nunca podrás apoderarte de la piedra.

—Te equivocas, mujer. En primer lugar, tal vez Paneb no consiga producir la cantidad de oro necesaria y, en ese caso, no seguirá siendo maestro de obras; luego, suponiendo que la reina quede satisfecha con su trabajo, su atención se relajará forzosamente y se reducirán las medidas de seguridad.

—¿Pero cuándo renunciarás, por fin?

—Ya he ido demasiado lejos... ¡Y sé dónde se oculta la piedra! Lo conseguiremos, te lo prometo.

—Tengo miedo... ¿Tal vez Paneb acabe descubriendo que el traidor eres tú?

—Cuando sepa quién soy, será demasiado tarde, tanto para él como para la cofradía.

—Set-Nakht ha regresado de Tebas —anunció el visir Hori a la reina Tausert—. Según unos informadores dignos de confianza, está muy descontento. Su gestión ha terminado en fracaso y el maestro de obras mantiene sus compromisos para con vos.

—No lo dudaba.

—Yo sí, majestad. Me pusisteis en ese cargo para que dudara de todo el mundo.

—Y, sin embargo, habéis conocido a Paneb.

—Mis impresiones no deben ser tenidas en cuenta. En la feroz batalla que os opone a un cortesano tan hábil como Set-Nakht, los cambios de alianza pueden producirse en cualquier momento.

—Te veo muy pesimista, Hori.

—Sólo soy realista, majestad.

—¿Acaso hemos perdido terreno en los últimos días?

—Más bien lo hemos ganado.

—Y en ese caso, ¿por qué mostrarse tan pesimista?

—Porque, aunque salgáis victoriosa, seréis vencida.

A Tausert le gustaba la sinceridad de Hori. Se felicitaba por haber elegido a un hombre del templo, desprendido de las realidades mundanas, para que no se deshiciera en halagos.

—¿Qué quieres decir?

—He estudiado las personalidades de la corte y a los íntimos de Set-Nakht. Su hijo mayor está muy por encima del lote, y sólo él tiene la talla de un estadista. Ahora bien, apoya la acción de su padre que, sin duda, es consciente de las cualidades de su hijo.

—¿Realmente crees que voy a doblegarme sin más?

—Todos los días lucho para disminuir la influencia del clan de Set-Nakht, majestad, y los resultados están muy lejos de ser malos. Pero estoy convencido de que el hijo será mucho más temible que el padre. Deshaceros de él sólo os proporcionará satisfacción personal, pero no un verdadero triunfo.

Las previsiones del visir Hori turbaron a la regente.
—¿Qué me aconsejas?
—Que perseveréis, si creéis estar en lo cierto, pero teniendo en cuenta la realidad y recordando que, sean cuales sean las circunstancias, lo más importante es el bienestar de Egipto.
La puerta del templo cubierto se había cerrado tras la entrada de la mujer sabia y el maestro de obras, una vez que éste hubo sacado la Piedra de Luz de su escondrijo y el escriba de la Tumba le hubo confiado el *Libro de la consumación de la obra,* que había caído del cielo por una ventana del espacio y había sido recogido en la biblioteca de la cofradía. Aquella obra contenía las fórmulas que disipaban las fuerzas negativas, así como los procesos de construcción de los templos que los Antiguos habían concebido.
Clara había llevado redomas, botes y jarras. Varias antorchas iluminaban la sala donde ambos oficiantes intentarían crear el oro alquímico. La mujer sabia llevaba una larga túnica roja, y Paneb un taparrabos blanco. Recorrió la sala con lentos pasos, deteniéndose en cada punto cardinal. Así hacía presentes los cuatro orientes por los que pasaban cuatro tipos de luz: naciente al este, poderosa al sur, consumada al oeste, secreta al norte.
En el centro, la piedra.
—Tú, que no puedes ser esclavizada —dijo la mujer sabia—, tú que eres lo indomable que ninguna mano puede grabar ni hender, danos tu luz.
La piedra adoptó un color verde claro y, del conjunto de sus caras, emanó una suave claridad. La obra podía dar comienzo.
—Prepara el lecho de Osiris —le ordenó la mujer sabia al maestro de obras.
Paneb utilizó cinco cruces egipcias, las «llaves de vida», y diez cetros con la cabeza de Set para formar el lecho sobre el que depositó un molde que contenía granos de cebada, un molde que era el cuerpo de Osiris.
—Abramos ahora el cofre misterioso.
Colocándose a uno y otro lado de la piedra, la mujer sabia y el maestro de obras levantaron su parte superior, como si de una tapa se tratara.
—Conozco la luz que está en el interior —afirmó Clara—, conozco su nombre secreto, sé que es a la vez el Verbo y el acto.
—He visto el cofre del conocimiento —prosiguió Paneb—, sé que contiene las partes del cuerpo despedazado de Osiris que es, a la vez, Egipto y el universo. Sólo la luz los reúne.
De la piedra, sacó un recipiente sellado.
—He aquí las linfas de Osiris, el líquido misterioso que da origen a la crecida y a todas las formas de energía. Gracias a él, la materia puede transmutarse en espíritu. Moldeemos la piedra divina.
De los recipientes que había llevado la mujer sabia, Paneb consiguió extraer pequeñas cantidades de oro, plata, cobre, hierro, estaño, plomo, zafiro, esmeralda, topacio, hematites, cornalina, lapislázuli, jaspe rojo, turquesa y demás sustancias preciosas y las machacó antes de verterlas en el caldero que contenía asfalto y resina de acacia. Veinticuatro minerales, correspondientes a las doce horas del día y las doce horas de la noche, se unieron por efecto del fuego, al tiempo que desprendían sus cualidades esenciales.
—Ahora estás al abrigo de la muerte súbita —le dijo la mujer sabia al molde de Osiris—. El cielo no se derrumbará, la tierra no se hundirá.
Comenzó la larga y delicada regulación del fuego que unas veces había que atizar y otras que disminuir. Al finalizar el primer día, Clara añadió a la materia obtenida el extracto de estoraque; luego, al día siguiente, Paneb la tamizó y la dejó descansar durante dos días. Cuando la devolvió al caldero, la completó con resina de terebinto y aromas; luego majó la mixtura y la escurrió en un lienzo antes de reanudar la cocción.
Al finalizar el séptimo día, un ojo de Horus apareció en la superficie del magma que ocupaba el caldero.
—Estamos en el buen camino —advirtió Clara con alivio—. Ahora tenemos que disociar esta materia para obtener, por un lado, un polvo muy fino y, por el otro, un ungüento resinoso. Sólo las linfas de Osiris nos asegurarán el éxito de la operación.
Clara rompió el sello del recipiente y derramó unas gotas de un líquido plateado

en el caldero. Casi de inmediato, el magma se dividió en dos. Paneb recogió el polvo que flotaba y dejó el ungüento en el fondo.

—Extiéndelo por el molde.

El polvo era muy oloroso y de una increíble finura. El maestro de obras tuvo la sensación de actuar como un sembrador que esparcía una nueva forma de vida.

La mujer sabia colocó un nuevo sello en el recipiente y volvió a introducirlo en la piedra, cuya parte superior volvió a cerrar.

El fulgor verde desapareció para dar paso a un brillo de un rojo intenso. Por un instante, la viuda de Nefer el Silencioso vaciló.

—¡Clara!

La mujer sabia recuperó el equilibrio.

—Prosigamos.

En el caldero, Paneb recogió un ungüento negro, «la piedra divina», que se utilizaría exclusivamente en la Morada del Oro para ungir las estatuas más preciosas y conferirles un poder indestructible. Al primer nacimiento, dado por la mano del escultor, se añadiría el segundo, el del ungüento en el que se ocultaba la luz de la transmutación.

Pero aquel largo trabajo sería inútil y la piedra divina no sería eficaz mientras no tuviera éxito la última fase de la obra.

—Dejemos pasar la noche, Clara, y aprovechémoslo para dormir.

—Imposible, el menor instante de descuido puede resultar fatal.

La mujer sabia extendió las manos sobre la cabeza de Osiris.

—Las partes de tu cuerpo representan las fuerzas secretas del universo; reunidas, le dan vida. Que el alfarero añada el agua original, que triture la materia prima y que el cielo dé a luz el oro del resucitado.

El maestro de obras actuó.

—Que nazca el espíritu fulgurante —prosiguió la mujer sabia—; Osiris es vida, uno y múltiple, que se consume la Gran Obra.

Clara y Paneb ya no tenían posibilidad alguna de intervenir. Tras haber seguido al pie de la letra las prescripciones de los Antiguos, debían esperar el veredicto de la propia materia.

En silencio, imploraron a Nefer el Silencioso, que había vivido en su carne y su espíritu el proceso de transmutación que ellos intentaban reproducir.

Osiris permanecía inerte.

Cuando Paneb ya temía el fracaso, un primer tallo de oro brotó del corazón de Osiris, seguido muy pronto por otros dos que brotaban de sus ojos.

Y el cuerpo entero resucitó.

La cabellera del dios se transformó en turquesa, la parte alta de la cabeza en lapislázuli, los huesos en plata y la piel en oro.

51

—Ya está tardando demasiado —estimó Karo el Huraño, lanzando los dados.

—Fabricar oro lleva su tiempo —respondió Casa la Cuerda—. Me toca jugar a mí.

—Has vuelto a perder —advirtió Gau el Preciso.

—¡Realmente no es mi noche!

—Ayer tampoco lo era, también perdiste. Y nos debes una cena.

—¿Habéis visto a Unesh el Chacal? —preguntó Userhat el León—. Hace un buen rato que lo estoy buscando.

—Se ha marchado en dirección al templo —respondió Karo.

—¡Ése siempre tan curioso! Si piensa que sabrá algo antes que los demás... En fin, soñar es gratis.

—No hay modo de sobornar a las sacerdotisas de Hator —deploró Ched el Salvador, que se limitaba a observar a los jugadores—. Se diría que mi poder de seducción ha desaparecido.

—Yo no me preocupo en absoluto —aseguró Renupe el Jovial—. La mujer sabia y el maestro de obras sabrán estar a la altura.

—Tal vez no baste —se angustió Pai el Pedazo de Pan—. ¡Nunca se puede esclavizar a la materia prima! Y como es libre de actuar a su guisa, nada demuestra que el oro vaya a fabricarse en el plazo previsto.

—Haz como los que no juegan —aconsejó Ched—: duerme.

—¡Me dan miedo las pesadillas!

—¿No querrá decir eso que no tienes la conciencia tranquila?

—Pero... ¿Qué tiene que ver eso?

—Deja ya de pincharlo, Ched —recomendó Userhat.

—¿También tú estás ansioso?

—Ansioso e irritable.

—¡Caramba! —intervino Karo—; ¿de qué sirve que os pongáis tan nerviosos?

Ched silbó una melodía lánguida, Userhat se encogió de hombros y sirvió más bebida.

Tanto los que eran más tranquilos como los más inquietos estaban al borde del ataque de nervios. Se iniciaba una nueva noche y la puerta del templo cubierto seguía cerrada.

La esposa del traidor lo despertó.

—¡Han salido, ve a ver, pronto!

El traidor se incorporó trabajosamente, saliendo de un sueño en el que se había visto coronado de oro y manejando los cetros del faraón.

—¿De quién estás hablando?

—¡De la mujer sabia y del maestro de obras!

Ya completamente despierto, se vistió a toda prisa y salió de su casa. Otros artesanos y varias sacerdotisas de Hator ya se habían reunido ante el pilono que custodiaba Turquesa, ayudada por *Negro te* y *Bestia Fea.*

—¿Realmente han terminado ya? —preguntó una voz de mujer.

—La obra se ha consumado al alba.

—¿Significa eso... que se ha producido el oro?

—Ellos mismos os lo dirán.

La puerta del pilono se abrió y por ella aparecieron Clara y Paneb. La mujer sabia estaba visiblemente agotada y el rostro del coloso mostraba algunas huellas de fatiga.

—¿Lo habéis conseguido? —preguntó Fened la Nariz.

—Los antepasados nos han sido favorables —respondió Clara.

Durante unas grandes maniobras celebradas bajo el mando de Méhy, los carros se habían lanzado a toda velocidad, sin intentar evitar a los infantes.

Se habían producido varios heridos e, incluso, un muerto, pero era necesario entrenar a las tropas ante la amenaza de un posible conflicto.

Méhy, satisfecho al haber comprobado la competencia de sus cuerpos de élite y la calidad de su material sobre el terreno, regresó a su casa a todo galope. Le gustaba agotar a sus caballos hasta que sacaban el corazón por la boca; sólo eran animales, y únicamente los viejos sabios de Egipto creían que una bestia encarnaba una fuerza divina.

En cuanto el general puso pie en tierra, su intendente corrió hacia él.

—Señor, vuestra esposa...

El criado estaba temblando.

—¿Qué pasa con mi esposa?

—Se ha vuelto loca y ha empezado a destrozar muchos objetos valiosos... Nadie se ha atrevido a impedírselo y yo...

—¿Dónde está?

—En sus aposentos.

Méhy anduvo sobre restos de cerámica y recipientes que se hacían cada vez más numerosos a medida que se acercaba a la alcoba de Serketa. Los aullidos que de ella brotaban eran los de una mujer en plena crisis de histeria.

La esposa del general mancillaba con ungüentos de alto precio los muros decorados con delicadas pinturas. Daba brincos como un saltamontes y ni siquiera advirtió la presencia de su marido.

Méhy la agarró del pelo y la abofeteó con tanta violencia que le abrió el pómulo izquierdo.

La sangre que manchaba su túnica asustó a Serketa.

—¿Pero qué... Quién se ha atrevido...? Tú, Méhy, ¿eres tú?

El general la agarró por los hombros y la sacudió hasta que su mirada volvió a ser normal.

—¡Ya basta, Serketa!

—Basta... —repitió ella con una voz de niña que ha sido pillada haciendo una travesura; luego se derrumbó sobre unos almohadones.

—¿Por qué has hecho esto?

—No lo sé... ¡Ah, sí, ya lo recuerdo! Una carta... Una carta de nuestro aliado en el Lugar de Verdad. Me comunica que el maestro de obras y la mujer sabia han conseguido fabricar oro. Son omnipotentes, dulce amor mío, no podemos hacer nada contra ellos...

—¡Al contrario, son noticias excelentes! Ahora sabemos a ciencia cierta qué es *capaz* de hacer esa cofradía. Sus secretos nos son más indispensables que nunca.

—Tengo miedo, Méhy... Unos seres que llevan a cabo semejantes prodigios nos lacerarán como a los grifos del desierto.

—¡Basta de tonterías, Serketa! Tómate una infusión de flores de adormidera y vuelve en ti de una vez. Pero antes lávate y cambiare de vestido.

La esposa del general obedeció y se refugió en su cuarto de baño.

Méhy se preguntaba cómo iba a tomar esa nueva curva, especialmente peligrosa. La cofradía, pues, satisfaría los deseos de la regente, que se enorgullecería de ese éxito y se reafirmaría como una mujer de poder. Pero aquel éxito pasajero no intimidaría a Set-Nakht ni a su hijo mayor, demasiado comprometidos en la conquista del trono. Inclinarse ahora ante Tausert supondría firmar su sentencia de muerte.

La guerra civil era inevitable.

¿Pero de qué lado debía estar para poder destruir con más facilidad al vencedor?

—Ya estoy mejor, amor mío, mucho mejor...

Serketa parecía de nuevo dueña de sí misma. Llevaba una túnica nueva, perfumada, y se había puesto un ungüento en la herida de la mejilla.

—No me gusta demasiado que te desanimes de ese modo, palomita mía.

—Tienes razón —dijo ella, melindrosa—; me he puesto nerviosa. Puedes contar conmigo para combatir a esa cofradía hasta destruirla por completo.

Tras haber pasado la mañana en compañía de la pequeña Selena, que ponía mucho interés en aprender el arte de curar, Clara se había recogido bajo la persea que estaba plantada en el jardín funerario de Nefer el Silencioso. El árbol había crecido muchísimo, y proporcionaba una agradable sombra. Allí, la mujer sabia sentía la presencia de su marido, que vivía en los paraísos celestiales. Las hojas de la persea, en forma de corazón, relucían bajo el sol que hacía resplandecer, también, las blancas fachadas de las casas de la aldea.

Las aldeanas iban a buscar agua en grandes jarras y aprovechaban para hacerse confidencias, los niños jugaban con pelotas de trapo, y los artesanos trabajaban en sus respectivos talleres. La vida discurría como el Nilo, apacible, soleada y majestuosa. El espíritu del maestro de obras desaparecido impregnaba todos los gestos de ambos equipos, y la barca comunitaria seguía navegando por el río que, año tras año, recogía las lágrimas de Isis para formar su crecida y depositar en las riberas la tierra negra donde la vida resucitaba.

¿Por qué Clara sobrevivía tanto tiempo a Nefer el Silencioso, salvo para atestiguar que ninguna catástrofe, por grave que fuese, ponía en peligro el Lugar de Verdad? Ya no tenía acceso a aquella felicidad cotidiana pero, sin embargo, seguía siendo su fiadora.

Negrote le lamió la mano y la contempló con sus ojos de color avellana, risueños y confiados.

—¿Tienes hambre?

Y el perro se relamió con su suave lengua rosa.

Clara se dirigió hacia la cocina, donde su sierva estaba cocinando codornices, cuyo olorcillo había despertado, desde hacía mucho rato, el olfato del perro. Luego las servía sobre unos garbanzos y las acompañaba con chicharrones, y hacían las delicias del paladar más exigente.

—¡Una urgencia! —la avisó la esposa de Karo el Huraño—. La hija de mi vecina se ha hecho un corte en el pie.

—Dale de comer a *Negrote* —le pidió Clara a la cocinera.

—¿Y cuándo almorzaréis vos?

—Cuando pueda —respondió la mujer sabia, sonriendo.

Sí, la vida proseguía.

52

—Sentaos, Set-Nakht, y sed breve, os lo ruego —dijo Hori—. Tengo una mañana muy apretada.

Desde su entrada en funciones, el visir había adelgazado mucho y su tez se había apergaminado. Trabajaba noche y día, siguiendo los pasos del canciller Bay, examinaba a fondo cada expediente y servía a la reina con absoluta fidelidad, ante la desesperación de los adversarios de Tausert.

—Exijo ver a la reina.

El visir se arrellanó en su sillón, manteniendo la espalda erguida.

—No sois el único.

—No finjáis ignorar quién soy y por qué estoy aquí.

—No lo ignoro, en efecto.

—¿Y, sin embargo, os atreveríais a cerrarme el paso?

—Mi trabajo consiste en proteger a la reina.

—La regente no podrá ocultarse detrás de vos, visir Hori. Para ella ha llegado la hora de rendir cuentas.

—¿No os parecen exorbitantes vuestras pretensiones?

—Mi paciencia se ha terminado y ahora quiero respuestas claras. Despedirme sólo agravaría la situación.

El visir se levantó.

—Os acompañaré, pues, hasta Su Majestad.

—Os lo agradezco mucho, visir Hori; cuando sea faraón necesitaré un hombre como vos para dirigir mi gobierno.

—Estoy a las órdenes de la reina Tausert; si ella tiene que abandonar el poder, volveré al templo de Amón sin lamentarlo lo más mínimo.

El visir condujo a Set-Nakht hasta la soberbia alberca que ocupaba el centro del jardín del palacio real.

La reina Tausert estaba sentada a la sombra de un sicómoro que la protegía del sol. Parecía absorta en el estudio de una estrategia que le permitiera vencer en una partida de *senté* *(6)* contra un adversario invisible.

—Majestad —dijo el visir—, Set-Nakht desea hablaros.

—Que se coloque ante mí y que juegue.

El viejo dignatario obedeció, y Hori se esfumó.

Transcurrieron largos minutos.

—Sólo veo tres jugadas posibles —concluyó Set-Nakht—; pero ninguna me salvará de una rápida derrota.

—Eso pienso yo también —declaró la reina.

Su adversario no se dejó deslumbrar por la belleza y la elegancia de la reina.

—El rey Siptah murió hace ciento sesenta y cinco días, majestad, y su momificación sólo duró setenta, de acuerdo con la tradición. Obtuvisteis un plazo de tiempo suplementario para ofrecerle un espléndido equipo funerario, con la esperanza de que el Lugar de Verdad fuera capaz de producir el oro destinado a la fabricación de las obras maestras. Pues bien, ¿cómo están las cosas al día de hoy?

—¿Os negáis a mover una pieza?

—Esta entrevista no es un juego, majestad. Necesito respuestas claras.

—Precisamente acabo de recibir una del escriba de la Tumba: la capilla de oro dedicada a Siptah ya está terminada.

La reina avanzó un peón.

—¿Significa eso... que por fin habéis fijado la fecha de los funerales?

—¿Por qué retrasarlos si ya está todo listo?

—¿Tendríais la bondad de decirme cuándo será, majestad?

—Dentro de diez días.

Set-Nakht detuvo el ataque de Tausert, inclinándose sobre el tablero.

—Cuando la puerta de la tumba se haya cerrado, habrá terminado el período de regencia. Y tendréis que anunciar al pueblo el nombre del nuevo faraón.

—Estoy de acuerdo —admitió la reina, que rompió la última defensa del anciano dignatario.

—¿Renunciáis al poder, majestad?

—¿Sería eso razonable? Mi difunto marido concibió un ambicioso programa de construcciones y de renovación de los edificios sagrados, y pretendo llevarlo a cabo para honrar su memoria.

Set-Nakht se levantó, atónito.

—¡De modo que habéis decidido provocar una guerra civil!

—¿Quién ha dicho eso? Terminemos la partida.

—La tenía perdida de antemano, puesto que vos habíais colocado las piezas. Pero la conquista del trono es un juego mucho más cruel, y vos no sois la única que fija las reglas.

—Es cierto, y ahora soy consciente de ello gracias a los consejos de mi visir, que evita que cometa un trágico error.

Set-Nakht aceptó volver a sentarse.

—¿Renunciáis... entonces?

—A juzgar por las convicciones que nos habitan, ni vos ni yo podemos renunciar.

—¡Elegís, pues, el enfrentamiento!

—¿No estaréis obsesionado por el deseo de luchar? Existen muchos otros caminos para evitar que actitudes inconciliables desemboquen en un conflicto devastador.

—No os comprendo...

—Mañana parto hacia Tebas para presidir los funerales de Siptah. Mi reinado se iniciará cuando finalice la ceremonia... y el vuestro también.

Set-Nakht se quedó boquiabierto.

—¿Habrá entonces... dos monarcas?

—¿Acaso el ser del faraón no estuvo siempre formado por una pareja real? Al convertirme en rey, aunque sea mujer, podría gobernar sola, como Hatsepsut; pero no me siento con fuerza suficiente para hacerlo. Por eso os propongo un reinado común. Si vuestro único objetivo es la felicidad de Egipto, no os negaréis.

—¿Tendremos que decidirlo todo... juntos?

—Yo residiré en Tebas; vos, en Pi-Ramsés. Yo me encargaré de edificar; vos, de garantizar la seguridad del país. Y si tuviéramos que entrar en guerra, sería necesaria mi conformidad.

—¡No me la daríais nunca!

—Sí, si vuestros argumentos fueran decisivos, Set-Nakht. Y cuento con vuestra honestidad para que no disfracéis la realidad.

—Qué extraña solución...

—Pensemos sólo en el bienestar de las Dos Tierras.

—¿Y el reconocimiento de vuestra debilidad no debería incitarme a rechazar vuestra proposición?

—Como yo, tampoco vos sois capaz de reinar solo. Encarno una forma de legitimidad que vos no podéis pisotear.

Set-Nakht se levantó y contempló la alberca, en la que florecían los lotos azules.

—Me gustaría creer en la paz al igual que vos, majestad, pero los acontecimientos no me lo permiten.

—Tal vez os equivocáis... Los pesimistas no siempre tienen razón. ¿Cuándo me daréis una respuesta?

—Antes de que partáis hacia Tebas.

Cuando el anciano dignatario se alejó, Tausert hizo un último movimiento victorioso que puso fin a la partida.

Negrote jugaba a la pelota con la pequeña Selena. Era muy intuitivo, y siempre adivinaba la dirección en la que la niña iba a lanzarla; desplegaba sus largas patas antes incluso de que la pequeña hubiera terminado su gesto.

Encantador, el enorme gato de Paneb, contemplaba la escena, prudentemente instalado en una terraza, en compañía de un pequeño mono verde que pocas veces

permanecía quieto más de unos segundos. *Bestia Fea,* la oca guardiana, dormía a la sombra de un tejadillo, esperando la mezcla de granos de cebada y de espelta que pronto le serviría Uabet la Pura.

Observando al perro, Selena aprendía a descubrir el mundo del instinto. *Negrote* le enseñaba el movimiento adecuado en el momento adecuado, así como la pureza del gesto; así, alimentaba su sensibilidad y percibía aún mejor las enseñanzas de la mujer sabia.

De pronto, las orejas del perro se irguieron y salió a toda velocidad hacia la puerta principal de la aldea.

Al verlo pasar, la esposa de Userhat el León comprendió de inmediato que estaba a punto de producirse un acontecimiento importante. *Negrote* no solía derrochar en vano su energía.

El escultor en jefe fue avisado, y salió de su casa y previno a sus colegas. En pocos minutos se armó un gran revuelo en el Lugar de Verdad. Incluso el escriba de la Tumba salió de su despacho, donde estaba redactando una nueva página de su *Clave de los Sueños.*

—¿A qué viene este alboroto? —se extrañó.

—*Negrote* ha corrido hacia la gran puerta —respondió Renupe el Jovial.

—¿Y me molestáis por causa de un perro?

—¡El poder central tiene que responder a vuestra carta! —recordó Ipuy el Examinador—. Estamos seguros de que *Negrote* ha presentido la llegada del cartero.

—Volved a casa y...

—¡El cartero! —gritó Nakht el Poderoso—. ¡Todos a la gran puerta!

—Si los perros comienzan a dictar la ley... —masculló Kenhir.

Uputy entregó al escriba de la Tumba un papiro sellado.

—Correo procedente del palacio real de Pi-Ramsés —anunció.

Los artesanos se apartaron para dejar pasar a Paneb.

—Leed —le pidió el maestro de obras a Kenhir.

Con mano segura aún, el anciano escriba rompió el sello.

—La reina Tausert estará muy pronto con nosotros para dirigir los funerales del faraón Siptah. Que todo esté listo para la ceremonia.

53

Méhy, que había sido avisado de la llegada de la regente, había puesto sus tropas en estado de alerta. ¿Recibiría el general a una reina que ya no lo era o al nuevo faraón? Sus informadores de Pi-Ramsés no habían podido responderle a esa pregunta. Sólo sabían que Set-Nakht y Tausert se habían entrevistado durante largo rato, a solas, antes de que la regente partiera hacia Tebas. Pero no se había filtrado ninguna información, y sería preciso aguardar las declaraciones de Tausert, al finalizar los funerales del rey Siptah, para saber si había renunciado al trono o si se disponía a provocar una guerra civil.

Méhy, corroído por la incertidumbre, había ido a cazar al desierto del oeste. Matar a sus presas le calmaba los nervios y le devolvía la lucidez que tanto necesitaría durante su encuentro con la regente. Como responsable de su seguridad, intentaría sonsacarle su última decisión, y entonces tendría que tomar partido, a su favor o contra ella.

Si se convertía en un fiel servidor de Set-Nakht, por algún tiempo al menos, le entregaría a la regente, preferentemente muerta, para que no pudiera irse de la lengua. En cambio, si se enrolaba en el bando de Tausert, tendría que convencerla de que lanzase una ofensiva relámpago contra su enemigo, utilizando las armas de que disponía.

Méhy aún no estaba satisfecho después de haber atravesado con sus flechas varias liebres, un corzo y dos gacelas. Dueño de la vida y de la muerte, el general fulminaba con su omnipotencia aterrorizadas criaturas que no conseguían escapar de él.

Entonces lo descubrió: un magnífico zorro del desierto, provisto de una soberbia cola de color blanco y anaranjado. La pequeña fiera, sintiéndose descubierta, se refugió bajo una piedra plana, al pie de un montículo de arena.

Méhy sonrió.

Creyendo que estaba a cubierto, el zorro se había condenado a muerte. Al general no le costaría en absoluto desplazar la piedra, ampliar el cubil y alcanzar a su víctima en las profundidades de su antro. Y le atravesaría el cuello antes de rematarlo con el puñal.

Pero un detalle insólito le llamó la atención: una pluma de avestruz rota.

Aquella estúpida ave no era rara en aquellos parajes, pero la pluma tenía una particularidad: estaba pintada de vivos colores.

El general excavó en la arena, y encontró los restos de un fuego de campamento.

Sólo los libios solían llevar ese tipo de emblema, sujeto en sus cabelleras, cuando partían a guerrear.

Exploradores procedentes de Libia se habían atrevido a acercarse tanto a Tebas... Méhy debería haber acudido inmediatamente al cuartel principal para iniciar una operación de peinado, pero tal y como estaba la situación en el país, pensó que podría hacer algo mejor. Pese al odio que sentía por Egipto, un libio se vendía siempre al mejor postor; añadir algunos mercenarios sin fe ni ley a su panoplia de guerreros aumentaría las posibilidades de victoria de Méhy. Ciertamente, tomar contacto con aquellos combatientes, a menudo ebrios o drogados, iba a ser especialmente delicado; pero el general ya tenía un plan para evitar cualquier problema si fracasaba en su intento.

Quedaba el zorro, que debía de pensar que su mediocre artimaña le había salvado la vida.

Pero se equivocaba.

Méhy levantó la piedra, ensanchó el orificio del cubil, en el que penetró con violencia la luz del día.

La pequeña fiera contempló a su asesino desde el fondo de su escondrijo.

Méhy ya había visto antes aquella mirada. Estaba preñada de una dignidad y un valor más fuertes que el miedo. Pero el cazador era insensible a ella.

El general disparó, pero la flecha se clavó en la tierra, en el lugar que unos segundos antes ocupaba el zorro.

Méhy, estupefacto, advirtió que el animal había excavado otro túnel, más profundo, donde se había refugiado tras haberse arriesgado a desafiar a su depredador.

El general, furioso, partió su arco.

—¡Ahí viene! —exclamó el centinela nubio.

Desde primeras horas de la mañana, no apartaba los ojos de la pista que conducía al Lugar de Verdad.

Desde lo alto del primer fortín, agitó los brazos para avisar a su colega del segundo fortín, que haría lo mismo con el siguiente, y así sucesivamente hasta el quinto.

El jefe Sobek salió de su despacho vestido de gala. El día anterior lo había peinado el peluquero; iba recién afeitado y perfumado, con el torso cruzado por un tahalí y la corta espada al cinto; se dirigió hacia la soberana.

Méhy había querido conducir personalmente el carro de Tausert, pero la regente se había mostrado altanera, y el general seguía sin conocer cuáles eran sus intenciones.

—Bienvenida al territorio del Lugar de Verdad, majestad —declaró Sobek, inclinándose.

Soldados y policías se sentían fascinados por la prestancia de la reina, que llevaba una larga túnica de un verde claro y un collar y unos brazaletes de oro que brillaban al sol.

—Dadas las circunstancias, debo acompañar a Su Majestad para garantizar su seguridad —afirmó Méhy.

—Hasta la zona de los auxiliares, de acuerdo; pero sólo vos, no vuestras tropas. Aquí yo me encargo de la seguridad de nuestros huéspedes. Y ni vos ni yo penetraremos en el interior de la aldea.

—Jefe Sobek, este reglamento no puede...

—Es el del Lugar de Verdad, general, y todos debemos respetarlo —recordó la reina.

Méhy se vio obligado a obedecer.

Los policías nubios contemplaron, hechizados, a la soberana mientras caminaba lentamente hacia la gran puerta de la aldea.

—Podéis volver a vuestro carro —le dijo Sobek a Méhy.

—Pero si debo...

—¡El reglamento, general, recordad el reglamento! Su Majestad acaba de subrayar la necesidad de respetarlo. Ella es la reina de esta aldea, así que, ¿qué riesgo puede correr?

—¡Ni siquiera sé cuánto tiempo piensa permanecer aquí la regente!

—¿Qué importancia tiene eso? Vos y yo somos servidores de la Corona. Cuando Su Majestad decida abandonar el Lugar de Verdad, os lo haré saber.

Todos los aldeanos se habían reunido para formar un pasillo de honor, y los niños más jóvenes habían ofrecido un ramo de flores de loto a la reina, en cuanto dio sus primeros pasos por la calle principal.

Los artesanos se habían puesto el taparrabos de ceremonia, e incluso Kenhir, gracias a los atentos cuidados de Niut la Vigorosa, mostraba una extraña elegancia.

El escriba de la Tumba, el maestro de obras y el jefe del equipo de la izquierda se inclinaron ante la regente.

—Majestad —dijo Kenhir—, esta aldea es la vuestra.

—Residiré en el palacio de Ramsés el Grande hasta que finalicen los funerales —anunció Tausert—. ¿Estáis preparados para celebrar la ceremonia?

—Los sarcófagos ya han sido bajados a la morada de eternidad del faraón Siptah —respondió Paneb—. La capilla de oro está terminada, y el equipamiento funerario del difunto, a vuestra disposición.

—De modo que realmente lo habéis conseguido...

—Los dioses nos han sido favorables, majestad, y hemos respetado las enseñanzas de los Antiguos al actuar en la Morada del Oro.

—La momia de Siptah será llevada mañana mismo al Valle de los Reyes. Los dos equipos de artesanos, y sólo ellos, participarán en el ritual y depositarán en la tumba los objetos que han fabricado.

Aquella decisión preocupó a la pequeña comunidad. ¿Acaso no significaba que Tausert había perdido todo poder y que su último refugio sería el Lugar de Verdad?

—Cuando acaben los funerales seré coronada faraón en Karnak —reveló con serenidad—, como «Amada por la diosa Mut» e «Hija de la luz divina»; al mismo tiempo, en Pi-Ramsés, también Set-Nakht será coronado. Al aceptar mi proposición de compartir la corona, ha evitado sumir a las Dos Tierras en el caos.

Kenhir estaba atónito. ¿Cómo iba a sobrevivir Egipto en aquellas condiciones?

—Mi decisión tal vez os sorprenda —prosiguió Tausert—, pero preservar la paz era lo más importante. Set-Nakht me ha demostrado que se preocupaba más por la felicidad de nuestro país que por su ambición personal. Al sellar el pacto, dio su palabra de no actuar sin mi conformidad. Hemos pasado de ser enemigos a ser aliados, por el interés supremo del reino.

La grandeza de espíritu de la reina conmovía a Paneb. Por el tono de su voz advirtió que ya se había desprendido de los imperativos materiales del poder, para contemplar otros horizontes. Pero seguía siendo la guardiana inflexible del ideal faraónico y tal vez lograra, por sí sola, cercenar las pulsiones de un monarca que corría el riesgo de colocar su reinado bajo la peligrosa protección del dios Set.

—¿Deseáis una infusión, majestad? —preguntó Kenhir.

—Más tarde... Primero deseo recogerme en el templo.

Dos sacerdotisas, precedidas por *Negrote,* acompañaron a la reina mientras Niut la Vigorosa se precipitaba hacia el pequeño palacio de Ramsés para asegurarse de que ni una mota de polvo mancillara el lugar y de que los aposentos estuvieran llenos de flores.

En el umbral del templo cubierto estaba Clara, superiora de las sacerdotisas de Hator.

—La morada de la diosa esperaba vuestra llegada, majestad.

—Vos y yo somos viudas, y fieles al único hombre al que hemos amado, cuyo recuerdo no nos abandona ni un solo instante. Aquí, y en ninguna otra parte, percibí el verdadero sentido del amor: una total comunión de espíritu con el camino de Maat. Y el Lugar de Verdad vive ese momento de gracia todos los días. Ramsés el Grande tenía razón: nada es más importante que preservar su existencia.

—Pongo este templo en manos de su verdadera superiora —dijo Clara.

—Sois la mujer sabia y seguiréis celebrando los ritos. Tan sólo me gustaría pediros algo: contemplar la Piedra de Luz.

—La veréis esta misma noche, majestad.

—Por fin he obtenido la respuesta a la pregunta que me obsesionaba desde hacía tanto tiempo: ¿por qué no lograbais encontrar un emplazamiento para mi tumba en el Valle de las Reinas? Porque, desde nuestro primer encuentro, sabíais que la cofradía, antes o después, tendría que excavar y decorar la morada de eternidad del faraón Tausert en el Valle de los Reyes. Y ese momento ya ha llegado.

54

Tras un mes de regocijo, Pi-Ramsés, aturdida aún por los festejos de la coronación de Set-Nakht, volvía poco a poco a la vida cotidiana. Así pues, al nuevo faraón no le sorprendió ver cómo el visir Hori entraba en sus aposentos privados, poco después del amanecer.

—Siento mucho importunaros tan pronto, majestad, pero debemos examinar juntos muchos expedientes para que yo pueda adoptar medidas concretas.

A Set-Nakht no le asustaba el trabajo. Abandonó, pues, su abundante desayuno para sentarse ante el primer ministro.

—Tengo excelentes noticias —prosiguió Hori—. Tebas ha celebrado con entusiasmo la coronación del faraón Tausert, que se instaló en palacio tras los funerales del rey Siptah. Aquí tengo el programa de las grandes obras que se deben realizar, especialmente las del Delta que, sin duda, vos supervisaréis con mucha atención.

—Creía que ibais a dimitir si yo tomaba la cabeza del Estado...

—Como os prometí, majestad, sigo siendo fiel a la reina Tausert. También ella se encarga de gobernar las Dos Tierras y sigo, pues, sirviéndola... sin dejar de recordaros vuestros compromisos.

Si el rey se hubiera entregado al furor de Set, de buena gana hubiera aplastado al insolente visir. Set-Nakht no confiaba en nadie, salvo en su primogénito. El tal Hori era honesto e intransigente, y Set-Nakht había pensado en varios cortesanos para sustituirlo, pero ninguno sería *capaz* de realizar su trabajo con tanta competencia.

Una vez más, Tausert había acertado al nombrar a aquel visir y al presentir que Set-Nakht no iba a despedirlo.

—Tengo la sensación de que debemos trabajar juntos...

—Me alegro mucho, majestad. Voy, pues, a exponeros varios problemas, a escuchar vuestras soluciones y a solicitar la opinión de la reina-faraón Tausert que, sin duda alguna, buscará siempre un terreno de entendimiento. Con un mínimo de buena voluntad y mucha paciencia, tendríamos que obtener excelentes resultados.

—¿Cómo os encontráis, padre mío?

—Estoy agotado y encantado —respondió Set-Nakht a su hijo mayor—. Agotado porque el visir Hori no me deja un solo día de descanso. Encantado, porque me escucha con atención y no se opone sistemáticamente a mis decisiones. Sin embargo...

—Sin embargo, él es los ojos y los oídos de Tausert en la capital y os impide actuar a vuestra guisa.

—No es posible decirlo más claro, hijo mío.

—Y como esta situación os incomoda, habéis pensado consultar conmigo para que yo os dé una solución.

—¿Acaso me lees el pensamiento?

—Conozco vuestro carácter y sé que compartir el poder no os conviene en absoluto.

—¿Ya quién le convendría?

—¿Cuál es vuestra solución?

—¿Acaso no la imaginas?

—Me temo que sí, padre. Destituir a Hori y sustituirlo por un hombre de paja sería un grave error. Ese visir es un hombre respetado y respetable cuya gestión no es criticada por nadie.

—¡Es la sombra gris de Tausert!

—Y qué importa eso si habéis establecido con ella un pacto y respetaréis vuestra

palabra. El acuerdo es un buen acuerdo, padre; no intentéis romperlo.

Set-Nakht respiró, aliviado.

El consejo de su primogénito era exactamente el que estaba esperando y lo nombraría, pues, como estaba previsto, comandante en jefe de los ejércitos egipcios.

El banquete ofrecido por Méhy en honor de Tausert, que acababa de instalarse en el palacio situado junto a Karnak, había deslumbrado incluso a los más hastiados. La reina-faraón sólo había asistido a los festejos durante unos minutos, el tiempo necesario para recibir el homenaje de los dignatarios tebanos, pero su breve aparición había bastado para seducirlos hasta convertirlos en unos partidarios incondicionales.

—¡Qué mujer! —dijo el alcalde al general—, ¡y qué inteligencia política! No me sorprenderá en absoluto que Tausert consiga reducir progresivamente las prerrogativas de Set-Nakht y reconquistar el conjunto del territorio.

—¿No habréis sucumbido a los encantos de nuestra soberana?

—¿Y quién no? Un faraón que establece su residencia en Tebas, ¡qué honor para nuestra ciudad! Pi-Ramsés pierde, así, un poco de su soberbia. Pero tenéis mala cara, Méhy...

—Sólo estoy algo cansado.

—¡Tendríais que descansar más! El mando de nuestras tropas, la administración de la orilla oeste, vuestra incesante labor para mantener la prosperidad de nuestra provincia... Tanta abnegación por el bien público os valen la admiración general, pero deberíais pensar un poco en vos mismo.

—Tranquilizaos, estoy bien.

—No temáis: los notables se deshacen en elogios hacia vos, y la reina os confirmará en vuestras funciones. Yo mismo he elogiado vuestras cualidades de estadista.

—Os lo agradezco.

—¡Era lo mínimo que podía hacer, Méhy! Escuchad mi consejo y cuidaos.

El general esbozó una crispada sonrisa. En cuanto el alcalde se alejó para verter su chorro de melosas palabras en otros oídos, Méhy abandonó la sala de recepción, donde la embriaguez se había apoderado de la mayoría de los invitados. Tras unas jornadas de angustia, los ricos tebanos podían relajarse por fin. Como Tausert les había prometido, el nuevo régimen no modificaría las jerarquías vigentes.

Méhy, que estaba hecho un manojo de nervios, bebió un trago de licor de dátiles que le abrasó la garganta. El cansancio... Le importaba un pimiento cuando sentía que estaba atrapado, como una de sus presas, por las que no sentía compasión alguna. Hasta el momento, había sido el dueño indiscutible de la región, pero ahora debía someterse a la voluntad de la reina-faraón, que evidentemente no tenía intención de cederle ni una onza de soberanía. Cuando terminaron los funerales de Siptah, Tausert había abandonado el Lugar de Verdad para instalarse en la orilla este donde, en la gran sala de audiencias del palacio que antaño había usado Ramsés el Grande, había convocado a las diez personalidades tebanas más influyentes, a cuya cabeza figuraba Méhy.

El discurso había sido breve y claro: la reina-faraón pretendía supervisar todos los sectores de actividad, incluido el ejército. Méhy se había visto obligado a permitir que inspeccionara de inmediato el cuartel principal, donde la reina había hablado con los oficiales superiores antes de presenciar unas maniobras de los carros y la infantería.

El general, profundamente humillado, tuvo que comportarse como un leal servidor de Su Majestad que, en adelante, sería la única que diera unas órdenes que Méhy tendría que acatar sin discusión.

—¿Piensas en esa maldita reina, dulce amor mío? —murmuró Serketa, acariciándole la mejilla.

—No tardará en meter las narices en los archivos del Tesoro y controlar mis actividades... Al menor tropiezo, las babosas como el alcalde no vacilarán ni un instante en llenarme de babas.

—Siempre que yo les dé tiempo, tierno león mío.

—¡No hagas nada sin mi permiso! —ordenó el general.

—¿No deberíamos pensar en acabar con esa tigresa?
Méhy tomó a su esposa por la cintura y la estrechó contra sí.
—Tal vez, palomita mía, tal vez... Pero cuando yo lo decida. ¿Está claro?
—¿No sería mejor hacerlo lo antes posible?
—Espero que la ofensiva de Tausert sólo sea un farol para deslumbrar a los cortesanos, y que muy pronto se limitará a llevar una vida tranquila que yo me esforzaré en procurarle. ¿Por qué no va a concederme su confianza, como los demás?
—Porque es faraón y, además, una mujer de poder. Desconfía de ella, es una adversaria temible.
Méhy se tomó muy en serio la advertencia de Serketa.
—Si es necesario, intervendremos antes de que pueda comprender cómo me aprovecho de Tebas.
Serketa estaba encantada, y ya imaginaba el delicioso momento en el que tendría el placer de asesinar a un faraón.
—¿Ha llegado Daktair?
—Te está esperando en tu despacho.
Aquel hombrecillo gordo y barbudo no podía estarse quieto. Cuando vio aparecer a Méhy, dio rienda suelta a su cólera.
—¡Por fin! ¿Por qué no he sido invitado a esa recepción y por qué me han hecho entrar con la cabeza encapuchada?
—Porque esta entrevista debe ser secreta.
La animosidad de Daktair cesó de pronto. La actitud de Méhy significaba que el general había decidido recuperar la iniciativa.
—¿Acaso necesitáis mis servicios? —preguntó el sabio, con voz almibarada.
—Descubrí un campamento libio en el desierto del oeste.
Daktair palideció.
—¡Libio! ¿Acaso piensan... atacar Tebas?
—Se trata tan sólo de exploradores, pero hacía mucho tiempo que no se atrevían a acercarse tanto.
—Supongo que habréis enviado un destacamento para interceptarlos.
—Tausert me crea muchos problemas y tal vez necesite nuevos aliados.
—¡Aliados libios...! ¡Pero si son los eternos enemigos de Egipto!
—Todo depende de las circunstancias, mi querido Daktair. Partirás con algunos policías del desierto que conocen perfectamente la región e interceptaréis a los exploradores.
—¡Los policías los matarán!
—Mis órdenes serán estrictas y tú te encargarás de velar por su escrupulosa ejecución: primero interrogarlos, y luego entregarles un mensaje de mi parte.
El sabio quedó estupefacto.
—Dicho de otro modo... ¡Liberaremos a unos prisioneros libios! Los policías no lo aceptarán nunca.
—Las órdenes son las órdenes... Y también tú tendrás las tuyas.
El general reveló a Daktair lo que esperaba de él.
—El riesgo es enorme...
—No tienes elección, amigo mío.
La gélida mirada de Méhy disuadió al sabio de protestar.
—Consíguelo, Daktair. De lo contrario, estarás acabado.

55

Paneb había propuesto a Tausert construir su templo de millones de años entre el de Merenptah y el de Tutmosis IV. La reina-faraón había estado de acuerdo, por lo que el maestro de obras dibujó de inmediato un plano en un rollo de cuero, antes de exponérselo a Hay, jefe del equipo de la izquierda, encargado de construir el edificio con la mayor rapidez. Él era quien procuraría a la soberana la energía necesaria para reinar y combatir las fuerzas del mal.

Ningún profano habría podido descifrar las indicaciones en codos y las plantillas de proporciones que utilizaba el arquitecto para dar vida al templo. Los primeros bloques, que habían sido encargados a las canteras en cuanto se anunció la coronación de Tausert, llegaban a la obra, tallados de forma irregular para que su poder no se perdiera durante el ensamblado, pues la simetría hubiera engendrado la uniformidad y la muerte. Fueron colocados sobre narrias y balancines de gran tamaño, que facilitarían el transporte y ¡a colocación, y fueron examinados uno a uno. El maestro de obras rechazó tres de ellos.

—¿Has preparado el mortero? —preguntó Paneb a Hay.

—Hemos elegido un excelente yeso que ha reaccionado muy bien a la cocción, y nuestras junturas horizontales serán de poco grosor. Las pruebas de lubrificante para el deslizamiento de los troncos han sido satisfactorias.

Hay posó la mano, amorosamente, en una de las piedras destinadas a la primera hilada.

—Ese gres vibra de un modo armonioso —estimó—; construiremos gruesos muros sin olvidar darles el fruto que asegure la circulación de la savia mineral.

Paneb excavó personalmente la primera cola de milano gracias a la que dos bloques se unirían para siempre. Hay la llenó con un trozo de rama de acacia, luego repartió el trabajo entre los artesanos del equipo de la izquierda y cada cual puso su marca en las piedras que trabajaría.

Cuando Paneb oyó que los artesanos silbaban los primeros compases de la canción que celebraba la belleza de la obra, supo que los trabajos se desarrollarían sin incidentes.

Los guardias del palacio real parecían casi enclenques al lado del maestro de obras del Lugar de Verdad. Su capitán se hizo, pues, acompañar por seis hombres para conducir al coloso hasta el gran despacho donde Tausert había trabajado durante toda la mañana en compañía de los responsables de la irrigación.

La reina-faraón disipó su fatiga perfumándose y bebiendo una copa de leche fresca con cilantro antes de recibir a Paneb.

—La construcción de vuestro templo de millones de años ha empezado, majestad. La entrega de los últimos bloques de gres se realizará antes del fin de semana, y podréis consagrar el naos en menos de dos meses. A partir de ese instante, el santuario estará en actividad y los ritualistas oficiarán allí, cada mañana, en vuestro nombre.

—¡Excelentes noticias, maestro de obras!

—Queda por emprender lo más difícil, majestad.

—Te refieres a mi morada de eternidad... ¿Qué emplazamiento me propones?

Paneb sintió cierta aprensión al desvelar su proyecto, por miedo a decepcionar a la soberana.

Y Tausert no podía confesarle que ella misma era presa de la inquietud. ¿En qué lugar del Valle deseaba la cofradía abrir el crisol alquímico en el que resucitaría su alma de faraón?

—¿No sería preferible que lo descubrierais en el propio paraje, majestad?

Los guardias nubios se apartaron ante Tausert y el maestro de obras, que penetraron en silencio en el Valle de los Reyes, sobrevolado por una pareja de halcones peregrinos. El calor era intenso, los acantilados brillaban con una luz cegadora.

Paneb, que iba delante de la soberana, pasó junto a la tumba de Ramsés el Grande, dejó a su derecha la de su hijo Merenptah y a su izquierda la de Amenmés, antes de tomar el sendero que llevaba hacia el sur y bifurcar, luego, hacia el oeste.

El maestro de obras no se detuvo ante la morada de eternidad de Siptah, situada casi enfrente de la del canciller Bay. Prosiguiendo hacia el sur, se paró un poco antes de llegar a la tumba del primero de los Tutmosis, en cuyas proximidades se había excavado la de Seti II.

—He aquí el emplazamiento elegido por la mujer sabia —declaró Paneb—. Según Fened la Nariz y yo mismo, es excelente.

—El centro de un triángulo cuya base está formada por Bay y Siptah y cuyo vértice es ocupado por mi esposo difunto... ¿Es ésa la razón por la que lo habéis elegido?

—La roca es pura y responde bien al cincel. Excavaremos a gran profundidad sin demasiadas dificultades.

Tausert tocó el acantilado.

—¡Será aquí, pues!

—Si place a vuestra majestad.

—El lugar es magnífico, Paneb.

El maestro de obras sintió que Tausert necesitaba meditar, a solas, ante aquella roca no violada aún, donde su alma residiría por toda la eternidad. Se apartó, pues, para contemplarla, inmóvil bajo el sol e indiferente a sus dentelladas. Y el maestro de obras supo que la reina-faraón y él habían nacido de un mismo fuego.

El tiempo se detuvo, el espíritu del Valle de los Reyes penetró en el corazón de Tausert e hizo de una mujer y una reina un faraón de Egipto.

—Paneb...

El coloso se aproximó.

—¿Cuándo iniciarás los trabajos?

—Sólo esperaba vuestra conformidad.

—Muéstrame el plan previsto.

El maestro de obras lo trazó en la arena. Aquel simple gesto le recordó su adolescencia y su insaciable deseo de dibujar la vida y sus secretos.

—Pero... ¡Has previsto una tumba inmensa!

—No sólo inmensa, también decorada con pinturas inéditas.

—¿No será un trabajo demasiado ambicioso?

—La cofradía está formada por artesanos lo bastante expertos para llevarlo a cabo.

El soberbio rostro de Tausert se ensombreció.

—No creo que el destino me conceda un largo reinado... y estoy impaciente por ir junto a Seti.

Paneb, conmovido, no consiguió pronunciar unas palabras insípidas que la soberana ni siquiera hubiera escuchado.

—Majestad...

—Te escucho, maestro de obras.

—La cofradía dará lo mejor de sí misma, y yo pintaré día y noche. Trabajaremos sin cesar para realizar este proyecto.

Tausert sonrió con gravedad.

—Confío en ti, Paneb.

Al coloso le hubiera gustado pronunciar otras palabras, pero los dioses no se lo permitían. Todo lo que podría obtener de aquella mujer sublime sería esa mirada de pureza más ardiente que las brasas.

Méhy y Serketa organizaban banquete tras banquete, para poder entrevistarse en privado con los principales notables de la provincia tebana. El general había advertido que su prestigio seguía intacto, aunque nadie discutiera la autoridad de la reina-faraón.

Pero Tausert no tardaría en identificar a los miembros de la red de Méhy y en

comprender cómo los utilizaba para mantener su dominio sobre la ciudad del dios Amón. A cambio de su fidelidad, éstos habían exigido más privilegios, y el general se había visto obligado a concedérselos.

Mientras él se hacía mala sangre, Serketa desplegaba sus encantos ante el guardián de los archivos del Tesoro, un funcionario obtuso y venal, aficionado a las mujeres hermosas e inaccesibles. La esposa del general era demasiado exuberante para su gusto, pero de buena gana dejaba que sus ojos se posaran en sus apetitosas curvas. Y cuando Serketa adoptaba su tono de niña boba, él sentía que lo dominaban extrañas pulsiones.

—¿Habéis probado ese vino blanco, querido amigo? —preguntó Méhy, acercándose a la pareja.

—Me temo que ya he bebido demasiado...

—Ni hablar, hay que saber gozar de los placeres de la vida —afirmó el general, sirviendo generosamente a su huésped.

—Nuestro amigo es encantador —susurró Serketa—. ¡Y es tan divertido!

—Me halagáis, dama Serketa.

—Para seros franca, muchos altos funcionarios no son precisamente demasiado ocurrentes. Vos sois tan distinto... Estoy convencida de que mi marido no tardará en obtener un ascenso para vos.

—Excelente idea —aprobó el general—. ¿Qué os parecería un puesto de subdirector en la administración central de la orilla oeste?

El guardián de los archivos se quedó gratamente sorprendido.

—Sería... Es...

—Con una remuneración doble, claro está.

—No sé yo si sabré estar a la altura...

—No os preocupéis por eso. Sólo hay que cumplir una pequeña condición: sacar de los archivos los papiros contables que hay en esta lista y traérmelos mañana por la mañana.

El funcionario dio un respingo.

—No puedo hacer eso, yo...

Serketa se colgó de su brazo.

—Sois tan amable, ¿no haríais eso por nosotros?

—Me debéis vuestro puesto —recordó Méhy—, y me deberéis vuestro ascenso. ¿Puedo contar con vos, sí o no?

La gélida mirada del general petrificó al guardián de los archivos.

—Sí, sí... Claro que podéis.

56

El funcionario se había asustado tanto que estaba entre los primeros visitantes que solicitaban ser recibido por el administrador principal de la orilla oeste. Para evitar que quienes lo rodeaban se dieran cuenta de que tenía prisa por hablar con el guardián de los archivos, Méhy lo había hecho pasar en tercer lugar.

A pesar del fresco matinal, el hombre sudaba profusamente.

—Siéntate —le dijo el general, cerrando la puerta.

—No hace falta... Os lo he traído todo.

—Muéstramelo.

El funcionario abrió un cesto cuadrado, del que sacó cinco papiros que Méhy examinó uno a uno. Si hubieran caído en manos de Tausert, habría podido comprender que, desde hacía varios años, el general desviaba fondos públicos en su propio beneficio. Ciertamente, había que poseer profundos conocimientos de contabilidad y tener el olfato de un perro de caza, pero sería mejor no correr ningún riesgo.

—He borrado el número de estos papiros de la lista general —añadió el guardián de los archivos, al que le temblaban las manos—. Ahora es como si nunca hubieran existido.

—Perfecto, amigo mío.

—¿Y... mi nuevo cargo?

—El mes que viene apoyaré tu candidatura y entrarás en funciones poco después. Permíteme que te envíe unos vasos cretenses de colores que te encantarán.

—¡Es demasiado, realmente demasiado!

—Nunca es demasiado para los amigos. No dudes de que has tomado la decisión adecuada.

Gracias a su nuevo salario, el ex guardián de los archivos del Tesoro cambiaría primero de casa y, luego, emprendería la conquista de una mujer agradable que no sabría resistirse a sus atractivos.

Había estudiado demasiados documentos contables, y el funcionario ya no creía en los sentimientos, pero tenía plena confianza en el irresistible poder de las cifras.

Contempló con desdén su casita de dos pisos, en el arrabal norte de Tebas. ¿Cómo era posible que él, que era apto para tan altas funciones, pudiera haberse conformado, durante tanto tiempo, con tan poco? ¡Y aquel minúsculo jardín, poblado por dos viejas palmeras, no era realmente digno de un hombre de su condición!

Muy pronto descansaría a la sombra de los magníficos árboles plantados a orillas de su estanque privado.

Una mujer que agachaba humildemente la cabeza se presentó ante él.

—Unos valiosos vasos... ¿Son para vos?

—¡Claro que sí! Deja en seguida tu cesto en esa mesita.

Impaciente por descubrir el pequeño tesoro que Méhy le regalaba, el funcionario desató el cordel y levantó la tapa.

Enfurecida por la larga reclusión, una víbora negra dio un salto para morder a su víctima en el cuello.

El infeliz se llevó las manos a la herida, aterrorizado.

—¡Un médico, pronto!

—Es inútil —afirmó Serketa, a quien el funcionario apenas reconoció, pues iba muy bien maquillada—. En menos de tres minutos estarás muerto.

—¡Ayudadme, os lo suplico!

—El general sabía que no lograrías dominar tu lengua... Te dejo con la víbora. Yo me llevaré los vasos.

Serketa escapó del funcionario, cuyos desordenados movimientos sólo consiguieron precipitar la difusión del veneno en su sangre.

Mientras asistía a la rápida agonía, la asesina pensó que, gracias a la desaparición de los documentos comprometedores, el general ya estaba a salvo; pero Tausert proseguiría su investigación y *acabaría* dándose cuenta de que Méhy reinaba sobre Tebas por medio de la corrupción y las amenazas.

Antes de que atacase a su marido, Serketa ya habría acabado con ella.

Reunidos en su local, recién pintado, los artesanos del equipo de la derecha habían escuchado con atención el breve discurso de Paneb el Ardiente.

Karo el Huraño, indignado, se expresó con vehemencia.

—¿No nos habías prometido que respetarías los horarios de trabajo habituales y que no suprimirías ningún día de descanso? ¡Y ahora nos exiges que realicemos trabajos forzados para que terminemos lo antes posible la morada de eternidad de Tausert!

—No reniego de mis compromisos —aceptó el maestro de obras—, y no tengo la intención de contrariar vuestra voluntad.

—Si nos negamos, no podrás excavar y decorar la tumba tú solo —supuso Pai el Pedazo de Pan.

—Pues será necesario, si ninguno de vosotros acepta esforzarse un poco más de lo habitual.

—¿Cuáles son las verdaderas razones de tu actitud? —preguntó Ched el Salvador, esbozando una irónica sonrisa.

—Puesto que estamos hablando protegidos por el sello del secreto, sabed que el reinado de Tausert puede ser breve y que ella espera excelencia y rapidez de nuestra cofradía, que le den, a la vez, un templo de millones de años y una morada de eternidad.

—¿Y por qué construirla tan vasta? —preguntó Gau el Preciso—. La tumba del primero de los Ramsés, que ocupó el trono durante menos de dos años, es pequeña aunque espléndida.

—Las dimensiones de las tumbas reales no dependen de la longitud de los reinados —repuso Paneb—. Tras tantos años de experiencia, todos sois expertos en vuestro oficio, y sois capaces de llevar a cabo una obra de ese tamaño.

—¿De dónde sacas tus informaciones? —inquirió Unesh el Chacal.

—Es un simple presentimiento de la propia Tausert.

—¿Y qué dice la mujer sabia? —preguntó Fened la Nariz.

—Nada.

—Mala señal —advirtió Ipuy el Examinador.

—¡El proyecto del maestro de obras me parece exaltante! —declaró Nakht el Poderoso—. Hemos trabajado mucho para el exterior durante los últimos meses y ya es hora de que nos consagremos a lo esencial.

—¿Acaso lo más divertido no es intentar lo imposible? –sugirió Ched el Salvador —. Disponer de un largo plazo de tiempo para crear una tumba como la de Siptah no nos permitió recurrir a nuestras reservas y exigir de nuestras manos lo que no habían dado aún. No tengo la energía ni la salud de Paneb, pero participaré en la aventura tan intensamente como mis fuerzas me lo permitan.

—Seremos dos, por lo menos —precisó Didia el Generoso, con calma.

—Basta ya de cháchara —interrumpió Thuty el Sabio—: ¿quién se opone al maestro de obras?

—¡Bah! —exclamó Karo el Huraño—. Aquí nunca hay modo de discutir... En vez de estar perdiendo el tiempo, sería mejor que nos dispusiéramos a partir hacia el Valle de los Reyes.

Serketa había dormido hasta mediodía, colmada por el asesinato que acababa de cometer. Pero su beatitud había desaparecido brutalmente cuando, al contemplarse en un espejo, había descubierto, horrorizada, una pequeña arruga en la comisura de los labios.

Inmediatamente llamó a su camarera y a su peluquera, profiriendo estridentes gritos, para que le llevaran cremas y ungüentos.

—¡Deprisa, deprisa, hay que impedir que esta monstruosidad me desfigure el rostro! ¡Y llamad de inmediato a mi médico!

Una vez maquillada, Serketa se sintió algo aliviada. Su intendente le dirigió la palabra con deferencia.

—Un visitante os está esperando desde primeras horas de la mañana, dama Serketa.

—¿Cómo se llama?

—Se ha negado a decírmelo. He intentado despedirle pero dice que debe entregaros un mensaje importante. Y en esas circunstancias, sólo vuestra decisión...

—¿Cómo es?

—Talla mediana, grueso, cabeza redonda, pelo negro...

—Instálalo en el quiosco y dile que voy en seguida.

El intendente no se había atrevido a decirle que el visitante, de aspecto vulgar, se parecía mucho al general Méhy. Serketa, sin embargo, estaba convencida de que se trataba de Tran-Bel, el pequeño mercader de muebles que bailaba al son que ella tocaba.

La esposa del general comprobó su maquillaje antes de reunirse con un huésped tan inesperado como indeseable.

Lamentablemente, se trataba *en* efecto del mercader, con su falsa sonrisa y sus aires hipócritas.

—¿Qué mosca te ha picado, Tran-Bel? ¡No te autoricé a venir a molestarme a mi casa!

—Perdonad mi insolencia, dama Serketa, pero era urgente. Espero que nadie pueda oírnos.

—Nadie.

—En Tebas circulan innumerables rumores... Es difícil discernir lo cierto de lo falso, pero no cabe duda de que la reina Tausert se comporta como un verdadero faraón y que la posición de vuestro marido se ve por ello... debilitada. Ahora bien, vos y yo estamos muy unidos.

—¿De dónde sacas tú eso?

—Recordadlo, dama Serketa... Uno de los artesanos del Lugar de Verdad es uno de vuestros íntimos amigos, y yo conozco a ese artesano. ¿No valdría mucho oro una información como ésa, si se la vendiera a Tausert?

De los ojos de Serketa salieron chispas.

—¡Oh, ya sé lo que estáis pensando! Sobre todo, no lo intentéis, pues he tomado mis precauciones. Además, tengo confianza en vos y estoy convencido de que el general Méhy tiene un gran porvenir.

«El bueno de Tran-Bel resulta molesto y, si desapareciese, ni mi marido ni yo lo íbamos a lamentar.» —¿Qué quieres?

—Primero, el precio de mi silencio; luego, ser socio de uno de vuestros negocios. Uno de los mejores, claro está.

Serketa contempló durante largo rato al mercader.

—De acuerdo —decidió finalmente.

57

—¿Cómo que enfermo? —se extrañó Paneb.

—Sí, enfermo —repitió la agresiva morenita, esposa del cantero Casa la Cuerda —. Así es, y debe quedarse en casa.

—Salimos esta mañana hacia el Valle de los Reyes y necesito a todos los miembros del equipo.

—¡Pues deberás prescindir de Casa! Está durmiendo y no voy a despertarlo.

—Yo me encargaré, pues.

—Por muy maestro de obras que seas, te prohíbo cruzar el umbral de mi morada.

—No exageres porque puedo enfadarme.

—Si no me crees, ve a ver a la mujer sabia. Examinó a mi marido y decidió que estaba demasiado débil para levantarse.

Paneb, intrigado, se fue a grandes pasos a la consulta, donde Clara curaba el tobillo torcido de un muchacho demasiado fogoso.

—Casa finge estar enfermo —acusó el coloso.

—Sufre una infección renal; lo curaré en pocos días —precisó la mujer sabia.

—No me digas que es incapaz de levantarse, de caminar y trabajar.

—Por desgracia, sí.

—Si me dejas, yo lo curaré más rápidamente que tú.

—Nuestra regla te prohíbe emplear a un enfermo en una obra.

No podía hacer otra cosa, por lo que Paneb pasó por casa del escriba de la Tumba para que anotase en el Diario el nombre de Casa y las razones de su ausencia.

Le sorprendió encontrarlo vestido con una grosera túnica, con el material de escritura al alcance de la mano.

—¿Acaso pensáis trepar hasta el collado, Kenhir?

—Pero bueno... ¡Pues claro! ¿Acaso has imaginado que no te ayudaría en la excavación de una nueva tumba real? En marcha.

Viento del Norte, el asno de Paneb, se había puesto a la cabeza del cortejo. Tan robusto como su dueño, había aceptado llevar las cosas del escriba de la Tumba y él era el que marcaba el ritmo del ascenso, deplorando la lentitud de los bípedos y la falta de seguridad de sus pies.

No sin emoción, el maestro de obras regresaba al camino del collado, donde se habían construido unos oratorios y unas chozas de piedra. Allí dormían los artesanos durante los períodos de trabajo, y allí se sentían más cerca del cielo. Para preservar la serenidad del paraje estaba prohibido encender fuego y cocer alimentos; pero los aldeanos estaban autorizados a entregar excelentes comidas.

Las noches pasadas en el collado eran inolvidables. Paneb se sentaba en el tejado de su choza, formado por gruesos bloques de calcáreo unidos con mortero, y admiraba la Gran Obra, rodeada de las imperecederas estrellas.

—¿Tú tampoco duermes? —advirtió Kenhir.

—La jornada que hemos pasado restaurando las estelas consagradas a los antepasados me ha quitado el sueño. Ni por un instante he dejado de pensar en Nefer, cuya presencia es, aquí, casi palpable.

—No te preocupes, tú la preservas y la prolongas... ¿Has pensado bien en la obra que quieres emprender?

—El fuego que me habita desde siempre me dictó el plano de la morada de eternidad de Tausert.

—No has cambiado, Paneb... Desde el momento en que te defendí, ante el tribunal de admisión de la cofradía, sabía que superarías todos los obstáculos. Y ni siquiera la más alta función te ha hecho perder un ápice de tu determinación y tu deseo. De todos modos, sé prudente: los demás artesanos no están hechos de la

misma pasta que tú.

Kenhir regresó a su choza, la única que tenía tres estancias: la primera incluía un banco con un sitial en U, con el nombre de su propietario inscrito, y unas jarras de agua fresca; la segunda, un lecho de piedra cubierto de una estera, y la tercera era un despacho donde el anciano escriba redactaba el Diario de la Tumba.

En aquella modesta morada, Kenhir olvidaba su edad y sus dolores, pues recordaba las grandes horas de la cofradía en las que había tenido la suerte de participar. ¡Qué razón había tenido al renunciar a una carrera tan brillante como trivial para ponerse al servicio del Lugar de Verdad! ¿Dónde, si no allí, se habría acercado tanto al misterio de la vida? ¿Dónde habría vivido una fraternidad que las pruebas no dejaban de reforzar?

Penbu, el policía nubio encargado de vigilar el almacén de material, a la entrada del Valle de los Reyes, dejó pasar a *Viento del Norte,* el asno más célebre de la orilla oeste, pero observó a los artesanos con mirada inquisidora.

—Falta uno —advirtió.

—Casa la Cuerda está enfermo —explicó el escriba de la Tumba—; se reunirá con nosotros la semana que viene.

El maestro de obras llamó a Tusa, el colega nubio de Penbu, y le dio la orden de vigilar la entrada de la tumba de Tausert en cuanto estuviera excavada. El policía iba armado con una espada corta, un puñal, un arco, flechas y una honda, y estaba autorizado a dispararle a cualquier sospechoso que intentara aventurarse por aquellos parajes.

Con la ayuda del carpintero Didia, Ched el Salvador ya estaba instalando un taller en una profunda grieta de la roca. La equiparon con unas tablas para colocar botes, crisoles, recipientes y panes de color, protegidos del sol por una tela blanca. La tumba era inmensa, por lo que dibujantes y pintores necesitarían muchísimo material.

Ante la roca intacta aún, la mujer sabia entregó al maestro de obras el delantal dorado, el mazo y el cincel de oro con los que desprendió el primer fragmento de calcáreo, que fue examinado por Fenecí la Nariz.

—Perfecto —dijo.

Paneb utilizó el gran pico en el que el fuego del cielo había trazado el hocico y las dos orejas de Seth, luego los canteros lo ayudaron con todas sus fuerzas. Se inició el acompasado baile de las herramientas, mientras los demás artesanos recogían los restos en fuertes cestos de mimbre y los sacaban del paraje.

—¡Esa pared es una delicia! —exclamó Nakht el Poderoso—. Se diría que estaba esperándonos.

—No hables tanto —le aconsejó Karo el Huraño—, de lo contrario, tu brazo se cansará.

—Y tú, golpea al compás o te destrozarás un músculo. Ya tenemos a uno lesionado.

Sin decir palabra, Paneb se interpuso en seguida. Y las herramientas cantaron a coro con la roca.

—Hay que deshacerse de inmediato de ese Tran-Bel —decidió el general—. Supongo que lo harás encantada, palomita mía.

Serketa le daba un masaje en la espalda a su marido, que estaba tendido junto a la alberca de los lotos.

—Me divertiría mucho, pero aún es demasiado pronto, tierno león mío.

—¿Deseas darle una oportunidad a ese rufián?

—Todavía puede servirnos para algo.

—Ya no tengo nada que temer de Tausert, ¿por qué voy a preocuparme por un mediocre que sólo piensa en traicionarnos?

—¡Precisamente porque es mediocre! No podemos encontrar mejor aliado para llevar a cabo el plan que he ideado.

El general se dio la vuelta, intrigado.

—¿Tran-Bel, un aliado? ¡Estás desvariando, Serketa! Para él sólo cuentan los beneficios.

Ella pasó lentamente el dedo índice por el ancho torso de Méhy.

—Precisamente por eso, cocodrilo mío, precisamente. Ese estúpido sirio no sospechará nada. Quedará, incluso, tan cautivado que no tomará ninguna precaución.

—Me intrigas... ¿Te estás volviendo estratega?

—Decídelo tú...

A medida que Serketa exponía su plan, a Méhy se le hacía la boca agua. No sólo era una idea excelente sino que, además, les procuraría una decisiva ventaja sobre la cofradía.

Paneb no hubiera creído que el trabajo iba a avanzar con tanta rapidez. Pero el entusiasmo de los artesanos y la precisión de sus manos había permitido excavar ampliamente la roca y hacer que la bajada progresara con gran rapidez.

Una vez curado de su afección renal, Casa la Cuerda se había reunido con sus compañeros y había demostrado que su vigor seguía intacto.

En el taller de dibujo, el programa iconográfico iba tomando forma. Los escultores no se quedaban atrás, y el maestro de obras no había tenido que intervenir para estimular su inspiración.

Kenhir vivía una nueva alegría, de insospechada profundidad: gracias a su irradiación y al poder de su magia personal, Paneb el Ardiente había conseguido dar un nuevo impulso al equipo, cuyas cualidades parecían inagotables.

Cada anochecer, revivían la felicidad en el collado. Se alegraban por el trabajo realizado, se planeaba el del día siguiente y se discutía el menor detalle técnico, hasta que el maestro de obras decidía. La morada de eternidad de Tausert parecía haberse apoderado de todo el equipo de la derecha, e incluso Ched el Salvador, tan distante por lo común, estaba entusiasmado con la construcción de aquella nueva Gran Obra.

Paneb, alimentado por esa sed de creación, ignoraba el cansancio, y sólo dormía dos horas por noche. Contemplando las estrellas, obtenía fuerzas para el día siguiente.

El maestro de obras era el primero en levantarse. Se arrodillaba ante una estela grabada por uno de sus predecesores y pronunciaba las fórmulas rituales de salutación al sol resucitado, antes de despertar a quienes tenían el sueño más profundo.

Kenhir se desperezaba penosamente.

—Yo ya no estoy para estos trotes... ¡Pero qué maravillosos momentos estamos viviendo!

—Parecen serlo, en efecto.

—Piensas en el traidor, ¿no es cierto?

—Y en el asesinato de Nefer, como todas las mañanas.

—Temo que todo se haya dicho ya.

La mirada del maestro de obras se clavó en el horizonte.

—Alguien trepa por el sendero que lleva al collado.

—¿Estás seguro?

—Y creo que se trata de una mujer.

58

Paneb no se equivocaba.

Por su frágil silueta, reconoció a Uabet la Pura. No llevaba ningún cesto de comida, por lo que Ardiente temió que subiera hasta allí para hacerle ciertos reproches de orden privado.

Pero la joven sacó muy pronto de su error al maestro de obras.

—Un mensaje urgente procedente de Pi-Ramsés. El cartero ha insistido, y he considerado preferible que el escriba de la Tumba y tú os enterarais lo antes posible.

—Te lo agradezco, Uabet.

—Vuelvo a bajar a la aldea.

Kenhir leyó la misiva del visir Hori.

—Esta carta debería haber pasado por las manos de la reina Tausert... —se extrañó Paneb.

El anciano escriba estaba muy contrariado.

—Una orden de Set-Nakht: exige que excavemos su morada de eternidad en el Valle de los Reyes.

—¡Tebas no está bajo su autoridad!

—Set-Nakht es faraón —recordó Kenhir—, y sus exigencias son legítimas. Debemos obedecer.

—Dos tumbas al mismo tiempo... ¡Imposible! Ya he exigido a los equipos del Lugar de Verdad más de lo que pueden dar de sí.

—Y, sin embargo, es preciso encontrar una solución.

—¿Retrasar la construcción de la morada de eternidad de Tausert? ¡Ni hablar! Negociad con Set-Nakht, Kenhir; seguro que podréis convencerlo de que espere.

—No sobreestimes mis capacidades. De acuerdo con la misiva, el rey tiene prisa y una idea muy precisa sobre el emplazamiento de su morada de eternidad: en el centro del Valle, para estar relativamente cerca de los faraones a quienes venera, Ramsés I, Seti I y Ramsés II.

—¿Acaso no es la cofradía la que debe hacerle una proposición teniendo en cuenta las características del terreno? Hasta hoy, ningún monarca se ha comportado como un tirano, y nosotros siempre hemos llevado la iniciativa en la elección.

—¿Aceptas por lo menos estudiar esa hipótesis? —preguntó Kenhir, que se sentía atrapado.

—Los artesanos están cansados, ya va siendo hora de volver a la aldea.

La reunión era tormentosa; pero dado el carácter sagrado del lugar, que estaba bajo la protección de los antepasados, y la presencia invisible de Nefer el Silencioso, cuyo sitial permanecía vacío, cada cual se expresó con dignidad.

—La situación está perfectamente clara —resumió Userhat el León—: dos faraones reinan al mismo tiempo, ambos quieren su tumba y nosotros sólo podemos crear una. La de Tausert está ya empezada y la reina-faraón reside en Tebas; no veo por qué hay que darle más vueltas.

Nuestra regla nos obliga a obedecer una orden del faraón, sobre todo cuando se trata de su morada de eternidad —objetó Unesh el Chacal.

—¿Eres capaz de desdoblarte para trabajar en dos lugares al mismo tiempo? —ironizó Thuty el Sabio—. ¡Tendremos que tomar partido por uno de los dos!

—Set-Nakht nos haría pagar muy cara una negativa —dijo Renupe el Jovial, preocupado.

—¡Que la reina Tausert se las arregle con él! —insinuó Karo el Huraño.

—¿Y el papel del escriba de la Tumba no consiste en sacarnos de ese mal paso?

—preguntó Pai el Pedazo de Pan.
—Apretemos los puños y no nos dividamos —aconsejó Ched el Salvador.
—Sólo hay una solución —decidió el maestro de obras—: complacer a los dos faraones.
—¿Y cómo vas a hacerlo? —preguntó Ipuy el Examinador.
—Primero, concediéndoos tres días de descanso. Luego, nombrando un pequeño equipo que comience a excavar una tumba para Set-Nakht en la parte central del Valle.
—¿Tú formarás parte de él? —preguntó Didia el Generoso.
—No, yo me ocuparé de la obra principal.
—¿A quien designas?
—Nakht el Poderoso, Fened la Nariz e Ipuy el Examinador trabajarán de acuerdo con la copia del plano del Valle que yo les entregaré.
Al oír esas palabras, el traidor empezó a urdir un plan que albergaba un riesgo mínimo y que empezaba por la inevitable destitución del maestro de obras.
Una vez hubiera quitado de en medio a Paneb, la cofradía quedaría tocada y sus defensas se debilitarían.
Y entonces, la Piedra de Luz por fin sería suya.

En mitad de la noche y ante la atenta mirada de *Bestia Fea y Negrote,* Kenhir corrió los tres cerrojos de la cámara fuerte; el escriba de la Tumba y el maestro de obras eran los únicos que conocían el funcionamiento del mecanismo.
—¿Nada anormal? —preguntó Paneb.
—No hay ningún rastro de que haya sido forzado.
Con la ayuda de una antorcha, el viejo escriba desplazó unos cinceles de cobre, de primera calidad, y luego desanudó la gruesa cuerda que aseguraba un arcón de madera de ébano.
Levantó la tapa, no sin inquietud, pero el tesoro aún seguía allí. Kenhir desenrolló con delicadeza el papiro en el que se había dibujado el plano del Valle de los Reyes que revelaba el emplazamiento de las moradas de eternidad.
—Copiaré la parte que nos interesa —anunció Paneb—, y se la entregaré a Fened mañana por la mañana.
Mientras el maestro de obras lo hacía, Kenhir aguzaba el oído. Pero la oca y el perro, que estaban montando guardia, permanecían muy tranquilos.
Kenhir cerró la puerta de la cámara fuerte sin que se hubiera producido ningún incidente. La aldea dormía apaciblemente.
—Esto no me gusta —dijo el maestro de obras.
—¿Esperabas que el devorador de sombras atacara?
—No, me refiero a las exigencias de Set-Nakht.
—Has dado con la solución adecuada, todos la han aceptado.
—La solución adecuada... Yo no estoy tan seguro.
—¿Qué temes, Paneb?
—¡A mí también me gustaría saberlo! Vayamos a dormir.

Unos taparrabos por el suelo, la cocina desordenada, la loza sucia, un lecho que amenazaba ruina... A la casa de Fened la Nariz le faltaba un buen repaso. Desde su divorcio, el cantero no prestaba demasiado interés a los quehaceres domésticos.
Paneb lo zarandeó.
—¡Despierta, Fened!
—Ah, eres tú... ¡Pero si hoy es día de descanso!
—Ése es el plano que utilizarás cuando yo haya dado el primer golpe de pico.
—Déjame levantarme, al menos, antes de estudiarlo.
—No te iría mal una mujer que te ayudara en las tareas domésticas.
—¡Ah, no, no quiero otra mujer en mi casa! Yo mismo cogeré la escoba.
—Si te comprometes a ello...
—Un servidor del Lugar de Verdad sólo tiene una palabra —recordó Fened, levantándose—. Pero dime... ¿por qué me confías una tarea tan ardua?
—Porque las circunstancias me impiden asumirla yo mismo. Tranquilízate: si se produjera algún incidente, yo sería el único responsable.
—Bueno... Me lavo y te acompaño hasta el Valle.

A Daktair no le llegaba la camisa al cuerpo.

A causa de sus dolencias de estómago, había tenido que retirarse varias veces, retrasando la marcha hacia adelante de los policías del desierto, hastiados por la presencia de un sabio poco acostumbrado a aquel tipo de expediciones. Pero como el general Méhy en persona les había ordenado que obedecieran sin discusión a Daktair, el comandante de la escuadra había impuesto silencio a sus hombres.

—¿Ningún rastro de los libios aún? —preguntó Daktair, que calmaba sus espasmos poniéndose una piedra caliente sobre el vientre.

—Sí, justamente... Y tendríais que pensarlo bien.

—¿Pensar qué, comandante?

—La situación se hará pronto peligrosa. Los libios son peores que bestias feroces y el enfrentamiento puede resultar violento. Un hombre como vos no está preparado para ello.

Daktair se hinchó como un sapo.

—El general Méhy me ha confiado una misión y voy a llevarla a cabo, sean cuales sean los riesgos. Yo soy el jefe de esta expedición, y nadie más. Os recuerdo que quiero vivos a esos libios.

—Bien se ve que no conocéis el terreno ni a la presa que perseguimos.

—Según parece, este comando está formado por los mejores especialistas... Que lo demuestren, pues.

El desafío hirió al oficial.

—Sí, somos los mejores y os lo demostraremos.

—Eso es exactamente lo que espero. ¿Cuándo cogeremos a esos libios?

—Como muy tarde, dentro de dos días... Están empezando a andar en círculo, y dejan rastros a sus espaldas. Dicho de otro modo, están cansados y carecen de instrucciones concretas. Por muy astutos que sean, no se nos escaparán.

59

Seis Dedos conocía el desierto a la perfección. Habían apodado así al jefe de los exploradores libios porque tenía un dedo más en cada pie, lo que le valía ser considerado como un demonio sin fe ni ley. Para sobrevivir en un medio hostil, Seis Dedos sabía que nunca debía relajarse y que era necesario no bajar la guardia ni un solo instante, incluso durante la noche.

Al acercarse a Tebas oeste había escapado más de veinte veces a las patrullas de la policía egipcia, formadas por guerreros tan temibles como él mismo. Se sentía invencible, y ardía en deseos de hacerles pagar caro a los súbditos del faraón las humillaciones que habían infligido a su pueblo.

Era demasiado pronto para pensar en atacar la rica ciudad del dios Amón, que estaba muy bien defendida por los soldados del general Méhy; sería preciso identificar, en primer lugar, la posición de los puestos de vanguardia para preparar la ofensiva.

—¿Podemos encender fuego, jefe? —preguntó su brazo derecho.

—Al abrigo del montículo, allí, con las brasas de ayer.

—Eso va a ser difícil...

—¿Qué quieres decir?

—Las brasas de ayer se han quedado en nuestro campamento de ayer.

Seis Dedos abofeteó a su compatriota.

—¡Y, sin embargo, te ordené que te las llevaras!

El explorador blandió un cuchillo.

—¡A mí nadie me trata así!

—¡Pobre idiota! Para la policía egipcia, un rastro como ése es...

Una flecha se clavó entre ambos hombres; una voz ruda los dejó petrificados.

—Vuestros centinelas son prisioneros nuestros. No intentéis resistiros ni huir o seréis abatidos.

Tortura y, luego, ejecución sumaria: eso era lo que les esperaba. Seis Dedos habría peleado de buena gana, pero los policías estaban demasiado cerca. Al menor gesto amenazador, el libio sería acribillado a flechazos.

—Atadlos —ordenó Daktair.

Las cuerdas se hundieron en las carnes, el adjunto de Seis Dedos hizo una mueca de dolor.

—Dime tu nombre y el objeto de tu misión —le exigió Daktair, cuya altivez revelaba su posición de jefe.

El libio escupió a la barba del sabio, que se limpió con el dorso de la mano.

—¡Dejad que me ocupe de ese insolente! —exigió el comandante.

—¡Nada de violencia!

—¡Pero no sabéis con quién tenéis que véroslas!

—Ese bandido se llama Seis Dedos —indicó un policía que miraba los pies del libio—. Al parecer, es uno de sus mejores exploradores... ¡Una buena captura!

—Quiero quedarme a solas con él —exigió Daktair.

—Desconfiad —recomendó el oficial, apartándose.

Seis Dedos contemplaba a Daktair, asombrado.

—Tú no eres un soldado...

—No, soy un negociador.

—Si has inventado una nueva forma de tortura, ¡adelante! De todos modos, no voy a darte ninguna información.

—Pues yo tengo una: el general Méhy quiere hablar con alguno de tus jefes, en secreto.

—¡Te estás burlando de mí!

—La cita será en plena noche, dentro de tres lunas nuevas, junto al pozo

abandonado al salir del ued de las gacelas.

—¿Y crees que los libios van a caer en una trampa tan grosera?

—El general irá solo, con algunos policías del desierto, no con su ejército. Podrás comprobarlo fácilmente. Que tu jefe haga lo mismo; de lo contrario, la entrevista no se celebrará. Y, créeme, tendríais mucho que perder, pues el general tiene la intención de mostrarse especialmente generoso con sus futuros aliados.

—Sus futuros aliados... —repitió Seis Dedos, atónito.

—Méhy desea confiaros una misión y la *pagará* muy bien.

Durante una fracción de segundo, la codicia prevaleció sobre la incredulidad.

—¡Estás mintiendo!

—Voy a soltaros, a ti y a tus hombres, para que transmitáis el mensaje.

—¿Soltarnos? ¡Imposible!

Daktair se dirigió a los policías.

—Liberadlos y dejadlos partir.

El comandante se irguió frente al hombrecillo barbudo.

—¡Ni hablar! Todos esos criminales merecen la pena de muerte.

—¿No lo habéis comprendido, comandante?

—¿Comprender qué?

—Al general Méhy no le interesan esos exploradores —dijo Daktair en voz baja—. Desea echar mano a sus jefes y sólo una emboscada bien organizada nos permitirá lograrlo. Vosotros seréis, por otra parte, sus actores principales.

—Me gusta pero no me gusta —concluyó Fened la Nariz.

Nakht el Poderoso dejó el pico y se secó la frente.

—¿Y si fueras más claro?

—La roca es acogedora, el calcáreo de calidad, pero el emplazamiento recuerda a una mujer que no desea nada.

—¡Será que tu divorcio sigue royéndote el cerebro! —estimó Ipuy—. Olvida a tu esposa de una vez por todas, y te darás cuenta de que vale la pena vivir la vida.

Fened hinchó el pecho.

—Nunca he mezclado mis problemas personales con mis deberes profesionales... Te apodan Examinador, así que deberías saberlo.

—Las historias de mujeres estropean la mano de los más fuertes —asestó Nakht.

—En vez de inventar proverbios de tres al cuarto, sería mejor que te pusieras a trabajar; eso nos permitiría avanzar.

—Hay unos que charlan y otros que trabajan —observó Ipuy, limpiando el gran pico.

—¡Tú añoras la tumba de Tausert! —observó Fened.

Examinador dejó la herramienta con delicadeza y miró a su colega.

—El mundo de los humanos se divide en dos categorías: los imbéciles y el resto. Y mucho me temo que tú te encuentras en la primera. Al designarnos, a los tres, para esta misión, el maestro de obras nos honró con su confianza, y yo me siento especialmente orgulloso.

—Acabas de tratarme de imbécil, ¿no es eso?

—No ha llegado todavía la hora de la pausa para almorzar —intervino Nakht—. Ya seguiréis más tarde con vuestras discusiones.

Poderoso siguió excavando el pasadizo. Sus dos compañeros se miraron por el rabillo del ojo y lo ayudaron.

—Un poco más a la derecha —exigió Fened, que seguía escrupulosamente el plano dibujado por el maestro de obras.

—Es extraño...

—¿Qué ocurre?

—La roca resuena de un modo distinto.

—Déjame ver.

Fened utilizó un cincel ancho.

—Tienes *razón,* se diría que no tiene mucho grosor.

—Consulta de nuevo tu plano.

—No hay ningún error, vamos en la buena dirección.

—¡Prosigamos, entonces!

Los tres servidores del Lugar de Verdad pusieron más empeño aún en su trabajo.

No podían rivalizar con sus colegas, que *avanzaban a* pasmosa velocidad en la obra consagrada a Tausert, pero demostrarían que un equipo pequeño era capaz de obtener resultados excepcionales.

Y el pico de Nakht cayó de nuevo, con la fuerza necesaria para derribar el obstáculo sin estropear la herramienta.

Pero la punta se hundió tan profundamente que el cantero se desequilibró y estuvo a punto de soltar el mango.

—¿Pero qué te pasa? —se irritó Ipuy—. ¡Apuesto a que has bebido a nuestras espaldas!

Nakht, confuso, se levantó muy enojado.

—¡Deja ya de decir tonterías! Es la primera vez que doy con un hueso semejante... El lugar está maldito, es la única explicación posible.

Ipuy se inclinó hacia la grieta que había abierto el pico.

—No hay maleficio que valga... Simplemente has abierto una grieta en una especie de caverna.

Fened acercó una antorcha al orificio.

—Ensanchemos el agujero.

Nakht no se hizo de rogar.

A costa de duros esfuerzos, Poderoso abrió un paso lo suficientemente ancho para que Ipuy el Examinador consiguiera deslizarse por la grieta.

—¿Qué ves? —preguntó Fened.

—Otro pasadizo... Tengo que trepar.

—¡Ten cuidado!

—Todo va bien, no te preocupes.

Ipuy sólo desapareció durante unos minutos, pero su ausencia pareció interminable.

Cuando Examinador regresó, estaba completamente pálido.

—Es increíble... ¡Este pasadizo desemboca en la tumba del faraón Amenmés!

60

—Parece grave —le dijo Ched el Salvador a Paneb—; el trío que excavaba la tumba de Set-Nakht te reclama.

El maestro de obras volvió al aire libre.

—¿Algún problema, Fened?

—¡Una catástrofe, más bien! Siguiendo tu plano, hemos dado de lleno con la morada de eternidad de Amenmés.

—¡Es imposible!

—Y, sin embargo, es así —deploró Ipuy el Examinador.

Paneb acudió inmediatamente al lugar y comprobó que Ipuy no exageraba.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Nakht, que parecía haber envejecido.

—Volved a cerrar herméticamente el corredor que habéis excavado.

—¿Abandonamos el paraje?

—No queda otra solución.

—No me gustaba —recordó Fened la Nariz—, no me gustaba en absoluto.

—Ya protestarás más tarde —intervino Nakht—. De momento, cerrémoslo.

El equipo se había puesto en camino hacia el collado, en un absoluto silencio. Paneb caminaba a la *cabeza, y* a los otros les costaba seguirlo. Llegó a la aldea en primer lugar, y miró al sol poniente como si no existiera nada más.

Los artesanos comenzaron a cenar sin decir una palabra, y sólo Kenhir se atrevió a acercarse a Ardiente, cuya sombra gigantesca cubría parte de la montaña.

—Debo redactar el Diario de la Tumba, Paneb.

—¿Y quién os lo impide?

—Todo el equipo está informado de ese terrible incidente, y me veo obligado a consignarlo por escrito.

—Cumplid con vuestro trabajo, Kenhir.

—Por desgracia, no bastará con eso...

—¿Qué más hay?

—El maestro de obras no está por encima de las leyes de la cofradía, al contrario; dada la gravedad del incidente, me veo obligado a convocar al tribunal.

Paneb se volvió hacia Kenhir.

—¿Queréis juzgarme a mí?

—Si el tribunal te absuelve, seguirás dirigiendo los trabajos de la cofradía, pero si te considera culpable de ese error, serás condenado a retirarte.

Un larguísimo silencio siguió a las palabras del escriba de la Tumba.

—No me presentaré ante el tribunal, pues conozco de antemano el resultado de las deliberaciones. Soy el único responsable de lo ocurrido y, por tanto, el único culpable.

Los artesanos, cautivados por la poderosa voz del maestro de obras, habían dejado de comer para aguzar el oído.

—No te lo tomes así —recomendó el escriba de la Tumba—; sabes muy bien que gozas de la estima general.

—Una estima que llevará a mi destitución... Vivís en un país de sol, pero no soportáis su brillo. Vosotros y yo no estamos hechos de la misma pasta. Vosotros buscáis la comodidad, la seguridad, pero no aceptáis que la luz de pleno estío inunde vuestro corazón. Mañana regresaréis a la aldea y elegiréis a otro maestro de obras.

Todos los artesanos se levantaron.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Kenhir.

—Ir a respirar el aire de la cima y abrasarme en su fuego.

Nadie se atrevió a protestar, pues el rostro del coloso se había vuelto

impenetrable. Pero cuando Paneb salió del villorrio, Nakht el Poderoso lo alcanzó.

—¡No volverás vivo de allí arriba!

—¿Qué importa eso, si ya estoy excluido de la cofradía?

—¡El tribunal no se ha pronunciado aún!

—Mi error es peor que un crimen, ningún artesano afirmará lo contrario. Pido, pues, justicia a la cima.

—Si absuelve a Paneb —precisó Thuty el Sabio—, seguirá siendo nuestro jefe de equipo y maestro de obras.

Kenhir mantenía la cabeza gacha. Sabía muy bien que, en el pasado, la cima nunca había concedido el perdón a los culpables. Mejor hubiera sido, para Ardiente, comparecer ante «la asamblea de la escuadra y el ángulo recto», que habría reconocido su buena fe.

Pero Paneb no era un ser de medias tintas; no volvería a ser un simple artesano tras haber sido maestro de obras. Al enfrentarse al fuego devorador de la cima quería verse purificado de su error por las propias potencias divinas y seguir creando la morada de eternidad de Tausert, en la que pensaba expresar todo su arte.

Como escriba de la Tumba, Kenhir no tenía derecho a mostrarse indulgente con un maestro de obras, fueran cuales fuesen sus cualidades, pues la obra que se debía realizar prevalecía sobre el hombre. Ésa era la ley del Lugar de Verdad desde su fundación y, si dejaba de aplicarse, la cofradía desaparecería. Dada la popularidad adquirida por Paneb, el escriba de la Tumba sería odiado por los artesanos, puesto que se había mostrado intransigente; pero eso no le preocupaba, ya que gracias a su rigor estaba protegiendo a toda la aldea.

—Supongo que descansaremos en casa, a la espera de la sentencia de la cima —sugirió Unesh el Chacal, tajante.

—A menos que Kenhir decida dirigir él mismo los trabajos —ironizó Casa la Cuerda.

El viejo escriba no respondió a la provocación y, con la ayuda de su bastón, inició el descenso. Tenía los huesos doloridos y no sentía, siquiera, ganas de admirar el espléndido panorama que tan a menudo lo había deslumbrado. En adelante, sería considerado el perseguidor de Paneb el Ardiente y, sin duda, tendría que jubilarse fuera de una aldea a la que, sin embargo, seguía amando. Pero, al menos, moriría con la conciencia tranquila al haber cumplido con sus obligaciones de escriba de la Tumba, la más ingrata de las tareas; ¿pero cómo podía ser que un dibujante tan experto como Paneb hubiese cometido un error tan grosero al copiar el plano original?

Turquesa topó con Niut la Vigorosa, que estaba plantada delante de la puerta del despacho de Kenhir.

—¿Es cierto que el escriba de la Tumba ha mandado a Paneb a la muerte?

—¡Claro que no! Ardiente decidió enfrentarse a la cima, nadie lo ha obligado a hacerlo.

—¡Pero Kenhir quería llevarlo ante el tribunal!

—Era su deber, Turquesa, dada la grave falta cometida por el maestro de obras. He dado las mismas explicaciones a Uabet la Pura y ni un artesano ni una sacerdotisa de Hator pueden criticar el rigor de nuestra regla. Mi marido se ha limitado a aplicarla, y debemos felicitarlo por ello.

—¿Por qué no aparece?

—Porque está agotado y deprimido. ¿O crees que la decisión de Paneb le ha alegrado? Es inútil atormentar más al escriba de la Tumba, ya que sólo ha cumplido con su deber.

Impresionada por la determinación de la joven esposa de Kenhir, Turquesa se retiró y se dirigió hacia la morada de la mujer sabia. La soberbia pelirroja nunca había imaginado que el coloso pudiese desaparecer; sentía la calidez de su deseo, como si la estrechara entre sus brazos sin haberla abandonado nunca.

Desde su primer encuentro, durante el que sus febriles cuerpos habían vivido una comunión que seguía siendo tan intensa cada vez que hacían el amor, Turquesa no había engañado nunca a Paneb. Seguía siendo, sin embargo, una mujer libre, dispuesta a hechizar a quien deseara, pero nunca había deseado a ningún otro hombre tras haberse convertido en amante del coloso.

Ella, enamorada hasta ese punto... El joven insumiso, elevado a la dignidad de maestro de obras de la cofradía, desplegaba una extraña magia de la que ella no conocía, aún, todos los secretos. ¡No, no quería perderlo!

La mujer sabia estaba conversando con la pequeña Selena, que le pedía noticias de su padre.

—¿Es cierto que se ha marchado solo a la montaña?

—Sí, Selena.

—¿Quiere llegar a la cima y ver a la diosa?

—Eso pretende, en efecto.

La niña permaneció pensativa, pues sabía que la mujer sabia no le mentía nunca.

—Bueno, voy a leer el papiro sobre las enfermedades del pulmón.

Selena se retiró a la biblioteca de Clara.

—No se da cuenta de la gravedad de la situación —estimó Turquesa.

—Te equivocas.

—¡Selena parece tan tranquila, tan indiferente!

—Conoce, a la vez, la cima y a su padre.

—¡Déjame subir, Clara, para ayudar a Paneb!

—Es demasiado tarde, Turquesa. Debe afrontar ese juicio él solo.

—Bebed al menos un poco de caldo de verduras —le recomendó Niut a Kenhir, hundido en un sillón bajo.

—No tengo hambre ni sed.

—Haciéndoos mala sangre y privándoos de comer no lograréis que Paneb regrese.

—La aldea entera me detesta. '

—¿Y qué importa eso si estáis en paz con vos mismo?

—En paz, en paz... ¡Es muy fácil de decir!

Niut la Vigorosa frunció el ceño.

—¿Qué os reprocháis?

—No lo sé, pero me parece haber omitido un detalle importante... Dame un poco de vino.

—¿Creéis que eso os aclarará el espíritu?

—Nunca se sabe.

Niut llenó sólo el fondo de una copa.

Y al vaciarla, Kenhir encontró, por fin, la realidad que lo rehuía.

—Me duelen demasiado las piernas para moverme... Vete a buscar a Fened la Nariz y dile que venga inmediatamente con el plano dibujado por Paneb.

61

Mientras trepaba hacia la cima, Paneb recordaba la advertencia de Ched el Salvador: «La vida nos reserva, fatalmente, pruebas que nos hacen caer desde lo alto. Y, para ti, la caída será más dura aún que para los demás; recuerda, entonces, la victoria sobre el dragón de las tinieblas».

¿Pero la montaña de Tebas ocultaba realmente un monstruo con el que era necesario enfrentarse? El coloso pensaba más bien en la inesperada caída que acababa de arrebatarle la función de maestro de obras, a la que se había consagrado en cuerpo y alma. Ardiente se sentía con fuerzas para luchar con los más resueltos adversarios, pero el acontecimiento lo había cogido desprevenido, y había sido derrotado sin librar batalla alguna.

Las sacerdotisas de Hator afirmaban que nadie debía subir a la cima sin ofrecer ramos de flores a la diosa del Occidente, para apaciguar su furia; sin embargo, Paneb llevaba las manos vacías, y su única ofrenda era una cólera capaz de hacer temblar las colinas de los alrededores.

Ardiente no quería nada del levante ni del poniente; sólo la plena luz de mediodía tendría el valor de una sentencia. Por eso esperó a que el calor estuviese en su máximo apogeo para afrontar la cima, a la vez protectora del Lugar de Verdad y llama implacable que aniquilaba a los imprudentes y los vanidosos.

Paneb llegó finalmente al oratorio de la cumbre, blandió el puño y gritó:

—¡Tú que tanto amas el silencio, respóndeme! Puesto que eres la encarnación de Maat, la dueña del cielo, de los nacimientos y las transformaciones, dime si me consideras digno de dirigir la cofradía de tus servidores. ¿La falta que he cometido es realmente tan grave que me impide crear la morada de eternidad del faraón Tausert?

Primero, sólo hubo el silencio.

Un silencio implacable, tan pesado que incluso los hombros de Paneb estuvieron a punto de doblegarse bajo su peso. Pero aguantó e interrogó de nuevo a la diosa, con la misma vehemencia.

Entonces, la montaña se movió.

No era un terremoto, sino una especie de danza, muy lenta, que sin embargo hizo vacilar al coloso.

—¡Por fin has hablado! ¡No vaciles, habla con más fuerza, que oiga bien tu veredicto!

Paneb estaba recuperando el equilibrio cuando las rocas de la cumbre se abrieron y dejaron brotar una luz roja.

Lanzó un grito de dolor, llevándose las manos a los ojos, pero permaneció de pie.

Cuando volvió a abrir los párpados, estaba ciego.

—¡Quieres impedir que pinte porque eres una diosa cruel! ¿Acaso has olvidado distinguir el bien del mal? ¿He prestado falso juramento o mancillado el nombre de Ptah, patrón de los constructores? Me rebelo contra tu mutismo, por eso intentas destruirme humillándome, ¡pero no lo lograrás! ¡Que el león que hay en ti me devore y que me arrastre el viento furioso!

A Kenhir le temblaba la voz.

—Es una equivocación terrible... No, una sórdida manipulación... Paneb no ha cometido ningún error... ¡Mira el plano, Clara, míralo bien!

La mujer sabia examinó el documento con atención.

—Este trazo no es el de Paneb.

El escriba de la Tumba se llenó de júbilo.

—¡Eso es también lo que yo creo! El traidor robó el dibujo del maestro de obras de casa de Fened, hizo una copia deliberadamente equivocada y fue ésta la que

Fened utilizó... ¡Ésta es la causa real del terrible accidente! Si no se me hubiera ocurrido estudiar otra vez ese dibujo falso seguiría creyendo que Paneb había cometido una terrible equivocación.

—¿Le habéis preguntado a Fened?

—¡Claro que sí! Dice que robar el documento y cambiarlo por otro resultaba muy fácil. ¿Fened, un devorador de sombras lo bastante perverso como para falsificar el dibujo y hacerse pasar por víctima?... ¡Es absurdo!

—Voy a buscar al maestro de obras —decidió la mujer sabia.

—Si la cima lo hubiera absuelto, ya habría regresado hace mucho tiempo.

En efecto, eso era evidente, y el traidor había conseguido deshacerse del maestro de obras gracias a la astucia. Pero Clara quería seguir esperando.

—No corras ningún riesgo —imploró Kenhir—; ¡te necesitamos!

Cuando la mujer sabia tomaba el sendero que llevaba a la cima, una manita apretó la suya.

—Sé que vas a buscar a papá; yo iré contigo.

La mujer sabia debería haberse negado, pero Selena parecía tan decidida que aceptó. La niña sabría mostrarse lo bastante fuerte si, como era probable, había ocurrido lo peor.

Treparon lentamente y, a pocos metros de la cima, descubrieron al maestro de obras, sentado en una roca y contemplando la cumbre.

—¡Papá!

Selena corrió a acurrucarse en los brazos del coloso.

—El brazo de la cima me ha golpeado, y he sentido su aliento después de que me ha hecho ver su potencia —le reveló él—. Me ha dado unos ojos nuevos cuando la oscuridad reinaba en pleno día. Abre de par en par tus oídos, Selena: la cima será generosa si sabes hablarle.

La mujer sabia abrazó al maestro de obras.

—No has cometido ningún error, Paneb; el traidor robó de la casa de Fened el plano que habías dibujado. Lo modificó con la esperanza de que los canteros cometieran un error fatal del que fueras considerado el único responsable.

Abrazando a su hijita, el maestro de obras se puso en pie.

—¿Significa eso que soy confirmado en todas mis funciones?

—La diosa te ha considerado inocente y el tribunal de la cofradía confirmará su sentencia. Esta prueba te habrá permitido conocer el fuego de la cima que, en adelante, animará tus manos y tus obras.

El traidor se cruzó con Turquesa en la calle principal de la aldea, y se extrañó ante su aire gozoso.

—¿Por qué estás tan contenta? —le preguntó.

—¡Paneb ha regresado!

—Una sacerdotisa de Hator *acaba* de decirme que la cima lo había dejado inválido.

—¡Al contrario, lo ha absuelto! La mujer sabia ha llevado al maestro de obras al oratorio de la diosa del silencio para que le rinda homenaje y, mañana, organizaremos un banquete en su honor. ¡Si supieras qué feliz soy!

—Se ve, Turquesa, se ve... Yo también estoy muy contento de que Paneb haya sobrevivido a la prueba.

—Su corazón es un cuenco inmenso que aún contiene muchas obras maestras que, gracias a la cima, veremos muy pronto.

Más floreciente que nunca, la soberbia pelirroja se dirigió al oratorio con paso de bailarina, mientras el traidor regresaba cabizbajo a su casa, donde su mujer estaba preparando cerdo con lentejas.

Al ver su rostro descompuesto, ella comprendió.

—Paneb está sano y salvo, *¿no* es así?

—La montaña lo ha absuelto.

—¡No es un hombre como los demás, goza de los favores de Set!

—¡También creíamos que Nefer el Silencioso estaba protegido por los dioses y lo asesiné! Esas viejas supersticiones no me impedirán actuar.

—Tengo miedo, cada vez más miedo...

—¡Basta ya de lloriqueos! No renunciaremos a la fortuna que nos espera en el exterior. Piensa en una casa grande y hermosa, en criados, en las tierras que

cultivarán nuestros campesinos, y olvida tu miedo. Paneb sólo es un hombre, acabaré con él como acabé con su padre espiritual, me apoderaré de la Piedra de Luz y obtendremos lo que siempre hemos deseado.

En ese instante llamaron a la puerta.

La esposa del traidor se pegó a la pared, aterrorizada.

—¡Te han identificado y vienen a buscarnos!

Preocupado, el traidor entreabrió la puerta y descubrió a Niut la Vigorosa.

—El escriba de la Tumba convoca en su casa a los miembros del equipo de la derecha.

—Voy.

Niut fue a avisar a otro artesano.

—¡No vayas, es una trampa! —le aconsejó su mujer—. El viejo Kenhir te detendrá ante tus colegas.

El traidor estaba perplejo. Si su esposa tenía razón, la única solución era huir sin más dilación. ¿Pero qué error había cometido?

Aunque la diosa del silencio se hubiera negado a tomar la vida de Paneb, quedaba su error profesional, aquel plano inexacto que lo había conducido a provocar una catástrofe indigna de un maestro de obras... Y el traidor se lo recordaría con firmeza al escriba de la Tumba, para que Paneb fuese condenado.

—¡Salgamos inmediatamente de la aldea! —recomendó su mujer.

—Iré a casa de Kenhir —decidió finalmente el traidor.

Paneb examinó el plano que había utilizado Fened la Nariz, ante los artesanos del equipo de la derecha.

—Es una falsificación —concluyó—, y no es difícil de demostrar por tres razones: en primer lugar, no es la tinta que utilicé para copiar el original; además, el grosor de las líneas no se corresponde con el que yo obtengo con mi pincel; finalmente, la calidad del papiro, que podréis comparar con el fragmento que queda en la reserva del escriba de la Tumba, no es idéntica.

—Lo confirmo —declaró Kenhir—, y no es necesario, por tanto, convocar el tribunal; el maestro de obras no ha cometido ningún error.

Todos los artesanos se sintieron aliviados y Karo el Huraño fue el primero en felicitar a Paneb.

Ched el Salvador se dirigió a Fened la Nariz.

—¿No deberías darnos una explicación?

62

Fened la Nariz se asustó.

—Una explicación... ¿Sobre qué?

—Es muy sencillo —estimó Ched—: o alguien te robó el plano que te había confiado el maestro de obras, para sustituirlo por esta falsificación o tú eres el autor de esta conjura.

—¡Qué tontería! No he sido yo.

El cantero temblaba al sentir que las miradas acusadoras de todos los artesanos se clavaban en él.

—¡Os equivocáis, soy inocente!

—Ven conmigo —ordenó Paneb.

—¿Adonde me llevas?

—Si eres culpable, el castigo será severo; si eres inocente, no tienes nada que temer.

Comprendiendo que no tenía escapatoria, Fened la Nariz siguió al maestro de obras, que lo condujo hasta uno de los oratorios cuyo mantenimiento corría a cargo de Uabet la Pura.

La sacerdotisa se apartó para dejar entrar a los dos hombres en la estancia abovedada, iluminada por una tenue luz.

Entre las estatuas del fundador de la cofradía, Amenhotep I, y de su esposa de piel negra, símbolo de la obra alquímica, se hallaba la mujer sabía, que levantaba con las manos una estatuilla de la diosa Maat.

—Frente a la eterna rectitud y a nuestros santos patronos, ¿juras, por la vida del faraón y la del maestro de obras, que tienes el corazón y las manos limpias?

Fened la Nariz se arrodilló, sin apartar los ojos de Maat.

—Lo juro.

Paneb lo levantó.

—Permíteme que te abrace.

Las noticias que Tausert recibía del visir Hori no eran muy esperanzadoras. Basándose en los informes reunidos por su hijo mayor, cuya honestidad nadie discutía, Set-Nakht intensificaba los preparativos de guerra. Las conmociones políticas en Asia hacían que, cada vez más, Egipto apareciera como una tentadora presa, y los escasos resultados de los diplomáticos reforzaban la hipótesis de un intento de invasión.

No se había producido ningún incidente grave en los protectorados, por lo que Set-Nakht no exigía aún la indispensable aprobación de la reina-faraón para iniciar la ofensiva destinada a acabar con el enemigo. Y el visir Hori seguía administrando cuidadosamente la economía del país.

Tausert amaba Tebas; allí había alcanzado una serenidad que le había parecido inaccesible en Pi-Ramsés. Acudía a menudo a Karnak, celebraba rituales en el gran templo de Amón-Ra, y pasaba algunas horas, demasiado breves, en el jardín de palacio.

La reina-faraón abandonaba el despacho donde había recibido al superior de los graneros cuando su secretario particular le presentó una inesperada petición.

—El maestro de obras del Lugar de Verdad desearía ver, urgentemente, a Vuestra Majestad.

Tausert tuvo una especie de deslumbramiento que, por unos instantes, la hizo vacilar.

—Majestad... ¿Os encontráis bien?

—Sí, sí, no os preocupéis.

—Despediré al maestro de obras para que podáis descansar.

—No, acepto recibirlo... Que se reúna conmigo en el jardín.

Tausert no había sentido nunca antes aquella sensación de cansancio; salió trabajosamente del palacio para sentarse a la sombra de un gran sicómoro.

Cerró los ojos, agotada, y pensó en su marido difunto, cada noche más presente en sus sueños. A veces, al escuchar los informes de los administradores a quienes convocaba, se extrañaba ante sus distracciones, como si el ejercicio del poder ya no le interesara; pero tal vez sólo se trataba de una fatiga pasajera.

Tausert abandonó su ensimismamiento, presintiendo una presencia.

Paneb el Ardiente estaba ante ella, a pleno sol.

—¿Qué ocurre, maestro de obras?

—Supongo que sabéis que el rey Set-Nakht me ordenó excavar su morada de eternidad en el Valle de los Reyes.

—¿Qué tiene eso de raro?

—La cofradía no está en condiciones de satisfacer sus deseos.

—¿Qué queréis decir?

—Que los equipos del Lugar de Verdad están ocupados en la construcción de vuestro templo de millones de años y en la preparación de vuestra morada de eternidad. La magnitud de la obra prevista no deja lugar alguno para otro trabajo de envergadura.

—¿Y no estáis obligado a obedecer?

—No cuando la orden es absurda y se impone una solución mejor.

—¿Cuál?

—Os sorprenderá, majestad, y necesito vuestra entera aprobación. Dado que concebí una tumba muy vasta y que dos faraones reinan al mismo tiempo, ¿por qué no asociarlos para siempre?

—¿Significa eso... que debería recibir a Set-Nakht en mi morada de eternidad?

—En efecto, suponiendo que seáis la primera en reuniros con la luz divina de la que brotasteis. De lo contrario, os recibirá el rey Set-Nakht.

Tausert estaba atónita.

—¡Sorprendente proposición, en efecto! ¿Realmente pensabas que iba a aceptarla?

—Sí, majestad, porque os estoy hablando de una obra en la que las querellas personales y los asuntos temporales no tienen lugar. Ni una sola escena, ni un solo texto evocará, de cerca o de lejos, las vicisitudes cotidianas y los aspectos humanos de vuestro reinado; quedarán encarnados vuestro diálogo con los dioses y vuestra resurrección en la luz. Sólo el ser del faraón vivirá para siempre en aquellos lugares.

La tumba de Tausert y de Set-Nakht... La reina cerró de nuevo los ojos para imaginar aquella extraña realidad.

—Por la diosa Maat, majestad, os juro que trabajaré sin descanso para hacer de vuestra morada de eternidad la más hermosa del Valle de los Reyes. Transmitiré en mi pintura todo lo que la cofradía me ha enseñado y todo lo que he descubierto durante mis años de trabajo. Vuestro rostro brillará junto a las diosas, y la magia de los colores lo hará inalterable.

Si hubiera sido más joven, Tausert habría rechazado la proposición de Paneb; pero sabiendo que ya no saldría nunca de Tebas y que el maestro de obras era sincero, aceptó.

—Está bien, acepto, pero no es sólo cosa mía. Set-Nakht se negará.

—¿Y no lograríais convencerlo, majestad?

—Creo que soy la menos indicada para emprender semejante negociación.

—Si me autorizáis a ello, yo me encargaré. Saldré hacia la capital para entrevistarme con el rey.

—Mi secretario te dará una carta acreditativa, pero mucho me temo que esa gestión resulte un fracaso.

—Permitidme ser optimista, majestad.

—¿Y si Set-Nakht se niega?

—Pase lo que pase, me consagraré a vuestra morada de eternidad.

—Seguid así —les dijo el maestro de obras a los canteros, que avanzaban excavando en la roca a notable velocidad.

—¡Es nuestra obra más hermosa! —exclamó Nakht el Poderoso—. Nunca había trabajado con tanto entusiasmo... ¡Parece que este lugar hubiera estado esperando

nuestra llegada! No encontramos ninguna dificultad.

—Porque tú no tienes reuma —objetó Karo el Huraño.

—Tengo dolor en medio de la espalda —se quejó Casa la Cuerda.

—Pégate a mi pecho —le ordenó Paneb.

El coloso colocó la punta de su esternón sobre la vértebra dolorida, rodeó a Casa con sus poderosos brazos y lo estrechó como si quisiera asfixiarlo.

—¡Espira a fondo!

Cuando los pulmones del cantero estaban vaciándose, Paneb apretó más aún y todos oyeron un chasquido.

—Me siento mucho mejor —afirmó Casa, aliviado.

—¿No hay otro enfermo por aquí? —preguntó el maestro de obras.

—Parece que no —repuso Kenhir, sentado a la sombra del acantilado.

—Ched el Salvador y Gau el Preciso supervisarán la ejecución de los planos que les he confiado y que vos comprobaréis cuidadosamente, Kenhir.

El escriba de la Tumba se levantó y se apoyó en su bastón.

—Es un viaje peligroso, Paneb.

—No os preocupéis, regresaré.

—¡Pi-Ramsés es más temible que un nido de víboras! Set-Nakht te considera uno de los principales apoyos de Tausert y no te lo perdona. Estoy convencido de que rechazará tu proposición y te retendrá como prisionero.

—Solo no podrá imponer un nuevo maestro de obras en el Lugar de Verdad. Y cuento con vos para que se respete nuestra regla.

—Si escucharas los consejos de un hombre con experiencia, no irías.

—Pero si no hablo con Set-Nakht, ¿cómo puedo hacerle entender la necesidad de excavar una tumba única?

Turquesa estaba ante la gran puerta de la aldea. Llevaba los rojizos cabellos recogidos bajo una soberbia peluca negra y los ojos delicadamente maquillados.

Paneb se detuvo, con su saco al hombro.

—¿Acaso no quieres que haga este viaje?

—Nadie, ni siquiera la mujer a la que amas, podría impedir que lo emprendieses.

El coloso contempló a Turquesa con tanta intensidad que la mujer se estremeció.

—Ve, maestro de obras, y cumple con tu función, aunque ésta acabe con tu vida. Si no lo hicieras, yo no te amaría.

63

Acostumbrado a levantarse temprano, Set-Nakht se había quedado postrado en la cama con fuertes dolores en los riñones, que su médico personal sólo había conseguido mitigar recetándole un potente calmante a base de adormidera. Poco antes de mediodía, el rey se había sometido a una serie de exámenes.

—¿Y bien, doctor?

—Me gustaría deciros que se trata de un simple lumbago, pero no suelo mentir. ¿Queréis oír la verdad?

—No me ocultéis nada.

—Como queráis, majestad... La verdad es muy simple: sois un hombre de edad y vuestros órganos vitales están desgastados. Como poseéis una energía superior a la media, aún conseguís olvidarla, pero semejante fuerza se agotará muy pronto. Tomaréis reforzantes, pero tendrán muy poca eficacia y sólo lograrán retrasar el plazo.

—¿Queréis decir... la muerte?

—Debéis prepararos para ella, majestad.

—¿Cuánto tiempo me queda?

—Si vivís más de un año, será un milagro. Os recomiendo encarecidamente que restrinjáis, a partir de hoy mismo, vuestras actividades y descanséis al máximo. De lo contrario, mi pronóstico será mucho más pesimista.

—Gracias por vuestra franqueza, doctor.

—Una cosa más, ésta más agradable: gracias a la magnitud de nuestra farmacopea, no sufriréis. Y, naturalmente, estoy a vuestra disposición día y noche.

A pesar de que no tenía apetito, Set-Nakht se había obligado a comer unas costillas de cordero y una ensalada. Con la espalda menos dolorida gracias a los medicamentos, había recibido al visir Hori durante media hora, antes de que su secretario particular le entregara los mensajes confidenciales.

—Una carta de la reina Tausert, majestad. Os la trae el maestro de obras del Lugar de Verdad.

—Paneb el Ardiente, ¿estás seguro?

—Es un coloso que saca más de una cabeza al capitán de vuestra guardia de élite.

—¡Entonces, es él! ¿Pero por qué se habrá desplazado para traerme una misiva?

Set-Nakht leyó la carta, intrigado; ésta era una simple nota de recomendación rogándole al faraón que recibiera, lo antes posible, al maestro de obras.

—¿Cuántas audiencias tengo esta tarde?

—Cuatro, majestad: el responsable del arsenal, el...

—Aplázalas para mañana y haz que entre Paneb.

Set-Nakht se enjuagó la boca con agua fresca, a la que se había añadido unas gotas de natrón, y se sentó en una silla cuyo respaldo estaba adornado con cetros «potencia» en simbólico contacto con Set, su protector divino que lo abandonaba cuando por fin ejercía el poder.

Como Seti, el segundo de su nombre, Set-Nakht se había mostrado presuntuoso al decidir ser un servidor de Set, aquel fuego celestial que sólo Seti I, el padre de Ramsés el Grande, había sabido dominar para vivir uno de los reinados más grandiosos de la historia de Egipto. Nadie debería haber intentado imitarlo.

Hablar con Paneb el Ardiente reconfortó al monarca.

—Según la carta de Tausert, tienes prisa por hablar conmigo.

—El emplazamiento que deseabais para vuestra tumba no es el adecuado, majestad.

—Ah... ¿Así, deseas proponerme otro?

—Eso es.
—Y has hecho este viaje para hablarme de ello...
—Sí, majestad, dado el carácter excepcional de ese emplazamiento.
—¿Está situado en el Valle de los Reyes? —se inquietó Set-Nakht.
—Creo que la vasta tumba que se está construyendo podría albergar a los dos faraones que actualmente gobiernan Egipto.
La voz grave de Paneb no había temblado.
—La misma tumba para Tausert y para mí...
—La reina está de acuerdo.
Set-Nakht no ocultó su estupefacción.
—¿Estás... seguro?
—Sin ninguna duda, majestad.
—Tausert y Set-Nakht asociados para la eternidad... ¿Y recabas mi conformidad?
—La espero de todo corazón.
Al anciano le hubiera gustado levantarse, tomar el aire, reunir a sus consejeros, pero ya no le quedaban fuerzas. Unos días antes, habría cubierto a Paneb de injurias por haberse atrevido a desafiarlo de aquel modo. Pero hoy, todo era distinto, tan distinto...
—¿Están muy adelantadas las obras?
—Avanzamos deprisa —afirmó Paneb—, y muy pronto comenzaré a encarnar las divinidades en mi pintura. ¿Deseáis que os muestre mis proyectos?
—No será necesario, tu competencia es conocida. Yo también acepto la proposición de la reina, pero debo pedirte algo: apresúrate, maestro de obras.

Méhy acudía a la cita nocturna, acompañado por el escuadrón de policías del desierto que había permitido a Daktair interceptar a los exploradores libios.
Aunque algo tranquilizados por la presencia del general, los policías temían aventurarse, en plena noche, por el desierto. Además de las serpientes, tan numerosas como temibles, estaba poblado de genios malvados que ni siquiera los más aguerridos podían dominar.
Su único consuelo era que los libios y los demás merodeadores de la arena debían de estar tan aterrorizados como ellos.
—Somos muy pocos —consideró el comandante del escuadrón.
—La expedición debe ser secreta —recordó Méhy.
—Corréis demasiado riesgo, general.
—Echar mano al jefe de un clan libio es especialmente difícil, lo sabes tan bien como yo. Sea cual sea el peligro, la ocasión era demasiado buena. Y me satisface demostrar que no me paso la vida en un despacho. ¿Puedes imaginar la alegría de nuestra soberana cuando le entreguemos a ese rebelde?
—Sería una buena presa —reconoció el comandante.
En cuanto se introdujeron en el ued de las gacelas, los cinco hombres caminaron uno tras otro, redoblando su atención. El policía que abría la marcha golpeaba el suelo con un largo bastón ahorquillado; el que la cerraba llevaba un pesado zurrón que Méhy le había entregado.
En cuanto avistaron el pozo abandonado, los policías se pusieron nerviosos.
—No sigamos avanzando, general. Enviaré a uno de mis hombres para que examine los alrededores.
—Es inútil, los libios acudirán a la cita.
—¡Si no tomamos precauciones, seremos aniquilados!
—No te angusties, comandante; primero querrán ver lo que les ofrecemos.
La serenidad de Méhy no tranquilizó, sin embargo, a los policías, que temían caer en una emboscada.
A pocos metros del pozo, aparecieron los libios.
Eran ocho guerreros, dispuestos en semicírculo y blandiendo unas picas.
—No os mováis —ordenó el general a los policías egipcios.
Méhy se adelantó.
—Pedí hablar con un jefe de tribu. ¿Ha tenido el valor de venir?
Seis Dedos se adelantó a su vez.
—No soy un simple explorador, sino también el jefe de una tribu que no teme a ningún soldado egipcio. ¿Y tú eres realmente el general Méhy, jefe del ejército

tebano?

—Lo soy.

—¿Por qué querías hablar conmigo?

—Te has aproximado mucho a nuestro territorio, en estos últimos tiempos.

—¡Algún día, Egipto entero será nuestro!

—Mientras tanto, te propongo un negocio.

Seis Dedos quedó tan estupefacto como los policías egipcios.

—¡El comercio no es cosa mía!

—Si sigues asaltando caravanas, lanzaré a mis tropas en tu persecución y no tendrás posibilidad alguna de escapar. Puedo ofrecerte algo mucho mejor.

Méhy hizo una señal al policía que llevaba el zurrón para que se acercase.

—Ábrelo y esparce su contenido por el suelo.

Seis Dedos no creía lo que estaba viendo. La tenue luz de la noche debía de engañarlo.

—Es lo que crees —dijo Méhy—; puedes tocarlo si quieres.

El libio se arrodilló.

Oro... ¡Varios lingotes pequeños de oro que representaban una verdadera fortuna!

Seis Dedos miró a Méhy con ojos inquisidores.

—¿Qué pides a cambio?

—Ningún pillaje en la región tebana y un comando libio, con el que pueda contactar a mis anchas y que me obedezca con los ojos cerrados.

—¡Te estás burlando de mí! ¿Cómo puedo confiar en un general a sueldo del faraón?

Méhy desenvainó un puñal, con una rapidez que dejó estupefacto a Seis Dedos, y degolló al comandante del escuadrón egipcio y, luego, al policía que había llevado el oro.

—¡Matad a los demás! —ordenó a los libios.

Dos picas se clavaron en el pecho del tercer policía. El cuarto, que estaba herido en un hombro, intentó huir. Méhy empuñó una pica clavada en la arena y se la lanzó con furia.

El egipcio, herido en la espalda, cayó al suelo.

—Tener confianza en mí te supondrá mucho más oro —anunció Méhy a un subyugado Seis Dedos.

64

Daktair había engordado más aún. Le era imposible resistir los apetitosos platos de su cocinera egipcia, y cuanto más preocupado estaba, más comía. Aquella mañana había devorado unos pies de cerdo, queso fresco y varios racimos de uva sin conseguir recuperar la serenidad.

Él, el brillante científico convertido en director del laboratorio central de Tebas, se había ido sumiendo en una confortable comodidad en vez de luchar encarnizadamente contra las viejas supersticiones que impedían que el Egipto de los faraones iniciara el camino del progreso.

El responsable de su decadencia tenía un nombre: Méhy. Aquel maldito general lo había hecho ilusionarse con un brillante porvenir sin cumplir sus promesas. No había logrado apoderarse de la Piedra de Luz, el principal secreto del Lugar de Verdad, y su voluntad de conquistar el poder supremo era pura ilusión.

A aquellas horas, el general felón debía de estar muerto, asesinado por los libios con quienes se había entrevistado en el desierto. Aquel acto demostraba que Méhy se había vuelto loco.

—Señor, ¿puedo alisar y perfumar vuestra barba? —le preguntó su peluquera.

—Pero apresúrate, voy a salir.

Daktair no acudiría al laboratorio donde dormitaban sus inventos rechazados por los templos, sino al palacio real para obtener noticias de Méhy. O habían traído su cadáver o había desaparecido. Y si, por desgracia, el general hubiera regresado herido o indemne, Daktair había decidido denunciarlo a la reina-faraón Tausert, contándole todo lo que sabía sobre aquel monstruo. El sabio diría que había sido amenazado y manipulado, y que su única preocupación era que prevaleciera la verdad.

De ese modo se vengaría de aquel loco que lo había arrastrado al fracaso.

Daktair acababa de vestirse cuando su intendente le anunció una visita.

—El general Méhy está en vuestra sala de recepción. Tiene prisa.

El sabio palideció.

La única solución consistía en huir saliendo por el jardín. Pero el general no tardaría en comprender y alcanzaría a su 'presa antes de que hubiera tenido tiempo de pasar a la orilla oeste y llegar a palacio.

Después de todo, Méhy no se atrevería a asesinarlo en su propia morada. Los criados acusarían al general del crimen y sus testimonios lograrían que lo condenaran a la pena capital. No, no tenía nada que temer mientras no saliera de su casa... y al menor gesto sospechoso de Méhy, pediría socorro.

El sabio entró en la sala de recepción con un nudo en el estómago; allí, su visitante caminaba de un lado a otro.

—No me gusta esperar, Daktair.

—General... ¿Pero sois vos?

—¿Acaso temías que desapareciese en el desierto?

—Esa aventura tenía muchos riesgos y...

—Tranquilízate, mi fiel amigo, soy indestructible. Todo ha ido muy bien y ahora dispongo de un comando libio que, dentro de algún tiempo, me será de gran utilidad.

—Pero... ¿Corno reaccionaron los policías egipcios?

Méhy clavó su mirada en la del sabio.

—Están todos muertos.

—No estaréis diciendo que...

—No hay diez maneras de estar muerto, mi querido Daktair, y no debía quedar ningún testimonio de mi encuentro con los libios.

Daktair tragó saliva con dificultad.

—Lo tuyo es distinto... Tú eres mi aliado.
—¡Podéis estar seguro de ello!
—Traigo excelentes noticias: la reina Tausert ha anulado sus audiencias porque su salud, de pronto, comienza a declinar. Ya no es *capaz* de examinar los expedientes y llevar el timón del barco del Estado. Dicho de otro modo, vuelvo a ser el dueño de Tebas y el Lugar de Verdad queda privado de su principal apoyo. ¿Qué mejor ocasión para asestarle un golpe fatal?
—Maravillosa noticia, en efecto...
—Necesito un arma especial, mi queridísimo amigo, y tú vas a procurármela.

Aunque dispusiera de plenos poderes para administrar la gran villa del Medio Egipto que pertenecía a Méhy, el escriba Imuni seguía sin aceptar su exclusión del Lugar de Verdad. Él, y nadie más, debía dirigirlo. ¿Acaso no había reunido los documentos que demostraban que sus reivindicaciones eran legítimas?
Cuando por fin se sobrepuso a su larga depresión, Imuni se disponía a pasar al ataque. Gracias a una detallada argumentación, haría que se anulara la decisión del tribunal de la aldea, obtendría la destitución de Kenhir y su nombramiento como escriba de la Tumba. Luego, expulsaría a Paneb el Ardiente y se impondría como patrón de la cofradía.
Quedaba la mujer sabia, sobre la que no tenía poder alguno. Necesitaría la conformidad del tribunal local para suprimir el cargo. Sólo era cuestión de paciencia...
Imuni saludó calurosamente al adjunto del alcalde de Tebas, un excelente jurista, muy al tanto de las más complejas legislaciones.
—Gracias por haberos tomado la molestia de estudiar mi expediente y haber venido hasta aquí.
—Me gusta mucho esta región, y vuestro caso me interesa.
Imuni se crispó.
—¿Qué os parece mi argumentación?
—No carece de interés, pero no bastará para derrotar a vuestros adversarios.
—¡Así pues, no tengo ninguna posibilidad!
—Yo no he dicho eso —objetó el jurista—, pero la mejor solución consiste en encontrar un vicio de forma y, sobre todo, en no abordar el fondo. Dada la especificidad del tribunal del Lugar de Verdad, se desestimaría.
—¡De todos modos, fui víctima de una injusticia! No se reconoció mi valor, se ignoró mi competencia y me negaron el puesto al que tenía derecho.
—Sin duda, querido amigo, pero me sitúo en el terreno estrictamente jurídico, donde vuestros argumentos no tendrían valor alguno.
Imuni se tranquilizó.
—¿Habéis encontrado... ese vicio de forma?
—Creo que sí. Según el calendario de los días fastos y nefastos que la cofradía, cuya función religiosa es innegable, debería haber respetado, vuestra expulsión de la aldea se decidió en un día desfavorable. De ese modo, se os puso en peligro y se os debe, pues, una indemnización, a saber, ser reintegrado. Luego, desde el interior presentaréis oficialmente vuestra candidatura a la dirección del Lugar de Verdad.
—¿Y la reina-faraón aprobará mi actitud?
—La salud de nuestra soberana zozobra... Sin duda, vuestro nombramiento lo decidirá Set-Nakht.
Por primera vez desde que había sido expulsado de la aldea, Imuni sonrió.

El frasco de largo cuello contenía un ungüento compuesto de aceite llamado «estable», flores de acacia y grasa fundida; tenía la apariencia de un gel, perfumaba la piel y la bronceaba levemente para protegerla del sol.
Turquesa se untaba los pechos con la yema de los dedos, desnuda en su terraza, bañada por la potente luz del mediodía.
Sentado junto a ella, Paneb no perdía ni un detalle de aquel maravilloso espectáculo.
—¿Podrías ponerme un poco en la espalda? —pidió Turquesa.
Se tendió boca abajo y la mano del coloso se hizo suave y precisa para despertar, en la soberbia pelirroja, oleadas de un placer al que se entregó sin

contenerse.

Cuando él la besó en el cuello, Turquesa ya no pudo resistir el deseo de atraerlo para que le hiciera el amor con aquel inagotable ardor del que nunca se cansaría. El sol, que era cómplice de sus abrazos, les ofrecía una ardiente caricia que alimentaba su deseo.

—¿Sigues negándote a casarte conmigo?

—Más que nunca —respondió la sacerdotisa de Hator—; cambiar un amante como tú por un simple marido sería una estupidez. Romper mi voto nos llevaría, a ambos, a la infelicidad. Abandona definitivamente esa idea y piensa más bien en el discurso que debes pronunciar ante los dos equipos.

De regreso de Pi-Ramsés, Paneb había informado brevemente a la mujer sabia, al escriba de la Tumba y al jefe del equipo de la izquierda de la conformidad de Set-Nakht; pero la cofradía, que veía, cada vez más, al maestro de obras como a un héroe *capaz* de superar las peores dificultades, esperaba más detalles.

El coloso había preferido visitar a Turquesa, cuyo recibimiento había estado a la altura de sus esperanzas.

—Me horrorizan los discursos... El camino está libre, por lo que ya sólo nos queda actuar y hacer incomparable la tumba de Tausert y de Set-Nakht.

—No estás compitiendo con tus predecesores, Paneb.

Las palabras de Turquesa lo golpearon como un latigazo.

—Estoy compitiendo conmigo mismo; quiero superarme a mí mismo. Por eso exigiré de mis manos lo que no han dado todavía.

65

Durante veinte horas, Paneb había vigilado la cocción de un silicato doble de cobre y calcio al que se había añadido una sal de potasio como fundente. En el molde, la temperatura podía llegar hasta los mil grados, y el coloso regulaba el fuego para obtener un pigmento reducido a un polvo que sería humedecido y apelmazado para procurarle un azul inigualable.

Había preferido ser él mismo quien majara aquel polvo antes de aglomerarlo en panes discoidales, parte de los cuales iría diluyendo a medida que lo necesitara. Y con frutos de pistacho el maestro de obras había preparado un barniz de primera calidad, indispensable para fijar la pintura. Paneb entró en la morada de eternidad donde residirían Tausert y Set-Nakht, y cada uno de los artesanos sintió que iba a superarse una etapa esencial de la obra. Incluso Ched el Salvador tenía un nudo en la garganta.

—¿La iluminación está bien? —le preguntó el pintor al maestro de obras.

Treinta lámparas de tres mechas, correctamente dispuestas, proporcionaban una intensa luz en el corredor descendente.

—Excelente. ¿Y las lámparas de recambio?

—Kenhir nos proporcionará un cofre lleno.

El maestro de obras comprobó por última vez la calidad del soporte. El calcáreo había sido correctamente cubierto de un fino enlucido que formaba una superficie ideal para el pincel.

—Esto es una maravilla —afirmó.

—Los planos detallados están listos y podemos proceder al cuadriculado.

—No será necesario.

Ched el Salvador se sorprendió.

—¿Que no será necesario... Piensas prescindir del cuadriculado para que te ofrezca el sistema de proporciones?

—O están en mi mano, o fracasaré.

—¡Corres un gran riesgo!

—Ya lo sé, Ched. La visión de esta morada de eternidad me obsesiona desde hace muchas noches, veo cada una de sus figuras, siento su intensidad, la de los signos de potencia que transmiten la luz en las tinieblas. Cuando cerremos la puerta de la tumba, un ritual comenzará a actuar, y las divinidades hablarán. Pintándolas, dibujando el Verbo que las impregna, deseo ser digno del Lugar de Verdad.

La voz grave del coloso había llenado el lugar, que todavía era sólo un vacío inanimado. Y todos los artesanos del equipo de la derecha que, sin embargo, creían conocerlo bien, le descubrieron de pronto una nueva grandeza.

—Nefer el Silencioso ha resucitado en su hijo espiritual —murmuró Didia el Generoso.

—Y siempre es el mismo maestro de obras el que dirige la cofradía —añadió Thuty el Sabio.

Paneb permaneció largo rato inmóvil ante la pared lisa.

—Es hora de que vayáis a descansar al collado —recordó—. Yo pasaré la noche aquí.

En cuanto el cortejo de los artesanos hubo abandonado el Valle de los Reyes, Paneb empezó a trabajar. Al igual que el sol poniente penetraba en las tinieblas para regenerarse durante las doce horas rituales, el artesano afrontaría la prueba del silencio de la tumba, solo ante la obra naciente.

Al regresar al paraje, el equipo encontró al maestro de obras sentado junto a la entrada de la morada de eternidad, con los ojos entornados. El sol triunfaba ya en el

cielo.

—¿Puedo entrar? —preguntó Ched el Salvador.

Paneb inclinó la cabeza dulcemente. Seguido por los demás artesanos, el pintor entró en el pasillo aún iluminado por las lámparas, que ya empezaban a apagarse.

Y descubrieron las fantásticas figuras de los guardianes de las puertas del más allá, armados con cuchillos. De aquellos seres temibles, cuyos nombres había que conocer para cruzar el umbral de cada hora de la noche sin ser destruido, Paneb había hecho otras tantas obras maestras de vivos colores, que impresionaban el alma y la despertaban a las realidades invisibles.

—¡Y sin cuadriculado preliminar! ¡Qué increíble precisión en las formas y los detalles! —exclamó Gau el Preciso, asombrado.

—Si no conociéramos los textos que apaciguan a esas criaturas, estaría aterrorizado —reconoció Pai el Pedazo de Pan.

—El fuego de la cima anima las manos de Paneb —estimó Unesh el Chacal.

Los hermanos del maestro de obras estaban atónitos, y no podían apartar la mirada de aquellos implacables guardianes, garantes de la rectitud.

—Manos a la obra —ordenó Paneb, reuniéndose con sus compañeros.

—¿No deberías dormir un poco? —sugirió Renupe el Jovial.

—¡Kenhir diría que soy un perezoso! Sigamos excavando y preparemos colores nuevos.

Como de costumbre, el banquete organizado por Méhy y Serketa había sido un gran éxito, muy apreciado por los notables tebanos, entre los que figuraba el médico en jefe de palacio. La esposa del general, con un generoso escote, se mostraba especialmente amable con él.

—Toda la provincia habla de vuestros méritos, doctor —lo felicitó Méhy—; muchos afirman que vuestro sentido del diagnóstico es excepcional.

El facultativo tomó su copa llena de vino tinto de Khargeh.

—Me halagáis, general.

—¡En absoluto, querido amigo! ¿Acaso los celos de vuestros colegas no son la mejor prueba de vuestro éxito?

—¿Es que os habéis enterado de alguna crítica? —preguntó el médico, preocupado.

—Me horrorizan los envidiosos y los desalenté.

—¿Cómo agradecéroslo, general?

—¡Afortunadamente gozo de una salud de hierro! Al menor problema, recurriré a vos.

—Será un honor para mí. Esas críticas, ¿amenazaban mi posición?

—Numerosos terapeutas desearían ocupar vuestro lugar y gozar de vuestros privilegios... Pero tranquilizaos: no tenéis mejor defensor que yo, y Tebas no desdeña mis opiniones.

—Soy completamente consciente de ello, general, y podéis considerarme vuestro deudor.

Méhy llevó a su huésped hasta el jardín, lejos del bullicio de la gran sala de recepción, donde decenas de invitados degustaban los deliciosos manjares.

—Conocéis mi profundo afecto por nuestra soberana, que ilumina Tebas con su presencia —dijo el general con voz sorda—, y reconozco mi inquietud a consecuencia de unos rumores contradictorios. Unos afirman que sufre una indisposición pasajera, otros que una enfermedad grave, incurable incluso... Como no he logrado entrevistarme con Su Majestad desde hace tres semanas, hay varios asuntos que están en el aire y ya no sé qué pensar.

El médico pareció incómodo.

—Os comprendo, pero el secreto profesional...

—Os felicito por vuestro rigor y vuestro sentido de la deontología, doctor; ¿pero no deberíais admitir que se trata de un asunto de Estado? Nuestra soberana me ha encargado que me ocupe de la seguridad de la ciudad y de la provincia, y sin instrucciones concretas mi tarea se anuncia difícil. Por eso cuento con vos.

El facultativo se mordía los labios, presa de un profundo debate interior.

—¿Puedo exigiros una total discreción, general?

—¿Debo repetir que se trata de un asunto de Estado y que tenéis todo mi apoyo?

—Lo necesitaré...
—¿Acaso vuestras dificultades son más graves de lo que suponía?
—La reina tiene una enfermedad incurable en la sangre, general. Cuando mis colegas adviertan mi fracaso, me acusarán de incompetente y perderé mi cargo, aunque no haya cometido falta alguna.
—¿Queréis decir que nuestra amada soberana se está muriendo?
—Así es.
—¡Qué terrible noticia! Habéis hecho bien confiando en mí: yo os encubriré.
—General, no sé qué decir y...
—Id a distraeros un poco, amigo mío.
Inmediatamente después de la muerte de Tausert, Méhy despediría a aquel inepto y lo mandaría a pudrirse a algún poblacho de Nubia.
Quedaba lo esencial: muy pronto no tendría más adversario que el viejo Set-Nakht.
—Un mensaje urgente, general.
El intendente entregó a Méhy un papiro sellado, procedente de Pi-Ramsés.
Serketa vio que su marido se retiraba para leer el informe escrito por un oficial fiel a Méhy y encargado de hacerle llegar informaciones confidenciales.
El rostro de Méhy enrojeció, y su esposa se acercó.
—¡Es increíble, Serketa, increíble! El maestro de obras del Lugar de Verdad acudió a Pi-Ramsés, se entrevistó con Set-Nakht y me lo dicen hoy.
—Habríamos podido organizar una emboscada, sorprender a Paneb...
El general abrió la boca de par en par, como si le faltara el aire, soltó el papiro y se llevó las manos al pecho.
—¿Qué te sucede, amor mío?
—Un terrible dolor... Me duele, yo...
El intendente llegó justo a tiempo para sostener a su patrón, que se derrumbaba con los ojos fijos.
—¡Un médico, pronto! —aulló Serketa—. ¡El general tiene una crisis cardiaca!

66

Al completo y vestidos de fiesta, los equipos del Lugar de Verdad aguardaban la llegada de la reina-faraón, que presidiría el ritual de inauguración de su templo de millones de años. El sol llegaría muy pronto al cenit, bañando con su luz el pequeño edificio de admirables proporciones.

En el cielo tranquilo volaban los ibis y los flamencos rosas, mientras *Viento del Norte* se daba un banquete de alfalfa.

—¿Pasaremos todo el día aquí? —se inquietó Karo el Huraño.

—¿Por qué no, si es necesario? —respondió Renupe el Jovial.

—¡A ti no te molesta el calor! —protestó Gau el Preciso.

—Ahora que lo dices...

—Podríamos pedir autorización para beber —sugirió Casa la Cuerda.

El escriba de la Tumba estaba sentado a la sombra, en un taburete. Había velado por el orden de una ceremonia que debería haber comenzado al alba; conforme pasaban los minutos, se inquietaba más y más.

—Tausert no vendrá —murmuró Paneb.

—Tal vez sea sólo un retraso...

—Sabéis muy bien que no.

—¡La inauguración no ha sido aplazada! Un poco más de paciencia...

—Los artesanos tienen hambre y sed, Kenhir.

El viejo escriba se levantó trabajosamente y habló con el sacerdote encargado de hacer las ofrendas, todos los días, al *ka* de la soberana. El ritualista aceptó dirigirse a palacio en busca de noticias.

Cuando abandonaba el paraje topó con una delegación que llegaba de la capital. Tras un breve intercambio de palabras, regresó hacia Kenhir.

—Tausert está ocupada —declaró—; procederemos a la inauguración de este templo sin ella.

—¿Por qué no aplazamos la ceremonia? —sugirió el maestro de obras.

—Las órdenes de la reina son muy claras.

La cofradía fue hacia el santuario para darle vida y así irradiara su energía, gracias a la intervención de la mujer sabia; ¿pero sería suficiente aquel nacimiento para restaurar la salud de la soberana?

La gran villa del general Méhy no estaba animada como de costumbre. El cocinero no sabía qué platos preparar y nadie se atrevía a pedir instrucciones a Serketa, pues la dueña de la casa estaba en un estado de nervios próximo a la locura.

Finalmente, la puerta de la alcoba de Méhy se abrió, y apareció el médico en jefe de palacio.

—¿Qué pasa, doctor?

—Vuestro marido se ha salvado.

—¿Su corazón está gravemente afectado?

—No lo creo. Se trata de un simple aviso, pero, sin embargo, el general deberá restringir sus actividades y descansar más. Le he recetado unos remedios que harán que se recupere rápidamente, pero no debe cometer excesos.

Sin dar las gracias al terapeuta, Serketa irrumpió en la habitación, angustiada ante la idea de encontrarse a un marido disminuido, incapaz de proseguir su camino hacia el poder. En ese caso, sería lamentable que el médico lo hubiera salvado y tendría que arreglárselas para librarse de aquel lastre.

Pero Méhy estaba de pie, con la tez rosada, comiendo higos.

—¿Cómo te encuentras, amor mío?

—Perfectamente bien, y tengo hambre. Tranquilízate, mi corazón es tan fuerte

como el granito y un leve cansancio no va a retrasar mi ritmo.

Serketa se contoneó como una niña.

—¿No tienes ganas de demostrármelo?

Méhy le manoseó los pechos.

—Nunca tendrás un macho mejor que yo, pero tengo que hacer algo urgente. Necesito oro para el comando libio y hoy lo recibo de Nubia.

—¿No debes entregarlo al templo de Karnak?

—Claro que sí, y no faltaré a mi deber.

—Pues entonces...

—Nuestro amigo Daktair es un hombre inteligente. Me ayudará a resolver ese pequeño problema.

Un destacamento militar, comandado por el general Méhy en persona, custodió hasta el Tesoro de Karnak los lingotes de oro y plata destinados a la decoración del santuario. El sumo sacerdote recibió al general unos instantes y lo felicitó por las precauciones que había tomado; desde que velaba por el transporte de esos materiales preciosos no se había producido ningún incidente ni ningún robo.

El oro estaba destinado a adornar puertas monumentales y estatuas; la plata, a cubrir el suelo de un santuario que, de ese modo, sería parecido al lago primordial del que emanaban las fuerzas esenciales de la vida.

Como de costumbre, un orfebre de Karnak comprobó la calidad de los metales. Por lo general era un viejo artesano, cercano a la jubilación, quien realizaba rápidamente esa tarea; nunca los controladores egipcios que trabajaban en Nubia habrían mandado a Tebas oro y plata de mala calidad.

Pero, aquella mañana, el verificador estaba enfermo y un joven orfebre, conocido por su carácter puntilloso, lo sustituía. Se empeñaba, pues, en examinar cada lingote antes de imprimir en él la marca «bueno».

—Ven a almorzar —le dijo un colega—; hace más de cinco horas que trabajas sin levantar la cabeza.

—Voy en seguida... ¡Ah, un momento todavía!

—Apresúrate, tengo hambre.

—No, no es posible...

—¿Qué ocurre?

—Hay que avisar al orfebre en jefe.

—¡No lo molestaremos ahora!

—Olvidemos el almuerzo... Es muy grave.

El escriba de la Tumba charlaba con el maestro de obras cuando Niut la Vigorosa los interrumpió.

—El orfebre en jefe de Karnak pregunta por vos en la gran puerta.

Kenhir y Paneb se miraron, asombrados; el importante personaje no solía salir de la ciudad santa de Amón y no parecía ser un ardiente defensor del Lugar de Verdad.

El maestro de obras ayudó al escriba de la Tumba a levantarse y le dio su bastón.

—Tendríais que pedirle a la mujer sabia que os cambiara la medicación —estimó Niut—; de lo contrario, acabaréis envejeciendo a marchas forzadas.

Kenhir, que prefirió no iniciar una polémica en la que no tenía posibilidad alguna de salir vencedor, se apresuró a salir de su casa.

El orfebre en jefe de Karnak parecía tan imbuido de su título como siempre, pero Paneb advirtió cierta inquietud bajo su arrogancia. Le costaba abordar directamente el tema de preocupación que lo había llevado hasta la zona de los auxiliares.

—Nadie debe escuchar nuestra entrevista —declaró, nervioso.

—Sentémonos al pie de la colina, a unos cien metros de aquí —decidió Paneb—; allí estaremos tranquilos.

Kenhir tenía una mirada divertida. Sin duda alguna, el orgulloso personaje necesitaba los servicios de la cofradía; y ésa era la razón de que las palabras salieran de su boca con tanta dificultad.

—Tenemos un problema —confesó.

—¿Un artesano torpe? —sugirió Kenhir.

—No, claro que no... Una entrega sospechosa.

—¿Procedente de Nubia?
—Sí, así es.
—¡Imposible! —exclamó el escriba de la Tumba—; ¡las comprobaciones son implacables!
—Eso es lo que yo pienso y es lo que hemos comprobado siempre... Pero, esta vez, tenemos una duda y me gustaría tener... una segunda opinión.
—Dicho de otro modo, deseáis consultar a Thuty el Sabio, el orfebre del Lugar de Verdad.
—Si lográis convencerlo... Pues él y yo no nos llevamos muy bien.
De hecho, Thuty había abandonado Karnak sin lamentarlo, pues no soportaba ser obligado a obedecer a un trepador menos competente que él.
—La respuesta pertenece a nuestro orfebre —precisó el escriba de la Tumba, no sin satisfacción—. El maestro de obras se lo pedirá, pero no os prometo nada.
Como Kenhir, Paneb no sentía deseo alguno de inclinar la cabeza ante su huésped, pero tuvo la sensación de que éste era el instrumento del destino y que, sobre todo, era preciso no desdeñar aquel signo.

Thuty salía de la casa de la mujer sabia que, en unas pocas sesiones de magnetismo, había conseguido desatascar los canales de su hígado. Liberado por fin de una tenaz jaqueca, el orfebre pensaba en el abundante almuerzo que iba a ofrecerse cuando topó con el maestro de obras.
—Necesito la opinión de un experto, Thuty.
—De acuerdo... ¿Cuál es el objeto en cuestión?
—Unos lingotes de metal precioso.
—He comprobado los que poseemos: su calidad es perfecta.
—Se trata de los del templo de Karnak, que nos ha traído el orfebre en jefe.
Thuty el Sabio montó en cólera.
—¿Ese tirano tan vanidoso como incapaz? ¡Que se las arregle sin mí!
—Para él, venir hasta aquí ha sido una dura prueba.
—¡No es suficiente! Par empezar, que suba todos los senderos de la montaña de rodillas, luego ya veré.
—Soy yo el que te pido este examen, Thuty.
—Quieres decir... ¿Cómo maestro de obras?
—Eso es.
—Entonces es distinto... ¿Y no tendré que hablar con ese estúpido?
—Yo haré de intermediario.
—Los lingotes de oro nos han parecido perfectos —declaró el orfebre en jefe con voz insegura—, a excepción de éste.
Thuty lo pesó, lo rascó con un cincel en miniatura y lo puso sobre su corazón.
—Contiene plata, lo que nada tiene de anormal. Si me han mandado llamar para burlarse de mí, me marcharé inmediatamente.
—¡No, no! —suplicó el orfebre en jefe—, compartimos la misma opinión y ya he reprendido a nuestro joven verificador, que tiende al excesivo celo. En cambio, por lo que se refiere a ese lingote de plata, me temo que su opinión...
—No digáis más —exigió Thuty.
Esta vez, su examen no le pareció satisfactorio.
—Debo ir a mi taller.
Thuty regresó una hora más tarde y clavó su mirada en la de su ex superior.
—¿Qué piensa de él vuestro joven verificador?
—El lingote le parece extraño, duda en calificarlo de «bueno».
—Con el olfato que tiene, deberíais ascenderlo rápidamente, pues tiene el sentido del metal. Sois víctima de un falsificador genial, especialista en un retorcido truco que, a mi entender, yo soy uno de los pocos que lo conocen. Se limpia cuatro veces el estaño blanco y blando, se mezclan seis partes con cobre blanco de Galacia y se obtiene una falsa plata de primera calidad, cuya apariencia engañaría a cualquier técnico, incluso a los más expertos.

Mientras la mujer sabia reanimaba al orfebre en jefe de Karnak, que se había desmayado, Kenhir avisaba al jefe Sobek.
El escriba de la Tumba, el maestro de obras, Thuty el Sabio, el policía nubio y su

huésped, cuya turbación revelaban sus manos temblorosas, se reunieron en el despacho del quinto fortín.

—Es preciso mandar a alguien a la mina de donde procede ese lingote de plata —aconsejó Kenhir—, y sin avisar a la jerarquía de Karnak, que tal vez esté implicada en el tráfico.

—¡De eso nada! —se indignó el orfebre en jefe.

—Dejad ya de cacarear como una gallina vieja —recomendó el escriba de la Tumba—. O hay complicidad entre la mina y Karnak, o |os lingotes entregados por la mina son buenos.

—En ese caso, se habría producido un robo y una sustitución du—(•ante el transporte —consideró Paneb.

—Así pues, será preciso comprobar las condiciones e interrogar a [os responsables —afirmó Sobek.

—Por eso debes partir de inmediato con dos de tus hombres y Thuty el Sabio —decidió Kenhir—. ¡Y no volváis con las manos vacías!

67

—Despierta en paz, potencia divina —imploró el maestro de obras en el silencio del santuario iluminado por una tenue luz.

Paneb sacó de su naos la estatua de la diosa Maat, la perfumó, la adornó, la vistió y le ofreció las esencias sutiles de los alimentos, para establecer de nuevo el pacto entre la cofradía y el universo divino, al amanecer de una nueva creación.

Una vez pronunciadas las fórmulas de conocimiento, Paneb elevó a Maat hacia sí misma, presentando a la protectora de la cofradía una estatuilla de oro de un codo, moldeada en la Piedra de Luz.

Conmovido de nuevo por lo que acababa de vivir, el coloso volvió a cerrar las puertas del Santo de los Santos tras haber borrado cualquier huella de sus pasos.

El sol nacía, deslumbrante, de la montaña de Oriente. Y la dulce sonrisa de Clara era, también, luminosa.

—Nunca me acostumbraré —le confesó Paneb mientras salían del edificio—; ¿cómo un ser humano puede encontrarse con Maat sin desaparecer de inmediato?

—Tu función de maestro de obras comulga con la diosa —observó la mujer sabia —. Si dejara de ser así, lo justo desaparecería de esta tierra y daría paso a las innumerables formas del mal. Aseguremos la presencia de Maat en este mundo y hagámoslo, así, habitable.

Muy pronto la aldea estaría prácticamente desierta, pues todos aprovecharían el día de descanso concedido por Paneb para realizar algunas compras destinadas a la gran fiesta de Ptah, el patrón de los artesanos.

Mientras su esposa compraba unas telas en un mercado tan colorista como animado, el traidor fingía interesarse por las finas hierbas que vendía una comerciante cuyo rostro, sabiamente maquillado para modificar sus rasgos, estaba en parte oculto por una grosera peluca.

—Recibí vuestra nota codificada —murmuró el traidor.

—¿Has descubierto algo? —preguntó Serketa.

—Creo que conozco el escondrijo de la Piedra de Luz, pero es de acceso muy difícil y no quiero correr ningún riesgo.

—Sigue así. Dentro de poco te echaremos una mano.

—¿Qué habéis previsto?

—Ya lo verás. De momento, tenemos un problema.

—¿Tiene que ver conmigo? —se preocupó el traidor.

—No, tranquilízate; pero necesito una información que sólo tú puedes darme y que me permitirá resolver esa dificultad.

El traidor le contó a Serketa lo que quería saber.

Turquesa había aplicado sobre su piel unos afeites mezclados en una concha nacarada y se había peinado con unas agujas para el pelo y un peine de madera de finas púas; después, se había puesto un perfume que Paneb había comprado en el laboratorio del templo de Karnak. Se trataba de un producto de síntesis (7), obtenido tras cincuenta días de trabajo, y cuya mezcla de aromas hacía a Turquesa más atractiva aún.

Ya sólo debía ponerse la larga túnica roja de las sacerdotisas de Hator y adornar su cuello con un collar de perlas de cuentas de cornalina que alternaban con colgantes que representaban granadas.

Cuando salió de su casa para tomar la calle principal hacia el templo, las más acerbas aldeanas quedaron mudas de admiración. A sus cuarenta y siete años, la belleza de Turquesa era deslumbrante.

La soberbia pelirroja no fue la última que se reunió con la cofradía que esperaba ante el pilono, pues la esposa de Casa había tenido que cambiar su túnica en el

último momento, a causa de un tirante defectuoso.

—Ipuy el Examinador y Uabet la Pura se encargan de organizar la fiesta —anunció el maestro de obras—; ellos os indicarán las distintas etapas de su desarrollo, que se iniciará, como de costumbre, con un homenaje a Ptah.

Userhat el León descubrió una impresionante estatua del dios, ceñido por una vestidura blanca de la que salían sus manos, sujetando el pilar «estabilidad» y el cetro «potencia». Los artesanos entonaron al unísono un himno a la armonía de la creación, seguido por un concierto a cargo de la orquesta de las sacerdotisas de Hator. Liras, flautas y arpas unieron sus sones.

—La fiesta comienza bien —afirmó Karo el Huraño—, pero todos estamos preocupados por Thuty; ¿no debería estar ya de regreso de Nubia?

—Dado el número de comprobaciones que debe efectuar, no es raro. Además, no debes olvidar que Sobek se encarga de su protección.

Los artesanos, ya más tranquilos, prepararon con buen ánimo el primer banquete.

Al anochecer, *Bestia Fea* dio la alarma, seguida inmediatamente por *Negrote.* Alguien se acercaba a la aldea.

—Vete a ver, Nakht —ordenó el maestro de obras.

Afortunadamente, el ritual de finalizar el día, que celebraba la consumación de la Gran Obra del que dependía la serenidad de la cofradía, acababa de concluir.

Nakht el Poderoso corrió hacia la gran puerta, y minutos más tarde volvió con el rostro radiante de felicidad.

—¡Es Thuty! Te espera en el despacho de Sobek.

Paneb llevó consigo a la mujer sabia y al escriba de la Tumba.

—Querías respuestas —le recordó el orfebre—: pues ya las tenemos.

—Los mineros nos recibieron bastante mal, pero cuando les dije que pertenecía al Lugar de Verdad, el tono cambió. He podido comprobar los lingotes, Sobek ha interrogado a los controladores. Todo estaba en regla.

—¿Habéis investigado, pues, a los transportistas?

—Son soldados que obedecen órdenes directas del virrey de Nubia. Su jefe excluye cualquier manejo fraudulento y ha querido venir hasta aquí para prestar juramento ante Maat y redactar una declaración. Si deseas hablar con él, está en el segundo fortín.

Así pues, la oca y el perro no se habían equivocado: habían advertido una presencia extraña.

—¿A quién entregó su cargamento? —preguntó Paneb.

—Al general Méhy en persona —respondió Sobek—. Y le extrañó un detalle: en vez de entregarlo inmediatamente a Karnak, el general lo dejó durante un día entero en la orilla oeste. Además, según el testimonio de un guardia, se vio a Méhy entrando en el almacén acompañado por Daktair, el patrón del laboratorio central.

—Daktair, un químico excelente...

—La conclusión se impone por sí misma —advirtió Thuty—: el general ordenó a su cómplice Daktair que fabricara un falso lingote de plata, y juntos procedieron a la sustitución.

—Eso significa que Méhy necesitaba esa pequeña fortuna para sobornar a unos esbirros —supuso Paneb.

—Probablemente, el tráfico dura desde hace mucho tiempo —añadió Sobek—; el general es un ladrón y un corruptor que compra las conciencias para mantener su poder sobre Tebas.

—Por desgracia, no tenemos ninguna prueba concreta.

—¿No basta esa gavilla de indicios? He redactado un informe detallado al que se adjuntan los distintos testimonios recogidos.

—Todo apunta hacia Méhy —reconoció el escriba de la Tumba—; y no olvidemos su último intento de desacreditar al maestro de obras.

—No olvidemos, tampoco, nuestras múltiples sospechas —recomendó Sobek con animosidad—; tal vez ese ladrón también sea un criminal. Debemos hacer que comparezca ante un tribunal y arrancarle una confesión. Cuando Méhy sea privado de sus prerrogativas y esté ante sus jueces aparecerá su verdadera naturaleza: la

de un cobarde.

—Dada su eminente posición —precisó Kenhir—, sólo hay una persona que puede dar la orden de detener al general: la reina-faraón Tausert.

—Mañana mismo acudiré a palacio y le expondré lo que hemos descubierto —prometió Paneb—. Aunque esté en cama, sabrá tomar la decisión adecuada.

Por primera vez desde hacía muchos años, Sobek sintió cierta alegría de vivir; ¡el general Méhy por fin iba a dejar de hacer daño!

Gracias a su insistencia y a sus facultades de persuasión, el maestro de obras del Lugar de Verdad había superado casi todos los obstáculos. Ya sólo quedaba uno: el médico en jefe de palacio, que le impedía el acceso a la alcoba de Tausert.

—Lo que debo revelarle a nuestra soberana es muy importante —le dijo Paneb al facultativo.

—No puede recibiros.

—Se trata de la salvaguarda de Tebas —afirmó el maestro de obras—. Autorizadme a hablar con ella, doctor, o seréis considerado responsable de un desastre.

—Me es imposible ayudaros —deploró el terapeuta.

—¿Por qué *razón?*

—Su Majestad ha entrado en coma y no despertará.

68

—Una carta para vos —le anunció Niut la Vigorosa a Kenhir, que degustaba un desayuno reconstituyente compuesto por leche fresca, pescado seco, higos y pan caliente recién salido del horno.
—Léemela.
Al oír el contenido de la misiva, el escriba de la Tumba estuvo a punto de atragantarse.
—¡Ve a buscar a Paneb!
La lectura del increíble documento provocó en el maestro de obras la misma estupefacción.
—Es una provocación —estimó.
—¿Y si ese delator nos estuviera diciendo la verdad? En ese tipo de situaciones, a menudo hay alguien que cede, por miedo a las consecuencias.
—¿Qué aconsejáis, Kenhir?
—La solución más sencilla. Y tal vez sepamos, por fin, quién nos acosa.

Una Serketa irreconocible penetró en el almacén de muebles de Tran-Bel, que se dedicaba a hacer sus cuentas.
El volumen de ventas de Tran-Bel había bajado desde que el traidor del Lugar de Verdad ya no le proporcionaba modelos, a partir de los cuales él fabricaba numerosas reproducciones, y las vendía como si fueran objetos únicos y exclusivos. La única religión del comerciante era, precisamente, ese volumen de trabajo, cuya evolución seguía como una madre sigue la evolución de su recién nacido.
A pesar de la cantidad de clientes que tenía y a su habilidad para engañarlos, el mercader estaba bastante desanimado. Era un simple contable, no tenía el menor sentido de la creación en ebanistería, y sus escasas ideas habían sido otros tantos fracasos. De modo que debía encauzar en seguida su situación financiera; por ello se había decidido a explotar la información confidencial que le permitía extorsionar al general Méhy y a su esposa.
—Comenzaba a impacientarme, dama Serketa, y me preguntaba si ya teníais la intención de hacerme socio de uno de vuestros grandes proyectos.
—Del mayor de todos ellos, amigo mío.
Tran-Bel enrolló un papiro contable.
—¿Habláis... habláis en serio?
—Completamente. El destino nos obliga a ser aliados, así que, ¿por qué no vamos a unir nuestras fuerzas?
—¿Cuál es ese proyecto?
—Cuando te lo haya contado, ya no podrás echarte atrás, y deberemos actuar juntos. ¿Estás de acuerdo?
—Hablad, dama Serketa.
—Tras largos años de investigaciones, por fin sabemos dónde se encuentra la tumba de Amenhotep I, el fundador del Lugar de Verdad. Y vamos a desvalijarla.
—Pero... ¿Cómo penetraréis en el Valle de los Reyes?
Serketa rió con desdén.
—El ardid de los artesanos consistía en hacer creer que esa sepultura, que contiene inestimables tesoros, había sido excavada en el Valle prohibido. Ahora bien, hoy sabemos que no es así.
—¿Y conocéis su emplazamiento exacto?
—Nos apoderaremos de las riquezas de Amenhotep la próxima noche. Si lo deseas, puedes participar en la expedición.
—Quiero algo más que eso: organizaría yo mismo con los hombres que yo elija.
Serketa pareció poner mala cara.

—Me costará convencer a Méhy...

—Ésas son mis condiciones. ¿Dónde se oculta esa tumba?

—Acude al pie de la colina de Thot, tras la puesta de sol. Te entregaré un plano y te esperaré para repartirnos el botín.

—De acuerdo, pero venid sola.

El mercader había inspeccionado los alrededores, acompañado de sus tres empleados más veteranos, que estaban tan excitados como él por la codicia. El lugar estaba desierto, y parecía perfecto para ocultar una tumba de aquella importancia.

El centinela había visto llegar a Serketa, sola.

—¿Tenéis el plano? —preguntó Tran-Bel, nervioso.

—Aquí está.

Le tendió un estuche de cuero cerrado por un grueso cordón que el mercader desató con dificultades antes de sacar un papiro.

La luz de la luna lo iluminó.

—La tumba no está lejos de aquí... Justo detrás de la segunda colina, hacia el oeste.

—¿Tenéis el material necesario para cavar hasta llegar a la puerta?

—Claro está; la forzaremos fácilmente.

—Id deprisa.

Con paso apresurado, los cuatro ladrones se dirigieron hacia su objetivo, seguros de poder apropiarse, con toda impunidad, de una inmensa fortuna. Tran-Bel pensaba quedarse con la mayor parte del botín.

En cuanto la pandilla estuvo fuera de su vista, la esposa de Méhy se apresuró a abandonar los parajes. Tran-Bel había redactado una carta de denuncia que acusaba al general, pero, como ella suponía, había cometido el error de dirigirla al sustituto del visir, uno de los más firmes apoyos de Méhy. A cambio de la destrucción de aquel documento difamatorio, el alto funcionario había recibido una muy buena compensación económica.

Y Tran-Bel ya no era una amenaza sino, más bien, un simple títere que enfrentaba al general y la cofradía.

—Aquí es —susurró Tran-Bel—; cavemos.

Los picos desgarraron el suelo, y los cuatro hombres dejaron al descubierto un tramo de escaleras.

Tran-Bel contempló con ojos desorbitados la puerta sellada de una tumba.

—¡Somos ricos, muchachos!

El mercader estaba levantando el pico para romper los sellos cuando la imperiosa voz de Sobek lo interrumpió y dejó petrificados a los ladrones.

—Habéis sido sorprendidos en flagrante delito de violación de sepultura —declaró el policía nubio—. No intentéis huir o mis hombres os dispararán.

Todos sabían que tan grave delito era castigado con la pena capital y que ningún juez se mostraría indulgente.

Uno de los ladrones quiso escapar, corriendo hacia el desierto. Una flecha se clavó en su cuello y cayó, muerto.

—¡Los demás estaos quietos o sufriréis la misma suerte!

De modo que la carta de denuncia enviada a Kenhir y firmada con el nombre de uno de los empleados de Tran-Bel no era una trampa. Sobek, que había sido enviado por el escriba de la Tumba, había optado por descubrir el flagrante delito y se frotaba las manos por ello.

—¡Soy Tran-Bel, un comerciante honrado! ¡No me hagas nada!

—Demasiado tarde para tener miedo, muchacho. ¡Esposadlos a todos!

—Yo... No he sido... es...

Tran-Bel tendió los brazos hacia Sobek, con el rostro deformado por el sufrimiento y el vientre inflamado, y se derrumbó boca abajo.

—No lo hemos tocado, jefe —se extrañó un policía.

Del cadáver ya se desprendía un hedor pútrido. Serketa había elegido un veneno de efecto retardado que impediría al chantajista contarles nada a las fuerzas del orden que Kenhir, informado por la carta que ella misma había escrito, mandaría para que detuvieran a una pandilla de ladrones de tumbas.

Como había previsto, Tran-Bel había manipulado el cordón impregnado con la sustancia mortal antes de arrojarlo a la arena. A partir de aquel instante, ya sólo le quedaba media hora de vida, el tiempo de llegar a la puerta de la sepultura y agonizar en pocos segundos.

Kenhir estaba perplejo.

—Entonces, ese mercader de muebles era el que intentaba destruir el Lugar de Verdad.

—De ningún modo —objetó el jefe Sobek—; ese tipo sólo era un títere.

La mujer sabia asintió, al igual que el maestro de obras.

—Ese incidente no es más que un intento de distracción —prosiguió el policía—; no hay que perder de vista a Méhy. Tran-Bel ha sido envenenado, ¿y quién maneja esa temible ciencia mejor que Daktair, el patrón del laboratorio central de Tebas-oeste y amigo del general?

—Sólo son suposiciones —objetó Kenhir.

—Mi olfato me dice que Méhy estará muy pronto entre la espada y la pared —insistió el nubio.

—Eso pienso yo también —dijo con calma la mujer sabia—, y por ello se hace mucho más peligroso.

—¿Qué podemos hacer, si Tausert es incapaz de impedir que haga daño? —preguntó Kenhir, angustiado.

—Avisemos al rey Set-Nakht —propuso el maestro de obras.

—¿Sin pruebas concluyentes?

—Yo asumiré esa responsabilidad.

—Si Méhy se siente acosado, reaccionará de un modo violento —afirmó Sobek.

—¡A fin de cuentas, no se atreverá a atacarnos! —se indignó el escriba de la Tumba—; los soldados tebanos no obedecerán una orden tan insensata.

—Tomaré precauciones, de todos modos —prometió el nubio.

—El traidor intentará ayudarlo desde el interior de la aldea —recordó Paneb.

69

Niut la Vigorosa redactaba, al dictado de Kenhir, el largo informe destinado al faraón Set-Nakht para exponerle las sospechas del Lugar de Verdad sobre el general Méhy. Hay, el jefe del equipo de la izquierda, se dirigió a ambos.

—El cartero Uputy desearía ver al escriba de la Tumba.

—¿Es realmente indispensable?

—Según dice, es muy importante.

—¿Cuándo me dejarán tranquilo de una vez...? —masculló el anciano—. Primero ese informe interminable en el que no debo cometer error alguno y, luego, mi inminente partida hacia el Valle de los Reyes. Nadie respeta mi edad.

—Sólo el trabajo os permite manteneros en forma —afirmó Niut.

Apoyándose pesadamente en su bastón, el anciano escriba se dirigió con lentitud a la zona de los auxiliares. La insistencia del cartero había aguzado su curiosidad y recorrió con rapidez los últimos metros.

—¿Sabíais que Imuni había regresado a la región?

—¿Esa pequeña alimaña está en Tebas?

—Por desgracia, sí, Kenhir; y ha querido entregarme en propia mano el texto de un procedimiento que pretende anular su expulsión de la cofradía. Gracias a la ayuda de un adjunto del alcalde de Tebas, un jurista excelente, está convencido de que logrará la readmisión en la aldea y se convertirá en el próximo maestro de obras.

Kenhir consultó de inmediato el texto del apercibimiento.

—¿Es serio? —se preocupó Uputy.

—Me temo que sí... Sólo se trata de argucias jurídicas, pero será conveniente que nos las tomemos en serio.

—¡No puede ganar!

—Lucharemos encarnizadamente —prometió el escriba de la Tumba—; pero de momento olvidemos a ese parásito, debo confiarte una misión.

Uputy adoptó una actitud muy digna.

—Adelante.

—Dentro de unos días te entregaré un correo para el faraón Set-Nakht y lo llevarás personalmente a Pi-Ramsés.

—Es un gran honor, pero debo comunicar el desplazamiento a mi jerarquía.

—Sé muy prudente, Uputy.

—Tomaré el barco postal reservado a los mensajes urgentes. No puede ocurrirme nada.

Daktair estaba devorando un enorme muslo de oca con salsa de comino cuando el general Méhy irrumpió en el comedor.

—En marcha, Daktair.

El sabio estuvo a punto de atragantarse.

—¿A... adonde vamos?

—Tú partes hacia el Gebel el-Zeit con mi ayuda de campo y cinco de mis servidores capaces de sujetar su lengua.

—Es un viaje muy largo...

—Conoces el lugar y sabes lo que debes traerme a toda prisa.

—Tal vez no sea yo el hombre indicado y...

—¡Al contrario, mi querido Daktair, al contrario! Eres, incluso, la única persona que puede llevar a cabo esa delicada misión con toda discreción. En cuanto regreses, actuaremos. Puesto que, desde hace tanto tiempo, deseas que yo ponga manos a la obra, deberías estar encantado.

Mientras los dos equipos del Lugar de Verdad trabajaban en la conclusión de la vasta tumba de Tausert, bajo la dirección de Paneb, el jefe Sobek ponía en marcha un nuevo sistema de seguridad alrededor de la aldea. Temía un ataque inminente, y estaba convencido de que los esbirros de Méhy no utilizarían la pista oficial, pues estaba demasiado vigilada; por ello había puesto centinelas en lugares poco usuales.

El policía nubio había reabierto el expediente de Méhy, con gran satisfacción, y había empezado por verificar un detalle al que, cuando ocurrieron los hechos, no tenía acceso. Provisto de una orden de investigación firmada por el escriba de la Tumba y refrendada por el delegado del visir, que no se había atrevido a negarle a Kenhir ese favor, Sobek estaba ahora autorizado a hurgar en los archivos referentes a los cambios en el interior de distintos cuerpos de policía.

Según un documento muy explícito, clasificado entre las proposiciones rechazadas por el visir, no había sido el difunto Abry, por aquel entonces administrador principal de la orilla oeste, quien había intentado destinar a Sobek a la policía fluvial sino, efectivamente, el general Méhy.

De modo que el muy hipócrita quería apartar al nubio, hacer que nombraran en su lugar a un hombre de paja y privar al Lugar de Verdad de una protección efectiva. Al alejar a Sobek, pretendía impedirle que investigara el asesinato de aquel policía... ¡Un asesinato del que él era el autor!

Sobek atravesó el Nilo en barca y, luego, galopó en su caballo para llegar a la aldea tan deprisa como le fuera posible.

El maestro de obras, el escriba de la Tumba y la mujer sabia, que habían sido avisados de su regreso, no tardaron en reunirse en su despacho.

—Ya no tengo ninguna duda de la culpabilidad del general —concluyó tras haber expuesto su descubrimiento—, y también el faraón Set-Nakht quedará convencido de ello. Méhy es un asesino, ha suprimido al agente que podría haberlo denunciado, y también al administrador Abry, a los soldados libios pagados para introducirse en la aldea y a muchos otros.

—¡Estás describiendo a un verdadero monstruo! —observó el escriba Kenhir.

—Hay algo más atroz aún —prosiguió el policía—. He aquí la carta anónima que acusaba a Nefer el Silencioso de ser el asesino de mi joven subordinado y he aquí también la misiva donde Méhy recomendaba mi traslado.

—¡La caligrafía es idéntica! —advirtió Paneb—. Pero entonces...

Clara estaba pálida.

—El general Méhy intentó hacernos creer que el asesino de Nefer era un auxiliar —recordó Sobek—. ¿Por qué, si no para proteger a su cómplice, el artesano que traiciona a la cofradía? Él es el brazo derecho de Méhy, que no tiene más objetivo que destruir el Lugar de Verdad y apoderarse de sus tesoros.

Un largo silencio acogió las declaraciones del nubio. La mujer sabia cerró los ojos.

—Sobek no se equivoca —declaró.

—Mataré a Méhy con mis propias manos —prometió Paneb.

—No te toca a ti hacer justicia —objetó Kenhir—; añadiré esas conclusiones a mi informe y Set-Nakht ordenará que arresten al general.

Méhy había pasado la mañana cazando pájaros con una lanza en la espesura de papiros; y, como había capturado muy pocos, había regresado a la villa de muy mal humor y, una vez más, había descargado su furia contra el personal de la mansión.

El radiante rostro de Serketa, que estaba junto al estanque, lo tranquilizó.

—Nuestro pequeño problema ya está resuelto —susurró.

—¿Tran-Bel ha muerto?

—¿Te he fallado alguna vez, amor mío? Mira... Un oficial te ha traído un informe de policía.

El general lo leyó con satisfacción.

—Según tus previsiones, el jefe Sobek ha sorprendido en flagrante delito a una banda de ladrones que estaban al mando de Tran-Bel. Él y uno de sus empleados han muerto, los otros dos han sido detenidos y encarcelados.

—Sobek y los artesanos del Lugar de Verdad ya no tendrán ninguna duda: su peor enemigo ha sido eliminado. Bajarán la guardia y...

El intendente se inclinó.

—Vuestro secretario particular solicita veros, general.

—Que se reúna conmigo en la sala de audiencias —ordenó Méhy, intrigado.

El funcionario tenía un aspecto sombrío.

—Os traigo noticias alarmantes, general.

—¿De qué se trata?

—El jefe Sobek está llevando a cabo una profunda investigación sobre vos, con la conformidad de palacio. Se ha llevado el documento que demuestra que vos solicitasteis su traslado, hace ya muchos años.

—Molesto, en efecto.

—Tal vez haya descubierto algo más...

—¿Por qué estáis tan inquieto?

—Porque el cartero Uputy pronto deberá partir hacia Pi-Ramsés en misión especial. Dicho de otro modo, lleva un mensaje importante destinado al rey Set-Nakht.

—¿Se conoce su contenido?

—Podría referirse a vos, general...

—Avísame de inmediato si te enteras de algo más.

Méhy regresó junto a su mujer.

—Otro problema, gatita.

Serketa abrió mucho los ojos.

—¿Quién quiere hacerte daño aún?

—Sobek sigue sin renunciar a ello... Yo mismo me encargaré del nubio en cuanto Daktair regrese. Tú te encargarás del cartero Uputy.

—No será difícil...

—La misiva que está a su cargo no debe llegar a Set-Nakht... La sustituirás por otra que encontrarán sobre su cadáver y que será entregada, de inmediato, al rey. En esa carta, firmada de mi propio puño y letra, denunciaré a Paneb y a los artesanos de la cofradía como peligrosos conspiradores que se oponen a nuestro amado monarca.

—Es una idea excelente —apreció Serketa.

70

La pequeña sierva nubia, que había sido violentamente apaleada por Méhy, porque había derramado una copa de vino, se había refugiado, llorando, en el establo. Mientras el intendente la buscaba en vano, ella había tomado la decisión de abandonar aquella villa, donde era víctima de numerosos malos tratos.

Pero, a diferencia de sus colegas, que estaban aterrorizadas por el general, ella tendría el valor de contar la verdad. La sierva había oído hablar del policía que se encargaba de la seguridad de la aldea de los artesanos, un compatriota con fama de incorruptible. Así pues, se lo confesaría todo a él.

Cuando el camino estuvo libre, la pequeña nubia salió de la propiedad y caminó a campo traviesa hasta llegar al lindero del desierto. Allí preguntó el camino a una campesina.

Ignorando la fatiga, la sierva anduvo hasta el primer fortín. Un policía nubio la detuvo.

—¿Adonde vas así, chiquilla?

—A ver a tu jefe.

—¿Y qué quieres contarle?

—Quiero denunciar al general Méhy.

El policía debería haberse reído a carcajadas, pero la pequeña parecía tan convencida que se la tomó en serio.

—Vamos a avisarlo, espera aquí.

—¿Deseas hablarme de Méhy? —preguntó Sobek.

Su estatura impresionó a la nubia que, sin embargo, superó sus temores decidida a llegar hasta el final.

—El general me ha pegado varias veces, todavía tengo las marcas.

Sobek comprobó que la chiquilla no mentía.

—Es un delito extremadamente grave que mandará al general a la cárcel.

—¡Mejor!

—¿Tendrás el valor de enfrentarte con él, cara a cara, en el tribunal y repetir esta acusación?

—¡Estaré encantada de hacerlo!

—Te tomaré, pues, declaración e iremos, juntos, a casa de un juez para presentar tu denuncia.

Antes incluso de que el faraón examinase el expediente redactado por el escriba de la Tumba, el general sería encarcelado.

—Y no sólo él merece que lo condenen.

—¿Ah, no?... ¿Quién más?

—¡Su mujer...! ¡Está loca! Cuando la dama Serketa monta en cólera hasta los muros tiemblan, se revuelca por el suelo, come durante horas o aúlla. Él la calma haciéndole el amor como un animal en celo. Y luego ella se disfraza...

—No te comprendo.

—Aunque es muy rica, tiene ropas de campesina en un arcón y la he visto salir vestida de mendiga.

Sobek recordó que una campesina había sido sospechosa de asesinato... Una asesina que debía de ser Serketa, actuando como verdugo de Méhy.

—Cierta vez —prosiguió la sierva—, hablaron del Lugar de Verdad y de vos con un pequeño escriba de tono meloso y rostro de ratón.

—¿Recuerdas su nombre?

—Imuni, creo.

¡Por lo tanto, él era el traidor! La cofradía se había librado de él, pues; pero Sobek no tenía ni un minuto que perder para impedir que aquella malévola pareja

hiciera daño de nuevo.
—Te daremos bebida y comida, y serás protegida.
La pequeña nubia besó al policía en la mejilla.
El jefe Sobek corrió hasta la aldea, más conmovido de lo que aparentaba.
En cuanto Kenhir salió de ella, le comunicó las importantísimas revelaciones de la sierva.
—Esta vez, el general está perdido —consideró el escriba de la Tumba—. Lástima que Uputy se haya marchado ya a Pi-Ramsés, le habría dado mi informe sobre las acusaciones de la pequeña... Quedará para más tarde.
—Se ha marchado ya... ¡Pues está en peligro de muerte! ¡Jamás desconfiaría de una campesina!

El cartero Uputy se había puesto sus más hermosas ropas, había encerado personalmente el pesado bastón de Thot, símbolo visible de su cargo, y había metido en su bolsa de cuero blanco el informe del escriba de la Tumba.
Por el camino que llevaba al embarcadero se cruzó con dos jóvenes escribas que lo saludaron respetuosamente.
Al pie de un viejo tamarisco, una campesina de rostro en parte oculto por una tosca peluca se retorcía de dolor.
Uputy no debería haberse detenido, pero no podía dejar que aquella mujer sufriera de aquel modo. Y, además, el barco no partiría sin él.
—¿Qué te sucede?
—Creo que me he roto una pierna —se quejó Serketa con voz de niña.
—Voy a pedir ayuda.
—No, no, me da mucho miedo quedarme sola... ¡Ayúdame a levantarme!
—No es prudente, podrías agravar la herida.
—Te lo ruego, ayúdame...
La estrategia de Serketa era tan sencilla como eficaz. Cuando el cartero le tendiera la mano, ella utilizaría el puñal que llevaba oculto bajo la túnica y se lo clavaría en el corazón. Pero para levantarse y obtener un buen ángulo de ataque tuvo que apoyarse en el bastón de Thot.
—¡No lo toques! —se indignó Uputy, retrocediendo con rapidez.
Serketa estaba ahora de pie, con el puñal en la mano; había fallado su ataque por sorpresa.
—¡Pero... estás loca!
La esposa de Méhy se abalanzó sobre su presa, lanzando un grito de rabia.
Uputy, considerando que el correo estaba en peligro, no vaciló.
Utilizó el bastón de Thot a modo de maza y golpeó fuertemente a aquella histérica en toda la cabeza.
Con el rostro ensangrentado, los ojos en blanco y los dedos crispados sobre el mango de su arma, Serketa vaciló antes de caer, muerta.
—Thot, el dios del conocimiento y de las palabras sagradas, no permite que se ataque a los carteros —declaró Uputy a modo de oración fúnebre.

Estaba Hator, con una peluca azul, coronada por un sol rojo del que brotaba una cobra roja y negra; Ptah, con su ceñida túnica de un blanco resplandeciente que envolvía las alas de Maat; Osiris, adornado con un collar de oro y cubierto con una capa roja, sentado en su trono ante un gran loto en el que estaban sus cuatro hijos; y muchas otras divinidades que Paneb había pintado con incomparable destreza.
Pero su obra maestra más extraordinaria, a la que daba los últimos toques, era la inmensa sala del sarcófago, cuyos pilares habían sido decorados con figuras enlazadas; las bases de los distintos elementos del mobiliario fúnebre y la gran pared, con una gran escena que evocaba la transmutación alquímica y la preparación del nuevo sol. Sobre un gigantesco carnero provisto de dos alas, una verde y una roja, dos hombres, acompañados por almas-pájaro, sostenían un disco solar rojo, en el que había moldeado un escarabeo negro; y se formaba un niño solar, protegido por la diosa Cielo que lo haría brotar a la luz del alba, concebida en el regazo del universo.
El coloso había utilizado una enorme cantidad de lámparas sin que Kenhir le hubiera hecho el menor reproche; y Uabet la Pura se había mostrado especialmente

activa durante la fabricación de las mechas. Uniendo su potencia de trabajo con la delicadeza de la ejecución, Paneb había iluminado la tumba con vivos colores, al tiempo que transmitía la fuerza espiritual de los símbolos que mantendrían el alma de Tausert en el corazón de la eternidad.

A costa de dormir sólo una hora de vez en cuando, Paneb quería vencer en su combate contra la muerte que merodeaba en torno a la reina-faraón. Estaba convencido de que la mantendría alejada gracias a su pintura, por lo que no se había concedido respiro alguno.

El sonido característico del bastón de Kenhir golpeando los peldaños resonó en el corredor descendente.

El anciano escriba, deslumbrado, se detuvo en el umbral de la sala del sarcófago.

—¿Pero quién eres realmente, Paneb, que has creado semejantes maravillas?

—Ni más ni menos que un servidor del Lugar de Verdad.

—Durante mi larga vida, no he admirado a mucha gente y no debería decírtelo... Pero agradezco a los dioses que me hayan permitido contemplar esas pinturas.

—¡Venceremos de nuevo a la muerte!

—Sobek nos espera a la entrada del Valle. Ha ocurrido algo grave.

—El cartero Uputy ha matado a Serketa, la esposa del general Méhy —reveló el policía nubio—. Iba disfrazada de campesina y ha intentado apuñalarlo para destruir el informe del escriba de la Tumba destinado al rey Set-Nakht y sustituirlo por una carta firmada por Méhy, acusando a la cofradía de conspirar contra el faraón. He acudido a la villa del general y a su despacho de la administración de la orilla oeste, pero no estaba allí.

—Debe de haberse refugiado en el cuartel principal de Tebas, en la orilla este —aventuró Kenhir.

—Seguro, y desgraciadamente no estoy autorizado a detenerlo.

—Redactaré de inmediato los complementos indispensables para mi informe, y se los entregarás a Uputy.

—El cartero está bajo la protección de la policía y sólo espera vuestras órdenes para partir. Otra buena noticia: gracias al testimonio de la sierva maltratada por Méhy, conocemos el nombre del traidor: el ex escriba ayudante Imuni.

—Imuni el asesino de Nefer el Silencioso... —balbuceó Kenhir—. ¿Cómo pudo cometer un acto tan abominable?

Paneb permaneció imperturbable.

—Os aconsejo que regreséis a la aldea y toméis las armas —declaró Sobek con gravedad—; mucho me temo que el general multiplique su ferocidad, como un animal que se siente acorralado.

71

—El Lugar de Verdad se halla bajo la autoridad directa del faraón —recordó el comandante de infantería—; sin una orden explícita del faraón, ningún soldado tebano se lanzará al asalto de la aldea ni hará correr la sangre de la cofradía.

Aquella toma de posición no sorprendió al general Méhy. Y Set-Nakht no iba a dar una orden semejante.

—Enorgullezcámonos de la lealtad de nuestros hombres —fanfarroneó Méhy—; gracias a ella Egipto seguirá siendo una gran potencia. Muy pronto realizaremos unas maniobras con las nuevas armas fabricadas en el arsenal. Que se almacenen en la primera reserva.

El comandante se inclinó y salió del despacho.

En cuanto Méhy había conocido la muerte de Serketa, había atravesado el Nilo para refugiarse en el cuartel principal de Tebas-este donde se encontraba momentáneamente fuera de alcance. Pero cuando el decreto real promulgado por Set-Nakht llegara a Karnak, la policía tendría derecho a detenerlo.

El Lugar de Verdad aún no había vencido. La violencia permitiría triunfar al general.

Daktair sólo llevaba un día de retraso sobre el horario previsto. Estaba tan agotado como el ayuda de campo del general, y los cinco servidores, deslomados por la marcha forzada.

—¿Tienes todo lo necesario?

—Sí, general: ¡gran cantidad de aceite de piedra!

—¿Has comprobado sus propiedades?

—No os decepcionarán.

—Ya sólo debemos sacar las armas de la primera reserva y reunimos con los libios, que se ocultan en el fortín en ruinas.

El guardián se extrañó al ver a Méhy en persona, su ayuda de campo y algunos civiles cargando espadas, lanzas, arcos y flechas en unos asnos y abandonando a toda prisa el cuartel, pero un simple soldado no tenía derecho a decir nada.

Seis Dedos comprobaba, como un carnicero, el filo de las espadas, la ligereza de las lanzas y la dureza de la punta de las flechas.

—Es nuestro mejor material —indicó Méhy—; ¡y eso no es todo! También dispondremos de un arma inédita con la que destruiremos el Lugar de Verdad, tras haber matado a los policías nubios que intenten defenderlo.

—¿Dónde está?

—En estas jarras.

El libio abrió una.

—Pero... ¡Si sólo es un aceite graso y hediondo!

—Tiene una notable cualidad, como va a demostrarte mi amigo Daktair.

El químico vertió un poco del líquido en uno de los cofres que había servido para transportar las armas y, con la ayuda de un encendedor de sílex, le prendió fuego.

La intensidad de las llamas y su velocidad de propagación dejaron boquiabiertos a Seis Dedos y a sus hombres.

—Con este aceite —afirmó Méhy— quemaremos cualquier cosa, ¡incluso la piedra!

Méhy cogió la jarra y roció con ella a Daktair.

—¿Qué estáis haciendo, general?

—A un sabio le gustan los experimentos, ¿no? Veamos si éste tiene éxito.

Méhy arrojó sobre Daktair unos restos del cofre ardiendo y el infeliz se inflamó en seguida. Partió hacia el desierto, corriendo y lanzando unos aullidos que helaron la

sangre de los libios, antes de caer completamente carbonizado.

—Así acabarán los servidores del Lugar de Verdad —profetizó Méhy—. Ahora, Seis Dedos, líbrame de mi ayuda de campo y de esos sirvientes inútiles. Quiero borrar cualquier huella del pasado.

Sólo el ayuda de campo intentó resistirse, pero un puñal lo degolló.

—Este aceite que arde tan bien no es nada en comparación con el fabuloso tesoro del que vamos a apoderarnos —precisó el general—; gracias a él, conduciré a Libia hasta la victoria total.

Aunque todo pareciera tranquilo, el pelaje de *Encantador,* el enorme gato con manchas blancas, negras y rojizas, se erizó; *Negrote* gruñó y *Bestia Fea* recorrió aleteando la calle principal.

El guardián de la puerta principal dio unos grandes golpes.

Los artesanos salieron de la aldea con Paneb y la mujer sabia a la cabeza.

—Uno de mis vigías acaba de avistar a unos treinta hombres armados —reveló Sobek—. He avisado al estado mayor, pero ningún oficial asumirá la menor responsabilidad en ausencia de Méhy.

—No somos soldados y no sabemos luchar —declaró Pai el Pedazo de Pan.

—Que Silencioso se vuelva violento si los lugares sagrados son amenazados, pues Dios no dejará actuar a quien se rebele contra el templo —dijo Clara, citando a un sabio—. Si es necesario, y cuando lo sea, haré intervenir a mis aliados de la montaña.

Kenhir había extraído de la cámara fuerte unas espadas, lanzas y puñales fabricados por Obed el herrero.

—Dada la gravedad de la situación, os autorizo a utilizar estas armas —consideró el escriba de la Tumba.

—El equipo de la izquierda vendrá conmigo —decidió Paneb—. El equipo de la derecha se quedará en la aldea para asegurar la protección de las mujeres y los niños.

Sobek comprendió ¡a razón de aquel comportamiento: el maestro de obras no creía que Imuni, el ex escriba ayudante, fuese el traidor. Si le hubiera entregado un arma a éste, habría sido herido por la espalda durante la batalla.

Paneb llevó aparte al jefe del equipo de la izquierda.

—Tengo total confianza en ti, Hay; te mantendrás junto a la mujer sabia, la protegerás y la obedecerás, te pida lo que te pida.

—Te doy mi palabra, Paneb.

Si el traidor intentaba hacer daño en el interior de la aldea, ¿lo descubriría Clara a tiempo y Hay podría derribarlo con la ayuda de los miembros del equipo de la derecha?

—Seguidme —exigió Sobek—; os explicaré qué debéis hacer.

Paneb sólo utilizaría un arma: el gran pico marcado por el fuego celestial. ¿Quién mejor que Set, el señor de la tormenta, para insuflarle la fuerza de vencer?

Méhy había evitado el camino de acceso tradicional para elegir un sendero donde Sobek no ponía nunca centinelas. Los libios acabarían con los policías nubios y el general clavaría su espada en el vientre de su jefe, infligiéndole una agonía lenta y dolorosa.

Y luego llegaría la matanza. Ni uno solo de los aldeanos escaparía; los libios se apoderarían del oro alquímico; Méhy, de la Piedra de Luz, y verterían por todas partes aceite de piedra para que el fuego no respetara parcela alguna del Lugar de Verdad.

El comando flanqueaba los cultivos cuando el primer libio cayó con una flecha clavada en el cuello.

Cuando Méhy hubo descubierto la dirección de donde procedía, cuatro merodeadores de las arenas más habían caído ya.

—¡Allí, en el montículo! —aulló Seis Dedos, que se lanzó de inmediato al asalto de la posición.

Méhy sintió que estaba perdido.

¿A qué venía aquel ataque, tan lejos de la aldea, en un lugar que los policías no deberían haber vigilado?

Cuando varios libios más hubieron mordido el polvo, el general comprendió que la operación resultaría un desastre, de modo que intentó huir a campo traviesa.

Pero tres artesanos del equipo de la izquierda le cortaron la retirada. Méhy se dirigió hacia las colinas, con la esperanza de trepar con más rapidez que sus perseguidores.

Se acercó a Seis Dedos y a sus lugartenientes, que combatían con ferocidad e intentaban invertir la situación en su favor. Dos nubios habían muerto ya, y varios más estaban heridos.

Y dos artesanos iban a sucumbir bajo los golpes del adversario cuando varias cobras parecieron brotar de la tierra para morder las pantorrillas de los libios.

—¡Los aliados de la mujer sabia! —gritó Paneb—; ¡con ellos ya no corremos el menor peligro!

Seis Dedos se enfrentó a Sobek, que estaba fuera de sus casillas. Intentó golpear el flanco del atleta negro, pero éste, más veloz, le clavó la espada en el pecho.

Los artesanos habían dejado de luchar, ya que las cobras se encargaban de los últimos libios.

—Llevad a los heridos hasta la aldea —ordenó Paneb a los miembros del equipo de la izquierda—; Clara los cuidará.

El enfrentamiento había sido tan breve como violento, y la calma había vuelto a las colinas. Ni un solo miembro del comando libio había escapado a la muerte.

—Jefe, no encontramos el cadáver del general Méhy —deploró un policía.

—Ese cobarde ha huido a la montaña... ¡Pero no escapará!

El maestro de obras, que había salvado a varios artesanos rechazando a los asesinos libios, recuperaba el aliento apoyado en una roca.

—¡Cuidado, Paneb! —aulló Sobek.

Méhy salió de su escondrijo y clavó en la espalda del coloso un puñal de doble hoja.

Como si se tratara de un simple pinchazo, Paneb se volvió sin siquiera soltar un gemido.

Méhy estaba lívido.

—No es posible... ¡Deberías estar muerto!

—Durante toda tu maldita existencia, sólo has sabido atacar por la espalda... Yo actúo a plena luz, mirando a los ojos.

Como le había prometido a Clara, Paneb clavó con todas sus fuerzas la punta de su gran pico en la cabeza del general Méhy.

72

Clara salió por fin de su gabinete de consulta.

—¿Cómo va? —preguntó Kenhir, rodeado de todos los aldeanos.

—Paneb está vivo, a pesar de la extremada gravedad de sus heridas. Necesitará un largo descanso.

En ese mismo instante apareció el coloso, con el torso cubierto por un grueso vendaje y el rostro marcado por el sufrimiento.

—Ya descansaré más tarde... Tras lo que acabamos de saber, debo terminar un trabajo urgente. Llevemos de inmediato el sarcófago al Valle.

—¡Estás loco! —exclamó Hay—; debes escuchar a la mujer sabia.

—En marcha.

El cartero Uputy había llevado dos mensajes al Lugar de Verdad: uno referente al fallecimiento de Tausert, y el otro, al de Set-Nakht. Ambos faraones serían inhumados en la misma morada de eternidad, comenzaba el luto y Egipto iba a elegir a un nuevo rey.

El traidor estaba exultante.

Durante el combate al pie de las colinas, no había intentado nada. Tras la desaparición de Serketa y Méhy, ya no tendría que dar cuentas a nadie. En el turbulento período que se iniciaba encontraría la ocasión de apoderarse de la Piedra de Luz y abandonar la aldea. ¡Y le pertenecería a él, sólo a él!

Nadie podía denunciarlo ya, y el asesinato de Nefer el Silencioso quedaría impune.

A solas con Clara, en la tumba de Tausert, Paneb puso el último toque de azul en el tocado de la diosa Maat, la última diosa que deseaba pintar. De sus manos brotaban dos líneas discontinuas, símbolo del fluido vital que dispensaba a sus fieles.

Al admirar el rostro sublime de la divina protectora del Lugar de Verdad, Clara supo que el maestro de obras había alcanzado por fin la serenidad de espíritu y la absoluta belleza de la forma. Tras trabajar en siete moradas de eternidad durante su carrera, Paneb se había convertido en uno de los más extraordinarios servidores de Maat.

—Procedamos a la animación del sarcófago —decidió la mujer sabia, que iba vestida con un traje hecho enteramente de oro.

A la proa de la barca de granito donde el alma de Tausert navegaría por los paraísos celestiales, la Piedra de Luz.

Clara se arrodilló, con las manos levantadas en signo de veneración y pronunció las fórmulas de potencia.

—Aquí se consuma el trabajo misterioso de la transmutación, en esta Morada del Oro donde la Viuda resucita a Osiris. La madre Cielo se extiende sobre el cuerpo de luz y coloca el espíritu entre las estrellas que no pueden perecer. A ti, que conducirás a nuestra soberana por los hermosos caminos del más allá, te entrego tus ojos, ¡y ves!

De la piedra brotó una luz dulce e intensa que envolvió el sarcófago. Ahora, ya no era sólo una escultura monumental, sino también «el proveedor de vida».

—La energía de la piedra se ha agotado —indicó la mujer sabia—; tómala y deposítala junto a la gran pared.

Al coloso le pareció levantar un bloque sin peso.

—Mira el escarabeo, Paneb; míralo con toda la intensidad de que seas capaz.

El maestro de obras se concentró.

Súbitamente, de todos los soles que había pintado con la materia alquímica brotaron haces de luz que penetraron en la piedra.

Y ésta volvió a cargarse de energía.

—Lo que haces te hace —añadió Clara—, y nuestro mayor secreto es el intercambio de los fulgores. Mientras sepamos pintar soles vivos, la piedra brillará.

Kenhir se estaba reconcomiendo. En primer lugar, se preocupaba por la salud de Paneb, que había corrido un gran riesgo al regresar al Valle de los Reyes; luego, no dejaba de preguntarse qué artesano había podido matar, hacerse perjuro y fingir su fraternidad durante tantos años.

Casa la Cuerda, a veces acerbo y reivindicativo; Fened la Nariz, demasiado taciturno, además, no se había recuperado de su divorcio; Karo el Huraño, tan digno de su apodo; Nakht el Poderoso, de reacciones excesivas; Userhat el León, cuyo orgullo se hacía a veces pretensión; Ipuy el Examinador, puntilloso y tan excitado; Renupe el Jovial, demasiado apegado a su comodidad; Ched el Salvador, altivo y distante; Gau el Preciso, riguroso aunque desprovisto de humor; Unesh el Chacal, inquisidor de inquietante aspecto; Pai el Pedazo de Pan, cuya ingenuidad tal vez fuera sólo apariencia; Didia el Generoso, lento e impenetrable; Thuty el Sabio, frágil y fuerte a la vez... No, ninguno de aquellos hombres, fueran cuales fuesen sus defectos, podía ser un monstruo comparable al general Méhy.

Sin embargo, Kenhir había aceptado el plan propuesto por la mujer sabia y el maestro de obras para desenmascarar al traidor.

El cortejo de los artesanos se detuvo ante el templo de Maat y de Hator.

—Nuestra presente obra está terminada —declaró Paneb, que estaba agotado de luchar contra el dolor—. Hoy, ninguna amenaza pesa sobre nosotros.

—¿Y si el nuevo faraón nos fuera hostil?

—El hijo mayor de Set-Nakht pronto será proclamado rey —reveló Kenhir—, y ha expresado sus intenciones con claridad: asistirá a los funerales de su padre y de Tausert, y me ha asegurado por correo que el Lugar de Verdad seguiría siendo una de las instituciones esenciales del país.

Gritos de júbilo aclamaron aquellas excelentes noticias.

Al ver que Paneb vacilaba, Nakht el Poderoso lo sostuvo.

—Todos necesitamos descansar —estimó el maestro de obras, cuya voz se debilitaba.

—Empezando por ti —precisó Ipuy el Examinador.

Los artesanos se dispersaron, pero el traidor no regresó *a* su casa.

Oculto en una esquina del templo, vio cómo el coloso levantaba una forma cúbica oculta por un velo y se la echaba al hombro. Seguido por Kenhir, que se volvió varias veces, Paneb tomó el sendero que llevaba a la necrópolis principal de la aldea.

¡De modo que era la piedra lo que transportaban, y que el traidor iba a conocer por fin su escondrijo!

Paneb y Kenhir entraron en el patio construido ante la tumba del anciano escriba, y el traidor creyó que se vería de nuevo decepcionado; pero entonces advirtió que Paneb trepaba a la plataforma donde se había erigido una pequeña pirámide puntiaguda. El maestro de obras quitó el velo y la luz de la piedra iluminó, furtivamente, las tinieblas antes de que la hundiera en el tragaluz abierto en la base del monumento.

Aquella pirámide, símbolo del rayo de luz primordial que había creado el universo... ¡Un escondite perfecto! Al amanecer, la piedra recibía la claridad del nuevo sol, que era de su misma naturaleza. Al igual que los demás aldeanos, el traidor había mirado a menudo la tumba de Kenhir sin sospechar nada.

Los dos hombres volvieron a bajar hacia la aldea.

Ahora, el traidor ya lo sabía.

—Deberías quedarte en la cama —le dijo Clara a Paneb.

—Sabes muy bien que es imposible... Mi tarea aún no ha terminado.

Toda la magia de la mujer sabia no bastaría para convencer a Paneb de que se cuidara. Se limitó, pues, a curar la profunda herida con ungüentos, a cambiarle el vendaje impregnado de miel y a administrarle unos calmantes en forma de comprimidos.

Dada la gravedad de las lesiones, nadie sino el coloso habría podido caminar de

aquel modo.

Al levantarse, evitó molestar a *Encantador* que, sintiendo que su maestro estaba enfermo, había dormido en su cama.

—¿Aceptas que te ayude?

Aquella voz... era la de Turquesa. ¡Turquesa en su casa!

—¿Eres tú...? ¿De verdad eres tú?

—Voy a prepararte un buen desayuno. Debes recuperar las fuerzas.

Los policías nubios estaban muy contentos. Por fin se había levantado el estado de alerta. Como en los buenos tiempos, volvían a los turnos de guardia reglamentaria y gozaban de algunos permisos.

Por añadidura, el escriba de la Tumba les había ofrecido alimentos, ropas y ungüentos para agradecerles su heroica conducta.

Ya sólo quedaba conocer el nombre del nuevo faraón, pero los rumores procedentes de la capital se hacían preocupantes. Ciertamente, el primogénito de Set-Nakht gozaba de los favores del gran consejo y de los del pueblo, pero suponiendo que derrotara a las facciones, ¿qué nombre de coronación adoptaría para revelar su programa de gobierno?

—Hoy, cuando haya terminado la entrega de agua, servicio mínimo —anunció Sobek—; los artesanos y los auxiliares están de vacaciones, vosotros también.

Cuando los asnos se hubieron marchado, la aldea no despertó como de costumbre. Tras la tormenta que estuvo a punto de acabar con ella, los artesanos permitían que se les pegaran las sábanas, aunque Uabet la Pura y dos sacerdotisas de Hator honraron a los antepasados en nombre del conjunto de los aldeanos.

Al traidor le había llegado la hora de actuar.

73

El coloso no habría sobrevivido sin la magia de Turquesa, que no había abandonado la cabecera de su cama durante las dolorosas horas en las que había vagado entre la vida y la muerte. Ahora, la mujer sabia ya estaba más tranquila y había establecido con seguridad su diagnóstico: «un mal que conozco y que curaré».

—Turquesa... ¿Por qué no te quedas aquí, conmigo? Soy un hombre libre.

—¿Acaso olvidas mi voto? Si lo rompiera, ya no sería digna de tu amor.

—Yo estoy autorizada a desligarte de tu promesa —afirmó Clara.

Paneb apretó más aún la mano de Turquesa.

—Nadie, y menos que nadie una sacerdotisa de Hator, puede oponerse a una decisión de la mujer sabia —declaró con entusiasmo el maestro de obras.

Por la sonrisa de Turquesa y la nueva luz que animaba su mirada, Paneb supo que por fin iba a pasar todas las noches con la mujer de su vida.

Kenhir, que parecía que se hubiera quitado veinte años de encima, irrumpió en la alcoba.

—¡Dos excelentes noticias! Por fin he terminado mi *Clave de los Sueños,* de la que Niut hará varias copias. Por más que algunos lechuguinos se permitan criticar mi obra, ésta pasará a la posteridad.

—¿Y la segunda noticia? —preguntó Clara.

—¡Ah, la segunda! No es menos importante, debo admitirlo: acaban de comunicarme el nombre del nuevo faraón a través de un decreto oficial.

Todos contuvieron la respiración, esperando que las palabras brotaran de los labios del anciano escriba.

—Ramsés, el tercero de su nombre.

Paneb se puso en pie de un salto.

—¡Ramsés... Ramsés reina de nuevo!

Un insólito ladrido alertó a la concurrencia. *Negrote* estaba en el umbral, con la mirada viva y moviendo la cola a todo trapo.

—Aún nos queda un grave problema por resolver —advirtió el maestro de obras.

Naturalmente, el traidor corría riesgos, pero la vigilancia policial se había reducido al mínimo, todos los aldeanos estaban descansando, y no encontraría mejor ocasión para apoderarse de la Piedra de Luz. Su esposa, apostada como centinela ante la pequeña puerta del oeste, huiría con él tomando un sendero que flanqueaba el Valle de las Reinas.

Llegó a la necrópolis y se deslizó entre las tumbas hasta la estrecha plataforma donde se levantaba la pirámide que dominaba la última morada de Kenhir.

Un zarpazo le desgarró la mano.

—Encantador... ¡Lárgate, sucio animal!

El enorme felino retrocedió a regañadientes, bufando, y con el pelo erizado; para evitar un mal golpe, saltó sobre un murete.

Indiferente a su herida, el traidor sacó de su escondrijo la piedra cúbica. Era pesada, pero tendría fuerza suficiente para transportarla hasta la granja más cercana, donde alquilaría un asno. Envolvió su tesoro en una tela de lino y volvió a bajar hacia la aldea, ebrio de perversa alegría.

Paneb había observado toda la escena.

De modo que era él... Él, el artesano del equipo de la derecha que, en el local de la cofradía, había declarado: «No puede quitarse el veneno del cocodrilo, de la serpiente y del hombre malvado»; el que no había dejado de inducir a Aperti a hacer el mal; el dibujante que había falsificado documentos para engañar al

maestro de obras y hacer que acusaran a sus compañeros; aquel a quien la mujer sabia había cuidado y a quien sus hermanos habían amado; el que había matado a Nefer el Silencioso; aquel hombre fofo, feo, con la nariz larga, que no había dejado de perjurar representando una comedia diabólica.

Él, Gau el Preciso.

Ante la pequeña puerta del oeste, no era su esposa la que aguardaba al traidor, sino el maestro de obras en persona.

—Tu cómplice ha sido detenida, Gau. ¿Qué es eso tan valioso que llevas aquí?

—Unos... unos objetos personales.

—¿No será más bien la Piedra de Luz?

—¡No digas tonterías!

—¿Por qué asesinaste a mi padre espiritual?

Gau rió con desdén.

—Nadie sino yo era digno de ocupar su lugar. De modo que más valía que desapareciese... ¡Y qué bien hice tomando al general Méhy como aliado! Gracias a él, podía hacerme rico y poderoso.

—Cobarde, hipócrita, criminal... El monstruo que devora a los hijos de las tinieblas, al pie de la balanza del juicio, va a darse un banquete.

Gau retrocedió un paso.

—¿No te atreverás... a matarme? Maat te lo prohíbe.

—¿Y cómo te atreves tú a pronunciar el nombre de la diosa de la rectitud?

La furia del coloso hizo temblar a Gau. No cabía la menor duda de que iba a romperle la cabeza.

Sólo tenía una salida: el sendero que conducía a la cima.

El traidor se lanzó por la pendiente, estrechando contra su pecho la Piedra de Luz. Y de repente sintió en las manos una quemazón, pero creyó que se trataba del arañazo que le había hecho el gato. Sin embargo, el dolor pronto se hizo insoportable y tuvo que dejar la piedra en el suelo. El sufrimiento se hizo más intenso, como si sus extremidades estuvieran en el interior de una hoguera.

De pronto, la vista se le nubló. Las rocas de los alrededores se dilataron hasta perder su consistencia y sumirse en una espesa bruma, aunque el sol matinal reinara como dueño absoluto en el cielo azul.

—¿Qué me pasa? —gimió Gau el Preciso—. Me estoy... volviendo ciego.

El traidor se llevó las manos a los ojos, y como las tenía ardiendo, él mismo se los abrasó. Lanzó un grito de dolor y trepó por el sendero con tanta rapidez como le fue posible, intentando escapar de aquel suplicio.

Una cobra real se irguió ante él.

Y sin que el traidor pudiera hacer nada, el reptil, encarnación de la diosa del silencio, se abalanzó sobre él para clavarle los colmillos en la garganta.

Nakht el Poderoso y Didia el Generoso abrieron la puerta principal de la aldea para dejar pasar a Ramsés, cuya estatura impresionó a los aldeanos.

Aunque llevaba el torso vendado, Paneb consiguió inclinarse ante el señor de la aldea.

—Vuestras prerrogativas se mantienen —declaró el faraón—, y las grandes obras que proyecto exigirán la iniciación de jóvenes artesanos que hayan oído la llamada. Encárgate de esa tarea, maestro de obras.

Luego se dirigió a Ramsés una mujer de tanta autoridad y nobleza que el rey reconoció, de inmediato, en ella a la soberana de la cofradía.

Clara le ofreció al monarca un ramo de persea tomada del gran árbol que daba sombra a la tumba de Nefer el Silencioso, presente como siempre entre los suyos.

Ramsés miró a la mujer sabia, y entonces supo que en aquel paraje único, el Lugar de Verdad, que estaba bajo la protección de la cima, seguía trazándose una senda de luz.

(1) Esta descripción se basa en un reciente estudio científico de los ojos del célebre «escriba del Louvre». Ha demostrado los notables conocimientos de los oftalmólogos del antiguo Egipto.

(2) 0,78 metros.

(3) Es decir, 52,5 m.

(4) El *Akb-menu* de Karnak, cuyos vestigios aún pueden admirarse.

(5) Recientes análisis han demostrado que los egipcios utilizaban el azul cobalto como pigmento, 3.000 años antes de su descubrimiento en Occidente.

(6) Antecesor de nuestro juego de ajedrez.

(7) Recientes análisis han demostrado que el arte de los perfumistas egipcios alcanzó un nivel excepcional.